ALAN HLAD

La libélula

La fascinante novela
sobre la mujer que desafió
el régimen de Hitler.

ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Primera parte. Le recrutement

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

Segunda parte. La mission

14
15
16
17
18
19
20

21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35

Tercera parte. L’emprisonnement

36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

Cuarta parte. Camp de concentration

46
47
48
49
50
51
52

53
54
55
56

Quinta parte. Liberté

57
58
59
60
61
62
63
64
65

Epílogo

Nota del autor

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Londres, 1941. Rose Teasdale trabaja como mecanógrafa para el Gabinete de guerra de Winston Churchill. Gracias a su dominio del francés, la asignan como intérprete durante una importante reunión con uno de los exponentes de la Resistencia francesa en el exilio. Su preparación e inteligencia llaman la atención del Primer Ministro, que la recomienda para un programa secreto de la Dirección de Operaciones Especiales. En la Francia ocupada se convertirá en una brillante espía con el nombre en clave Libélula, y allí conocerá a Lazare Aron, un militante de la Resistencia con quien compartirá un único objetivo: desafiar y ganar al régimen de Hitler.

La libélula

Alan Hlad

Traducción de Milo J. Krmpotić

Para los valerosos hombres y mujeres del SOE
y de la Resistencia francesa

Primera parte
Le recrutement

1

LONDRES, INGLATERRA
12 DE FEBRERO DE 1941

En el día centésimo quincuagésimo noveno del bombardeo del Reino Unido por parte de Hitler, Rose Teasdale estaba mecanografiando una carta en el Despacho 60 de las salas del gabinete de guerra de Winston Churchill. De su máquina de escribir Remington Noiseless brotaba el suave tamborileo de las teclas al golpear la cinta de tela entintada. Las mecanógrafas apretaban la palanca de retorno de carro sin que sus ojos abandonaran las notas manuscritas. El personal administrativo —que se apiñaba en el interior del búnker de mampostería junto con varias telefonistas— se dedicaba a redactar los documentos que había generado aquella tarde frenética de reuniones de gabinete.

—Uno de tus informes nos ayudará a alcanzar la victoria —le dijo Rose en un susurro a Lucy, la joven mecanógrafa con gafas que se sentaba a su lado.

Con los hombros hundidos por el cansancio, Lucy le sonrió y aumentó el ritmo de palabras por minuto.

El Despacho 60, un búnker de algo menos de cuarenta metros cuadrados en las profundidades del edificio del Tesoro en Westminster, era una de las diversas habitaciones que componían las salas del gabinete de guerra de Churchill. En vez de albergar a oficiales militares, el Despacho 60 estaba compuesto por mujeres civiles. Siete telefonistas con auriculares se sentaban en taburetes giratorios como de bar, de espaldas a las mecanógrafas, y se dedicaban a enchufar conectores de cordón en el muro de una centralita. El resto del espacio lo ocupaban diversas mecanógrafas sentadas ante pequeños escritorios de madera. Las mujeres estaban apretadas, pero a Rose, una joven menuda de veintidós años de edad y 1,52 de altura, no le importaba el hacinamiento. A diferencia de las demás, que eran mucho más altas, ella tenía unas piernas cortas que

cabían a la perfección debajo del escritorio.

Algunas de las mecanógrafas, incluida Rose, provenían de la escuela londinense de secretariado de la señora Hoster, que tenía una reputación excelente a la hora de formar asistentes fiables. Y Rose pensaba que, con toda probabilidad, esa formación había tenido bastante que ver con la rapidez con la que había accedido al Despacho 60. Ella no se había propuesto comenzar a trabajar en el corazón del mando militar británico. Pero el mes de septiembre anterior, cuando Hitler inició la campaña de bombardeos aéreos sobre Londres, Rose —que ejercía de secretaria en el edificio del Tesoro— recibió una autorización de seguridad y, después de que un guardia militar la condujera al sótano del edificio, se le asignó una nueva labor: la de mecanógrafa de las salas del gabinete de guerra.

Los primeros días de trabajo resultaron desconcertantes. La cercanía del primer ministro y de los altos mandos la ponía de los nervios, la llevaba a cometer errores, y una vez llegó a volcar una taza de té tibio sobre el documento que acababa de redactar. El aroma a quemado de los puros de Churchill, que perduraba en el aire estancado de aquel sótano, le producía ardor de estómago. Para empeorar las cosas, las incursiones aéreas de la Luftwaffe que tenían lugar casi cada noche habían obligado a muchos londinenses a dormir en los refugios. Así que, cuando no estaba durmiendo entre un turno y otro en el subsótano que había debajo de las salas de guerra, al que la gente se refería a menudo como «el muelle», Rose pasaba sus noches con sus padres en la estación de metro de Bethnal Green mientras las bombas caían sobre Londres.

Con el transcurso de los días, se fue acostumbrando al proceder brusco de Churchill y su equipo. «Su fortaleza nos ayudará a sobrevivir», se dijo a sí misma mientras redactaba un informe confidencial sobre las localizaciones en las que Hitler podría iniciar la invasión terrestre del Reino Unido. La idea de que los nazis pudieran desfilar por Londres le provocaba escalofríos. Como la mayoría de sus vecinos, Rose se obligaba a seguir adelante pese a las pérdidas humanas y aquella destrucción espantosa. Pero el origen de su capacidad de resistencia tenía también una motivación externa. Lo alimentaba, según pensaba ella, la desaparición de Charlie, su único hermano.

Charlie había muerto el mes de agosto anterior, cuando su

Spitfire de la RAF, la Real Fuerza Aérea, fue derribado sobre el canal de la Mancha. No se llegó a recuperar su cuerpo y Rose rezaba por que hubiera muerto con rapidez y sin sufrir. Junto con sus padres, Emilienne y Herbert, la joven quedó desconsolada. Estaba prohibido exhibir retratos familiares en los escritorios, así que conservaba una fotografía de la infancia de Charlie, un muchacho de pelo rizado con hoyuelos en las mejillas y una sonrisa contagiosa, en el cajón superior de la mesa. Aquella foto había sido tomada en la casa de sus abuelos en Francia, donde Rose y Charlie pasaban las vacaciones de verano. Cuando se sentía triste o agotada, cosa que sucedía con mucha mayor asiduidad de lo que le habría gustado admitir, abría el cajón para ver a Charlie. «Te echo muchísimo de menos», solía decir para sí misma. Y, después de cerrar el cajón, se ponía a teclear de nuevo, más decidida que nunca a cumplir con su labor para contribuir a la supervivencia del Reino Unido.

Estaba colocando una hoja nueva para carta en la máquina de escribir cuando oyó acercarse por el pasillo el taconeo de unos zapatos femeninos.

—Gwyneth tiene amigdalitis —anunció una mujer de mediana edad después de entrar en la habitación—. Necesitamos una mecanógrafa que realice un turno de veinticuatro horas.

Rose levantó la mirada. Junto a la puerta estaba Gladys Goswick, la supervisora del personal de secretaría, que llevaba puesta una falda de lana de color verde oliva y una chaqueta a juego.

Las mujeres detuvieron su labor y dejaron descansar las manos a los lados de sus máquinas de escribir. Al tener las orejas tapadas con los auriculares, algunas de las operadoras de la centralita no habían reparado en la presencia de Goswick y siguieron enchufando los conectores a la centralita.

—¿Lucy? —Goswick clavó la mirada en la de la joven.

Esta asintió con la cabeza y acto seguido la bajó.

Las mecanógrafas tenían poco o nada que decir acerca de sus horarios. Cuando era necesario hacer horas extras, o cuando alguna llamaba para decir que estaba enferma, las escogían de manera aleatoria para doblar el turno. Goswick tenía fama de ser una supervisora justa pero, a diferencia de Rose, que consideraba que había que esforzarse por conocer mejor a las compañeras de trabajo, rara vez trataba temas personales con ellas. Y, porque durante las

pausas se juntaba con otras mujeres en la cafetería del edificio del Tesoro, Rose sabía que Lucy tenía planeado pasar la tarde con Jonathan, su novio, un bombero al que le habían dado su primera noche libre en más de dos semanas.

La supervisora había comenzado a volverse cuando Rose la interrumpió.

—Señorita Goswick...

La mujer se detuvo, puso los brazos en jarras.

—¿Le parece bien si me quedo trabajando esta tarde en lugar de Lucy?

A la aludida se le desorbitaron los ojos.

—Me gustaría acabar unos informes —dijo Rose señalando una pila de papel—. No estoy cansada, y creo que podría sacar adelante una buena cantidad de trabajo —añadió con la esperanza de que la supervisora no reparara en sus ojeras.

Goswick asintió con la cabeza y salió de la habitación.

—Gracias, Rose —dijo Lucy inclinándose hacia ella—. Te prometo que te lo compensaré.

—No hace falta —contestó ella—. Disfruta de la velada con Jonathan.

Lucy y Jonathan, un hombre que arriesgaba la vida para salvar a los habitantes de Londres de los incendios y los edificios derrumbados, llevaban más de un año saliendo, y Rose sospechaba que acabarían por casarse. Ella tenía la esperanza de encontrar algún día a alguien con quien le apeteciera compartir su tiempo, pero a causa de la guerra había tenido que suspender esos afanes personales. Y, después de la muerte de su hermano, había preferido esconderse en el trabajo.

Durante el descanso, se dirigió a una cabina pública de teléfono que se encontraba junto al edificio del Tesoro. Las mecanógrafas no tenían permiso para usar los teléfonos de las salas del gabinete de guerra, que se dedicaban en exclusiva a los asuntos oficiales del gobierno, así que subió la escalera, pasó por el control de seguridad y se dirigió hacia el final de la calle. Entró en la cabina, levantó el auricular, metió una moneda y llamó a sus padres.

—Colmado Teasdale —dijo su padre, de manera bastante abrupta.

—Hola, papá.

—Rose... —respondió él con un tono más alegre—. ¿Va todo

bien?

—Voy a hacer un turno extra —explicó ella—. Llegaré a casa por la mañana.

—Anímate. Churchill te necesita y estoy seguro de que estás haciendo una labor excelente, de otro modo no te pediría que trabajases tanto.

«Me he presentado voluntaria.»

—Churchill tiene sus propios asistentes personales —repuso Rose —. Yo no soy más que una funcionaria mecanógrafa.

—Nos estás ayudando a ganar esta maldita guerra.

A la joven se le hinchó el pecho de confianza en sí misma. «Siempre consigues que me sienta intrépida.»

—¡Esas naranjas son para los niños! —espetó su padre.

Rose apartó el auricular de la oreja. Visualizó el cartel que su madre había hecho y colocado al lado de una pequeña cesta de naranjas, un cargamento raro procedente de Estados Unidos. El consumo de naranjas estaba limitado a los niños. Sus padres detestaban el racionamiento, pero seguían de manera estricta el protocolo gubernamental sobre los comestibles.

—Perdona —dijo Herbert—. Los malditos clientes no hacen más que ignorar el cartel de las naranjas.

—No pasa nada.

—¿Qué te parece si os preparo a ti y a tu madre unos huevos con pan frito para desayunar?

—Eso sería genial —contestó Rose.

—¿Quieres hablar con tu madre?

—Si está por ahí...

—¡Emilienne! —llamó Herbert—. ¡Es Rose!

Mientras esperaba a que su madre se acercara al teléfono, pensó en sus padres. Durante la Gran Guerra, Herbert había estado en la infantería británica, destinado en el frente occidental. Emilienne, una costurera de París, se había presentado voluntaria como enfermera de las tropas francesas. Se conocieron, se enamoraron y se mudaron a Londres después de la guerra. Pese a lo mal que estaba la situación en la ciudad, Rose se sentía afortunada por el hecho de que sus padres hubieran elegido vivir en el Reino Unido y no en Francia, donde en esos momentos se encontrarían bajo la ocupación nazi.

—*Bonjour, ma chérie* —dijo Emilienne al ponerse al teléfono.

—*Bonjour*, mamá.

—¿Te vas a quedar trabajando hasta tarde otra vez? —preguntó la mujer.

—Sí —afirmó Rose, un tanto decepcionada por que su madre no hubiera seguido usando el francés en la conversación.

—Trabajas demasiado.

«Tú también», pensó ella. Cuando su madre no estaba en el colmado, se ganaba un dinero extra aceptando encargos como costurera, que completaba durante las noches en el refugio antiaéreo.

—¿Qué tal tienes la espalda?

—Contracturada —contestó Emilienne.

—El suelo de cemento de la estación de metro es malo para tu columna —dijo Rose—. Llévate unas mantas de más al refugio. Y usa la almohada de mi cama. Es blanda. Te la puedes poner debajo de la espalda.

—De acuerdo —respondió Emilienne con un tono agradecido por la preocupación de su hija.

Rose siguió hablando con su madre unos minutos más, evitando los temas que pudieran recordarle la muerte de Charlie. Habían pasado varios meses desde el funeral, pero en su voz seguía incrustado el timbre de la pena. Y Rose se preguntaba si esa aflicción llegaría a desaparecer algún día.

—Intenta descansar un poco esta noche —le pidió Emilienne.

—Tú también —dijo ella antes de salir de la cabina.

El sol había desaparecido detrás de un edificio y la calle se había sumido en la oscuridad. El descenso de la temperatura la llevó a meter las manos en los bolsillos del abrigo. Las tiendas estaban cerrando y las aceras empezaban a llenarse de gente que iba camino de los refugios. «¿Se detendrá algún día la Luftwaffe?» Mientras descendía los diez metros de escalera bajo vigilancia militar hasta el sótano del edificio del Tesoro, se preguntó si el búnker de la sala de guerra podría soportar el impacto directo de una bomba. Se estremeció y sacudió la cabeza para apartar aquella idea de la mente.

Regresó al Despacho 60, donde la mayoría de las mujeres ya se habían marchado a casa. El personal de aquella noche constaba de dos mecanógrafas, contando a Rose, y tres operadoras para la centralita. A las dos horas de empezar el turno, las luces de la centralita se pusieron a parpadear. Las operadoras introdujeron las clavijas en las tomas,

conectando llamadas. «Han avistado a la Luftwaffe sobre el canal.» Rose pasó a teclear con mayor rapidez. Las alarmas antiaéreas comenzaron a sonar con un aullido espantoso y amortiguado —que llegó incluso a las profundidades del edificio— y la joven notó que se le erizaba la piel de los brazos. Quince minutos más tarde, las sirenas se detuvieron. Bajo el tamborileo de los golpes de sus teclas, Rose oyó el retumbar apagado de las bombas que estallaban por la ciudad. Empujó la palanca de retorno de carro de su máquina de escribir. «Que Dios nos ayude.»

Un movimiento en el pasillo la llevó a levantar la vista. Dos mandos del ejército, a quienes reconoció como el general Ismay y el comandante Thompson, entraron en la habitación camino de la sala de mapas. Unos pasos resonaron en el corredor. Se oyó un portazo. Las operadoras de la centralita pasaron a responder llamadas y enchufar las clavijas en el laberinto de circuitos. A Rose se le aceleró la respiración. Sacó un documento acabado de la máquina y grapó un informe.

El ataque de la Luftwaffe duró hasta bien pasada la medianoche. A la 1.34 sonó la señal del fin de la alerta. Las mujeres del Despacho 60, a excepción de Rose y de una operadora de treinta y un años llamada Margaret, se fueron al muelle para descansar unos minutos. Margaret se encargó de las llamadas que iban llegando de manera regular a la centralita y Rose acabó de trabajar en un informe. En un esfuerzo por mantenerse alerta, dejó de teclear y abrió el cajón del escritorio.

—Hemos superado otro bombardeo, Charlie —dijo mirando hacia el interior del cajón.

—¿Con quién habla? —le preguntó una voz grave.

Rose levantó la vista. En la puerta se encontraba Winston Churchill, el primer ministro, que llevaba puesto un abrigo oscuro de lana y un sombrero de fieltro con el borde curvo. Sujetaba entre las muelas un puro a medio fumar, por lo que su carrillo izquierdo parecía hinchado. A Rose se le aceleró el corazón. Le echó un vistazo a Margaret, que estaba contestando a una llamada entrante. Cansada e incapaz de pensar en una excusa por la que podría haber estado hablando consigo misma, la muchacha se puso en pie —la silla arañó el suelo— y respondió:

—Con una foto de mi hermano, señor.

Churchill le dio una calada al puro, lo que hizo brillar la punta de este, y a continuación entró en la estancia.

A Rose le temblaron las rodillas. Tuvo que aferrarse al escritorio con las manos. Churchill nunca había entrado en el Despacho 60 mientras ella estaba trabajando y sus asesores rara vez lo visitaban, si es que lo habían hecho alguna vez. Aunque las mecanógrafas producían montañas de documentos para su personal, ese trabajo —tanto los encargos como los documentos acabados— pasaba por Gladys Goswick, la supervisora. La interacción directa entre las civiles y los asesores de Churchill estaba estrictamente limitada por el protocolo.

—¿Puedo? —dijo él acercándose mientras hacía un gesto en dirección al cajón abierto.

Ella asintió con la cabeza.

Churchill miró la fotografía.

—Es mi hermano Charlie, cuando era pequeño. No nos dejan poner fotos encima del escritorio, así que la guardo en el cajón. —Tomó aliento de forma entrecortada y le llegó el aroma a tabaco quemado—. Murió en agosto, cuando derribaron su avión sobre el canal.

Churchill levantó la cabeza.

—¿Cómo se llama usted?

—Rose Teasdale, señor.

El corazón le martilleaba en el pecho.

—Señorita Teasdale —dijo Churchill—, lamento profundamente la muerte de su hermano. El valor que demostró para proteger a esta isla de la tiranía nazi vivirá para siempre en los corazones de nuestra gente. —Hizo una pausa para sacarse el puro de la boca—. El Reino Unido no olvidará el sacrificio de Charlie. Y yo tampoco.

—Gracias, primer ministro —respondió Rose esforzándose por contener las lágrimas.

Churchill comenzó a volverse para salir, pero se detuvo.

—Señorita Teasdale...

—¿Sí, señor?

—Por favor, transmítale un mensaje a la operadora de la centralita. —Hizo un gesto con el puro en dirección a Margaret, que estaba transfiriendo una llamada—. Si la señora Churchill pregunta por mi paradero, infórmela, por favor, de que estoy descansando en

mi habitación.

—Sí, primer ministro.

Churchill se tocó el sombrero y salió.

Rose, perpleja, se quedó escuchando el repiqueteo de sus pasos por la escalera parada junto al escritorio. «No se dirige a sus aposentos privados.» Había oído rumores según los cuales Churchill observaba los bombardeos de la Luftwaffe desde la azotea del edificio del Tesoro. «¿Qué verá esta noche? ¿Las partes de la ciudad que han quedado destruidas? ¿La cantidad de gente que ha muerto?»

Pese a la reputación que tenía Churchill de hombre firme e impulsivo, Rose pensaba que su preocupación por el pueblo británico era del todo sincera. Y que se trataba del líder adecuado para ayudar al mundo a sobrevivir a la agresión nazi. Inspirada por su encuentro con el primer ministro, sacó una hoja de papel y la colocó en la máquina. En vez de hacer un descanso, estuvo trabajando hasta el amanecer.

Cuando acabó el turno, abandonó las salas de guerra subterráneas. En el exterior, los londinenses llevaban a cabo un ejercicio de resistencia al acometer sus labores diarias pese al rugido de los camiones de bomberos. Había humo en varias partes de la ciudad, pero la mayoría de los incendios parecían encontrarse cerca de los muelles del East End. Se subió al tren en la estación de metro de Westminster. Ya en el vagón, se recostó contra el asiento e intentó descansar, pero le dolía el estómago a causa del hambre. Como una tonta, se había saltado la cena y no había hecho una pausa para comer algo durante el turno. Tenía muchas ganas de desayunar con sus padres y, en especial, de contarles la breve conversación que había mantenido con el primer ministro, pues no pensaba que con ello fuera a violar la confidencialidad de la sala de guerra.

Al llegar a la estación de Bethnal Green, salió al andén y se sintió aliviada cuando vio que el refugio estaba intacto. Subió la escalera. En el exterior, el hedor a madera quemada y a gasolina inundó sus pulmones. La cercanía estridente de las sirenas de bomberos hizo que se le erizara el vello de la nuca. Aceleró el paso mientras avanzaba por Bethnal Green Road, pero la intensidad de las sirenas no hizo más que aumentar. Vio frente a ella que una multitud se había congregado cerca de su casa, en Pott Street. Se le hizo un nudo en el estómago. Echó a correr, se abrió paso a empujones entre las docenas de

personas que se habían reunido en la esquina y descubrió que la zona estaba sellada por una brigada contra incendios. Los bomberos, con las caras cubiertas de una mezcla de sudor y hollín, rociaban con agua los restos de varios edificios.

—¡No! —Rose se abrió camino entre la gente parada en la acera —. ¡Déjenme pasar!

El Colmado Teasdale, incluyendo el piso superior, en el que vivían Rose y sus padres, se había convertido en una montaña humeante de ladrillo y madera chamuscada por lo que parecía el impacto directo de una bomba.

—¡Mamá! —gritó Rose—. ¡Papá!

Mientras se acercaba a las ruinas, alguien la sujetó por el brazo.

—No puede entrar ahí —le dijo un policía.

—¡Es mi casa! —chilló ella—. ¿Había alguien dentro?

—Están trabajando para averiguarlo —contestó el policía antes de soltarle el brazo—. No se acerque.

Rose se desplazó entre la multitud gritando el nombre de sus padres hasta que comenzó a arderle la garganta. Se encontró con varios vecinos; la mayoría de ellos habían pasado la noche en la estación de metro, pero ninguno había visto a sus padres. Al cabo de un rato cerraron las mangueras. Hicieron descender a un bombero que llevaba un arnés ligado a una soga por un agujero que conducía al sótano del colmado Teasdale. Unos minutos más tarde lo sacaron a la superficie; sostenía entre los brazos un cuerpo cubierto de cenizas, cuyas extremidades colgaban inertes. Un médico se acercó con rapidez, lo examinó y negó con la cabeza con gesto triste.

Usando todas sus fuerzas, Rose superó al policía que protegía el perímetro, salió disparada hacia el médico y cayó de rodillas. Pese a la gruesa capa de hollín que cubría el cuerpo, reconoció de inmediato a la mujer por su camisón y por su cabello largo.

—¡No! —gritó.

Una oleada de náusea le subió desde el estómago y sintió la necesidad de vomitar. Usando un dedo, apartó con suavidad la ceniza de los párpados de su madre. Puso la cabeza sobre el pecho silencioso de la mujer y comenzó a gemir. Cuando reunió la fuerza necesaria para volver a abrir los ojos, vio que dos bomberos extraían de entre los escombros el cuerpo sin vida de su padre.

2

PARÍS, FRANCIA
13 DE FEBRERO DE 1941

Lazare Aron, de veintitrés años, la mandíbula cuadrada y unos ojos pensativos de color castaño, se colocó la prótesis de madera tallada a mano con la que cubría los tres apéndices que le quedaban en la mano derecha y entró en la cocina. Allí se encontró a Gervais, su padre, sirviendo el café en unas tazas de cerámica, y a Magda, su madre, llevando unas tostadas de color grisáceo a la mesa.

—*Bonjour* —dijo Lazare mientras se sentaba.

Magda, una mujer esbelta con un porte exquisito y unos pómulos altos y marcados, se sentó a su lado.

—¿Has dormido bien?

—*Oui, maman* —contestó Lazare, pese a que apenas había dormido dos horas.

Una punzada de culpa hizo que se le pasara el apetito. Esperaba, por la seguridad de sus padres, que siguieran ignorando sus actividades ilícitas. Al aventurarse a salir entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana, no solo estaba quebrantando el rígido toque de queda alemán, sino que además lo hacía para colgar propaganda de la Resistencia por todo París, un delito que, en caso de que los nazis lo atraparan, conduciría a su ejecución.

Su hogar en la rue Cler del distrito siete, el barrio en el que se encontraban la torre Eiffel y el Campo de Marte, era un apartamento de dos habitaciones en el tercer piso de un edificio de piedra caliza color crema. La residencia tenía suelo de parqué salvo por la zona que ocupaba una alfombra tejida que sus padres se llevaron consigo cuando emigraron desde Varsovia, y que estaba en el salón. Los cuadros de su madre, que antes guardaba en el depósito de una galería de Montparnasse, llenaban las paredes. En una biblioteca de gran tamaño había libros, revistas y montañas de artículos de periódico,

algunos de los cuales habían sido escritos por su padre. Lazare pensaba que la decoración del apartamento la generaban las pinceladas de su madre y la máquina de escribir de su padre.

Él, que soñaba con ser periodista, igual que su padre, no había esperado seguir viviendo en casa durante aquella etapa de su vida. Pero en 1939, poco después de licenciarse en la Universidad de París, a raíz de la invasión nazi de Polonia, Francia y el Reino Unido le declararon la guerra a Alemania. Decidido a luchar por su país, intentó alistarse en el ejército francés, pero lo rechazaron por el uso limitado que tenía de su mano. Desanimado, tuvo que observar a todos aquellos compatriotas en buenas condiciones físicas que, vitoreados por el público parisino con banderas en miniatura, desfilaban por las calles camino de defender a Francia.

El verano siguiente, los nazis invadieron el país. Miles de parisinos abandonaron la ciudad y buscaron refugio en el sur, pero la familia Aron decidió quedarse.

—No permitiré que los nazis nos expulsen de nuestro hogar —dijo su padre.

Alemania tardó cuarenta y seis días en conquistar Francia. Los jóvenes del país, incluyendo a todos los amigos de Lazare que habían ido a luchar, fueron asesinados o capturados y conducidos a campos alemanes de prisioneros. Con la cólera incendiando su pecho, Lazare vio a una división de infantería de la Wehrmacht —las botas militares pulidas golpeando el pavimento— desfilar por la avenue Foch. Y se prometió hacer todo lo posible para liberar su patria.

Pero su prioridad consistía en ayudar a sobrevivir a su familia. Conseguir dinero y comida representaba un esfuerzo constante. Encontrar trabajo en alguno de los periódicos, que se hallaban bajo control de los colaboracionistas, no era una opción. Después de pasarse meses peleando por conseguir trabajo obtuvo un empleo como limpiador de los suelos y lavabos de la Gare du Nord, e incluso para ello tuvo que enseñarle al supervisor que el palo de la fregona se ajustaba a la perfección a su mano de madera.

—¿A qué sabe? —le preguntó Gervais mientras le acercaba una taza de café empujándola sobre la mesa.

Él le dio un trago, saboreó el líquido insípido y caldoso.

—Está bueno.

Gervais sonrió, elevando el bigote entrecano.

—Es una mezcla de cebada asada y restos de café usado.

Hubo un tiempo en que aquella cocina contenía café, quesos, pan y embutidos de buena calidad. Pero en aquel momento la despensa estaba vacía a excepción de dos latas de sardinas —que reservaban para una ocasión especial—, unas zanahorias marchitas, queso mohoso, una patata que había brotado y tres nabos feos. Los ciudadanos de París tenían que utilizar cartillas de racionamiento, clasificadas según la edad y las necesidades alimentarias de cada persona. Además de la ausencia de comida, la temperatura del apartamento era espantosamente baja. Casi no había carbón, y este se encontraba solo en el mercado negro. En su esfuerzo por mantener el calor durante los meses invernales, a menudo se ponían el abrigo dentro de casa y dormían bajo varias capas de mantas.

Lazare le dio un mordisco al pan, endurecido con cáscara de trigo.

—Las provisiones están empeorando —dijo—. Hay trenes llenos de comida francesa que salen a diario de la Gare du Nord en dirección a Alemania. Nuestra gente se muere de hambre. Tendríais más opciones de obtener comida si os fuerais a la Francia de Vichy.

—Este es nuestro hogar —repuso su madre mientras mojaba un poco de pan en el café.

—Tu *maman* tiene razón —añadió Gervais—. No debemos sucumbir ante los nazis. A la larga, De Gaulle, con la ayuda militar de Churchill, recuperará el control de Francia.

«¿Y si el Reino Unido cae ante Alemania?»

—Estaríais más seguros en el sur —insistió Lazare.

—Para cruzar la línea de demarcación hacen falta documentos, y nosotros no los tenemos —dijo Gervais.

—Encontraré la manera de conseguiros documentos a ti y a *maman* —aseguró Lazare.

—Suponiendo que puedas conseguir identificaciones falsas, ¿tienes planeado venir con nosotros a la Francia de Vichy? —preguntó Gervais.

Él negó con la cabeza. «Mi plan es luchar por nuestra libertad.»

—Las cosas mejorarán —vaticinó Magda.

Gervais acarició la mano de su esposa con los dedos manchados de tinta.

Antes de la invasión, el padre de Lazare había sido un periodista

exitoso y respetado en el diaro *La Chronique*. Cuando los colaboracionistas se hicieron con el control de los medios de comunicación, los periodistas fueron suspendidos de sus funciones a excepción de Gervais, que tenía experiencia con la mecánica de las rotativas. El cajista responsable de que aquella imprenta, de cincuenta años de edad y poco fiable, continuara funcionando había abandonado la ciudad cuando los alemanes atravesaron la Línea Maginot. Degradado de periodista a cajista, Gervais dedicaba sus días a entintar placas con propaganda nazi en la misma máquina que, varios años atrás, le había robado los dedos a su hijo.

El día de la tragedia, Lazare tenía ocho años. Estaba de vacaciones de verano y, en vez de irse a jugar al fútbol en el parque cercano a su apartamento, pidió acompañar a su padre a *La Chronique*. Le encantaba todo lo relacionado con el negocio periodístico. Los teléfonos que no dejaban de sonar. El golpeteo de las máquinas de escribir. El entusiasmo de los periodistas y los editores que trabajaban para mantener a los parisinos informados de los acontecimientos locales y mundiales. Pero, por encima de todo, a Lazare le encantaba observar aquella imprenta enorme, que se encontraba en la parte de atrás del edificio. Allí se combinaba el trabajo de todo el mundo y unos rodillos de acero de gran tamaño lo prensaban para crear periódicos, que a su vez se embalaban en fardos, se cargaban en camiones y se distribuían por los quioscos de todo París.

«No te acerques a la rotativa», le dijo Gervais a Lazare en la sala de la imprenta. Pero luego le pidieron que fuera a atender una llamada telefónica y Lazare se quedó solo junto con dos empleados: uno que alimentaba la rotativa con papel, el otro que apilaba los periódicos acabados. Para el niño, el giro de los rodillos era hipnótico. El aroma a trementina y aceite, embriagador. A medida que pasaban los minutos, fue acercándose cada vez más a la rotativa. Y, cuando los empleados se volvieron, Lazare comenzó a aproximar la mano muy poco a poco hacia el papel que se desplazaba a la velocidad del relámpago a través de los rodillos de acero. Solo pretendía tocarlo, simplemente quería sentir lo veloz que iba. Pero, en el momento de hacerlo, uno de los hombres dejó caer al suelo un pesado fardo de periódicos e hizo mucho ruido. Lazare dio un brinco. Su mano se vio succionada. Un dolor agudo le recorrió el brazo y se derrumbó. El empleado lanzó un grito y se apresuró a desconectar la rotativa de la

corriente. Mientras los rodillos avanzaban cada vez con mayor lentitud y acababan por detenerse, Lazare chillaba y se sujetaba la mano aplastada contra el pecho.

Gervais envolvió a su hijo, que estaba pálido y temblaba por la conmoción, en su chaqueta de traje y se apresuró a conducirlo al hospital. Le realizaron una cirugía de emergencia, pero el médico fue incapaz de salvarle el pulgar y el índice de la mano derecha. Cuando se despertó —con náuseas por la anestesia—, sus padres le dieron la noticia. Lazare levantó la vista hacia su padre, cuya camisa blanca y almidonada estaba manchada de sangre, y dijo en un susurro: «Lo siento, papá. Todo ha sido por mi culpa». Gervais lo abrazó y rompió a llorar, las lágrimas cayendo sobre el cabello de su hijo.

Lazare, que notaba como la rabia crecía en su interior, puso la mano de madera sobre la mesa. Tomó un trago de café y miró a sus padres, cansado y hambriento.

—París ya no es un lugar seguro para los judíos.

—Esto no es Alemania —replicó su padre.

—No, no lo es. Pero los nazis tienen el control y corren muchos rumores acerca de lo que están haciendo con los judíos en Alemania.

—Tenemos la nacionalidad francesa y disponemos de nuestra policía —afirmó Magda.

—Serví en el ejército francés durante la Gran Guerra —añadió su padre—. No dejarán que nos pase nada.

La seguridad de los judíos era un tema que discutían de manera recurrente, por lo general por iniciativa de Lazare. Aunque admiraba el coraje y la sabiduría de sus padres, estos no estaban expuestos al comportamiento que los nazis tenían a diario en la estación de tren. En numerosas ocasiones había oído a los soldados alemanes decir entre dientes la palabra *«Jude»* cuando detenían a alguien para inspeccionar sus documentos. Corrían rumores de que estaban expulsando a los judíos de sus cargos en el gobierno. Lazare pensaba que la policía colaboraba con los alemanes. «¿Cuánto tardaremos en no poder diferenciar a nuestra policía de los nazis? ¿Un mes? ¿Un año?»

—Tengo que irme a trabajar —dijo Lazare, decidiendo que ya había hablado suficiente, de momento, para convencer a sus padres de que abandonaran París—. Gracias por el desayuno.

—Te acompaño un trecho —anunció su padre mientras se

levantaba de la mesa.

Lazare se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla.

—Si hoy sales a intercambiar más obras, por favor, conserva el *Arco del Triunfo* —dijo señalando un cuadro de marco dorado que estaba colgado en el pasillo—. Es demasiado hermoso como para cambiarlo por unas verduras.

Magda le sonrió.

—Ese lo dejaré para el final.

En el exterior, Lazare sintió la punzada del frío en la piel que tenía al descubierto. Se abrochó la chaqueta y avanzó al lado de su padre, que estaba envuelto en un abrigo de lana negro que le llegaba por las rodillas. Había poca gente en la rue Cler; la ausencia de gases de combustión y del rugido de los vehículos resultaba siniestra. A Lazare le parecía evidente que los ciudadanos de París preferían aventurarse a salir solo cuando fuera necesario: para ir al trabajo —si tenían la suerte de conservarlo— o para ponerse en la cola del pan. El año anterior, las calles vibraban con coches, autobuses y taxis, y las aceras estaban repletas de una multitud de transeúntes que se dirigían hacia los mercados y los cafés. En aquel momento había pocos automóviles en las calles, que estaban reservadas para los conductores autorizados que colaboraban con los nazis. El servicio público de autobuses se había reducido mucho y eso llevaba a que la gente, incluido Lazare, se abstuviera de pelearse por un asiento y decidiera caminar. Lo cual implicaba que tardaría casi una hora en llegar al trabajo.

—Te acompaño hasta el otro lado del río —dijo Gervais con las manos metidas en el abrigo.

—Pero no te queda de camino —repuso Lazare.

—Necesito hacer ejercicio.

«Lo que necesitas es comida y descanso», pensó él al tiempo que le dirigía una mirada a su padre, que había perdido demasiado peso. En vez de iniciar otro debate con Gervais, se limitó a asentir con la cabeza.

Mientras se acercaban a una esquina, Lazare vio uno de sus carteles, una fina hoja de papel blanco con las palabras LA FRANCE LIBRE en letras negras de gran tamaño, que había enganchado a un poste por la noche. Sin duda, algún soldado alemán arrancaría esa propaganda durante su patrulla callejera, pero de momento al menos algunos de

sus conciudadanos la verían y sabrían que la resistencia al dominio nazi estaba vivita y coleando. Al llegar al poste, se le aceleró el pulso. Su padre clavó la mirada en el cartel, pero siguió caminando. Y Lazare se preguntó si habría reconocido aquella caligrafía inclinada, teniendo en cuenta que había sido el propio Gervais quien le había enseñado, cuando él era un niño con los dedos mutilados, a escribir con la mano izquierda.

Cerca del Pont de la Concorde, un puente arqueado de piedra que atravesaba el río Sena, Lazare reparó en un hombre y una mujer ancianos que llevaban una bolsa de tela vacía. «Han salido pronto para ahorrarse las colas del racionamiento», pensó. Pero la pareja se detuvo en la boca del puente. El hombre señaló una pared. Y Lazare supo con exactitud lo que había llamado su atención, porque había estado pegando propaganda allí. Una mezcla de excitación y patriotismo inflamó su interior.

Un coche negro con sendas banderas rojas de la esvástica a lado y lado del guardabarros apareció en el puente. Lazare contuvo el aliento. El anciano, que estaba de espaldas y al parecer no había reparado en el vehículo que se aproximaba, siguió haciendo gestos en dirección al muro mientras hablaba con la mujer, que debía de ser su esposa. El coche se detuvo al llegar junto a la pareja. El anciano se volvió y bajó el brazo.

Un oficial de las Waffen-SS con uniforme de campaña gris descendió del vehículo.

El anciano le hizo un gesto a su esposa para que se fuera.

—*Halt!* —gritó el oficial.

—Baja la cabeza. Sigue caminando —indicó Gervais en un susurro.

A Lazare se le revolvió el estómago. Continuaron avanzando hacia el puente, que se encontraba a veinte metros de distancia.

El oficial pasó junto al anciano y arrancó la hoja de papel de la pared.

—¿Sabes quién ha hecho esto? —le preguntó en francés.

El anciano negó con la cabeza.

Con un movimiento fluido y veloz, el oficial sacó la pistola y levantó el brazo.

—*Non!* —chilló la mujer.

La impresión sacudió a Lazare, que intentó correr en su auxilio,

pero Gervais lo rodeó con los brazos y lo empujó hacia el lateral del edificio.

El estallido del balazo al descargarse la pistola hizo que ambos se encogieran de miedo.

Lazare intentó liberarse del abrazo de su padre.

Como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos, el anciano se derrumbó contra el suelo.

La mujer cayó llorando al lado de su marido.

Sin más, el oficial devolvió el arma a la cartuchera y regresó al vehículo.

Mientras el coche nazi ganaba velocidad al alejarse, Lazare logró que su padre lo soltara y corrió hacia el puente, donde se encontró a la mujer sollozando junto a su marido. Se dejó caer de rodillas. Con manos temblorosas, se quitó la bufanda y la colocó encima del agujero del diámetro de una avellana que el hombre tenía en la cabeza. Al lado de un charco de sangre estaba la hoja arrugada con la letra de Lazare. La desesperación le partió el corazón.

—Lo siento mucho —dijo mientras su voz se convertía en un susurro.

La mujer lanzó un aullido y se aferró al pecho sin vida de su marido.

Al notar la mano de su padre en el hombro, Lazare levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas. «¿Qué he hecho?»

3

LONDRES, INGLATERRA
17 DE FEBRERO DE 1941

Los padres de Rose fueron enterrados en el cementerio de Manor Park bajo una lluvia helada. Pese a las inclemencias del tiempo, el servicio a pie de sepultura congregó a mucha gente. Emilienne y Herbert habían establecido un gran número de amistades con la gente de Bethnal Green. Bajo un dosel de paraguas había estibadores, maestras, conductores de camión, agentes de policía, enfermeras, albañiles, peluqueras, bomberos, niños —los que compraban chucherías en el colmado antes de que llegara el racionamiento— y dos vicarios de iglesias parroquiales a las que los Teasdale nunca habían acudido. El Colmado Teasdale era una piedra angular de la comunidad, y a Rose le quedó claro que sus padres habían hecho mucho más con sus vidas que sellar los cupones de las cartillas de racionamiento.

Estaban presentes la mayoría de las compañeras de trabajo de Rose, incluyendo a Gladys Goswick, que casi nunca se juntaba con las mecanógrafas fuera de las salas de guerra del gabinete, ni siquiera para tomar el té en la cafetería del Tesoro. Rose se sentía emocionada por el apoyo abrumador de sus colegas y de la comunidad de Bethnal Green. Pero los abrazos y condolencias, así como el elogio fúnebre del pastor —quien le prometió que sus padres se encontraban en un lugar mejor— apenas sirvieron para aliviar su aflicción.

Incapaz de quitarse de encima las imágenes espantosas de sus padres recubiertos por la ceniza, Rose casi no había comido nada desde la tragedia. Lucy, su mejor amiga, le había insistido en que se mudara al piso que compartía con otras dos mujeres en Spitalfields. Lucy la había ayudado con los preparativos del funeral y había doblado turnos para que Rose pudiera ausentarse del trabajo. Y ella, agradecida por aquel apoyo, había utilizado el tiempo que no pasaba en la sala de guerra para averiguar los motivos por los que sus padres

no habían ido a buscar refugio en la estación de metro.

Hablando con sus vecinos se enteró de que, a veces, cuando ella tenía turno de noche, sus padres no iban a dormir a Bethnal Green para que la espalda dolorida de Emilienne se tomara un descanso temporal del duro suelo de piedra de la estación. Y, según el panadero que trabajaba a dos calles de distancia del Colmado Teasdale, su madre había insistido en que Herbert fuera solo al refugio cada vez que su espalda necesitaba ese descanso, pero él nunca había abandonado su lado. Junto con sus padres, aquella noche terrible murieron otros siete vecinos de su calle que no habían acudido al refugio subterráneo.

Mientras hacían descender los ataúdes, la multitud gimoteaba. La lluvia tamborileaba sobre el paraguas de Rose. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y no hizo el menor esfuerzo por secárselas. Junto a las tumbas de sus padres había una lápida que llevaba el nombre de Charlie Teasdale. La imagen del féretro vacío de su hermano, a excepción de algunos efectos personales que su madre había escogido, hizo que una punzada le atravesara las entrañas. Su mente y su corazón se tambalearon bajo el peso del remordimiento. «¿Por qué insistí en presentarme voluntaria para aquel turno de noche? ¿Cómo es posible que no me enterara de que mamá y papá no acudían al refugio del metro?»

La multitud se dispersó poco a poco al acabar el servicio, que había durado treinta minutos. Lucy, acompañada por Jonathan, su novio, fue la última en marcharse pese a que la lluvia había empeorado y en el recinto del cementerio estaban apareciendo charcos de gran tamaño.

—Lo siento mucho —dijo Lucy entre lágrimas, con el paraguas temblándole en la mano—. Si no hubiera hecho planes con Jonathan, tú nunca te habrías presentado voluntaria para trabajar esa noche y...

—No lo hagas —la interrumpió Rose, dejando caer el paraguas para darle un abrazo—. No pienses eso. Ni por un instante.

Lucy soltó también el paraguas y abrazó a Rose con fuerza.

—No habría cambiado nada —repuso Rose, con el cabello empapado por la lluvia—. Me habría presentado voluntaria esa noche independientemente de tus planes.

Lucy lanzó un sollozo.

—No es culpa tuya —añadió Rose—. Tienes que creerlo. Los

únicos culpables son Hitler y esta maldita guerra. —Bajó los brazos y retrocedió un paso—. Se te han mojado las gafas.

—No me importa —contestó Lucy, sin hacer el menor esfuerzo por limpiarse las gotas de agua de los cristales.

Jonathan recogió los paraguas y los sostuvo sobre sus cabezas.

—Rose, si necesitas algo, por favor, dímelo.

—Gracias. —Se volvió hacia Jonathan y tuvo que ponerse de puntillas para darle un beso en la mejilla. Olía a humo, lo cual le hizo pensar en el cuerpo de Emilienne cubierto por la ceniza. Reprimió la idea y se dio cuenta de que llevaba el uniforme de bombero por debajo del impermeable—. Has venido directamente del trabajo...

—Lo siento —dijo él—. Si hubiera ido a cambiarme, habría llegado tarde.

—Me alegro de que estés aquí. —Rose entrelazó los brazos de Lucy y Jonathan con los suyos, y salieron juntos del cementerio después de rodear las diversas extensiones de charcos.

Al día siguiente, Rose regresó al trabajo en el turno vespertino. Las mujeres del Despacho 60, muchas de las cuales se preparaban ya para marcharse a casa, la saludaron con calidez mientras colgaba el abrigo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Margaret, parada delante de la centralita.

—Bien —contestó Rose, haciendo lo posible por esconder la desesperación de su voz.

—Me alegra tenerte de vuelta —dijo Goswick, que estiró el brazo para entregarle la carpeta que contenía lo que debía mecanografiar.

—Gracias, señorita Goswick.

Rose se llevó la carpeta al escritorio.

—Hay una carta para ti —indicó Lucy señalando el sobre que descansaba en la mesa de Rose.

Ella asintió con la cabeza.

—Quizá la lea después, durante una pausa. —Guardó la carta, que llevaba su nombre escrito a máquina en el anverso del sobre, en el cajón del escritorio.

Lucy se levantó y se puso el abrigo.

—Voy a cenar a casa de mi madre. Ha preparado un pastel de carne y puré de patatas. Te guardaré un trozo.

—Eso sería maravilloso —aseguró Rose, pese a que no sentía el

menor deseo de comer.

Al cabo de unos pocos minutos, en la estancia solo quedaba el turno vespertino: ella, dos mecanógrafas más y tres operadoras de la centralita. Rose ordenó sus tareas y se puso a trabajar. El suave golpeteo de las teclas de su Remington Noiseless resultaba curiosamente reconfortante, como la voz de una vieja amiga. Transcribió varios informes y, por primera vez en varios días, sintió que su mente se alejaba de los pensamientos lúgubres.

Unas horas después, algunas de las mujeres fueron a tomarse un descanso y dejaron a Rose sola con una telefonista. Aprovechando aquella pequeña intimidad, recuperó el sobre del cajón, lo abrió y se encontró con el membrete del primer ministro. Se le hizo un nudo en el estómago y sujetó el papel con fuerza.

13 de febrero de 1941

Querida señorita Teasdale:

Le ruego acepte mis más sinceras condolencias ante esta pérdida tan dolorosa.

Winston Churchill

Se le humedecieron los ojos. Aunque la carta era breve y no contenía una firma manuscrita, agradeció que el primer ministro hubiera dedicado un rato de su tiempo a dictar aquel mensaje, que habría sido mecanografiado por alguna de sus cuatro secretarias, para expresarle sus condolencias. Se frotó los ojos para secarse las lágrimas y devolvió la carta al sobre. Abrió el cajón y mientras miraba la foto de su hermano, se prometió hacer todo lo que estuviera en su poder para vengarse de la Luftwaffe hitleriana. Deseó, con cada fibra de su ser, poder hacer algo para honrar a su familia y ayudar al Reino Unido a sobrevivir a aquella atroz arremetida aérea.

Mientras deslizaba la carta de Churchill por debajo de la foto de Charlie, la centralita se iluminó. En el pasillo se oyó un clamor de pasos en aumento. Las mujeres que habían hecho una pausa regresaron a sus puestos. Un instante después sonó la alarma antiaérea. Sintiendo que un odio intenso hacia Hitler reemplazaba al miedo, Rose retomó la transcripción de un informe. Y se juró a sí

misma que, sin importar lo que le costara, encontraría la manera de vengar la muerte de su familia.

4

PARÍS, FRANCIA
27 DE FEBRERO DE 1941

La imagen del anciano que había sido ejecutado tan solo por mirar la propaganda de la Resistencia llenaba la mente de Lazare. Los gemidos de la mujer resonaban en sus oídos, como si aquella voz chillona hubiera grabado surcos fonográficos en su cerebro. El paso de las semanas apenas había servido para que disminuyera la culpa cancerosa que se estaba propagando por su corazón. «Si no hubiera colgado aquel papel en el puente, ese hombre estaría vivo.» Por no querer confesarse ante sus padres, soportaba aquella carga en solitario. Lazare no tenía la menor intención de revelar sus actividades clandestinas en casa; temía que sus padres se vieran implicados si le arrestaban. Pero las cosas cambiaron en el momento en que Lazare volvió a casa del trabajo y se los encontró rebuscando entre los artículos de pintura y escritura para dar con cosas que pudieran intercambiar por comida.

—¿Habéis visto mi papel? —preguntó Gervais mientras miraba en los cajones del escritorio.

A Lazare se le erizó el vello de la nuca. Se entretuvo colgando el abrigo.

—*Non* —contestó Magda, que estaba de rodillas con la cabeza metida en un armarito.

Notó que se le enfriaba la piel y entró en el salón esforzándose por dar con algo que explicara la desaparición de los papeles y las pinturas, pero allí solo vivían ellos tres, y era evidente que nadie había entrado a robar en el apartamento. Puesto que sus padres ya no escribían ni pintaban, había dado por hecho que tendría tiempo de sobra para reponer aquellos suministros. Sin embargo, no había contado con que las raciones cada vez más pequeñas obligarían a los parisinos hambrientos a deshacerse de artículos no esenciales e

intercambiarlos por algo que comer.

—Lazare... —dijo Gervais, volviéndose hacia su hijo—. ¿Has visto...?

—Lo cogí yo —le interrumpió él.

Magda se puso en pie y enarcó las cejas confundida.

—¿Por qué?

Una oleada de vergüenza sacudió a Lazare.

—Usé el papel y la pintura para hacer propaganda de la Resistencia.

A la mujer se le desorbitaron los ojos.

Lazare dirigió la vista hacia su padre, cuya mirada era una mezcla de miedo y tristeza.

—Fui yo quien pegó aquel cartel en el Pont de la Concorde.

—*Oh, bon Dieu* —dijo Gervais hundiendo los hombros.

Magda lanzó un grito ahogado.

—Un hombre murió por mi culpa —declaró Lazare, sintiéndose obligado a revelar su pecado.

—*Non!* —Gervais se acercó a él—. Un nazi lo mató.

El joven notó la acidez de la bilis en la garganta.

—Si yo no hubiera pegado ese cartel, el hombre no se habría detenido en el puente. Habría evitado al oficial alemán y hoy seguiría vivo.

A Magda se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tienes que dejar de pegar carteles —recomendó Gervais, como si intentara proteger a su familia—. Los nazis no tienen ninguna tolerancia hacia quienes publican propaganda de la Resistencia.

Lazare era consciente de que su padre decía la verdad. Mientras fregaba el suelo de uno de los baños públicos de la estación de tren, había oído a dos agentes de policía hablar sobre el arresto reciente de varios intelectuales que editaban un periódico clandestino con el que animaban a los ciudadanos de París a resistir contra la ocupación alemana. «Los van a ejecutar», dijo uno de los agentes, parado junto a su compañero ante los urinarios. *«Les imbéciles»*, contestó este al tiempo que se subía la cremallera del pantalón. Lazare sintió que la rabia hervía en su interior mientras metía la fregona en el cubo de agua sucia.

—Tenemos que seguir luchando —dijo—. Detesto lo que he hecho y tendré que vivir sabiendo que un hombre ha muerto por culpa

de mis actos. Pero ¿cómo podría yo, o ya que estamos cualquier francés, quedarme de brazos cruzados? ¿Debemos permitir que Hitler controle nuestra patria? ¿Hemos de comportarnos como ovejas y dejar que los nazis y nuestra policía nos conduzcan al matadero?

—Es demasiado peligroso —contestó su madre.

—Todos corremos peligro —repuso Lazare—. Los colaboracionistas están haciendo comentarios antisemitas. La infección nazi se está propagando por París. Deberíais escapar a la *zone libre* antes de que sea demasiado tarde.

—Tu madre y yo no vamos a marcharnos —declaró Gervais—. Con el tiempo, Francia será liberada.

—Yo tampoco planeo marcharme —explicó Lazare—. Pero temo que las cosas empeoren mucho antes de que las fuerzas aliadas puedan intentar liberar Francia.

Magda le cogió las manos con fuerza.

—Prométeme que dejarás de hacerlo.

Lazare no había colgado propaganda de la Resistencia desde que le dispararon al hombre del puente. La culpa consiguiente le había llevado a hacer una pausa temporal y reflexionar sobre sus actos. Aunque pensaba que difundir pósteres antinazis era importante, estaba convencido de que haría falta mucho más que unas palabras inspiradoras para liberar el país.

—No pienso colgar más propaganda —dijo apretándole los dedos a su madre.

Aunque estaba diciéndoles la verdad, un presentimiento comenzó a crecer en su pecho. Por la seguridad de sus padres, no tenía la intención de informarlos de sus planes contra los nazis, ya que estos implicaban actos mucho más peligrosos que el de colgar carteles patrióticos.

5

LONDRES, INGLATERRA
5 DE ENERO DE 1942

Rose sacó el documento terminado de la máquina de escribir y lo grapó junto con el resto del informe. Se frotó los ojos, intentando quitarse de encima la necesidad de dormir.

—Buenos días, Rose —dijo Lucy al entrar en la sala. Fue a colgar el abrigo de lana y la bufanda y, acto seguido, se sentó al escritorio—. ¿Has descansado algo en el muelle?

—Un poco —contestó ella, recordando la siesta de treinta minutos que había hecho en una litera del subsótano.

—Ya has terminado tu turno —observó Lucy señalando el reloj de la pared—. Vete a casa y duerme.

—Tengo una tarea más que me gustaría acabar antes de...

—Que te vayas —insistió Lucy.

Rose asintió con la cabeza y se puso a ordenar el escritorio antes de marcharse.

Durante los meses anteriores, la situación había cambiado mucho. En mayo, la Luftwaffe había abandonado los bombardeos nocturnos sobre Londres, aunque por todo el Reino Unido seguía habiendo ataques frecuentes y la consiguiente muerte de civiles. En junio, Hitler había traicionado a Stalin y había invadido la Unión Soviética, lo que redujo de manera momentánea el miedo de los habitantes de Londres a la invasión inevitable del país por parte de los alemanes. «¿Se detendrá en algún momento el maniaco del Führer?», se había preguntado Rose mientras escuchaba la alocución radiofónica en la que Churchill declaró el apoyo total del Reino Unido a la Unión Soviética. Y, el mes anterior, Estados Unidos había entrado en la guerra después de que los japoneses bombardearan Pearl Harbor. El Reino Unido ya no estaba solo. Por primera vez en más de un año parecía existir la esperanza, si bien ligera, de que los Aliados

impidieran a Hitler conquistar Europa.

El paisaje de la guerra se había alterado, pero para Rose las cosas no eran demasiado diferentes. Su aflicción seguía siendo una herida abierta. El paso del tiempo apenas había logrado que su pena menguara. Visitaba a menudo las tumbas de Charlie y de sus padres, y dejaba en ellas campanillas y tulipanes, la flor favorita de su madre.

—Es terrible lo mucho que os echo de menos —susurraba ante sus lápidas.

«¿Estáis en un lugar mejor? ¿He hecho que os sintáis orgullosos?» Al margen de algún vaso ocasional de whisky escocés cortesía de Lucy, que pensaba que un trago podría mitigar el dolor de un día terrible, Rose prefería recetarse el trabajo como medicina contra la pena que sentía. Pero tanto daba el número de informes que mecanografiara, y tanto daba el número de horas que trabajara, pues el dolor nunca abandonaba su corazón. «Tiene que haber algo más que pueda hacer.»

Mientras cogía el abrigo para marcharse, la señorita Goswick entró en la habitación.

—¿Alguien sabe hablar francés? —preguntó.

—Yo —contestó ella.

Goswick se volvió hacia ella.

—¿Con fluidez?

—Sí —asintió Rose—. *Je parle français couramment* —añadió, esperando inspirar la confianza de la supervisora.

—Bien —dijo Goswick, que pareció satisfecha—. Ven conmigo.

Rose le dirigió una mirada a Lucy, dejó el abrigo y siguió a la mujer.

—Una intérprete ha llamado para decir que está enferma —señaló Goswick mientras caminaba a paso ligero.

Rose asintió con la cabeza, esforzándose por mantener su ritmo.

—Vas a traducir para el comandante Martel. Siéntate a su derecha, lejos de los demás, y limítate a decirle en francés lo que oigas.

—De acuerdo.

—Repite las cosas, nada más. No te pongas a conversar.

—Por supuesto —dijo Rose.

Goswick se detuvo delante de la puerta cerrada de una de las salas de guerra.

«¿Aquí?» A Rose se le aceleró el pulso.

—Y, por el amor de Dios —añadió la mujer mientras ponía la mano sobre el pomo de la puerta—, habla en voz baja y no interrumpas.

Rose volvió a asentir.

Goswick llamó a la puerta y la abrió.

—Primer ministro, hemos encontrado a una intérprete para el comandante Martel.

«¡El primer ministro!» Rose notó un nudo en la garganta.

Sir Winston Churchill presidía la mesa con forma de U. A su espalda había un amplio mapamundi. Delante tenía a dos hombres; reconoció a uno de ellos por haberle visto en los periódicos y durante sus visitas a las salas de guerra. Era el general Charles de Gaulle, un hombre alto y bigotudo, con los ojos caídos. Gracias a sus transmisiones en la BBC, Rose sabía que De Gaulle había abandonado Francia durante la invasión nazi y se había trasladado a Londres para liderar las fuerzas de la Francia Libre. A su derecha había un oficial de cabello canoso a quien no reconoció, pero pensó que debía de tratarse del comandante Martel.

Goswick le indicó con la mirada que pasara.

Rose se armó de valor y entró en la habitación. La puerta se cerró a su espalda. Con las piernas temblorosas, fue a sentarse a la derecha del comandante Martel mientras deseaba no haberle hablado nunca a Goswick de su conocimiento del idioma francés. «¿Dónde están los ayudantes de Churchill? ¿Por qué esta reunión íntima?» La somnolencia debida a que se había pasado toda la noche trabajando había desaparecido. Alimentado por la adrenalina, el corazón le martilleaba bajo las costillas.

El comandante Martel le dirigió una mirada rápida y luego devolvió su atención a Churchill y a De Gaulle.

Rose lamentó no haber llevado un bloc y un lápiz. Sintió que no estaba preparada en absoluto y se sujetó las manos para mantenerlas quietas.

El general De Gaulle se inclinó sobre el escritorio de Churchill y sacó un puro de una caja, cuya tapa dejó abierta.

—Roosevelt se muestra comprensivo con Vichy y el mariscal Pétain —dijo con acento francés.

«Habla bien el inglés —pensó Rose—. ¿La reunión tratará sobre

el presidente de Estados Unidos? ¿O sobre el líder de Vichy, que colabora con los nazis? No pienses. Limítate a traducir.» Se volvió hacia el comandante Martel y repitió en francés el comentario de De Gaulle.

Martel asintió con la cabeza, sin apartar la mirada del general.

—No debería haber ordenado el desembarco sin consultarnos a Roosevelt y a mí —expuso Churchill con tono irritado—. Si yo no hubiera estado en Washington con motivo del ataque contra Pearl Harbor, este incidente internacional que ha provocado habría sido mucho peor.

«¡Dios santo!» Se le secó la boca. En voz baja, tradujo las palabras de Churchill para Martel.

El general De Gaulle encendió el puro, le dio algunas caladas y a continuación expulsó una bocanada de humo.

El olor a tabaco quemado le irritó la nariz. Rose resistió la necesidad de toser.

—Canadá no quiere al ejército de Vichy cerca de Quebec, y usted tampoco —dijo De Gaulle—. Si las fuerzas de la Francia Libre no hubieran invadido Saint Pierre y Miquelon, Canadá habría acabado capturando las islas para quedárselas.

—Ha ido demasiado lejos —replicó Churchill, y cerró la tapa de la caja de puros.

—Usted piensa lo mismo —afirmó De Gaulle golpeando con suavidad el puro contra el cenicero de Churchill—. Tengo la confianza absoluta de que podrá explicarles las cosas como es debido al presidente norteamericano Roosevelt y al primer ministro canadiense King.

Rose estuvo una hora traduciendo el debate entre Churchill y De Gaulle. Descubrió —pese a que intentó concentrarse en su tarea como intérprete— que, el día de Nochebuena, la fuerza naval de la Francia Libre, con trescientos sesenta marineros y siguiendo las órdenes de De Gaulle, había capturado dos islitas controladas por Vichy cerca de las costas canadienses de Terranova. La invasión duró menos de treinta minutos y no se produjo un solo disparo. Pero, con Estados Unidos entrando en la guerra y obstinado en que no se tomara el control de esas islas por la fuerza, el acto de rebeldía de De Gaulle había provocado un importante incidente internacional. A Rose le quedó claro que Churchill estaba quitando hierro a sus consecuencias con los

líderes aliados.

—¿Desea ser un huésped permanente del Reino Unido? —preguntó Churchill.

—Mi plan es recuperar Francia de los alemanes y convertirme en el líder de mi país —dijo De Gaulle, hablando como si creyera que estaba destinado a ello—. Mi pueblo me considera una Juana de Arco rediviva.

—Quizá debería recordarle —repuso Churchill frotándose la mandíbula— que los ingleses quemaron a esta última.

«¡Ay, Dios!» Rose se sujetó a la silla.

El general De Gaulle se acarició el bigote con expresión estoica.

La joven le tradujo las palabras al comandante, que enarcó las cejas.

Pensó que la reunión iba a terminar de manera abrupta, o bien porque De Gaulle y Martel saldrían furiosos de la habitación, o porque Churchill llamaría a la guardia militar para que los escoltara fuera del edificio. Para su sorpresa, como si estuvieran ya acostumbrados a sus respectivos comportamientos, Churchill y De Gaulle prolongaron aquella charla conflictiva durante otros veinte minutos.

—Si hemos de detener a Hitler y su sed de sangre y destrucción —dijo Churchill—, necesitaremos un apoyo absoluto por parte de Estados Unidos y Canadá. —Se cogió el reloj de bolsillo, que llevaba sujeto al chaleco con una cadena—. Confío en que, en el futuro, antes de emprender una misión la consultará conmigo y con los líderes aliados.

El general De Gaulle apagó en el cenicero lo que quedaba de su puro y se puso en pie.

—Le mantendré informado. Y espero que me dé el mismo trato.

Rose tradujo aquel diálogo para Martel, que se puso en pie también y le dijo algo a De Gaulle en francés.

Ella respiró hondo en silencio, aliviada por que aquella reunión tan tensa estuviera llegando a su fin.

—El comandante Martel le agradece su apoyo —dijo De Gaulle dirigiéndose a Churchill, e hizo un gesto con la mano hacia Rose—. El comandante también siente curiosidad por saber cómo se las ha arreglado para tener a una ciudadana francesa trabajando en su sala de guerra. Dice que a la mujer anterior costaba bastante entenderla por su acento cockney.

Churchill miró a Rose.

A ella se le hizo un nudo en el estómago.

—La señorita Teasdale es inglesa —dijo el primer ministro mientras se levantaba de la silla.

El general se inclinó hacia Martel y le contó lo que Churchill acababa de decir.

El comandante miró a Rose y acto seguido se volvió hacia De Gaulle.

—*Je pense toujours qu'elle est Française.*

—Quizá debería examinar con mayor detenimiento los antecedentes de su personal —le recriminó De Gaulle a Churchill—. Martel está convencido de que es francesa.

Churchill se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Eso será todo, señorita Teasdale.

—Sí, primer ministro.

Rose salió de la sala del gabinete de guerra y cerró la puerta tras de sí. Se dirigió al Despacho 60 y, sigilosa, recuperó el abrigo. No quería que las mecanógrafas ni las telefonistas la vieran tan exhausta. Con la cabeza y el cuerpo agotados, subió la escalera del búnker subterráneo deseando que no volvieran a pedirle nunca más que hiciera de intérprete del francés.

Churchill despertó de la siesta de la tarde en el dormitorio privado del búnker. Atravesó la pequeña estancia y se sentó al escritorio, se sirvió un vaso de whisky escocés Johnnie Walker procedente de un decantador de cristal y lo rebajó con agua. Encendió un puro, le dio una larga calada y levantó el auricular del teléfono.

—Póngame con Hugh Dalton —pidió a la operadora.

Bebió un trago de whisky, cuyo sabor a turba hizo revivir sus sentidos, y se quedó pensando en Dalton, el ministro de Guerra Económica, a quien había nombrado para que asumiera la responsabilidad de su organización secreta. «Préndele fuego a Europa», le había dicho.

—Primer ministro... —dijo Dalton al atender el teléfono—. ¿A qué debo este honor?

Churchill hizo girar un poco de whisky en el fondo del vaso.

—Hay una persona a la que tus reclutadores deberían conocer.

6

LONDRES, INGLATERRA
13 DE ENERO DE 1942

Rose y Lucy desayunaron juntas, avena cocida con trozos de grosella desecada, y salieron del apartamento para dirigirse al trabajo. Aquel día, por primera vez en casi una semana, sus horarios laborales coincidían, cosa que ocurría cada vez con menor frecuencia, ya que Rose se presentaba voluntaria siempre que podía para hacer turnos extras.

—Quizá podríamos montarte una segunda casa en el muelle —bromeó Lucy mientras esperaban en la estación de metro—. Podríamos tejer cortinas para unas ventanas imaginarias.

Rose se obligó a sonreír.

—Con la ayuda de unas lámparas, quizá podríamos organizar un jardín interior. Te compraríamos una mascota, aunque tendríamos que conformarnos con algo que pueda vivir en un subterráneo.

—Como una musaraña —sugirió Rose, haciendo todo lo posible por seguirle el juego.

—¡Exacto!

—Entiendo lo que quieres decir. Yo estoy trabajando demasiado y tú estás preocupada por mí.

—Eres lista —dijo Lucy entrelazando el brazo de ella con el suyo.

—De acuerdo —convino Rose—. Si Goswick necesita que alguien se quede trabajando esta noche, te prometo que seré la última en presentarme voluntaria.

Lucy se bajó las gafas y clavó la mirada en Rose.

—Tienes mi palabra —insistió esta.

Se subieron al metro y estuvieron charlando durante todo el trayecto hasta el trabajo. Rose agradecía que Lucy no hubiera sacado el tema del encargo improvisado de la semana anterior para ejercer de intérprete, como tampoco lo habían hecho sus compañeras durante las

pausas para comer en la cafetería del edificio del Tesoro. Intentaba no pensar en aquella reunión, pero, por haber sido testigo de la relación conflictiva que existía entre Churchill y De Gaulle, no podía quitársela de la cabeza.

Al llegar al edificio del Tesoro, pasaron por el control de seguridad y bajaron la escalera en dirección al búnker, donde se encontraron a la señorita Goswick esperándolas en la puerta.

—Hola —saludó Lucy mientras se desabotonaba el abrigo.

—Buenos días —contestó Goswick con frialdad. Se acercó a Rose y le entregó un sobre—. Mi superior me ha informado de que se te ha convocado para asistir a una reunión.

Ella miró el sobre cerrado, con su nombre escrito a máquina en el anverso.

—¿Un encargo de interpretación?

—No lo sé, pero no te quites el abrigo. Tu reunión es en Marylebone. —Goswick se volvió y se alejó mientras el taconeo de sus zapatos resonaba en el pasillo del sótano.

Rose miró a Lucy y se encogió de hombros.

—Supongo que nos veremos luego.

Su amiga asintió con la cabeza y fue a sentarse detrás de su máquina de escribir.

Rose abrió el sobre y leyó la carta, que parecía un telegrama.

> Por la presente se convoca a Rose Teasdale para mantener una entrevista con el capitán Selwyn Jepson a las 9 de la mañana del 13 de enero de 1942.
> Lugar: Baker Street, 64, Londres.

«¿Una entrevista?» Lo más probable era que Goswick no supiera nada al respecto, pensó Rose; de otro modo, su supervisora, una mujer franca y honesta, le habría contado algo más. Miró el reloj y se dio cuenta de que tenía que marcharse de inmediato si quería llegar a tiempo a la cita. Se metió la carta en el bolsillo del abrigo y salió del edificio del Tesoro. Tomó un autobús en dirección al West End y no tardó en llegar al número 64 de Baker Street. Entró en el edificio de piedra de seis pisos y, teniendo en cuenta que ella trabajaba en secreto en el sótano del Tesoro, no le extrañó que este no tuviera ninguna identificación.

—Hola —saludó a un recepcionista que llevaba un traje de color carbón y despedía un fuerte olor a loción para después del afeitado—.

¿El capitán Jepson, por favor?

El recepcionista examinó sus documentos.

—¿La señorita Teasdale?

—Sí.

—Despacho veinticuatro —dijo—. En el segundo piso.

—Gracias.

Subió la escalera y, como en el vestíbulo tomó la dirección equivocada, tuvo que regresar sobre sus pasos para dar con el despacho. Respiró hondo y llamó a la puerta.

—Pase —indicó una voz grave.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre de mediana edad que vestía una chaqueta militar de color verde oliva.

—Buenos días —saludó él levantándose del escritorio. Le estrechó la mano con firmeza pero con suavidad—. Soy el capitán Jepson.

—Rose Teasdale.

El hombre le cogió el abrigo y lo colgó de una percha.

—Siéntese —le pidió, haciendo un gesto hacia la silla de madera que había al otro lado de su escritorio.

Ella hizo lo que le había indicado.

Jepson tomó asiento también y abrió una cajita que tenía sobre el escritorio.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

Jepson cerró la caja.

—Supongo que se estará preguntando qué es todo esto.

—Así es —admitió Rose.

—Considere que se trata de una entrevista —dijo Jepson.

—¿Para qué puesto? —Rose escondió las manos bajo sus muslos.

—Después de la entrevista se lo contaré todo, siempre y cuando reúna usted los requisitos. —Jepson cogió un expediente y un lápiz del escritorio.

Rose pensó que aquella era una manera bastante rara de realizar una entrevista. Pero, a fuerza de recibir órdenes en la sala de guerra, estaba condicionada para limitarse a actuar según le indicaran. Jepson parecía agradable, más allá de que mantuviera su función en secreto, y aquella reunión sin duda tenía aspecto de ser mucho más cordial que la que habían mantenido Churchill y De Gaulle.

—Muy bien —declaró.

La entrevista comenzó con los apartados de rigor. Formación. Experiencia laboral. Competencias lingüísticas. Pero las preguntas de Jepson no tardaron en volverse personales e incómodas.

—Entiendo que, durante su infancia y adolescencia, pasó a menudo los veranos en Francia...

«¿Cómo sabe eso? ¿Qué hay en ese expediente?»

—Sí, mis abuelos vivían allí.

—¿Han fallecido ya sus abuelos?

A Rose se le hizo un nudo en el estómago.

—Sí.

—¿Cuál era su filiación política?

—No lo sé. Yo era pequeña y nunca hablaban de política.

Jepson garabateó algo en su libreta.

—¿Qué tal conoce París?

—Bien, supongo. La casa de mis abuelos estaba en Puteaux.

Jepson le dio la vuelta a la página.

—¿Le dan miedo las alturas?

«¿Qué clase de pregunta es esa?» Se le erizó el vello de la nuca.

—Un poco.

—¿Cuánto es «un poco»?

—No tengo el menor problema con los edificios de oficinas altos, pero prefiero no sentarme cerca de una ventana.

—¿Alguna vez ha tomado parte en un altercado, señorita Teasdale?

—No —respondió ella sintiéndose ofendida.

—Si tuviera que enfrentarse a un nazi —planteó Jepson de manera abrupta—, ¿podría matarlo?

Rose se cogió de la silla.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Limítese a contestar la pregunta, señorita Teasdale.

En su mente aparecieron los cuerpos quebrados de sus padres, cubiertos por la ceniza; el ataúd vacío de Charlie.

—Sí.

—¿Qué le hace pensar que podría luchar contra los nazis?

—Pues... —empezó mirando a Jepson a los ojos—. Que los odio.

—Bien —convino el hombre, y escribió algo en el papel.

—Capitán, esta entrevista es bastante inusual. ¿Qué quiere

conseguir con estas preguntas? —dijo Rose, llevada por la mezcla de curiosidad y nervios que se agitaba en su interior.

—Estoy intentando evaluar si puedo arriesgar su vida —contestó él haciendo rodar el lápiz entre los dedos—. Y si tiene usted la fortaleza necesaria para arriesgarla.

A Rose se le secó la boca.

—¿Podemos continuar? —preguntó Jepson con voz calma.

Ella asintió con la cabeza.

Se pasó el resto de la mañana contestando a las preguntas inquisitivas del capitán. Al acabar la entrevista, este la informó de que se pondría en contacto con ella para anunciarle su decisión. Se estrecharon la mano y Rose salió del edificio de Baker Street. Un dolor premonitorio comenzó a crecer en su vientre. Tuvo la certeza de que, en caso de que la escogieran para aquel trabajo no revelado, su vida cambiaría para siempre.

7

PARÍS, FRANCIA
21 DE FEBRERO DE 1942

Lazare abrió la ventana y el aire helado penetró en el dormitorio. El trozo de jabón viejo que había usado para lubricar el marco funcionó bien a la hora de evitar que la ventana chirriara. En la calle, iluminada por la medialuna, no había ningún movimiento. A lo lejos se desvaneció el inconfundible rechinido de un coche alemán. Debía de tratarse de una patrulla de la Wehrmacht, pensó Lazare, teniendo en cuenta el estricto toque de queda que habían impuesto los nazis. Sus padres se habían ido a la cama horas antes. Convencido de que estarían dormidos, al igual que sus vecinos, salió al rellano de la escalera de incendios y se puso una gorra y un par de guantes negros, uno de ellos un mitón extragrande para ocultar la mano prostética de madera. Cerró la ventana con suavidad. Mientras descendía por los escalones metálicos, las botellas —llenas de acelerante— se balanceaban en los bolsillos del abrigo. La adrenalina corría por sus venas.

Maniobrando a través de callejones y las vías menos transitadas, llegó al distrito catorce. Su destino se encontraba cerca de Montparnasse, hogar de una animada comunidad artística que, antes de la ocupación nazi, había atraído a gente de todo el mundo. Nina Hamnett. Pablo Picasso. Chaim Soutine. Diego Rivera. Marie Vassilieff. Salvador Dalí. De pequeño, Lazare y su madre —una mujer humilde que de manera sistemática se sentía indigna de exponer su obra al lado de artistas tan consumados— habían visitado a menudo sus galerías. «Tus piezas me gustan más, *maman*», le dijo una vez mientras regresaban a casa. «Eres un buen chico —contestó ella sonriéndole y revolviéndole el cabello con los dedos—. No pierdas la dulzura.»

Lazare tenía la sensación de que los paseos que había dado con su

madre por Montparnasse pertenecían a otra vida, pues la ocupación alemana había abierto una brecha entre el pasado y el presente. El motivo por el que estaba arriesgando la vida al romper el toque de queda y aventurarse en el distrito catorce no tenía nada que ver con cuadros ni esculturas. Se trataba de trastocar los planes de los nazis. En el baño de la estación de tren había oído a un oficial de la Wehrmacht darle a un camarada la dirección de una mujer francesa que supuestamente hacía servicios para los oficiales alemanes. Además de conocer la cita que habían planeado, aquello le proporcionó la localización exacta en la que los vehículos alemanes estarían aparcados.

El camino para convertirse en un saboteador había empezado meses atrás, con un cuchillo de mondar que se llevó de la cocina de casa. Se fue al trabajo con la hoja envuelta en un trapo y metida en el interior del zapato de piel. De camino, se detuvo al lado de un Kübelwagen aparcado de la Wehrmacht, un vehículo ligero militar con un techo de lona descapotable y una antena que sobresalía de su parte trasera. «¿Un coche con radio?» Examinó la zona. Al no ver rastro del conductor y estar la acera despejada, se puso en cuclillas. Mientras hacía como que se ataba el zapato, sacó el cuchillo y lo clavó en uno de los neumáticos traseros. El aire comenzó a silbar. Se le aceleró el pulso. Cuando estaba a punto de huir, reparó en la rueda de recambio ensamblada a la capota del vehículo y se apresuró a pincharla también. Volvió a meterse el cuchillo en el zapato y se alejó caminando tranquilamente hacia su trabajo sin dejar de preguntarse si algún día se le exigiría que usara aquella vulgar arma, que su madre utilizaba cuando había que pelar patatas, para matar a un nazi.

Con cada neumático alemán que Lazare rajaba en sus diversos trayectos al ir o volver del trabajo, su confianza iba creciendo. Pero aquellas ruedas dañadas no eran más que pequeños inconvenientes para los ocupantes nazis, y los vehículos se reparaban y regresaban a las calles en pocos días, si no horas. Deseoso de hacer algo más significativo, sirviéndose de un trozo de manguera casera, había comenzado a meter gasolina por sifón en botellas vacías de vino y a añadirles trapos a modo de mecha. Y había usado aquellas bombas caseras para quemar varios vehículos de la Wehrmacht, un vagón de tren —lleno de mercancías confiscadas a los franceses que iban camino de Alemania— y un pequeño hotel en el que solo se alojaban

soldados alemanes. Para mantener su tapadera, escogía lugares al azar en varias zonas de París y espaciaba las fechas de sus ataques. A veces, Lazare sentía que sus acciones eran inútiles. Los nazis reemplazaban el equipamiento, se adueñaban de más hoteles parisinos y robaban más comida a los franceses, que seguían muriéndose de hambre. Pese al riesgo de que lo atraparan y ejecutaran, se veía en la obligación de mantener aquel vandalismo justiciero para liberar a Francia de la ocupación alemana.

Lazare vio el objetivo frente a él, cerca de un edificio de apartamentos con una altura de tres pisos. A lo largo de la acera había aparcados cuatro automóviles alemanes con banderas de la esvástica que se elevaban por encima del guardabarros frontal. Se escondió en un portal y examinó la zona. En una ventana del segundo piso, una pizca de luminosidad se colaba por debajo de la esquina de una cortina de apagón. Con aquella normativa tan estricta, la mayoría de los ciudadanos de París no se arriesgarían a tener las luces encendidas, por mucho que usaran cortinas de apagón, a menos que estuvieran colaborando con el enemigo. «Ese podría ser el apartamento de la mujer de la que hablaban los nazis.»

Mientras se sacaba la botella del bolsillo, un chispazo hizo que se le disparara el corazón. Pegó la espalda contra el portal. Un oficial nazi —en el que Lazare no había reparado, pues estaba sentado en la escalera de entrada al edificio y los coches ocultaban su presencia— se puso en pie y le dio una calada a su cigarrillo antes de arrojar la cerilla, que seguía ardiendo, a la alcantarilla.

«Maldita sea.» Lazare encajó el cuerpo todo lo posible contra la puerta.

Unas carcajadas brotaron de la habitación del segundo piso. El oficial alemán levantó la vista hacia la ventana. Se fumó la mitad del cigarrillo y tiró la colilla a la calle. Se caló la gorra, subió la escalera de entrada y entró en el edificio.

Lazare soltó el aire y volvió a sacar las botellas de vino del abrigo. Les quitó el tapón e insertó los trapos a modo de mecha. Había cuatro coches alemanes, así que deseó haber podido cargar con más de dos bombas. Al coger la caja de cerillas, se imaginó lanzando una de aquellas bombas de gasolina a través de la ventana del apartamento, de la que emanaba una mezcla de risas y sonidos carnales. Pensó en el nazi que había ejecutado al anciano por merodear cerca de un cartel

de propaganda de la Resistencia. El ansia de venganza ardía en su vientre, pero se negó a correr el riesgo de matar a la mujer, por mucho que estuviera confraternizando con el enemigo. Algunos franceses se hacían amigos de los nazis para obtener acceso a mejores alimentos para sus familias. Aunque detestaba a los colaboracionistas, Lazare también creía que la buena gente tenía su límite y podía recurrir a medidas extremas para alimentarse a sí mismos o a sus familias hambrientas.

Salió del portal y dejó las bombas de gasolina sobre la acera. Encendió una cerilla y prendió las mechas. El brillo generó unas sombras turbias sobre la calle. Limitado por la prótesis de madera, cogió una botella con la mano izquierda, se aproximó al vehículo alemán más cercano y tiró la bomba, que reventó la ventanilla del conductor. El interior del coche estalló en llamas y una oleada de calor pasó a gran velocidad cerca de la cara de Lazare.

En el momento en que se volvía para recuperar la segunda bomba, un nazi se levantó de golpe en el asiento del coche más lejano. A Lazare se le congeló la sangre. El oficial había estado durmiendo, o esperando a que llegara su turno de entrar en el apartamento, y Lazare se había descuidado al no inspeccionar los vehículos.

«Ay, Dios.»

El nazi abrió la puerta del vehículo y levantó una pistola.

Lazare arrojó la bomba. No le dio al nazi, pero la botella se estrelló contra el guardabarros e hizo que la gasolina y las llamas se extendieran por la capota del coche. Se oyeron unas explosiones.

Echó a correr.

—*Halt!*

La ventana del apartamento se abrió de par en par. Un hombre con el pecho desnudo y la piel cubierta de sudor apuntó con su pistola y disparó.

Una bala golpeó el pavimento, cerca del pie de Lazare, que se metió a toda velocidad por una calle lateral mientras las balas rebotaban contra la pared de ladrillo.

Un motor se puso en marcha. Gritos guturales. Lazare oía el martilleo de su pulso en los oídos. Se obligó a correr más deprisa al tiempo que buscaba un lugar donde esconderse. Otro coche comenzó a rugir. Los neumáticos chirriaron. «Se acabó.»

Cuando se acercaba a la siguiente esquina, una figura surgió de

entre las sombras.

«Estoy rodeado.» Lazare buscó una escalera de incendios a la que encaramarse. Una ventana contra la que pudiera lanzarse.

—Sígueme —dijo una voz masculina en francés.

Lazare corrió hasta la esquina y se encontró con un hombre de bigote que llevaba boina y un abrigo de lana que le llegaba por las rodillas.

—Date prisa —pidió el hombre entre dientes mientras se ocultaba en un callejón.

Lazare fue tras él, avanzando a paso ligero.

Los vehículos alemanes pasaron veloces junto a la entrada del callejón y, acto seguido, se detuvieron con un frenazo.

«Nos han visto.» Siguió adelante, preguntándose si los nazis iban a atropellarlos o a matarlos a balazos.

El hombre entró en otro callejón adyacente y salió a toda prisa a una calle principal. Ante ellos había una puerta en forma de arco que conducía a un cementerio.

«Al descubierto nos van a encontrar.» Lazare tenía la mente disparada, se planteó la posibilidad de abandonar al hombre para buscar una ruta de escape mejor.

En vez de adentrarse en el cementerio, el francés giró hacia la acera y señaló una tapa de alcantarilla.

—Ayúdame a levantarla.

Con la mano buena, Lazare cogió la rejilla de hierro y, con la ayuda del hombre, la sacó de su sitio.

—Vamos —le exigió este.

Lazare bajó a la cloaca. Por encima de su cabeza, el hombre se metió en el agujero y, gruñendo por el esfuerzo, devolvió la rejilla de hierro a su sitio. Unos segundos después, el brillo de unos faros iluminó la rejilla con brevedad. El rugido de los motores ganó intensidad y comenzó a desvanecerse mientras los vehículos se alejaban veloces por el distrito catorce.

—Gracias —dijo Lazare en un susurro, esforzándose por recuperar el aliento.

—Eres un cabrón con suerte —repuso el hombre mientras acababa de descender a la cloaca.

Lazare tenía los pies húmedos y helados, se dio cuenta de que el agua le llegaba por los tobillos. La ausencia de luz le obligaba a hacer

un esfuerzo para ver algo.

—Te he visto asomándote desde el portal a varias calles de distancia —señaló el hombre—. Has de tener más cuidado.

—¿Me has seguido?

—*Oui.*

—¿Por qué?

—Para ver qué tenías pensado hacer —respondió—. Y para decidir si se puede confiar en ti.

«¿Confiar en mí?»

—Sígueme —indicó el hombre avanzando con un chapoteo.

—Un momento. —Lazare dio un paso al frente y se golpeó la cabeza con una piedra. Una punzada le atravesó la frente. Encorvó la espalda en la oscuridad y siguió el chapaleo de los zapatos del hombre —. ¿Adónde vamos?

—Te lo diré cuando lleguemos —contestó el otro, y su voz resonó en el túnel de mampostería.

Lazare fue tras él, pegando una mano a la pared para guiarse. El hombre maniobraba a oscuras, girando aquí y allá por los túneles, como si los hubiera transitado muchas veces. Un olor nauseabundo llenaba el aire. Tenía los dedos de los pies entumecidos. Lazare avanzaba pegado a la pared, lo cual le permitía mantener los pies fuera del agua, pero con ello el chirrido de sus zapatos resonaba por la cloaca. Algo mordisqueó la pernera de sus pantalones. «Ratas», pensó. Siguió adelante mientras apartaba a los roedores a patadas.

Después de algunos minutos de caminata, el hombre se detuvo.

—Métete a gatas en el agujero que tienes a la izquierda.

Lazare lo localizó con las manos. Siguió al hombre, metiendo el cuerpo a presión por la grieta en la piedra. Ya dentro, descubrió que el suelo estaba seco, libre de ratas, y que podía ponerse en pie. Entornó los ojos al ver un centelleo.

Usando un mechero, el hombre encendió una antorcha que estaba guardada en la cámara y se volvió hacia Lazare, lo que a este le permitió ver mejor a su guía. Era de mediana edad y tenía el bigote canoso. En las comisuras de sus ojos de color marrón, que bordeaban unas cejas tupidas, había grabadas unas patas de gallo. A excepción de unas gruesas patillas, que se proyectaban desde su boina de fieltro, parecía estar calvo.

—Soy Claudius —dijo ofreciéndole la mano.

—Lazare. —Se la estrechó usando tres dedos.

Claudius le miró la mano.

—Es una prótesis.

El hombre asintió con la cabeza.

—Es un poco más adelante.

Lazare lo siguió a través de una serie de túneles de piedra caliza. «¿Las catacumbas?» La sospecha se confirmó cuando Claudius giró hacia una cámara adyacente. A lo largo de la pared, apiladas como piedras de mampostería, había centenares de calaveras. Algunas zonas de París se habían construido sobre antiguas canteras de piedra caliza, que después pasaron a albergar a siglos de muertos parisinos. Pero, pese a haber vivido toda su vida en la ciudad, Lazare nunca se había aventurado a entrar en las catacumbas.

Al frente, el túnel resplandecía. Unas voces murmuraban.

—Soy Claudius —anunció el hombre.

Siguiéndole, Lazare entró en una amplia estancia. Varios hombres, la mayoría de mediana edad o ancianos, estaban sentados alrededor de una pequeña hoguera, hecha con lo que parecían ser las patas de una silla rota. En el suelo había un contenedor de metal de metro y medio de largo que semejaba un torpedo sin alerones y en las esquinas de la sala se veían pilas de viejos fémures humanos.

Un anciano se puso en pie y se pasó la correa de un rifle por el hombro.

—¿Quién es este?

Lazare enderezó la espalda. «Tienen armas.»

—Se llama Lazare —contestó Claudius—. Me lo he encontrado prendiéndole fuego al coche de un oficial nazi.

Los hombres se rieron por lo bajo.

Uno de ellos, armado también con un rifle, se le acercó.

—¿Has actuado solo?

—*Oui* —respondió Lazare.

Los hombres, Claudius incluido, interrogaron a Lazare: dónde vivía, los nombres de los miembros de su familia, sus opiniones políticas... «Están decidiendo si me invitan a unirme a su grupo. Y, si no me eligen, lo más probable es que me maten antes de arriesgarse a que haya un extraño que sepa dónde se encuentran.» Su mente y su corazón funcionaban a toda velocidad, con la esperanza de no fracasar en lo que parecía una entrevista a vida o muerte.

—¿Por qué no te alistaste en el ejército? —le preguntó un tipo barbudo con un tono cargado de recelo.

—Me rechazaron. —Lazare se quitó el guante y mostró en alto la prótesis de madera—. Perdí el pulgar y el índice de pequeño.

—No podrá disparar un arma —murmuró un hombre.

Lazare se soltó las correas de cuero y se quitó la prótesis. Le hizo un gesto al tipo de la barba para que le diera su arma.

Este miró a Claudius, que asintió con la cabeza.

El de la barba le quitó la munición al rifle y se lo pasó a Lazare.

Aunque nunca había disparado un arma, se esforzó al máximo para demostrarles que podía utilizarlo con la mano izquierda.

—No tendría limitaciones para usar una pistola —añadió antes de devolver el rifle.

—Es evidente que no ha disparado en su vida —dijo un hombre que sostenía lo que parecía ser un cuchillo de nudillos de origen militar.

—Tú tampoco lo habías hecho hasta que combatiste en la Gran Guerra —repuso Claudius.

El hombre escupió al suelo y a continuación se guardó el cuchillo en una funda de piel.

Lazare tenía claro que Claudius era el líder del grupo, y esperaba haber hecho lo suficiente para convencerle de que estaba comprometido a luchar por Francia.

—La decisión es vuestra —les dijo Claudius a los demás.

El aliento de Lazare se volvió superficial. Unas gotitas de sudor frío aparecieron en su frente.

Los hombres miraron a sus camaradas y acto seguido asintieron con la cabeza.

Una oleada de alivio y excitación recorrió a Lazare. Pero, mientras los miembros de la Resistencia se acercaban para saludarle, el recuerdo de sus padres pasó fugaz por su mente. «Se enterarán tarde o temprano.»

—Hay algo que tenéis que saber —confesó.

Todos clavaron la mirada en él. La habitación se quedó en silencio, a excepción del chasquido de las brasas.

—Soy judío —declaró, y sus palabras resonaron en la cámara.

—La religión tiene poca importancia para la Resistencia —aseguró Claudius mirándole a los ojos, y se golpeó el pecho con el

puño—. Buscamos corazones comprometidos con la liberación de Francia.

Una sensación de pertenencia, de contar con un propósito, creció en el seno de Lazare. Los hombres le saludaron estrechándole la mano y dándole golpecitos en la espalda.

—Ahora veamos qué nos han traído nuestros amigos británicos —dijo Claudius mientras se dirigía hacia el contenedor metálico y lo abría.

Dentro había paquetes de explosivo plástico, granadas, dos ametralladoras, tres rifles, varias pistolas, munición y un alijo de comida. A Lazare se le desorbitaron los ojos.

—Bienvenido a la Resistencia —declaró Claudius, y le entregó una pistola, una lata de carne de cordero y una barra de chocolate.

Lazare se sentó junto a los hombres que rodeaban el contenedor y se enteró de que la Real Fuerza Aérea británica lo había lanzado en paracaídas sobre un prado remoto al noroeste de París. Los hombres lo habían llevado hasta la ciudad oculto en un camión lleno de madera y, a continuación, habían cargado con él hasta las catacumbas a través de otra entrada secreta. Mientras sus nuevos compañeros se daban un festín de carne en conserva y hacían inventario de su armamento, Lazare, pese al hambre que tenía, se metió la comida en el bolsillo del abrigo. Se pasó el resto de la noche oyéndolos discutir lo que planeaban hacer con el explosivo plástico.

«El ejército francés me rechazó. La Resistencia me ha aceptado.» El corazón le palpitaba, honrado y reivindicado. Con la pistola en la mano, se juró que haría todo lo posible para liberar a Francia, por mucho que le costara la vida.

A las cinco de la mañana, Lazare abandonó las catacumbas. Claudius se encargó de guiarle por aquel laberinto de túneles subterráneos. Antes de separarse, el hombre le informó de la fecha y el lugar en los que pensaban reunirse de nuevo. Lazare, con la pistola y la comida escondidos en los bolsillos del abrigo, tomó un trayecto largo pero poco concurrido para volver a casa con la esperanza de evitar a los soldados, que a menudo detenían a los transeúntes para pedirles los papeles. Acabado el toque de queda, algunos parisinos comenzaban a aventurarse a salir; lo más probable era que fueran a buscar una

buena posición en la cola del racionamiento. Un camión de la infantería alemana pasó a toda velocidad ante él y el aire que desplazaba le golpeó. Bajó la cabeza y siguió avanzando al mismo ritmo.

En la rue Cler vio a dos soldados de la Wehrmacht fumando en la esquina más cercana a su apartamento. Al no poder utilizar la escalera de incendios sin llamar la atención, entró por la puerta principal del edificio y subió al tercer piso. Introdujo la llave con cuidado y la hizo girar en la cerradura con la esperanza de que sus padres siguieran dormidos. Abrió la puerta y se los encontró de pie en la cocina.

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre ciñéndose la bata.

—He salido a dar un paseo —contestó Lazare mientras cerraba la puerta y echaba el pestillo.

—Anoche no volviste a casa —dijo Gervais.

A Lazare se le erizó el vello de la nuca. «Lo saben.» Se volvió y asintió con la cabeza.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó su padre.

—Prefiero no decirlo —contestó él.

—En esta casa no tenemos secretos —manifestó Gervais cruzándose de brazos.

—Es por vuestra seguridad.

Magda hundió los hombros.

—Ay, Lazare...

—Lo siento, *maman*. —Lazare se acercó a ellos—. No estoy dispuesto a quedarme parado viendo a los nazis saquear Francia. Tengo la intención de luchar.

—Tenemos que esperar a que los Aliados liberen el país —dijo Gervais—. Nosotros no podemos hacer nada.

—No hay tiempo —repuso Lazare levantando la voz—. Ayer, un oficial alemán detuvo a una mujer que pasaba en bicicleta por delante de la estación de tren. Inspeccionó sus papeles, sacó una pistola y le pegó un tiro en la cabeza.

Magda lanzó un grito ahogado.

—Su crimen: los judíos no pueden ir en bicicleta.

La ira ardía en las venas de Lazare. Hizo una pausa, se quitó la gorra y decidió que era mejor no contarles que él había sido el encargado de fregar la sangre de la mujer y deshacerse de los trocitos de su cráneo.

Pálido, Gervais se quedó mirando a su hijo.

—Nuestra policía no dejará que pase nada...

—La policía está colaborando con ellos —le interrumpió Lazare —. La plaga antisemita de los nazis se ha extendido.

—No hay duda de que algunos policías están conspirando con los nazis —declaró Magda—, pero hay que tener fe y pensar que, con el tiempo, los Aliados liberarán Francia.

—Pienso luchar, con vuestra bendición o sin ella —aseguró Lazare.

Su madre se frotó el vientre, como si estuviera a punto de marearse.

—Te equivocas —replicó Gervais, que se acercó a su hijo y le cogió la mano mutilada—. Pero sé que no puedo detenerte.

Él deseó apartar la mano, pero por respeto a su padre permaneció quieto.

—Desde el día de tu accidente —dijo Gervais—, he vivido bajo la culpa de que mi hijo hubiera perdido dos dedos porque no supe protegerle.

—No fue culpa tuya, papá...

—Déjame terminar —pidió Gervais con firmeza—. Cuando te rechazaron en el ejército, esa culpa me atormentó. Pero todos tus amigos que fueron a combatir están muertos o en campos alemanes de prisioneros.

Una oleada de pena atravesó con violencia el cuerpo de Lazare mientras los rostros de aquellos amigos aparecían en su recuerdo.

—Hace poco me di cuenta de algo —prosiguió Gervais—. Si hace muchos, muchos años hubiera evitado que te lesionaras la mano, habrías corrido la misma suerte que tus amigos. —Le soltó la mano—. Doy gracias por que sigas vivo, y quiero que esa situación se mantenga.

—No me pasará nada —aseguró Lazare, pese a que era consciente de que quizá no podría mantener esa promesa.

Magda y Gervais, que parecían agotados por aquel diálogo, se sentaron a la mesa.

—Tengo comida —anunció Lazare, y se sacó del bolsillo la lata de carne de cordero y la barra de chocolate.

—¿Dónde la has conseguido? —preguntó su madre.

—En la Resistencia. —Abrió la lata y liberó su aroma a cordero

hervido. Sacó tenedores de un armarito y se los dio a sus padres—. Comed.

—¿Qué hay de ti? —dijo Magda.

Lazare miró a su madre, cuyas clavículas huesudas sobresalían a través de la bata. Había perdido peso y tenía los ojos hundidos, con bolsas oscuras. Por culpa de los meses de malnutrición, el cabello brillante de antes se había vuelto reseco y quebradizo.

—Yo ya he comido —mintió.

8

PARÍS, FRANCIA
29 DE MAYO DE 1942

El día del decreto alemán que obligaba a los judíos de la Francia ocupada a lucir una estrella de color amarillo, Lazare volvió a casa y se encontró a su madre cosiendo el parche al abrigo de su padre.

—Te coseré la tuya cuando acabe con la de tu padre —dijo Magda desde la mesa de la cocina, sin dejar de dar puntadas.

—No será necesario —contestó él.

—Tienes que hacerlo —indicó Gervais mientras se sentaba al lado de su esposa—. Si te detienen sin ella, te arrestarán.

Lazare se quedó mirando el parche de la estrella amarilla con la palabra *Juif* escrita en su centro. El resentimiento hervía bajo su esternón.

—Me siento orgulloso de mi herencia, papá. Pero me niego a que me marquen como al ganado.

Magda dejó la aguja y el hilo sobre la mesa.

—No te dejarán trabajar ni recibir el racionamiento.

—No pienso volver a la Gare du Nord —anunció Lazare, sintiéndose un poco culpable por no haberles contado a sus padres que había renunciado a su empleo en la estación unas semanas antes.

Gervais suspiró, negó con la cabeza.

—¿De qué piensas vivir?

Él pensó en la cartilla de racionamiento y en los papeles falsos que le había proporcionado la Resistencia y que le presentaban como a un gentil llamado Laurent Allard. No les había hablado de su alias, ni de ningún otro detalle sobre el trabajo que realizaba para la Resistencia. En caso de que los arrestara la Gestapo, sus padres sin duda serían interrogados, y lo mejor era mantenerlos en la ignorancia acerca de sus actividades clandestinas.

—Me las arreglaré —aseguró Lazare.

—Ya casi nunca estás en casa —comentó su madre con un tono de voz melancólico—. ¿Qué has estado haciendo?

—Lo siento, *maman* —dijo él tocándole el hombro—. No te lo puedo contar, por tu seguridad. Por favor, confía en que mis ausencias tienen como objetivo la liberación de Francia.

Lazare pasaba día y noche con la Resistencia. Rara vez dormía en casa. En cambio, Claudius lo organizaba todo para que se quedara en algún piso franco o, a veces, en un búnker secreto de las catacumbas.

Gervais se frotó la barba incipiente de la barbilla, como si reflexionara sobre las posibles repercusiones del comportamiento rebelde de su hijo.

Magda bajó la vista y recogió la aguja de la mesa.

—Os he traído algo —señaló Lazare.

—¿Más carne en conserva? —aventuró Magda a la vez que le daba una puntada a la estrella.

«Tienes buen aspecto, *maman*. La carne está evitando que pierdas más peso.»

—Sí, he traído comida, pero tengo algo más para vosotros. —Lazare metió la mano en el bolsillo, sacó dos juegos de documentos y se los dio a sus padres.

—¿Qué es esto? —Gervais abrió un cuadernillo que contenía su fotografía y se le desorbitó la mirada.

—Una identificación falsa. Documentos de viaje. Cartillas de racionamiento —contestó Lazare.

—¿Cómo? —preguntó Magda.

—La Resistencia tiene sus medios para generar documentos —explicó su hijo—. He usado viejas fotografías de los dos.

—¿Por qué? —inquirió Gervais, las cejas caídas.

—Para que *maman* y tú podáis salir de París.

Magda le dirigió una mirada a su marido.

—Los documentos os permitirán llegar de forma segura a Tours —dijo Lazare—. Desde allí lo he organizado para que un guía os conduzca hasta la *zone libre*.

—Esto ya lo hemos discutido —declaró Gervais con firmeza, y dejó el cuadernillo sobre la mesa, bocabajo.

—No es el momento de mostrarse obstinado, papá —replicó Lazare—. La ventana para salir de aquí ya está casi cerrada. *Maman* y tú podéis regresar a París cuando Francia sea liberada. Podrás volver a

ser periodista. —Dio un paso hacia su padre y le miró a los ojos cansados—. Y yo estaré allí contigo.

—Nada me haría más feliz que trabajar algún día contigo en una editorial de prensa libre de la propaganda nazi. Pero no nos iremos a la *zone libre* —repuso Gervais.

—Pero, papá...

—Tu padre y yo ya hemos decidido que no nos iremos —insistió Magda pasándole sus documentos por encima de la mesa—. París es nuestro hogar y tenemos la intención de quedarnos aquí.

A Lazare, el corazón le dio un vuelco. Se pasó los siguientes veinte minutos rogando a sus padres que se marcharan, pero estos se mantuvieron firmes.

—Por favor, pensadlo un poco más —pidió al fin.

Gervais negó con la cabeza. Recogió los documentos y se los tendió.

—Tendrás que deshacerte de esto.

—Los esconderé —afirmó él—. Por si cambiáis de idea.

Pese a las objeciones de sus padres, Lazare cogió los documentos y se dirigió al salón. Descolgó el cuadro del Arco del Triunfo que había pintado su madre, la última obra de arte que quedaba en el apartamento. Habían intercambiado los demás cuadros por comida, a excepción de dos que habían quemado en la chimenea el invierno anterior, cuando la temperatura se desplomó y no había carbón disponible en el mercado negro. Con la navaja que llevaba escondida en el zapato, retiró la fina tablilla de la parte posterior del marco y metió los documentos en su interior. Colocó de nuevo la tablilla y devolvió las lengüetas metálicas a su sitio con la empuñadura de la navaja. Levantó el cuadro y, aunque le costó un poco pasar el alambre por el gancho, lo colgó de la pared.

—Está torcido —observó Gervais al entrar en el salón—. Se inclina hacia la izquierda.

Lazare lo ajustó.

—*Bon?*

—*Oui* —terció Magda, que se había unido a ellos—. Ese lo guardé porque te gustaba mucho.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo Lazare volviéndose hacia ella.

Magda señaló el guante que asomaba del bolsillo de su hijo.

—Hace demasiado calor para llevar eso.

Lazare se quedó sin aliento. Usando el pulgar de madera se metió bien el guante en el bolsillo, aterrado ante la idea de tener que explicarle a su madre por qué llevaba prendas de invierno en primavera.

Magda hizo una pausa mientras observaba la prótesis de madera y a continuación indicó:

—Por favor, Gervais, ve al armario, coge las pinturas, los pinceles y la paleta y tráelo todo a la cocina.

Él se rascó la cabeza y acto seguido hizo lo que se le pedía.

No tardaron en estar los tres sentados a la mesa de la cocina, tal y como les había pedido Magda. Habían apartado el trabajo de costura de la estrella amarilla para hacer sitio a los utensilios de pintura de la madre.

—Muéstrame las manos —pidió ella.

—¿Para qué? —preguntó Lazare removiéndose en la silla.

—Por favor, satisface a tu madre —insistió ella.

Lazare puso las manos sobre la mesa.

Magda pasó un dedo sobre la prótesis.

—La madera se ha oscurecido. Ya no hace juego con tu piel. Y la curvatura del pulgar se ha gastado.

—No pasa nada —repuso Lazare.

Su madre se inclinó para examinar el borde entre la madera y la piel.

—Te huelen las manos a gasolina.

«A explosivo plástico.» Lazare tragó saliva con dificultad e intentó enterrar el recuerdo del transformador eléctrico que había saboteado la noche anterior.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, con la esperanza de redirigir la conversación.

—Proteger a mi hijo —contestó ella.

Gervais sonrió.

Magda desató las correas de cuero y le quitó la prótesis. Exprimió los tubos para poner pizcas de pintura roja, amarilla, azul y blanca en la paleta.

—Por favor, no lo hagas —rogó Lazare, combatiendo la urgencia que sentía por recuperar la prótesis.

Magda mezcló las pinturas con un pincel para crear el color

carne.

—Se ve bien —señaló Gervais.

Magda asintió con la cabeza.

La ansiedad de Lazare iba en aumento. Se sentía como si le hubieran conducido bajo engaño hasta la silla del dentista para extraerle un diente por sorpresa.

—*Maman*...

—Paciencia —pidió ella, y añadió algo más de blanco para aclarar el tono. Usando la punta del pincel, dio una pequeña pincelada sobre el borde de la prótesis de madera. Sopló sobre la pintura para acelerar el tiempo de secado y a continuación colocó la prótesis al lado de la piel de Lazare—. Se parece, pero no es perfecta.

—No hay necesidad de que me pintes la prótesis —dijo Lazare.

—Sí que la hay —repuso Gervais poniéndole una mano sobre el hombro—. Creo que lo que tu madre está intentando hacer es proporcionarte opciones con tu apariencia. Que quieres parecer común y corriente y mezclarte entre la multitud, te pones la prótesis. Que quieres demostrar que no representas ninguna amenaza para los nazis, no te la pones.

—*Oui* —convino Magda.

«Desde luego no hará que mi mano tenga peor aspecto», pensó Lazare mirándose la cicatriz y los tres dedos. No les había contado a sus padres lo que hacía exactamente para la Resistencia, pero ellos habían extraído sus propias conclusiones. Aún más importante, ayudarle de aquella manera parecía agradar a su madre, que llevaba casi dos años sin coger un pincel.

—De acuerdo —convino al final.

Magda dedicó las primeras horas de la tarde a pintar la prótesis, usando la mano buena de Lazare como modelo. Después de aplicar una base de color carne, mezcló más pintura en la paleta y le añadió un sutil mapa de venas, arrugas e incluso folículos microscópicos. Para proteger su obra, añadió una capa final clara y plana. Mientras esperaban a que la mano se secara, se tomaron una mezcla sosa parecida al café que su padre había hecho con salvado de trigo tostado.

—Ya está seca —declaró Magda después de pasar un dedo sobre el acabado—. Pruébatela.

Lazare se puso la prótesis y se pasó las correas de cuero por el

antebrazo. Se bajó la manga y se la abotonó sobre la muñeca. Se miró la mano. A excepción de una zona algo más oscura en la unión entre la prótesis y su piel, eran casi idénticas. «Desde lejos, mis manos parecerán normales.» Sintió que se le hinchaba el pecho de agradecimiento.

—Un hermoso trabajo —señaló Gervais mientras rodeaba a su esposa con el brazo.

Magda sonrió.

—Gracias —dijo Lazare, y besó a su madre en la mejilla.

—Lamento no haber hecho esto hace años —repuso ella.

Mientras admiraba la mano recién pintada, a Lazare se le ocurrió que había ido a casa ese día para proteger a sus padres. Había fracasado en su intento de convencerlos para que abandonaran París. Y, en aquel momento, ellos intentaban protegerle a él. Rezó por que, al final, todos fueran capaces mal que bien de salvarse entre sí.

9

MORAR, ESCOCIA
29 DE MAYO DE 1942

Cansada por el viaje en tren de madrugada, Rose salió del vagón y bajó la escalera del andén de la estación de Arisaig. El aroma del aire de mar, mezclado con el vapor de la locomotora alimentada con carbón, llenó su nariz. Cargaba con una maleta que contenía unas pocas prendas de ropa y la única fotografía familiar que le quedaba —la de Charlie— envuelta en un suéter de lana.

—¿La señorita Teasdale? —preguntó una voz ronca.

Rose se volvió.

Un hombre de cabello gris y alborotado, con barba pero con el mentón afeitado, se quitó la gorra y la sostuvo educadamente contra el pecho.

—Soy Murdo, el conductor que ha de trasladarla hasta Garramor House.

Rose le estrechó la mano.

—¿Puedo llevarle la maleta? —se ofreció el hombre.

—No, gracias, Murdo. Es bastante ligera —dijo ella a la vez que la levantaba en el aire.

Acto seguido lo siguió hasta el automóvil y se subió al asiento trasero.

—¿Está lejos?

—A quince minutos —contestó Murdo mientras se sentaba al volante—. Los demás llegaron anoche. Usted es la última del grupo.

—Espléndido.

Habían transcurrido meses desde su primer encuentro con el capitán Selwyn Jepson, y al fin estaba por embarcarse en la primera fase de su capacitación. A lo largo de la primavera había mantenido varias entrevistas con Jepson, quien no le había ofrecido ningún detalle sobre su función. Sospechaba, dadas las preguntas que le había

hecho, que se trataría de alguna labor de inteligencia arriesgada y de alto nivel. Y se convenció de que había suspendido cuando las entrevistas se detuvieron de golpe. Pero dos días antes la habían convocado al despacho del capitán en el número 64 de Baker Street.

—Quiero que trabaje en la Francia ocupada —dijo. Un remolino de humo brotaba de su cigarrillo—. Su papel consistirá en organizar a la Resistencia y actuar como enlace con Londres.

«¡En Francia!» Dejó caer el bolso y se volcaron una polvera vacía y la llave del apartamento de Lucy.

Jepson le concedió un instante para que recogiera sus cosas, también para que recuperara el aliento, y a continuación le reveló que era el oficial de reclutamiento de la Sección Francesa (Sección F) del Servicio de Operaciones Especiales (SOE), una organización secreta británica que realizaba tareas de espionaje, sabotaje y reconocimiento en la Europa ocupada por los nazis. Y que, si superaba una serie rigurosa de programas de entrenamiento físico y académico, la transportarían a Francia por vía aérea o marítima. Jepson acabó dándole algunas horas para que decidiera si aceptaba o declinaba la oferta de capacitarse con el SOE. Pero, en el momento en que salía del despacho, se le pasó por la cabeza una imagen macabra del Colmado Teasdale destrozado por las bombas. Una imagen fugaz de los cuerpos quebrados de sus padres cuando los extrajeron de entre los escombros. La lápida de Charlie.

El ansia de venganza fluyó con fuerza por sus venas. Pese a la sinceridad con la que Jepson había admitido que su vida correría peligro, Rose se volvió hacia él y aseveró:

—Puedo ofrecerle una respuesta ya mismo, capitán. He decidido que sí.

Jepson le indicó que fuera a acabar el turno de tarde en la sala de guerra, que recogiera sus efectos personales y que se marchara con discreción para no regresar nunca. Tenía que salir de Londres en un tren vespertino. Él ya se encargaría de enviarle un telegrama a su supervisora ofreciéndole la tapadera de que la habían reasignado a una unidad administrativa confidencial. Por encima de todo, no podía contarle a nadie su misión con el SOE.

Durante su último turno en el búnker subterráneo, Rose fue incapaz de concentrarse. Con los dedos torpes por los nervios, se equivocó numerosas veces al teclear. Le hervía la cabeza con la idea

de volver a Francia. Más allá de la pasión con la que deseaba servir al Reino Unido y, aún más importante, por aprovechar aquella oportunidad de honrar la muerte de su familia, sentía desazón por el hecho de que ya no podría trabajar junto a las mujeres incondicionales del Despacho 60. Y, para empeorar las cosas, no podría despedirse de Lucy, que tenía el día libre y había ido a visitar a su madre.

Al acabar el turno, metió la fotografía de Charlie en el bolso y, haciendo todo lo posible por ocultar que no iba a pisar más las salas de guerra, abandonó su escritorio. Mientras subía la escalera, le llegó un tufillo a tabaco quemado que la llevó a detenerse.

—Adiós, señorita Teasdale —dijo una voz grave.

Se volvió.

Churchill estaba al pie de la escalera con un puro en la mano.

Se le aceleró el corazón.

—Adiós, primer ministro.

Churchill inclinó su sombrero y desapareció por el pasillo.

«¡Lo sabe!» Rose salió del búnker subterráneo con una mirada en la que fulguraba la determinación.

Durante sus últimas horas en Londres, compró unas flores de seda en una tienda de decoración *vintage* y fue a dejarlas sobre las tumbas de su madre, su padre y Charlie. Habría preferido que las flores fueran frescas, pero, al no saber cuándo iba a regresar, si es que lo hacía, buscó algo que durara más que las campanillas o los tulipanes. Se arrodilló bajo un aliso en el que cantaba un jilguero y se puso a rezar. La pena inundó su corazón. Las lágrimas hicieron que se le nublara la vista. Había pasado más de un año desde la muerte de sus padres, pero su angustia seguía estando en carne viva. Con la puesta de sol, cuando las melodías del pájaro se desvanecieron, se llevó los dedos a los labios y los fue poniendo sobre cada una de las tumbas. Salió del cementerio prometiéndose que haría que su familia se sintiera orgullosa de ella.

Volvió a casa e hizo la maleta. Detestaba dejar las cosas de esa manera con Lucy. Podría haber intentado llamar a la casa de su madre, pero la horrorizaba la idea de tener que mentir. Así que dejó la llave del apartamento en la encimera de la cocina junto con una nota.

Queridísima Lucy:

He aceptado un trabajo fuera de Londres. Lamento

marcharme sin avisar. Te escribiré en cuanto pueda. Te estaré siempre agradecida por tu amistad y por lo buena que has sido conmigo. Os deseo a ti y a Jonathan todo lo mejor.

Con todo mi cariño,

Rose

P. D. No tengo la menor duda de que uno de tus informes nos ayudará a ganar la guerra.

En la estación de tren compró el billete, tal y como le había indicado Jepson, y encontró asiento en uno de los vagones. Mientras el tren se alejaba resoplando, y durante buena parte de aquel trayecto tan largo —hasta Glasgow y, a continuación, a través de las Tierras Altas escocesas—, se preguntó si viviría para ver Londres de nuevo.

—Está aquí delante, señorita Teasdale —le dijo el conductor.

Rose se sacudió los recuerdos de Londres y miró por las ventanillas del vehículo. Aquella carretera recóndita reseguía una playa de arena y, al otro lado del mar, que tenía el color negro azulado de una peonía, había unas masas de tierra rocosa.

—¿Son islas?

—Sí —contestó el conductor—. Son las islas de Eigg, Rùm y Skye.

La joven apretó con fuerza el asa de la maleta mientras se preguntaba cómo sería cruzar el canal de la Mancha camino de Francia, suponiendo que fuera capaz de superar la formación.

El conductor giró hacia una calle angosta de tierra y conchas trituradas. El coche retumbaba al pasar sobre las roderas y Rose rebotaba en el asiento. Se trataba de una propiedad extensa y privada, sin ninguna otra casa a la vista. A diferencia de muchas partes de las Tierras Altas, que estaban cubiertas por mezclas montañosas de hierba y granito, robles, abedules y serbales llenaban aquel terreno. No tardaron en llegar a una casa de dos pisos de altura hecha de piedra. Un par de ventanas a dos aguas, que evocaban unos ojos amenazadores, se proyectaban sobre una de las alas del lugar. En lo alto había una veleta, cuya flecha apuntaba en la dirección del viento del mar del Norte.

El conductor la dejó cerca de la entrada y se alejó. Rose inspiró hondo y exhaló el aire, luchando contra los nervios que se arremolinaban en su vientre. Avanzó y llamó al timbre. Unos pasos se acercaron a la puerta y esta se abrió.

—Teasdale, supongo —dijo un hombre de bigote con acento escocés.

—Sí, señor.

—Soy el comandante Gavin Maxwell —se presentó estrechándole la mano—. Seré su instructor durante las próximas seis semanas.

El hombre, vestido de uniforme, era alto y delgado, y tenía la nariz aguileña. Su mirada transmitía una profunda confianza en sí mismo, pero también humildad, como si hubiera adquirido algún conocimiento secreto que ansiara compartir.

—Entre —señaló Maxwell—. Los demás están en la parte de atrás. Estamos a punto de empezar el entrenamiento de aptitud física. Deje las cosas arriba, es la segunda puerta a la derecha. Compartirá habitación con Brown.

«¿Brown?»

—Cámbiese —indicó el comandante mirando el reloj—. La ropa está en su habitación. La espero fuera dentro de cinco minutos.

—Sí, señor.

Rose subió la escalera y encontró su habitación, un espacio acogedor con dos camas individuales y una cómoda pequeña. Las paredes estaban desnudas y la única ventana no disponía de cortinas. «En una casa aislada no hace falta intimidad.» Encontró una pila de ropa militar de lana, se cambió, guardó la ropa de civil en la maleta y metió esta debajo de la cama. Para su sorpresa, los borceguíes le quedaron bien. Los pantalones, en cambio, fueron otra historia, pues les sobraban varios centímetros de pernera y tuvo que arremangárselas.

Ya en la planta baja, recorrió una serie de estancias para llegar a la parte de atrás de Garramor House. Pasó por el comedor, que contenía una amplia mesa de roble rodeada por una docena de sillas. El salón tenía un techo de vigas de madera y sendos sofás a lado y lado de un hogar de piedra lo bastante grande como para asar en él alguna pieza de caza. Había una biblioteca llena de estanterías con libros forrados en piel y un mueble bar art déco que contenía varias botellas de whisky escocés. Salió por la puerta de la cocina y se

encontró con el comandante Maxwell de pie junto a otro oficial y a quienes iban a ser sus compañeros durante las siguientes semanas.

—Escuchen todos —anunció Maxwell—, esta es Rose Teasdale.

Ella asintió con la cabeza. Además de Rose había nueve candidatos, y dos eran mujeres. «Gracias al cielo.»

—Este es el teniente Clarke —dijo Maxwell haciendo un gesto hacia un militar bajo y robusto, de manos gruesas y carnosas—, uno de los instructores.

El aludido se cruzó de brazos, como si le irritara que Rose hubiera llegado más tarde que los demás candidatos.

Ella tragó saliva con dificultad.

El comandante Maxwell avanzó junto a la hilera de candidatos anunciando el nombre de cada uno de ellos. Dos sobresalían respecto a los demás. Uno era Felix Renaud, un hombre en forma de mandíbula cuadrada y pómulos marcados que debía de tener cuarenta y muchos, a juzgar por su cabello canoso peinado hacia atrás. La otra era Muriel Brown, una veinteañera atractiva, de aspecto atlético y con el cabello rizado de color castaño.

—Este curso de seis semanas comenzará con la parte de entrenamiento físico —expuso el comandante Maxwell cogiéndose las manos por detrás—. A continuación pasaremos al manejo de armas y a la formación en explosivos.

A Rose se le erizó el vello de la nuca.

—También recibirán clase de combate sin armas y de técnicas de asesinato silencioso —prosiguió Maxwell—. Si en alguna fase de la formación decidimos que no están cualificados para este trabajo, los expulsaremos. También pueden renunciar en cualquier momento. El de agente del SOE es un trabajo voluntario.

Rose se mordió el interior de la mejilla. «No abandonaré jamás.»

—Si disponen de la tenacidad física y mental para superar la capacitación, se los enviará a hacer una formación como paracaidistas, y después a realizar un estudio académico extensivo. —Maxwell hizo una pausa para calarse la gorra—. Teniente Clarke, son todos suyos.

Clarke hinchó el pecho.

—Comenzaremos con la rutina Garramor.

Separó a los candidatos en tres grupos, y a Rose le tocaron como compañeros Felix y Muriel. El teniente entregó a cada grupo un mapa doblado y una brújula pequeña, y acto seguido les dio unas

instrucciones breves pero detalladas sobre cómo utilizarlos.

—¿Habéis usado alguna vez una brújula? —preguntó Felix en un susurro con acento francés.

Rose y Muriel negaron con la cabeza.

—Entonces la llevaré yo. —Se metió la brújula en el bolsillo, al parecer un tanto decepcionado de que le hubieran asignado a dos mujeres como compañeras.

—La ruta está señalada —dijo Clarke finalizando sus indicaciones —. Usen la brújula y el mapa si se desvían. —Se miró el reloj de la muñeca—. Tienen que estar de vuelta en menos de tres horas. ¡En marcha!

Los candidatos se dispersaron y echaron a correr en dirección este por un sendero de tierra. Los demás grupos lo hicieron a toda velocidad, y Rose y sus compañeros se quedaron atrás.

—Dosificaos —dijo Felix mirando a sus compañeras.

—Quizá deberíamos intentar seguir el ritmo de los demás —sugirió Rose, que trotaba a su lado.

—Si llegamos los últimos podrían expulsarnos —añadió Muriel, con un marcado acento escocés.

—No es una carrera —repuso Felix.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rose entre dos inspiraciones. Pese a no avanzar a gran velocidad, sus piernas cortas hacían que tuviera que esforzarse para no quedarse atrás.

—Porque fui piloto en los grandes premios franceses —contestó él—, y sé lo que es una carrera cuando la veo.

Muriel miró a Rose y se encogió de hombros.

—Se van a quemar —añadió Felix—. Los atraparemos en menos de una hora.

Entraron en un espeso bosque, muy por detrás del otro grupo. Sus botas golpeaban contra la tierra cubierta de musgo.

—¿Qué hacías antes de venir aquí, Rose? —preguntó Felix señalando el camino a través de una hilera de pinos.

—Era mecanógrafa en Londres —contestó ella, con la sensación de que aquella profesión era muy inferior a la de piloto de coches de carreras.

—¿Muriel?

—Nací en Edimburgo —explicó la joven—, pero me reclutaron cuando trabajaba como operadora de la centralita de la Oficina

Central de Correos de Londres.

Pese a la quemazón que notaba en los pulmones, Rose se sintió reconfortada al enterarse de que Muriel tenía unos antecedentes similares a los suyos. Recuperando la confianza, miró a Felix y le dijo:

—¿De qué parte de Francia eres?

—De Saintes —respondió él—. Mi familia poseía un viñedo y una destilería de coñac. Huimos a Inglaterra durante la invasión alemana.

—¿Te reclutaron? —preguntó Rose, con la sensación de que le faltaba el aire.

—Me presenté voluntario. —Felix aminoró la velocidad, examinó el mapa y acto seguido lo dobló y se lo guardó en el bolsillo—. Voy a regresar para liberar a mi país.

«Yo voy a rendir homenaje a mi madre, a mi padre y a Charlie.»

Rose estaba ansiosa por averiguar más cosas sobre Muriel y Felix, pero el terreno se volvió rocoso y se vieron obligados a encaramarse a unas losas de granito. La conversación quedó reducida a alguna observación dispersa, a señalar la presencia de rocas sueltas y de obstáculos. Redujeron el paso al ascender a una montaña. A Rose le ardían los músculos de las piernas. Tenía la respiración entrecortada, su cuerpo se moría por un poco más de oxígeno. Su trabajo de oficina, sumado al hecho de que solía tomar el metro en vez de ir al despacho caminando, había ayudado poco a desarrollar su resistencia cardiovascular. Mientras trepaba, usando pies y manos, el corazón le martilleaba contra el pecho.

Alcanzaron la cima en menos de una hora. Otro grupo descansaba entre jadeos cerca de un peñasco.

—Os lo he dicho —observó Felix jadeando también, y tragó aire.

Rose y Muriel asintieron con la cabeza, pues estaban demasiado sofocadas como para contestar.

El descenso fue mucho más exigente que la subida, pero no tan agotador. Era fácil perder pie, ya que la pendiente estaba cubierta de piedras poco firmes. Rose resbaló y se cayó, se arañó la espalda y un ramalazo de dolor le recorrió la columna. Muriel se tambaleó y estuvo a punto de caer rodando por un terraplén, pero Felix la cogió del codo y la joven recuperó el equilibrio. Hubo momentos en que tuvieron que darse la mano y ayudarse entre sí a bajar por la ladera. Rose vio con claridad que aquel no era tan solo un ejercicio físico, sino también una prueba de su capacidad para trabajar en equipo.

Al pie de la montaña, llegaron a un arroyo y se detuvieron allí. Mientras Felix comprobaba el mapa, vieron algo que se movía a través de los árboles.

—Mirad —indicó Rose con las cuerdas vocales secas y la voz ronca.

Al otro lado del arroyo, un grupo desapareció en el bosque.

Felix señaló al frente.

—Lo cruzaremos.

Vadearon aquella corriente gélida, que a él y a Muriel les llegaba por las caderas, pero que cubría a Rose hasta la cintura. Su camisa absorbió el agua helada y ella se estremeció. Se le entumecieron las piernas. Aunque la temperatura exterior se encontraba cerca de los diez grados, el arroyo estaba mucho más frío. Se le puso la piel de gallina en los brazos.

Durante el resto del trayecto tuvieron que atravesar una densa maleza. Los pies de Rose chapoteaban dentro de las botas y comenzaron a salirle ampollas en la piel. Le dolía el cuerpo. Le castañeteaban los dientes. Se obligó a avanzar trabajosamente por el sendero cubierto de piedras y surcos hasta llegar a Garramor House. Acabaron la marcha en dos horas y treinta y ocho minutos, un poco por detrás del primer grupo. El último terminó justo antes del límite de las tres horas. Los candidatos se reunieron en el patio y bebieron de las cantimploras que les habían dejado en la hierba.

Rose engulló el agua y le pasó la cantimplora a Muriel.

—Lo hemos conseguido.

Una oleada de orgullo hizo enmudecer el dolor que sentía en los cortes y los moretones.

—Sí —dijo Muriel secándose la barbilla.

—No os pongáis cómodas —advirtió Felix—. Me parece que esto no se ha acabado.

Teniendo en cuenta que todo el mundo estaba cansado, helado y empapado, Rose esperaba que les ofrecieran algo de comer y los dejaran descansar, o al menos que les permitieran cambiarse de ropa. Pero el teniente Clarke le dio la razón a Felix cuando salió de la casa con una ametralladora colgada del hombro.

Rose se estremeció. «¿Qué piensa hacer con esa arma?»

Clarke los condujo a una pista americana que había cerca de allí: una serie de obstáculos de madera y alambre de espino. El

comandante Maxwell se situó en una colina para observar el ejercicio con un lápiz y una tablilla sujetapapeles en las manos.

Clarke separó a los candidatos en grupos de hombres y mujeres. Rose, Muriel y una joven llamada Phyllis, de cabello rubio sujeto por una cinta, tuvieron que dirigirse a la línea de salida. A Rose se le secó la boca. Tenía el estómago hinchado. «No debería haber bebido tanta agua.»

Clarke apuntó el cañón de su arma hacia el cielo y siguió un estallido de balazos.

A Rose se le disparó el corazón, salió corriendo por el circuito junto a Muriel y Phyllis. Muriel tomó la delantera y fue la primera en superar una serie de troncos tumbados. Phyllis y Rose la seguían a bastante distancia cuando se encontraron con el segundo obstáculo, una escalera hecha con una red de carga. Al segundo paso de su ascenso, a Rose se le enredó la bota y tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantar la pierna.

—¡Vamos! —rugió Clarke.

Rose liberó el pie de una patada y superó la escalera.

Llegó junto a un muro de madera de tres metros de altura y se encontró con que Phyllis tenía problemas para superar ese obstáculo. Muriel, que lo había trepado con éxito, seguía corriendo a toda velocidad por delante de ellas.

Rose se subió al listón de madera que sostenía en ángulo el obstáculo y que llegaba hasta la mitad de este para comenzar con una buena ventaja. Saltó desde allí, pero sus manos no alcanzaron la parte superior por poco y cayó al suelo.

—¡No me importa que sea baja, Teasdale! —gritó Clarke—. ¡Si no escala este muro la mandaré de vuelta a casa!

Rose se propuso intentarlo tres veces más, y cada una de ellas acabó en fracaso. A Phyllis no le fue mejor.

—Maldita sea —dijo Clarke negando con la cabeza—. ¡Rodéenlo!

Rose y Phyllis continuaron corriendo hasta el siguiente obstáculo, que las obligaría a arrastrarse sobre el vientre por debajo de una trama cuadriculada de alambre de espino. Al ser pequeña, Rose adelantó a su compañera en aquel avance serpenteante.

—¡Mantengan la cabeza gacha, maldición! —Clarke dirigió una ráfaga de balas contra el bosque.

«¡Por el amor de Dios!» Rose sintió un subidón de adrenalina.

Pegó la barbilla al suelo y siguió culebreando.

—¡Ay! —chilló Phyllis.

Rose se detuvo y volvió la cabeza con la mejilla pegada a la tierra.

Phyllis se esforzaba por liberar el pelo, que se le había enredado en el alambre.

—¡Muévanse! —gritó Clarke.

—Estoy atrapada —gimoteó la muchacha.

Rose vaciló, le faltaban un par de metros para salir de aquel obstáculo.

La sangre goteaba por la frente de Phyllis.

Rose tenía que tomar una decisión, sentía un ardor en las entrañas. Antes de poder cambiar de idea, se volvió y se arrastró hasta donde estaba la chica.

—No te muevas.

—Déjame —dijo Phyllis.

Rose se arrastró con mayor rapidez, sus extremidades arañando el terreno.

—¡Teasdale! —exclamó Clarke.

—Da la vuelta —le suplicó Phyllis—. Vas a meterte en un problema.

Rose la ignoró, igual que las órdenes de Clarke. Al llegar junto a Phyllis empezó a maniobrar para liberar su cabello, recogido y atado con una cinta, que se había enredado en el alambre de espino. Tiró de él y una púa de metal se hundió con mayor profundidad en el cuero cabelludo de la chica.

—¡Me duele! —se quejó Phyllis.

La sangre le humedeció el cabello.

—Maldita sea —gruñó Clarke mientras avanzaba por el laberinto de alambre de espino. Cuando llegó junto a las dos mujeres añadió—: ¡Les he dicho que mantuvieran la cabeza gacha!

Rose levantó la cabeza y le miró a través del alambre.

Clarke sacó un cuchillo de la vaina que llevaba sujeta al cinturón.

A Rose se le desorbitaron los ojos.

Clarke llevó la hoja hacia la cabellera de Phyllis y le cortó un mechón.

Phyllis pegó la mejilla al suelo.

Clarke le dirigió una mirada furiosa a Rose.

—Si vuelve a desobedecer mis órdenes, Teasdale, la mandaré de vuelta a casa de una patada.

—Sí, señor —dijo ella atenazada por el miedo. Giró sobre sí misma y se alejó arrastrándose.

Acabó la pista americana por delante de Phyllis, que cruzó la línea de meta con la mano pegada a la cabeza. Mientras llegaba el turno de los hombres, Rose y Muriel examinaron la herida de Phyllis, un corte pequeño pero profundo al que, a juicio de Rose, le habrían ido bien unos puntos. Al tiempo que hacía presión contra la cabeza de la muchacha usando la manga de su propia camisa para detener la hemorragia, vio al comandante Maxwell en la ladera. Sus miradas se encontraron. Él bajó la cabeza y escribió algo en la tablilla. A Rose se le heló la sangre. «Por favor, no me mande a casa.»

Con el cuerpo cubierto de morados y rasguños, Rose hizo una mueca al incorporarse en la cama. Se frotó los muslos doloridos, preguntándose cómo iba a sobrevivir al entrenamiento físico. La ducha fría, la ropa limpia y el plato caliente de salmón, que el comandante Maxwell había enseñado a los candidatos a pescar usando explosivo plástico, apenas habían ayudado a revitalizar su cuerpo. Ni siquiera los vasos de whisky que Muriel y ella habían compartido con los demás candidatos habían logrado adormecer el malestar; tampoco su decepción por lo mal que se había desempeñado en la pista americana.

—Descansa un poco —le aconsejó Muriel, tumbada en su cama—. Mañana será otro día.

—Clarke me suspenderá si no logro superar ese muro —dijo Rose.

—Sí —convino Muriel—. Pero puedes hacerlo. Solo requiere práctica.

«Y ser más alta.» Rose se volvió hacia su compañera de habitación.

—¿Cómo está Phyllis?

—He llamado a la puerta de su cuarto, pero no ha contestado.

—Yo también —aseguró Rose—. Ojalá hubiera bajado a la biblioteca con nosotras después de cenar.

—Una copita le habría ido bien —observó Muriel—. Apenas ha probado el salmón y el puré de patatas.

Phyllis, con un pañuelo ocultando el vendaje de la cabeza, no había dicho gran cosa durante la cena. Había evitado la mirada de sus camaradas, sus ojos cargados de una mezcla de derrota y vergüenza.

«Hablaré con ella por la mañana —pensó Rose—. Necesita saber que no ha hecho nada por lo que haya que avergonzarse.»

Muriel se puso un cojín debajo de la cabeza.

—¿Por qué te uniste al SOE?

—Me reclutaron, igual que a ti —contestó Rose.

—Sí —dijo Muriel—, pero eso no es lo que te he preguntado.

Rose vaciló, remisa a volver a abrirse a la pena. Pero, ante la perspectiva de varias semanas de formación ardua, necesitaba confiarse con alguien. Y decidió que esa persona sería su compañera de habitación. Sacó la fotografía de la maleta y se la pasó a Muriel.

—Este es mi hermano Charlie de pequeño. Era piloto de la RAF.

—Muy guapo —afirmó Muriel mirando la foto—. ¿Puedo preguntar qué pasó?

—Derribaron su avión sobre el canal de la Mancha. —El mareo agradable que le había dejado el alcohol se desvaneció—. Nunca recuperaron su cuerpo.

Muriel se incorporó.

—Lo siento mucho.

Una oleada de melancolía recorrió el pecho de Rose.

—El año pasado, un ataque aéreo de la Luftwaffe sobre Londres acabó con mis padres.

—Diantres —refunfuñó Muriel.

—Quiero honrar a mi familia uniéndome al combate —declaró Rose.

Muriel se puso en pie y colocó la fotografía enmarcada de pie sobre la cómoda.

—Creo que deberíamos dejar la foto de Charlie aquí, en vez de en tu maleta.

—¿Podemos hacer eso?

Condicionada por haber tenido que mantener el escritorio de la sala de guerra limpio, sin objetos personales, a Rose ni se le había pasado por la cabeza la idea de exhibir el retrato.

—Lo peor que puede pasar es que el comandante o el teniente te pidan que la retires.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Tú por qué te uniste al SOE?

—Es una historia bastante larga —respondió Muriel cruzándose de brazos.

Rose dio unos golpecitos sobre su cama.

—Dispongo de seis semanas, suponiendo que sea capaz de escalar ese maldito muro.

Muriel se sentó junto a ella en el colchón.

—Antes de la guerra estudié idiomas en la Universidad de Londres. Durante el tercer curso conocí a James, con quien compartía algunas clases, y comenzamos a salir. —Se llevó una mano al vientre —. Me quedé embarazada y abandoné la universidad.

Rose abrió mucho los ojos.

—En vez de volver a casa, a Edimburgo, me quedé en Londres y conseguí trabajo en la Oficina Central de Correos. Pensé que James y yo íbamos a tener una vida juntos. Casarnos. Formar una familia. Pero me dejó tres meses antes de que naciera Mabel.

—Lo siento —dijo Rose mirando a Muriel—. ¿Eres madre?

Ella asintió con la cabeza.

—Mabel vive con mis padres, a una distancia segura de Londres. Cuando la frecuencia de los ataques aéreos empezó a remitir consideré la posibilidad de traérmela a vivir conmigo. Pero me reclutó el SOE, probablemente porque sé hablar francés y alemán. —Se pasó las manos sobre las rodillas—. Me sorprendió que me quisieran, teniendo en cuenta que no logro quitarme de encima este acento escocés. Tendré que cambiar mi manera de hablar, porque de otro modo será imposible que engañe a los nazis.

—¿Por qué...? —Rose se detuvo, preocupada ante la posibilidad de mostrarse entrometida.

—¿Por qué dejé a mi hija para unirme al SOE?

—Sí.

—Supongo que no quiero que Mabel tenga que crecer en un mundo controlado por Hitler —expuso Muriel—. En Londres he visto la suficiente muerte y destrucción como para querer hacer todo lo posible por ganar esta guerra.

—¿Tienes una foto de Mabel? —preguntó Rose.

—Sí. —Muriel sonrió, sacó una pequeña fotografía del bolso y se la tendió.

—Es preciosa —observó ella, mirando a aquella niña pequeña de

pelo rizado que llevaba puesto un vestido a cuadros.

—Es una pequeñina.

—Será alta.

—No tardará en ser una pequeñaja delgaducha y patilarga, igual que su madre —aseguró Muriel.

Rose sonrió y se acercó a la cómoda.

—Mabel es demasiado encantadora como para que la tengas en el bolso. ¿Te parece bien si la pongo al lado de Charlie?

—Sí —respondió Muriel.

Rose encajó la foto de Mabel en una de las esquinas del marco. «Muriel ha hecho un sacrificio enorme al unirse al SOE. No puedo ni imaginar el dolor que estará sintiendo al haber abandonado a su hija para emprender esta cruzada contra los nazis.»

—Si quieres conseguir un acento francés —propuso Rose—, estaré encantada de ayudarte.

—Eso sería maravilloso —contestó Muriel—. Y yo te ayudaré a practicar con ese murete de nada.

Ella asintió con la cabeza.

Oyeron que se acercaba un coche y se abalanzaron hacia la ventana. En el exterior, un vehículo se detuvo ante la puerta principal. Los faros iluminaron la rotonda de conchas trituradas. Phyllis, con el abrigo y la bufanda puestos, metió su equipaje en el maletero y se subió al asiento de atrás.

—No va a volver —dijo Rose, y se le cayó el alma a los pies.

—Me temo que no —coincidió Muriel.

«¿Se marcha por voluntad propia o la han declarado no apta para el servicio?» Daba lo mismo. Phyllis se había ido, y Rose y Muriel se habían convertido en las últimas mujeres de Garramor House. Mientras el vehículo se alejaba, un torrente de determinación recorrió sus venas. «Pueden descartarme si eso es lo que desean, pero yo no pienso rendirme nunca.»

10

MORAR, ESCOCIA
5 DE JUNIO DE 1942

Rose nunca había tocado, y mucho menos disparado, un arma. Pero eso cambió cuando el comandante Maxwell, quien ejercía de instructor principal de armas, entregó a cada uno de los candidatos una pistola M1911 semiautomática del calibre 45. El arma contenía ocho balas: siete en el cargador y una en la recámara. Maxwell les mostró cómo utilizarla usando el método de «disparo doble» marca de la casa, que consistía en disparar dos veces seguidas contra el tronco de un espantapájaros bien embutido de relleno. Por turnos, los candidatos fueron maniobrando por una pista de tiro en la que intentaban disparar contra objetivos móviles, muñecos que corrían sobre alambres entre los árboles. Al principio, Rose no las tenía todas consigo. Le preocupaba que la pistola pudiera dispararse por accidente, o la posibilidad de fallar el objetivo por mucho y herir a alguno de los candidatos. Pero, con cada nuevo día de práctica, su puntería fue mejorando. Se acostumbró al aroma de la pólvora recién disparada, incluso comenzó a disfrutar de él, y dejó de temblarle la mano al apuntar. Al cabo de una semana tenía uno de los mejores índices de precisión dentro del grupo.

—Aún tiene que superar ese maldito muro —murmuró el teniente Clarke mientras escribía algo en la tarjeta de puntuación de Rose.

La confianza de la joven se derrumbó. Venía dedicando el escaso tiempo libre del que disponían, por lo general a primerísima hora de la mañana, cuando todo el mundo aún dormía, a practicar en la pista americana. Muriel, que ignoraba la insistencia de Rose en que no saliera de la cama, la acompañaba para animarla. En una oscuridad casi absoluta, por lo general compuesta por la densa niebla que engullía la costa oeste de Escocia, Rose se esforzaba por escalar el muro de tres metros de alto. En dos ocasiones había estado cerca de

conseguirlo, sus dedos rozaron la parte superior del obstáculo, pero no había logrado acabar de superarlo. Y, con cada nuevo fracaso, el miedo a que el SOE la rechazara iba ganando intensidad.

Muriel se le acercó cuando el teniente no podía oírlas.

—Lo estás haciendo bien. No hagas caso a Clarke. Maxwell no dejará que te mande a casa por no escalar el muro.

Acalorada por la determinación, Rose asintió con la cabeza y recargó la pistola.

A su juicio, el aspecto más extraordinario del entrenamiento con armas consistía en que los candidatos tuvieran que practicar el «disparo doble» antes de cepillarse los dientes. Suponía que el comandante Maxwell quería que se sintieran cómodos con sus armas, como si estas no fueran más que utensilios domésticos. Había un muñeco en cada uno de los baños. Las mañanas y las tardes estaban llenas de balazos procedentes del lavabo. Mientras se aprestaba a lavarse los dientes, Rose disparó el arma e hizo dos agujeros en el vientre del muñeco. Curiosamente, aquel ritual previo al cepillado hacía que se acordara de su infancia, cuando Charlie y ella se compinchaban para no lavarse los dientes y se limitaban a pasar los cepillos por debajo del chorro de agua. «Si nuestros padres nos hubieran dejado disparar contra un maniquí, no habríamos tenido nunca una sola caries.» Sonrió mientras ponía la pasta en el cepillo. «Ojalá pudieras verme ahora, Charlie.»

Además, bajo la dirección del comandante Maxwell, los candidatos del SOE realizaban demoliciones y entrenamiento con explosivos. Su baja estatura no frustró a Rose, que destacó por su dominio del explosivo plástico. Emparejada con Muriel y Felix, practicaron haciendo saltar por los aires un trecho de una línea férrea abandonada. Aprendieron dónde debían colocar exactamente la carga explosiva en una locomotora para que esta quedara inutilizada durante meses. Les enseñaron a sabotear vehículos, calderas de fábrica y centralitas telefónicas. Rose se sentía empoderada al usar aquellos explosivos. Alimentada por la sed de venganza, ansiaba sembrar el caos entre los nazis. Pero, para llegar a Francia, antes necesitaba aprobar la formación del SOE. «Tengo que superar ese maldito muro.»

De todos modos, escalar el muro se convirtió en la última de sus preocupaciones cuando se embarcó en la formación en asesinato silencioso y lucha sin armas. Para su consternación, ese curso en

concreto lo conducía el teniente Clarke, que parecía impaciente por exhibir su fuerza física, así como por dar rienda suelta a su agresividad, durante sus demostraciones con los candidatos. Se esperaba de las mujeres que superaran el mismo nivel de entrenamiento de combate que los hombres, y eso no representó ninguna sorpresa ni para Rose ni para Muriel. Clarke les hizo demostraciones de técnicas letales entre las que se contaban agarrar la tráquea, meter los dedos en los ojos, dislocar los brazos, dar patadas en la rodilla y desnucar al adversario. Según Clarke, el entrenamiento de combate estaba diseñado para que una persona de fuerza y capacidad medias pudiera enfrentarse y vencer a un rival bien entrenado. Sin embargo, Rose estaba muy por debajo de la fuerza y el tamaño medios. A diferencia de Muriel, que era alta, fuerte y atlética, Rose tuvo complicaciones con la mayoría de aquellas maniobras letales, si no con todas. Y las cosas empeoraron cuando el teniente Clarke la escogió y le ordenó que le hiciera una llave de estrangulamiento.

—¡Teasdale! —gritó Clarke tirando del brazo de Rose para apartarlo de su cuello—. Lo está haciendo mal.

De pie detrás del teniente, ella asintió con la cabeza.

—¡Aprisione mi tráquea con el maldito brazo! —Clarke se señaló una zona del cuello por debajo de la laringe—. Cójase la muñeca y apriete para dejarme sin aire.

—Sí, señor. —Se le hizo un nudo en el estómago.

—Inténtelo otra vez —dijo Clarke dándole la espalda.

Los candidatos del SOE seguían allí, observando la demostración. El comandante Maxwell tomaba anotaciones en la tablilla.

Rose se quedó mirando la gruesa nuca de Clarke, sintiéndose cada vez más angustiada. Por culpa de la altura del teniente o, mejor dicho, del tamaño pequeño de ella, tenía que saltar y pasarle el brazo alrededor del cuello.

—Me cago en la leche —gruñó Clarke antes de cogerla del antebrazo.

Acto seguido, Rose sintió que tiraban de su brazo y de su cuerpo, y el teniente la arrojó contra el suelo.

—¿Es esa toda la fuerza que puede reunir? —preguntó Clarke.

—No —mintió Rose frotándose la punzada que sentía en el coxis.

—Otra vez.

La joven se puso en pie y le dirigió una mirada a Muriel.

—Tú puedes —la animó su amiga articulando las palabras en silencio.

Rose tragó aire y saltó sobre el teniente. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, le apretó la garganta.

Clarke hizo girar el cuerpo, soltó el codo y la golpeó en la cara.

Su cabeza se sacudió hacia atrás. Un fogonazo de dolor le recorrió la mejilla y la cavidad nasal, y cayó de rodillas.

El teniente negó con la cabeza.

—Su llave de cabeza es débil..., un auténtico desastre.

Le salía sangre de la nariz. Tragó saliva con sabor a cobre, intentó reprimir las lágrimas y se puso en pie.

—Teniente Clarke... —dijo Felix dando un paso al frente—. ¿Le parece bien si pruebo yo?

El comandante Maxwell escribió algo.

—Ya tendrá su oportunidad más tarde. —Clarke hizo un gesto con la mano en dirección a Rose—. Otra vez.

«Me doblas en tamaño.» Pese a ser consciente de lo que iba a pasar, Rose usó hasta el último gramo de su fuerza y le hizo una nueva llave de cuello al teniente. Se cuidó de mantener la cabeza alejada de él para no recibir otro golpe, pero no llegó a anticipar el codazo de Clarke contra su estómago y cayó de nuevo al suelo. Sintió náuseas. Le caía saliva de los labios, mezclada con la sangre de la nariz. Tenía la sensación de que le había roto el diafragma.

—¿Está dispuesta a renunciar, Teasdale? —preguntó Clarke.

Rose se esforzó por ponerse a cuatro patas, pasó a tomar cantidades minúsculas de aire hasta que sus pulmones empezaron a funcionar. Miró al teniente a los ojos.

—No —contestó con un resuello.

Clarke esbozó una ligera sonrisa.

—Teniente —dijo el comandante Maxwell mirándose el reloj de pulsera—. Creo que ya es suficiente por hoy.

—Sí, señor. —Clarke se pasó las manos por la chaqueta, para alisar las arrugas.

Candidatos e instructores abandonaron la zona de entrenamiento y regresaron a Garramor House. Maltratada y cariacontecida, Rose se quedó atrás. Se sentía avergonzada por su actuación y prefirió caminar en solitario, pero Muriel y Felix se unieron a ella.

Rose le dirigió una mirada al hombre.

—Gracias por intentar ocupar mi lugar.

Él asintió con la cabeza.

—¿Has considerado la posibilidad de volver a casa?

—Nos callamos la boquita —le interrumpió Muriel, que se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó a Rose.

Ella se limpió la sangre de la nariz y miró a Felix.

—No pienso volver a casa.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—La Luftwaffe mató a mi familia —contestó, y la ira sofocó el dolor.

—Lo siento —dijo Felix—. Pero has de ser consciente de que, si vas a Francia, te enfrentarás a cosas mucho peores. El único motivo por el que tú, y yo, ya que estamos, tenemos la oportunidad de formarnos con el SOE es que están capturando, torturando y asesinando a los agentes más jóvenes. Francia se ha convertido en un país de mujeres y ancianos. Los alemanes no tienen problemas para reparar en los agentes.

—Por eso tendremos mayores posibilidades de sobrevivir —dedujo Rose.

—Quizá sí —aceptó Felix pasándose la mano por el cabello canoso—. Pero volver a casa podría salvarte la vida.

—Entonces, ¿por qué no te vuelves tú a casa, Felix? —sugirió Muriel.

—Mi casa está en Francia. —El hombre hizo una pausa, se metió las manos en los bolsillos—. No eres la única por aquí que ha perdido a alguien. La Wehrmacht no se limitó a requisar el viñedo de mi familia. También se quedó con mi único hijo.

—Oh, no —se lamentó Muriel—. Lo siento.

—*Merci* —respondió él—. Mathieu era oficial del ejército. Lo capturaron en la Línea Maginot cuando los alemanes invadieron Francia. Pienso seguir luchando hasta que las fuerzas aliadas puedan reclamar a nuestros prisioneros.

—¿Y llevarte a Mathieu a casa? —preguntó Rose.

Felix asintió con la cabeza.

Apenas hablaron durante el resto del camino. «Todos tenemos nuestros motivos para combatir», pensó Rose. Al llegar a la casa, se limpió la sangre seca de los orificios nasales. Le dolía la cara, y los dos

incisivos inferiores parecían estar sueltos.

Felix le examinó la nariz.

—No está rota, pero por la mañana tendrás los ojos morados.

—Qué maravilla —dijo Rose, y se volvió hacia Muriel—. Gracias por el pañuelo. Lo lavaré bien antes de devolvértelo.

—Puedes quedártelo —contestó ella.

—Creo que voy a dar un pequeño paseo antes de entrar —informó Rose.

—¿Quieres compañía? —le preguntó Muriel.

Rosé negó con la cabeza y se alejó.

La aterraba la idea de enfrentarse a los demás candidatos y a los instructores, sobre todo al teniente Clarke. No estaba en condiciones de ir a practicar a la pista americana, así que se dirigió a la playa, por cuya arena se esparcían los restos de los explosivos ya detonados. Ahuecó las manos y se echó el agua helada de mar sobre la cara con la esperanza de reducir la hinchazón de la nariz y los ojos. Bajo el sonido rítmico de las olas que iban y venían, se hizo una promesa solemne:

—No me importan todo el dolor y el sufrimiento que tenga que aguantar, porque no pienso rendirme nunca.

Al volver a Garramor House pasó cerca de la ventana del despacho de los instructores, que se encontraba en el ala posterior y estaba abierta. Se detuvo al oír voces.

—Hace falta algo más que músculo para convertirse en agente —dijo el comandante Maxwell—. Necesitamos candidatos que sean astutos, tenaces, y que no tengan aspecto de espías.

—Señor —terció Clarke—, con todos los respetos, creo que deberíamos mandar a Teasdale a casa.

A Rose se le secó la boca. Pegó la espalda contra la pared.

—Se ha desempeñado bien en la formación con armas y explosivos —señaló Maxwell—. Deberíamos darle más tiempo, al menos hasta que pase por el simulacro de interrogatorio.

—Teasdale es débil —repuso Clarke—. No durará ni un mes en Francia.

Enojada, Rose acercó la oreja algunos centímetros más a la ventana.

—Nunca sobrevivirá a un encuentro con los alemanes —añadió el teniente.

Pasaron algunos segundos. Rose tenía la esperanza de que

Maxwell denegara la petición.

—Quiero esa recomendación por escrito encima de mi escritorio esta misma noche —ordenó Maxwell—. Nos reuniremos con Teasdale a primera hora de la mañana.

A Rose se le cayó el alma a los pies.

—Gracias, señor —contestó Clarke.

Rose se alejó en silencio, tambaleándose bajo el peso del rechazo. Se fue a su dormitorio y se duchó. Hizo todo lo posible por hacer como que no tenía conocimiento de que iban a expulsarla por la mañana. Más tarde se sumó a los demás para cenar e incluso se tomó un vaso de whisky vespertino en la biblioteca, aunque aquello apenas le sirvió para mitigar la consternación. A continuación ayudó a Muriel a practicar su francés, pero no le dijo nada sobre la decisión de los instructores de mandarla a casa. «No hay necesidad de que Muriel se preocupe. Todo habrá acabado pronto.» Se metió en la cama y rezó por que su compañera de cuarto no fuera capturada por la Gestapo y pudiera regresar sana y salva a casa con Mabel, su pequeña.

Pasaron las horas. Incapaz de dormir, Rose intentó pensar con antelación. «Ojalá pudiera hacer algo para que el comandante Maxwell cambie de idea.» Mucho después de que la casa se quedara en silencio, se levantó de la cama. Bajó la escalera sin hacer ruido, recordando la promesa que se había hecho, decidida a arriesgarlo todo para cambiar el curso de los acontecimientos.

11

MORAR, ESCOCIA
6 DE JUNIO DE 1942

Rose levantó la pistola y descargó dos disparos rápidos contra el muñeco apuntalado contra una esquina del baño. Devolvió el arma a la cartuchera y se cepilló los dientes. «Esta es la última vez que uso una pistola.»

—Bien hecho —dijo Muriel mirando los agujeros de bala en el abdomen del muñeco, y disparó su propia arma.

Los balazos se alojaron en la cabeza rellena.

Rose se obligó a sonreír y acto seguido se enjuagó la boca con agua. Los disparos restallaban en los lavabos de Garramor House y supo que los candidatos no tardarían en vestirse e ir a la planta baja. Se preguntó si la mandarían a casa antes o después de desayunar. En cualquier caso, se puso el uniforme militar —sin abandonar la esperanza de que sus instructores hubieran cambiado de opinión por algún motivo— y se dirigió al comedor. Fue la primera en llegar y se preparó una taza de té. Fue tomando sorbos mientras esperaba. Unos minutos después, las voces de Clarke y Maxwell resonaron en el pasillo.

«Ya vienen.» Cogió la taza con fuerza. Se le erizó el vello de la nuca. Cada vez estaba más ansiosa. De repente se dirigió hacia la puerta para salir de la estancia y chocó con Clarke. Dejó caer la taza de té, y el líquido y las esquirlas de la pieza de cerámica se desparramaron por el suelo.

—¡Maldita sea! —gruñó Clarke—. ¡Mire por dónde va!

—Lo siento, señor —respondió Rose, y se puso en cuclillas para recoger los restos de la taza.

—Déjelo —ordenó Clarke mientras se limpiaba las gotas del uniforme.

Ella se quedó paralizada.

—Señorita Teasdale —dijo Maxwell con serenidad—. Nos gustaría hablar un momento con usted.

Asintió con la cabeza y los siguió hasta el despacho del comandante.

Maxwell se sentó al escritorio. Rose y Clarke ocuparon las sillas que había al otro lado de este.

—¿Cómo tiene la cara? —preguntó Maxwell inclinándose sobre la mesa.

—Está bien, señor. —La joven se frotó la nariz hinchada. Los moretones oscuros que tenía debajo de los ojos hacían que pareciera un mapache.

El comandante asintió con la cabeza.

—Probablemente se estará preguntando por qué está aquí.

—Están preocupados por mi capacidad física —indicó Rose.

Clarke se cruzó de brazos.

—Nos inquieta la posibilidad de que la maten, o de que ponga a otros agentes en peligro de captura o de muerte.

—¿Ha considerado la idea de renunciar? —le planteó Maxwell.

—No.

La respiración de Rose se volvió superficial.

—Creemos que lo mejor será que abandone el SOE —anunció Clarke.

Ella juntó las manos, clavándose las uñas en las palmas.

—¿Me permite hablar sin tapujos, señor?

—Sí —contestó Maxwell.

—Tengo una de las mejores puntuaciones con armas de la clase. Soy competente en el manejo de explosivos..., tanto como cualquier otro candidato masculino.

Clarke suspiró.

El pulso le palpitaba.

—Mi francés es igual de bueno o mejor que el de los demás candidatos. He terminado todos los ejercicios de entrenamiento dentro de los objetivos requeridos. Las áreas en las que tengo que mejorar son un obstáculo de la pista americana y...

—El muro —la interrumpió Clarke.

—Y el combate sin armas —acabó Rose.

—Sencillamente, es usted demasiado pequeña y débil para ser agente —sentenció Clarke.

Haciendo acopio de valor, Rose se cogió a los brazos de la silla.

—¿Ha estado usted en Francia, teniente?

—Eso no tiene nada que ver —contestó Clarke.

—Tiene todo que ver —aseguró ella.

Maxwell se recostó contra la silla.

—He estado varias veces en París. Conozco su cultura, sus calles, sus parques, sus cafés, y también sus estaciones de tren. Y aún no me he encontrado con que haya que escalar un solo muro de tres metros de altura.

Clarke negó con la cabeza.

—Además, sería poco inteligente enfrentarse a un nazi sin armas, sobre todo si pesa cincuenta kilos más que yo y es plenamente consciente de mi presencia.

—Señor —dijo Clarke mirando al comandante y señalando una carpeta que había sobre el escritorio—, tiene usted mi recomendación.

—Señorita Teasdale —terció Maxwell—, la felicito por su compromiso por servir al Reino Unido. Pero Clarke ha entrenado a muchos agentes y su juicio se ha revelado preciso a la hora de seleccionar a los candidatos para el SOE.

«¿Alguno de esos candidatos era mujer?», quiso preguntar Rose, pero se mordió la lengua.

Maxwell hizo una pausa mientras se alisaba el bigote.

—Por desgracia, tendremos que pedirle que se marche.

Rose respiró hondo y exhaló, consciente de que ya no había vuelta atrás. No tenía nada que perder, así que miró a Maxwell y le pidió:

—¿Podría leerme el informe del teniente Clarke?

Ansioso por oír sus palabras en boca de su superior, Clarke asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Maxwell abrió la carpeta que tenía sobre el escritorio y recuperó una hoja de papel mecanografiada—. «Resulta evidente que Rose Teasdale es una persona comprometida, llena de confianza y altamente cualificada. Es la mejor tiradora del grupo y le sobran agallas.»

—Señor —le interrumpió Clarke frunciendo el ceño—, ese no es mi informe.

—Pues lleva su nombre. —El comandante Maxwell le pasó la hoja por encima del escritorio.

Clarke se inclinó. Mientras examinaba el informe se le desorbitaron los ojos.

Rose se echó hacia delante y señaló un punto del texto.

—Me gusta la parte en la que dice que soy intrépida y una candidata ideal para el puesto.

—Maldita sea. —Clarke resopló—. ¡Se ha colado en el despacho y ha robado mi informe! No solo la van a descartar, sino que además me aseguraré de que la acusen de hurto y de falsificar un documento confidencial del gobierno.

—Señorita Teasdale —dijo Maxwell—, ¿se ha colado usted en el despacho para escribir este informe?

—Sí, señor —contestó Rose. Recordó el momento en que entró por la ventana a la que no le habían echado el pestillo. Pensó de manera fugaz en la máquina de escribir y las teclas que había presionado poco a poco, para no hacer ruido—. También me colé en la habitación del teniente Clarke mientras dormía.

El oficial se sonrojó.

—¡Eso es imposible!

—Tiene usted el sueño bastante pesado —señaló ella intentando ocultar el miedo en su voz—. Mire en su bolsillo.

Clarke rebuscó en los bolsillos y sacó una notita de la chaqueta.

Si hubiera sido un nazi, estaría usted muerto.

—¡Esto es intolerable! —Clarke le pasó la nota a Maxwell.

Maxwell leyó el mensaje, miró a Rose y a Clarke, y lo dejó bocabajo sobre el escritorio, al lado del informe manipulado.

—Déjenos solos, señorita Teasdale.

Rose salió del despacho y cerró la puerta tras de sí. Evitó el comedor, donde los demás candidatos estaban desayunando, y subió sigilosa la escalera. «¡No se me ocurrió que pudieran acusarme de hurto y de falsificar documentos del gobierno! Dios mío, ¿qué he hecho?»

Vio por la ventana de la habitación que delante de la casa había aparcado un sedán de color negro. Al volante se encontraba el mismo conductor que la había llevado hasta allí. Se estremeció. Una abrumadora sensación de derrota recorrió su cuerpo. Mientras sacaba de la maleta la ropa de civil, recordó el momento en el que había

entrado por la ventana sin bloquear del despacho del comandante Maxwell. «Que piensen que he sido lo bastante lista como para forzarla.» Era mentira que se hubiera colado en la habitación del teniente Clarke mientras este dormía. Tan solo le había metido la nota en el bolsillo cuando chocó con él de manera voluntaria. El té derramado y los trozos de la taza le habían servido únicamente como distracción. Y, teniendo en cuenta que el teniente había estado a punto de romperle la nariz, además de dejarle los dos ojos morados, no tenía la menor intención de contarle la verdad.

Llamaron a la puerta. Rose se volvió.

El comandante Maxwell entró en la habitación.

La muchacha tragó saliva. «¿Me van a arrestar?»

—Teasdale —dijo el hombre acercándose a ella—, lo que ha hecho es un crimen.

Una oleada de inquietud atravesó su pecho. Bajó la vista.

—Pero ese es precisamente el tipo de habilidades que se necesitan para ser un buen agente del SOE.

Rose enderezó la espalda y miró al comandante.

—¿Señor?

—Nuestros jóvenes son demasiado llamativos. El enemigo los está atrapando, torturando y asesinando. Necesitamos mujeres, y yo creo que estas serán agentes excelentes.

—¿Qué hay del teniente Clarke?

—Está furioso —contestó Maxwell—, pero hemos hablado. No está del todo convencido de que vaya usted a superar la formación, pero ha aceptado que continúe realizándola con el resto de los candidatos.

Rose exhaló. La tensión que había sentido sobre los hombros comenzó a desvanecerse.

—No será fácil, Teasdale. A partir de ahora, las cosas van a ser mucho más duras para usted.

—Puedo hacerlo, señor —aseveró ella.

—Clarke se lo pondrá aún más difícil.

—Me las arreglaré.

—Supere con éxito la parte física del entrenamiento y la mandaré a la formación de paracaidismo y académica.

—Sí, señor.

—Vaya a desayunar algo —dijo Maxwell—. Necesitará fuerzas si

aspira a escalar el muro de Clarke.

—Sí, señor —repitió Rose, con un subidón de confianza.

El comandante se volvió y salió de la habitación.

Rose metió de nuevo la maleta debajo de la cama. Mientras se dirigía hacia el comedor, se preparó para la ira que Clarke iba a desencadenar contra ella. «Soportaré todo lo que me obligue a hacer. Y daré con la manera de superar su maldito muro.»

12

PARÍS, FRANCIA
16 DE JULIO DE 1942

Lazare y Claudius entraron en la cámara secreta de las profundidades de las catacumbas. La estancia, apenas iluminada por una lámpara de aceite, tenía un ligero olor a madera chamuscada y carne en conserva. Cuatro miembros de la Resistencia francesa se levantaron del suelo de piedra caliza para saludarlos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó un hombre con gafas mientras se ajustaba un pañuelo de color rojo alrededor del cuello.

—Bien —contestó Claudius—. Gracias a Lazare, los alemanes tendrán problemas para llamar al distrito quince.

Los hombres sonrieron.

Una hora antes, Lazare y Claudius habían saboteado una pequeña centralita cerca de Montparnasse. Claudius había hecho de vigía, mirando por una ventana para controlar al único guardia que había dejado la Wehrmacht. Cuando este se tomó un descanso para ir a aliviarse al baño, Lazare, con la cara oculta por un pañuelo, forzó la puerta trasera del edificio con una palanqueta y se coló en la centralita, donde dos mujeres estaban a cargo del turno de noche. Con la adrenalina disparada, Lazare ocultó la mano mutilada en el bolsillo del abrigo e indicó a las operadoras que salieran en silencio y se mantuvieran alejadas del edificio. Una vez que las telefonistas se hubieron marchado, puso el explosivo plástico en la centralita, encendió una mecha y huyó. Unos instantes más tarde, una explosión sacudió el edificio. El guardia salió de golpe del baño, esforzándose aún por subirse los pantalones sin soltar el rifle, y se encontró con el lugar desierto salvo por el humo oscuro que se elevaba de la centralita destrozada.

Claudius se quitó la boina, revelando su cabeza calva, y miró a Lazare.

—Eres todo un saboteador.

Lazare sonrió, pero aún tenía el estómago revuelto por la aprensión. La central de Montparnasse era relativamente pequeña en comparación con los centros de comunicación más amplios que controlaban los alemanes. Aquel acto vandálico en concreto apenas había puesto vidas inocentes en peligro, teniendo en cuenta que las telefonistas habían accedido a su petición. Pero, en lo más profundo de su ser, le inquietaba la idea de que llegara un día en que sus actos pudieran tener como resultado la muerte de personas inocentes, como aquel anciano que simplemente se había detenido a mirar su hoja de propaganda casera.

—Quizá deberíamos hacer que Lazare volara el cuartel del SD —bromeó para sus camaradas el hombre de las gafas.

Los demás se rieron.

La Sicherheitsdienst (SD), la rama de inteligencia de las SS, tenía su sede en la avenue Foch, un bulevar palaciego y residencial del distrito dieciséis. A Lazare le ponía furioso que los nazis hubieran escogido para alojarse un edificio tan cercano al Arco del Triunfo, el monumento que rendía homenaje a quienes lucharon y murieron por Francia en las guerras revolucionarias y napoleónicas. Además, el del Arco del Triunfo era su cuadro favorito entre los de su madre —también, el último que quedaba—, y eso convertía la localización del cuartel del SD en una cuestión personal para él. Sin dudarlo un instante, miró al hombre de las gafas y dijo:

—Lo haré.

Las carcajadas se desvanecieron.

—Solo estaba bromeando —repuso el otro.

—Yo no. —Lazare se ajustó una de las correas de la prótesis; la pintura de su madre había comenzado a desvanecerse en la zona del pulgar.

—No necesitamos ninguna misión suicida —intervino Claudius antes de mirar su reloj—. Son las cuatro de la mañana. Descansaremos un rato y, en cuanto se acabe el toque de queda, nos dirigiremos a un piso franco.

Lazare asintió con la cabeza. Reprimió aquellas ideas de sabotaje y se preguntó en qué piso franco iban a alojarse. Estaban constantemente en movimiento. Cuando no se ocultaban en las catacumbas, algunas personas —de la confianza de Claudius—

escondían a los miembros de la Resistencia en sus sótanos y áticos, y les proporcionaban comida de tanto en tanto. Cuando tenían que salir de la ciudad, por lo general se quedaban en graneros y silos, recostados sobre la paja o alguna manta vieja. Claudius, una persona supersticiosa que se esforzaba al máximo por no seguir nunca la misma rutina, solía tirar una moneda al aire para elegir al azar sus destinos. «Un programa predecible puede hacer que te maten», pensó Lazare.

El joven ya no se quedaba nunca en casa; el riesgo para sus padres era demasiado grande. No obstante, solía visitarlos una vez a la semana para llevarles comida, por lo general raciones militares británicas o verduras procedentes del campo, que obtenía a través de la red cada vez mayor de combatientes de la Resistencia. Ansiaba que llegara el día en que sus padres y él se vieran liberados de la persecución de los judíos. En que tuvieran la libertad de ir a sentarse a un café, de subirse a una bicicleta, de tener teléfono; de poder pasear por las calles de París sin miedo a que los arrestaran o les dispararan; de llevar ropa sin adornos, sin aquella estrella de color amarillo; y de vivir en una ciudad que dejara de estar manchada por carteles antisemitas, algunos de los cuales mostraban a un judío anciano y barbudo, con los rasgos faciales deformados, que se aferraba a un globo como si aspirara a hacerse con el dominio del mundo. Por encima de todo, ansiaba una vida dichosa, como la que llevaban sus padres antes de la ocupación alemana. «Algún día conoceré a alguien, me enamoraré y formaré una familia, igual que mamá y papá.»

En vez de sumarse al resto de los hombres, que se habían tumbado a descansar en el suelo de piedra caliza, Lazare se acercó a un cajón metálico que había contenido un paracaídas británico y que se encontraba en una esquina de la estancia. Con la adrenalina aún alta después del sabotaje de la centralita, decidió gastar sus energías realizando un inventario de los suministros que les quedaban. Dentro del contenedor había dos granadas, tres cajas de munición, varias latas de comida y dos barras de chocolate. «Nos hemos quedado sin explosivo plástico.» El armamento restante les serviría apenas para unos pocos actos de vandalismo. Y, sin explosivo plástico, el papel de Lazare como saboteador se volvería mucho más difícil. Por suerte, Claudius trabajaba en colaboración con un agente del SOE británico llamado Próspero, quien había organizado una red parisina conocida

como Galeno, y dos semanas después iban a tirarles en paracaídas, sobre una localización recóndita, nuevos suministros.

Después de que cerrara el contenedor, unos pasos fueron ganando intensidad en el pasillo de las catacumbas. Cogieron las armas. Al cabo de pocos segundos, el haz de una linterna se paseó sobre la puerta. Lazare, con el pulso acelerado, se sacó una pistola del bolsillo.

—Soy Raphael —dijo una voz de niño.

Lazare exhaló el aire e hizo un gesto hacia los demás para que bajaran las armas. Raphael, a quien Lazare no echaba más de doce o trece años de edad, dado su tamaño y los gallos adolescentes de su voz, se había sumado hacía poco al grupo. Claudius, que tenía un don para reclutar a combatientes fieles para la Resistencia, había encontrado a Raphael buscando comida entre la basura en una callejuela a la que daba la parte de atrás de un café que atendía a soldados de la Wehrmacht. Lazare había insistido en que el niño era demasiado joven para combatir. Aunque no estaba de acuerdo con él, Claudius venía limitando su colaboración al papel de observador, para que les proporcionara información sobre los movimientos de los alemanes y de la policía. Pero era solo una cuestión de tiempo que el niño acabara llevando un arma o, aún peor, explosivos plásticos. «Los niños tendrían que estar en la escuela, jugando con sus amigos.» Los nazis no solo habían obligado a Raphael a que se hiciera hombre antes de tiempo, sino que además le habían robado la infancia.

—¡La policía! —gritó el niño mientras entraba en la cámara. Se esforzó por recuperar el aliento—. ¡Está haciendo una redada de judíos!

A Lazare se le heló la sangre.

—¿Dónde?

—¡Por todas partes! —Con el cabello húmedo de sudor, el niño tragó varias bocanadas de aire.

Lazare miró a Claudius.

—Tengo que irme.

—No —contestó Claudius, y bloqueó con su cuerpo la entrada al pasillo de piedra.

—Tengo que avisar a mis padres —dijo Lazare.

Claudius negó con la cabeza.

—No me puedo arriesgar a que te capturen y destruyas nuestra tapadera.

Lazare le miró a los ojos.

—Me voy.

Claudius miró a sus hombres, que levantaron las armas. El chasquido del cargador al introducirse en una pistola rasgó el aire.

Lazare tragó saliva con dificultad.

—O te apartas o tendrás que ordenarles que me disparen.

—Maldito seas, Lazare. —Claudius se pasó la mano por la calva y le hizo un gesto para que se fuera.

Sin la ayuda de una linterna, Lazare recorrió el laberinto de las catacumbas. Gracias a los varios meses de práctica, fue capaz de surcar aquellas arterias subterráneas contando los pasos que daba y pasando la mano por el muro de piedra para localizar los cruces. Pero, llevado por la urgencia por avisar a sus padres, avanzó demasiado rápido y se saltó una conexión. Al darse cuenta del error, regresó sobre sus pasos —perdiendo un tiempo precioso— y dio con el cruce de túneles.

Abandonó las catacumbas a través de un pasaje oculto en las alcantarillas y emergió del laberinto subterráneo. El cielo estaba oscuro, a excepción de un brillo débil en el este. Aún no eran las cinco, la hora a la que acababa el toque de queda, y eso quería decir que, si le encontraban en la calle, por mucho que llevara la documentación falsa en el bolsillo, le arrestarían. Pero no le importó. Entregado a la idea de avisar a sus padres, se metió en un callejón y avanzó por una serie de calles laterales en dirección a su casa.

Con el toque de queda, no debería haber nadie en la calle a excepción de las patrullas periódicas que realizaban los alemanes. Pero, dado el rumor de los vehículos, Lazare entendió que algo había cambiado de manera drástica. Y el giro reconocible del motor de los autobuses hizo que se le erizara el vello de la nuca.

Cerca de un cruce, se aproximó a un edificio de apartamentos y se quedó paralizado. En la calle había aparcados un autobús y dos coches de policía. Algunas ventanas al azar refulgían, lo que daba al edificio la apariencia de un tablero de ajedrez. Le llegaron gritos procedentes de varios apartamentos. Unos instantes después, unos agentes de la policía francesa, identificables por sus sombreros planos con visera, escoltaron a una familia —un hombre, una mujer y dos niñas adolescentes, todos ellos con abrigos en los que había estrellas amarillas bordadas— hacia el autobús. En el interior del edificio, los

gemidos ganaron intensidad.

«¡No!» Lazare pegó la espalda a la pared para mantenerse fuera de la vista de la policía. Levantó la mirada y vio que había gente espiando al otro lado de las cortinas cerradas. Unos instantes después, más de una docena de personas que cargaban solo con abrigos y mantas fueron conducidas al interior del autobús. Desde su escondite, Lazare vio con impotencia a un agente amenazar con su porra a una mujer que llevaba a un bebé en brazos para que se subiera al vehículo. «¿Cómo puedes hacer eso?» Pero, en lo más profundo de su ser, conocía la respuesta.

Retrocedió hasta el callejón y tomó otra calle en dirección a su casa, solo para encontrar nuevos autobuses —repletos de gente— que se dirigían hacia la torre Eiffel. «¿Adónde los llevan?» Para evitar que le detectaran, escogió una ruta más larga, que rodeaba las zonas residenciales, y llegó al edificio de sus padres en la rue Cler, que estaba vacía. Sin autobuses ni policía. «Por favor, que estén en casa», rogó.

En vez de usar la puerta de entrada, subió por la escalera de incendios hasta la ventana de su habitación, que su madre dejaba sin pestillo para cuando él aparecía sin avisar. La abrió y entró en el apartamento. Su cama estaba hecha; la almohada, ahuecada y apoyada contra el cabecero. Todo parecía estar en orden. Exhaló y comenzó a liberarse de la tensión que había sentido en los músculos de los hombros. «Los despertaré. Saldremos de aquí antes de que lleguen.»

Al abrir la puerta de su dormitorio, se quedó paralizado. Por el pasillo había desperdigadas varias prendas de ropa: un suéter de su madre y dos de las camisas de su padre. Los armarios y los cajones de la cocina eran un caos. El pánico le atravesó el pecho.

—¡No!

Oyó un crujido procedente de la habitación de sus padres.

Dio un paso al frente y abrió la puerta de golpe.

La mujer que había estado rebuscando en el armario de su madre se dio la vuelta y chilló.

Lazare se encogió.

—¡No... no te acerques! —Con los ojos desorbitados, la mujer dejó caer un vestido de color azul oscuro que su madre solía ponerse para las ocasiones especiales, incluida la ceremonia de graduación de

Lazare. En el cuello llevaba el colgante de oro que Gervais le había regalado a Magda en uno de sus aniversarios.

—No voy a hacerle daño —dijo Lazare, que había reconocido a la mujer. Se trataba de una viuda llamada Victorine, que vivía en el piso de arriba. Años antes, su madre había cuidado de ella durante un brote terrible de gripe—. Soy yo, Lazare.

La mujer, que respiraba de manera entrecortada, se pasó la mano por el pelo, revuelto y aceitoso.

—¿Dónde están? —preguntó él, con el pecho cargado de temor.

—Se los ha llevado la policía.

—*Oh, mon Dieu* —murmuró. Se sentía destrozado en cuerpo y alma.

La mujer paseó la mirada por la habitación, como si estuviera buscando una ruta de escape o algo con lo que defenderse.

Lazare parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

—¿Adónde se los han llevado?

—Lejos —respondió ella con voz fría.

Se le revolvió el estómago. Para resistir las arcadas, pegó la cabeza contra el marco de la puerta.

La mujer, a la que le temblaban los brazos, dio media vuelta de golpe. Comenzó a pelearse con el pestillo de la ventana y la abrió por completo.

—¡Policía!

Una oleada de miedo recorrió a Lazare.

—Por favor, no...

—*Juif!* —gritó la mujer.

Lazare se estremeció.

—¡Victorine! —le suplicó, con la esperanza de que al oír su nombre dejara de gritar.

—*Juif!*

Se oyeron unos pasos procedentes del piso superior.

Lazare se llevó la mano al zapato y sacó la navaja.

—*Non!* —chilló ella, con los ojos clavados en la hoja, antes de volverse y asomar la cabeza por la ventana—. ¡Socorro!

Lazare atravesó el pasillo tambaleándose por culpa de la conmoción. Aunque torcido, el cuadro del Arco del Triunfo seguía colgado de la pared. Hundió la navaja en una de las esquinas del marco.

—*Juif!*

«Por favor, que no estén.» Hizo un corte alargado, siguiendo el borde del marco. Esperaba que la mujer se hubiera equivocado y que sus padres hubieran podido huir antes de que llegara la policía. Pero, al meter la mano en la base del marco, encontró la documentación falsa que había hecho para ellos, tal y como la había dejado varios meses antes. La aflicción asoló su cuerpo.

—¡Policía! —La mujer cerró con fuerza la puerta del dormitorio y echó el pestillo. Un mueble comenzó a rascar el suelo.

«Está moviendo la cama para atrincherarse dentro.» Con los ojos llenos de lágrimas, Lazare se metió los documentos en la chaqueta.

—¡Aquí arriba! —le gritó la mujer a alguien que pasaba por la calle.

Lazare enrolló el cuadro y se lo puso bajo el brazo.

Oyó unos pasos pesados. La puerta de la calle se abrió de golpe.

Salió disparado hacia su dormitorio. Se metió en la escalera de incendios en el momento en que dos agentes de policía irrumpían en el apartamento. Bajó los escalones de hierro de dos en dos y se dejó caer a la calle. Notó un dolor agudo en el pie izquierdo. Se esforzó en correr, pese a que los ligamentos del tobillo le ardían con cada nuevo paso. Reprimió el dolor y la pena mientras buscaba desesperado un lugar donde esconderse, todo ello sin dejar de rezar por encontrar la manera de liberar a sus padres antes de que fuera demasiado tarde.

13

Redada del Velódromo de Invierno
16 y 17 de julio de 1942

Devastado, Lazare regresó al refugio de las catacumbas. Allí encontró solo a Claudius, que estaba rellenando el aceite de una lámpara.

—La policía se los ha llevado.

Le dolía el pecho, era como si le estuvieran comprimiendo el tronco en un tornillo de banco. Fue a dejar el cuadro, enrollado como un póster, y los documentos falsos de sus padres en un rincón seco de la cámara.

—Lo siento. —Claudius se quitó la boina y la sostuvo contra el pecho.

—Están deteniendo a centenares de judíos, quizá a miles —dijo Lazare—. He visto a una mujer saltar desde la ventana de un tercer piso, con sus dos hijos cogidos de la mano, para intentar huir de la policía. —La imagen de sus cuerpos rotos, aplastados contra la acera, llenó su mente. Le temblaban las manos.

—*Mon Dieu* —susurró Claudius.

—Había autobuses repletos de judíos dirigiéndose hacia la torre Eiffel.

—Lo más probable es que se los hayan llevado al Velódromo de Invierno —apuntó Claudius—. La policía lo usó el año pasado para contener a los judíos arrestados.

El Velódromo de Invierno era una pista de ciclismo cubierta. De pequeño, Lazare había acudido allí con sus padres para ver pruebas ciclistas, además de algún que otro espectáculo circense. Años antes, el lugar había sido escenario de algunos de los acontecimientos deportivos de las Olimpiadas de 1924. Y, si Claudius tenía razón, aquel centro cívico en el que Lazare había aplaudido al lado de sus padres y de miles de parisinos se había transformado en un campo de internamiento.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó Lazare.

—Los he mandado a un piso franco fuera de la ciudad.

—Tienen que volver.

Claudius negó con la cabeza.

—No hay nada que podamos hacer, ni tú ni ninguno de nosotros.

—¡Tenemos que intentarlo!

Claudius se frotó las gruesas cejas.

—Esos hombres se han comprometido a luchar contigo, Lazare, pero dudo que todos ellos quieran arriesgar la vida por los judíos.

Aquellas palabras le hirieron. Sintió como la acidez de la bilis le subía por el esófago. Gracias al tiempo que llevaba trabajando para Claudius, Lazare sabía que había numerosos judíos combatiendo en las redes de la Resistencia por toda Francia. Él no habría dudado en arriesgar la vida por cualquiera de sus compatriotas. Y le apenaba pensar, aunque en su fuero interno lo hubiera sospechado desde el principio, que no todo el mundo en la Resistencia haría lo mismo por él, tan solo porque era judío.

—Lazare... —dijo Claudius con un tono de voz paternal—. El velódromo estará fuertemente vigilado por la policía. No puedo poner en riesgo a mis hombres por una misión inútil.

—Entonces iré yo solo.

Se volvió y comenzó a rebuscar en el contenedor de paracaídas que habían enviado los británicos. Desanimado ante el hecho de que hubieran usado ya los últimos explosivos plásticos, optó por meterse una granada y un cartucho de munición en la chaqueta.

—¿Qué es lo que esperas conseguir? —Claudius se acercó a él y le puso una mano en el hombro—. ¿Quieres morir? ¿Es eso lo que tus padres querrían que hicieras?

—Tengo que intentarlo. —Lazare le miró a los ojos—. ¿Podrías hablar con Próspero, tu contacto del SOE? Quizá los agentes de la red Galeno podrían ayudarnos. O quizá podrían acelerar la fecha en que la RAF entregue los explosivos.

Claudius soltó un suspiro.

—Por favor... —le rogó Lazare.

—No te prometo nada —dijo Claudius—. Pero veré lo que puedo hacer. Mientras tanto, quédate bajo tierra. No salgas al exterior. Yo volveré hacia el final de la tarde. —Se puso la boina en la cabeza y salió de la cámara.

Lazare oyó alejarse sus pasos por las catacumbas. Esperó veinte minutos; con cada aliento que tomaba de aquel aire estancado, su ansiedad iba en aumento. Incapaz de permanecer ocioso, se metió otra granada en la chaqueta y se dirigió trabajosamente hacia la salida de aquel cementerio subterráneo.

En las calles había más ajetreo de lo habitual, dado el desfile de autobuses que se dirigían hacia la torre Eiffel. Los gentiles, sin miedo a que pudieran detenerlos, se habían atrevido a salir de sus casas para ver lo que sucedía.

—Han sido los alemanes quienes han ordenado la redada — explicó una mujer que hacía cola para comprar el pan mientras Lazare pasaba por su lado.

Se le hizo un nudo en el estómago. Deseó que hubiera algo que le despertara de aquella pesadilla. «¡Esto no puede estar pasando!» Se aferró a las granadas, que llevaba ocultas en los bolsillos, consciente de que, si lo detenía la Wehrmacht o la policía, no le quedaría más remedio que tirar de las anillas. Y todo habría acabado.

Lazare supo que Claudius había acertado cuando se aproximó a la esquina del boulevard de Grenelle y la rue Nélaton. La zona más próxima al Velódromo de Invierno estaba atestada de transeúntes que bloqueaban las aceras. Diez autobuses llenos hasta arriba, con gente de pie en los pasillos, se alineaban cerca de la entrada al velódromo. Docenas de personas con estrellas amarillas cosidas a la ropa, niños incluidos, estaban siendo conducidas al interior del recinto por agentes de policía armados con porras. Nuevos autobuses giraban la esquina y se detenían con un chirrido. «Debe de haber miles de personas ahí dentro.» Parpadeó para no llorar.

Se abrió paso entre la multitud. Gotas de sudor perlaban su frente. Hacía demasiado calor como para llevar chaqueta, y esperaba que aquel vestuario excesivo no llamara la atención. Se quedó mirando el techo de cristal del velódromo, que se había pintado de color azul oscuro para evitar los ataques aéreos. Habían atornillado todas las ventanas. «¡Debe de hacer un calor atroz! ¡Esto es inhumano!» Se adentró todavía más en la multitud, con la esperanza de obtener una perspectiva mejor.

Dedicó las horas siguientes a desplazarse alrededor del recinto, intentando pasar lo más desapercibido posible. Llevaba la gorra calada, cubriéndole las cejas. Las manos metidas en los bolsillos de la

chaqueta, para esconder tanto la prótesis como su pequeño arsenal. Esperaba que nadie le reconociera, y que ningún soldado alemán o policía francés lo detuviera. Por suerte para él, la policía estaba entretenida con la gente a la que había arrestado. Y muchas patrullas de la Wehrmacht permanecían alejadas de la zona para permitir que sus cómplices franceses detuvieran a su propia gente. «¡El mundo se ha vuelto loco!»

A media tarde, dado el número de policías y la manera en que habían protegido el edificio, Lazare vio con claridad que no podía hacer nada. Si lanzaba una granada mataría a gente inocente, o a policías franceses que se veían obligados a cumplir las órdenes de los alemanes. Se sintió impotente. Una culpa de raíces profundas llenó su corazón. «Tendría que haber hecho algo más. Ojalá hubiera logrado persuadirlos para que se marcharan; ahora estarían en la *zone libre*, o sanos y salvos fuera de Francia.»

Una mano le cogió del hombro. Lazare se estremeció y tiró con un dedo de la anilla de una de las granadas.

—Te dije que te quedaras en las catacumbas —dijo Claudius, y le arrastró en dirección a un portal para que los transeúntes no pudieran oírlos.

Con el pulso disparado, Lazare le dio una palmada a la granada que llevaba en el bolsillo. Encontró la anilla intacta y exhaló.

—La red Galeno no podrá ayudarte —avisó Claudius bajando la voz.

Se le cayó el alma a los pies.

—Pero conozco a alguien que puede introducirse en el velódromo.

—¿Quién?

—Luego te lo cuento. —Claudius inspeccionó la zona—. Sígueme, pero mantén una distancia de seguridad.

Lazare le dirigió una última mirada al velódromo, con la esperanza de que sus padres hubieran escapado. Mientras avanzaban entre el gentío y salían del distrito quince, pese a lo desesperado que estaba por saber de la persona que podría ayudarle, se mantuvo a una calle de distancia de Claudius. Pensó que aquella ruta no conducía a ninguno de los pisos francos. Cruzaron el Sena y continuaron caminando durante casi cuarenta minutos antes de llegar a su destino, un pequeño complejo de apartamentos cerca de un hospital, en el

distrito dos. El sol estaba comenzando a ponerse. Siguió al hombre al interior del edificio y se lo encontró en el descansillo del tercer piso. Antes de que Lazare pudiera decir nada, Claudius llamó a la puerta de un apartamento.

Pasos. La puerta se abrió para mostrar a una mujer de mediana edad que llevaba puesto un uniforme de enfermera.

—Deprisa —dijo ella en un susurro.

Lazare y Claudius entraron en el piso. La mujer cerró la puerta y echó el cierre. Se acercó a un tocadiscos, pulsó un interruptor e hizo descender la aguja sobre un álbum. El sonido de un concierto para piano inundó la estancia.

—La música cubrirá nuestras voces —explicó mientras les hacía un gesto para que se sentaran a la mesa.

—Marcelline es mi hermana —aclaró Claudius.

Lazare estrechó la mano de la mujer, consciente de que Claudius estaba poniendo en peligro a su propia familia para ayudarle.

—Unos pocos médicos y enfermeras tienen permiso para entrar en el velódromo —indicó Marcelline—. Yo soy una de esas enfermeras.

—¿Puedes encontrar a mis padres?

—Lo intentaré —contestó ella—. Pero hay miles de personas, y van llegando más con cada hora que pasa. Será difícil dar con ellos.

—Gracias —dijo Lazare, y pasó el dedo por un arañazo que había en la mesa—. Cuéntame lo que está pasando ahí dentro.

Marcelline se puso pálida. Vaciló, se revolvió en el asiento.

—Por favor —pidió Lazare—. Necesito saberlo.

La mujer miró a su hermano.

Claudius asintió con la cabeza.

—No hay servicios —señaló ella—. Los sellaron porque tenían ventanas por las que se podrían escapar.

A Lazare se le hizo un nudo en la garganta.

—El velódromo está cubierto de orina y de heces —contó Marcelline sin rodeos.

«Oh, Dios.» Lazare hundió los hombros.

Claudius sacó un cigarrillo. Prendió una cerilla y con mano temblorosa se esforzó por encenderlo.

—La temperatura es insoportable. Muchos sufren golpes de calor, y solo funciona uno de los grifos.

Lazare bajó la cabeza.

—¿Cómo pueden hacer esto?

—La policía está actuando según las órdenes de los alemanes.

—Cabrones. —Claudius expulsó el humo.

—¿Hay alguna manera de escapar? —preguntó Lazare.

Marcelline negó con la cabeza.

—Todas las salidas y las ventanas están selladas o vigiladas. A quienes intentan escapar les disparan de inmediato. —Cogió el cigarrillo de Claudius y se lo llevó a los labios. Le dio una calada y expulsó el humo por la nariz—. Algunas personas se han quitado la vida.

El dolor en el pecho de Lazare ganó intensidad.

—¿Qué van a hacer con ellos?

Marcelline le devolvió el cigarrillo a su hermano.

—Los rumores dicen que los van a mandar a trabajar a Alemania. Pero yo no me lo creo.

—¿Por qué? —preguntó Claudius.

—Una enfermera ha visto a varias personas en sillas de ruedas. Hay muchos que son demasiado viejos o demasiado jóvenes como para trabajar. Creo que los alemanes tienen planeado algo mucho peor para estos judíos.

—Ha de haber algo que podamos hacer —señaló Lazare.

—Lo siento —dijo Marcelline—. Haré todo lo posible por encontrar a tus padres.

Un presentimiento fue creciendo en el interior del joven.

—Se llaman Gervais y Magda. De apellido, Aron.

Ella asintió con la cabeza y acto seguido se secó los ojos.

Lazare le describió a sus padres.

—Diles que los quiero —acabó, con el corazón dolorido.

—Lo haré —contestó ella.

—Y que estoy trabajando para sacarlos de allí.

La mujer asintió con la cabeza.

—Tenemos que irnos —dijo Claudius mientras apagaba el cigarrillo en un cenicero de barro—. Si la policía sigue haciendo redadas, será mejor que no estemos fuera durante el toque de queda.

Lazare le dio las gracias a Marcelline por su ayuda y salió con él. Regresaron por separado a las catacumbas. Incapaz de comer o de dormir, Lazare se quedó despierto en aquel nicho sin luz. Por encima

de su refugio subterráneo, los autobuses repletos de judíos arrestados retumbaban en las calles de París. El joven rezó por dar con la manera de liberar a sus padres, pero llegó la mañana y aún no se le había ocurrido nada.

Las redadas duraron dos días. Según los rumores, más de diez mil judíos, incluyendo niños, habían sido detenidos por la policía francesa. A juzgar por la caravana de autobuses que Lazare había visto en el velódromo, no le cabía la menor duda de que esos rumores eran ciertos, o quizá incluso se quedaban cortos.

Dedicó su tiempo a rastrear la zona alrededor del Velódromo de Invierno, buscando la forma de colarse en su interior. Pero, a medida que la población de judíos iba creciendo, también lo hacía la presencia de policías y soldados de la Wehrmacht, con lo que entrar en el edificio era casi imposible. La idea de que allí hubiera miles de personas sufriendo un calor insoportable y escasez de comida y de agua atormentaba su corazón y su mente. Lazare rezaba por que sus padres hubieran escapado de algún modo, o por que hubieran evitado a la policía y salido de París. Cuando volvió a las catacumbas, se encontró con que Claudius le estaba esperando.

—Marcelline me ha pedido que te dé esto —dijo entregándole un trozo de papel doblado.

Lazare desdobló el mensaje y se topó con la letra de su padre. Se le secó la boca.

Mi hijo querido:

Maman *y yo rezamos por que estés bien en el momento de recibir esta carta. Estamos a salvo, haciendo todo lo posible por encontrar la manera de salir de aquí, pero las condiciones son cada vez peores. Nos han dicho que dentro de poco nos van a trasladar a Alemania.*

Lazare apretó el papel. Resopló, intentando contener las lágrimas, y siguió leyendo.

Lamento no haberte hecho caso. Tenías razón al predecir que la plaga antisemita de los nazis se extendería por nuestra Francia querida.

Deberíamos haber salido de París hace meses. Fue una tontería por mi parte pensar que el gobierno, así como la policía, no cederían ante la cruzada de Hitler por perseguir a los judíos. Si te hubiera hecho caso, maman *y yo no estaríamos aquí. Tú no tienes la culpa de nada. Mi tozudez, y solo ella, es la causa de que* maman *y yo nos hayamos quedado en París.*

Se secó las lágrimas de los ojos.

Tenías razón al negarte a esperar la posibilidad de que los Aliados liberaran Francia. Te lo imploro, hijo mío: lucha. Lucha por Francia. Lucha contra la hostilidad hacia los judíos. Lucha para que estos actos criminales contra la humanidad no vuelvan a ocurrir nunca más.

Estamos orgullosos de ti, hijo mío. Recuerda siempre que te queremos.

Papá y maman

Lazare cayó de rodillas y lloró, con unos sollozos que resonaron en la cámara de piedra caliza.

Segunda parte
La mission

14

Base aérea de la RAF en Tempsford,
Bedfordshire, Inglaterra
20 de mayo de 1943

Con los nervios en tensión, como un cable electrificado, Rose entró detrás de Muriel y de Felix en un hangar improvisado. La estructura, que en su día había sido un granero cercano a una de las pistas de la base aérea de la RAF en Tempsford, albergaba una zona de preparación para los agentes del SOE. En vez de aviones y mecánicos, el hangar contenía mesas repletas de suministros —transmisores inalámbricos, ropa, provisiones, armas—, lo que le confería el aspecto de ser el despacho sobrecargado de un intendente. Después de varios meses de entrenamiento, a los que habían seguido varios meses más de vivir en un piso a la espera de saber cuándo iban a darles un destino, si se lo daban, estaban a punto de asistir a la última reunión informativa antes de que los lanzaran sobre la Francia ocupada por los alemanes.

—Nos vamos de verdad —dijo Rose en un susurro.

—Sí —asintió Muriel.

Felix sonrió, mostrando los dientes manchados por las gotas de yodo.

«Pareces mucho más viejo», pensó Rose, que aún no se había acostumbrado del todo al disfraz con el que Felix quería aparentar más edad. Se había dejado crecer un bigote a juego con el pelo —decolorado para que tuviera un color blanco sucio— y llevaba gafas de montura redonda. «Ni los nazis ni los franceses reconocerán al antiguo piloto de grandes premios nacido en Saintes, Francia.» Por suerte, al haber vivido siempre en el Reino Unido, ni Rose ni Muriel necesitaron someterse a un cambio de apariencia tan drástico, a excepción de un corte de pelo al estilo parisino y de quitarse los empastes dentales británicos para ponerse oro en su lugar, pues los

dentistas franceses lo utilizaban muy a menudo.

Durante el entrenamiento físico, Rose no llegó a superar nunca el «maldito muro» del teniente Clarke. De hecho, a duras penas superó el módulo de combate de ese entrenamiento, dadas las limitaciones de su tamaño y fuerza, propios de un peso gallo. Pero había sobresalido en la formación con armas y explosivos, igual que en la de ataque aéreo, asesinato silencioso y morse básico. Y su fluidez con el francés era superior a la de cualquier otro candidato, con la excepción de Felix, que se había pasado toda la vida en Francia. Rose creía haber impresionado al comandante Maxwell por su coraje al colarse en el despacho del instructor y cambiar el informe de Clarke. Después de las seis arduas semanas que Rose había pasado en Garramor House, el comandante Maxwell le había dado permiso para continuar con su candidatura al SOE y trasladarse a la escuela de paracaidismo. Clarke se mostró de acuerdo. O bien el teniente temía una nueva humillación relacionada con el hecho de que Rose se hubiera colado en su dormitorio, pensaba ella, o sentía un mayor respeto hacia su entereza. Fuera como fuese, le dio igual. Continuaría con su misión para convertirse en agente del SOE, y eso era lo único que importaba.

La escuela de paracaidismo en la base de la RAF en Ringway, Manchester, había durado una semana. Nada más llegar, Rose se dio cuenta de que Muriel y ella eran las únicas mujeres, con la excepción de los miembros de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina (FAAF) encargados de preparar los paracaídas.

—Si no se abre, traedlo, que os lo cambiamos —bromeaban aquellas mujeres mientras les entregaban los paracaídas a los candidatos.

Rose pensaba que la broma le habría parecido graciosa de no haberles tenido miedo a las alturas, algo a lo que había restado importancia durante las entrevistas.

Aunque el curso de paracaidismo había sido mucho más corto que el entrenamiento físico en Morar, descubrió que el lugar era igual de intenso y mucho más peligroso. En un primer momento se entrenaron saltando desde un globo de barrera modificado, enorme y lleno de hidrógeno, al que se le había añadido una cesta con un agujero en la base. A medida que el globo iba ascendiendo hacia la atmósfera, la ansiedad de Rose no dejaba de crecer. Cuando le dieron la orden de saltar, el corazón le martilleaba, y se lanzó a plomo por el

agujero mientras no dejaba de rezar para que se le abriera el paracaídas. Esperaba que saltar desde el avión resultara mucho menos exigente para sus nervios, pero no fue el caso. Los aviones tenían que evitar ser detectados por los radares alemanes, así que los candidatos debían saltar desde alturas de entre ciento cincuenta y ciento ochenta metros, con lo que disponían de menos de quince segundos antes de chocar contra el suelo. Pese a su acrofobia, Rose superó el entrenamiento y agradeció no haber necesitado pedirles a las mujeres de la FAAF que le reemplazaran un paracaídas defectuoso.

Después de la escuela de paracaidismo tuvieron varias semanas de clases de sociedad en una escuela situada en la propiedad que poseía lord Montagu en Beaulieu, en New Forest. Aquella mansión palaciega le hacía pensar en una abadía cisterciense, por su arquitectura antigua con arcos de piedra. Rose tuvo la sensación de que los instructores parecían más profesores universitarios que oficiales curtidos, teniendo en cuenta que la mayor parte de la formación se había realizado en aulas. Aprendieron a reconocer todos los rangos de los servicios alemanes, a usar códigos y tinta invisible, a entender los mensajes personales que la BBC incluía en sus noticieros franceses y a escapar de unas esposas. Además, ganaron experiencia en seguridad personal, hurtos y forzar cerraduras, comunicación de campo y cómo mantener una tapadera y comportarse debidamente bajo vigilancia policial. Habían superado diversas rondas de interrogatorios simulados, con los instructores vestidos como miembros de la Gestapo alemana. Les enseñaron que lo más importante para un agente era llevar una vida clandestina con éxito. Pero, si los capturaba el enemigo, estaban entrenados para mentir y entretener, y así ganar la mayor cantidad posible de tiempo para proteger a los demás agentes y a la red del SOE. Aunque eran realistas, los simulacros de interrogatorio no incluían torturas, tal y como sin duda sería el caso si los capturaban los nazis. Rose terminó la formación en Beaulieu con la esperanza de que las habilidades que había aprendido sirvieran para mantenerla con vida. «No me capturarán —se tranquilizaba a menudo a sí misma—. Pero, si lo hacen, no hablaré nunca. Jamás sacrificaría a otro agente.»

—Pongan todos sus efectos personales encima de la mesa —ordenó un oficial señalando el mueble—. Se los devolverán cuando regresen a casa.

Rose puso la maleta sobre la mesa. Antes de apartarse, la abrió y le echó un último vistazo a la fotografía. «Adiós, Charlie. Haré todo lo posible para que mamá, papá y tú os sintáis orgullosos de mí.» La cerró y se volvió hacia Muriel, que tenía en la mano la foto de Mabel, su hija. Rose se sentía fatal por ella, y es que las autoridades del SOE la habían informado de que era posible que el enemigo identificara el papel fotográfico como procedente del Reino Unido. Pero daba igual, porque el protocolo del SOE era estricto: no podían llevarse consigo ningún efecto personal.

—Volverás a verla —dijo Rose poniéndole una mano en el hombro.

Muriel asintió con la cabeza.

—Hasta pronto, mi dulce bebé —susurró, y puso la foto de su hija encima de la mesa.

Rose y Muriel retrocedieron, dejando atrás todas las pruebas de su vida anterior. El oficial inspeccionó su ropa, para asegurarse de que no hubiera señal de etiquetas o marcas británicas. Los sastres del SOE usaban telas que habían llevado de contrabando desde Francia, así como ropa retocada procedente de tiendas de segunda mano. Cuando hacía falta falsificar una prenda, esta se modificaba con cuidado, de manera que incluyera las etiquetas de la ropería francesa. Los botones, algunos de los cuales escondían una brújula, llevaban estampadas las leyendas *«Élégant»* o *«Mode de Paris»*. Las cremalleras británicas, que siempre llevaban la marca *«Lightning»* grabada en el tirador metálico, se esmerilaban con cuidado usando un taladro de dentista. Rose pensaba que el SOE había alcanzado una meticulosidad extrema para garantizar que su vestuario pareciera francés de verdad.

El oficial le entregó una pequeña pila de papeles a cada una.

—Aquí están sus documentos de identidad, permisos para viajar, cartillas de racionamiento y algo de moneda francesa.

«Mi nueva identidad.» Rose se quedó mirando los documentos, dándose cuenta de que había dejado de ser Rose Teasdale, mecanógrafa huérfana que trabajaba en las salas del gabinete de guerra de Churchill.

—Ahora vamos a repasar una vez más sus tapaderas, ¿de acuerdo? —propuso el oficial.

—Mi nombre en clave es Hechicero —dijo Felix en francés—. Mi nombre de campo es Jules Laberge. Soy mecánico y trabajo en el

garaje Granet de París.

—Bien —repuso el oficial, y miró a Muriel.

—Nombre en clave, Tartán, como el estampado escocés —declaró ella—. Mi nombre de campo es Marie Caton y soy una costurera que trabaja en su apartamento.

El oficial asintió con la cabeza y se volvió hacia Rose.

—Mi nombre en clave es Libélula —indicó ella mientras se le erizaba el vello de la nuca—. Nombre de campo, Aline Bonnet. Soy viajante de productos cosméticos.

—Espléndido —señaló el oficial, que parecía satisfecho.

A Rose, Muriel y Felix, el SOE les había asignado aquellos roles durante la última fase de la formación. Dado el resultado mediocre —en el mejor de los casos— que había obtenido en el entrenamiento de combate, Rose esperaba que le asignaran una labor de radiotelegrafista. Pero, gracias a la fluidez con que hablaba francés, su familiaridad con París y su apariencia inofensiva, los instructores habían pensado que era muy adecuada para desempeñar el papel de correo y transmitir los mensajes entre la Resistencia francesa y las redes de agentes británicos.

A Muriel, que había sobresalido en la formación con claves, le habían asignado el papel de radiotelegrafista. Gracias a las tutorías nocturnas de Rose, Muriel había mejorado mucho su francés, hasta el punto de que su acento escocés resultaba indetectable, salvo cuando sufría las coerciones del interrogatorio simulado. Y Felix, a quien los directores del SOE veían como un líder seguro y capaz —aunque a veces sus viejas costumbres de piloto de carreras lo llevaban a actuar con contundencia y a adoptar grandes riesgos—, fue elegido responsable de la red. Los tres juntos conformaban la Sección F del SOE, llamada «Hechicero», igual que el nombre en clave de Felix. Iban a ser un subcircuito de la red Galeno —organizada por un agente que tenía el nombre en clave de Próspero—, que ya estaba operando en París.

El oficial les dio un mapa de la zona en la que iban a lanzarse y los ayudó a ordenar sus posesiones, suministros y equipamiento, la mayor parte de los cuales se lanzarían en contenedores, también con paracaídas.

—Una cosa más... —añadió con un tono ligeramente contrito, y abrió uno de los cajones del escritorio—. Sus pastillas.

A Rose se le hizo un nudo en el estómago.

—Cuando lo necesiten, la bencedrina los mantendrá despiertos —explicó—. Las pastillas de sulfa son para las infecciones. —Les dio unos frasquitos y después se aclaró la garganta—. Y esta es su pastilla L —añadió extendiendo la mano.

«La pastilla letal.» Rose miró el comprimido recubierto de goma.

—Muérdanla —dijo el oficial— y la muerte les sobrevendrá en menos de quince segundos.

Rose tragó saliva con dificultad.

El oficial insertó la pastilla en la cámara de una pluma estilográfica, hizo girar la carcasa para cerrarla y se la dio a Felix. A continuación sacó del escritorio dos tubos brillantes de latón.

—Sus pastillas de suicidio están escondidas al fondo del pintalabios.

Reprimiendo la necesidad de estremecerse, Rose cogió el suyo.

Se pusieron los monos de salto por encima de la ropa francesa, se colocaron los arneses del paracaídas y salieron al exterior, bajo un cielo sin luna. Acompañados por el oficial, cruzaron la pista hasta un Armstrong Whitworth Whitley, un bombardero nocturno de doble motor.

—Próspero lo ha organizado todo para que tengan un comité de recepción compuesto por miembros de la Resistencia francesa —informó el oficial—. Los estarán esperando cuando aterricen y los introducirán en París.

—Entendido —respondió Felix, que parecía ansioso por iniciar la misión.

—Buena suerte. —El oficial les estrechó la mano.

Rose subió al avión y se sentó en el suelo del casco, entre Muriel y Felix. Un desagradable olor a producto químico llenaba el aire; parecía provenir del lacado que cubría el interior del Whitley. Aquel fuselaje estrecho y sin ventanas confería al bombardero el aspecto de un ataúd con alas.

Mientras los soldados cargaban sus suministros en la bahía del bombardero, Rose miró hacia la cabina, donde un piloto y un copiloto —miembros del Servicio Aéreo Especial de la RAF— repasaban el plan de vuelo. Nerviosa, se puso a juguetear con uno de los bolsillos del mono.

—Estamos en buenas manos —le dijo Felix dándole un codazo

suave—. El piloto nos llevará sanos y salvos a Francia.

Ella asintió con la cabeza, pero lo que le preocupaba no era el vuelo, por mucho que le dieran miedo las alturas, sino el salto desde el avión. O, mejor dicho, el temor a que su paracaídas no se abriera debidamente.

Mientras estaban en la escuela de paracaidismo, uno de los reclutas en periodo de aprendizaje, pero que no se encontraba entre los candidatos del SOE, sufrió una caída mortal cuando el dosel de seda de su paracaídas no llegó a abrirse. Los instructores se referían a esa situación como «la vela romana», y les aseguraron que sucedía muy rara vez. Pero eso no acabó con el miedo de Rose a que le fallara su propio paracaídas, ni con unas pesadillas en las que se quedaba enredada en las cuerdas del artefacto, como una mosca envuelta en la seda de una araña.

Muriel le apretó la mano.

—Todo irá bien.

Rose respiró hondo y exhaló el aire, agradeciendo el esfuerzo de su amiga por tranquilizarla.

Un miembro de la tripulación llamado Sullivan, un joven pálido y pecoso, se sentó frente a ellos. Otro, a quien no les habían llegado a presentar formalmente, inspeccionó las ametralladoras de la cola y se abrochó los cinturones en la torreta.

Los motores del bombardero comenzaron a girar y el ruido no tardó en ser estruendoso. El avión vibró.

Rose miró a los pilotos, pero los contenedores que iban a lanzarse, con metro y medio de largo cada uno, le bloqueaban buena parte de la visión de la cabina. Por desgracia, lo único que no quedaba tapado era la torreta, que estaba hecha de paneles de cristal. Los motores aullaron. El avión aceleró. Rose se sujetó las piernas con fuerza y se clavó las uñas en los muslos. Unos instantes después, el bombardero se elevó y ella sintió que la aplastaban contra el suelo.

El piloto dirigió la nave hacia el canal. Tras alcanzar la altitud de crucero, el tripulante se acercó gateando hacia ellos.

—¿Nunca os habéis planteado ponerle asientos a este avión? —preguntó Felix.

—¿Para qué? —contestó Sullivan con una sonrisa—. Todos nuestros pasajeros se bajan antes de que aterricemos.

Rose movió los pies en un intento por disipar la aprensión

creciente.

—Poneos cómodos —les dijo Sullivan—. Ya os avisaré cuando nos acerquemos a la zona de lanzamiento. —Se puso en pie, con la espalda doblada para no golpearse contra el techo del fuselaje, y continuó con la comprobación de los contenedores.

Felix se cruzó de brazos y se recostó para descansar. Muriel apoyó la cabeza sobre las rodillas.

Rose, con la adrenalina palpitando a través del cuerpo, comprobó de manera discreta el soporte del arnés. «¿Se me abrirá el paracaídas? ¿Lograré que los nazis no reparen en mí? ¿Me capturarán? ¿Volveré algún día a Londres? ¿Sobreviviré a esta guerra?»

Su nombramiento como mecanógrafa en las salas de guerra subterráneas de Churchill parecía un recuerdo desleído, y tenía la sensación de que había pasado una vida entera desde su existencia en el Londres de antes de la guerra. Para Rose, el zumbido de los motores del bombardero era un recordatorio constante de que la Luftwaffe de Hitler había arrebatado la vida a miles de vecinos de Londres, incluyendo a sus padres y a Charlie. Se esforzó por enterrar sus dudas, comprometida con su deber hacia el Reino Unido y el deseo de honrar a su familia.

Después de una hora de viaje, el avión comenzó a descender.

Rose sintió que se le subía el estómago a la boca y, a continuación, que su trasero se aplastaba de golpe contra el suelo del casco.

El avión se estremeció. Muriel levantó la cabeza y cogió el arnés con fuerza.

Rose le dio unos golpecitos en la pierna.

—Unas pequeñas turbulencias —le dijo, y de repente fue consciente de que también se estaba tranquilizando a sí misma.

Su amiga asintió con la cabeza.

Ignorando las turbulencias, Sullivan atravesó el fuselaje como un marinero experimentado se desplazaría por la proa de un barco sometido al vaivén de las olas. Sacó de una caja de munición un termo y unas tazas de estaño, se acercó a ellos y anunció:

—Os he traído algo para beber.

El avión descendió de golpe y Rose sintió una oleada de náusea en el vientre.

—No, gracias —dijo, con la esperanza de que nadie reparara en

su malestar.

—Tenemos la tradición de servir una copa a los agentes del SOE —explicó Sullivan mientras abría la tapa del termo—. Es para llamar a la buena suerte.

—Encantado —respondió Felix aceptando una de las tazas.

Muriel, que estaba pálida, asintió con la cabeza.

Sullivan les sirvió un trago. De sus tazas se elevó una nubecilla de vapor.

Rose olisqueó, reparó en el aroma a clavo.

—¿Té con especias?

—Ponche —contestó Sullivan.

Rose tomó un sorbo de aquel té con un chorrito de whisky que hizo que le ardiera la garganta.

—Está bueno —afirmó, deseosa de que el licor actuara como una medicina contra el mareo.

Sullivan sonrió.

—Lo he preparado yo mismo.

Felix se bebió su té de un trago y se sirvió otra taza.

«Hay más whisky que té.» Rose se bebió el ponche poco a poco, pero apenas la ayudó a calmar los nervios.

Una luz de color rojo se encendió cerca de la puerta.

Muriel enderezó la espalda y volcó un poco de su té.

—Nos estamos acercando a la zona de lanzamiento —anunció Sullivan.

A Rose se le aceleró el pulso. Se bebió de golpe lo que le quedaba del ponche y pensó que ojalá este hubiera estado aún más cargado de whisky.

Los agentes dejaron las tazas; se pusieron en pie, con la espalda encorvada, y se acercaron a la puerta.

Sullivan sacó los cascos y ayudó a los agentes a atarse la correa por debajo de la barbilla. A Rose, el casco le iba demasiado grande, se sintió como si le hubieran puesto una campana para pastel hecha de plomo en la cabeza. Se apartó la visera, que le había caído sobre los ojos. Con la boca cada vez más seca, se situó detrás de Felix y de Muriel.

Usando unas hebillas de metal, Sullivan aseguró las cuerdas de sus paracaídas a un cable fijo montado cerca de la puerta. A espaldas de Rose, sujetó los contenedores que había que lanzar al mismo cable.

—Preparaos —dijo, y abrió la puerta.

El aire golpeó el rostro de Rose y se le puso la piel de gallina. El rugido del motor martilleó sus tímpanos. Se le aceleró la respiración. «No tengo más que saltar; el paracaídas se desplegará de manera automática.» Asomó la cabeza junto al cuerpo de Felix con la esperanza de ver el suelo, pero se encontró solo con un vacío de color negro. Dirigió la mirada hacia la luz, esperando a que se pusiera en verde y les indicara que tenían que saltar.

—¡Buena suerte! —gritó Sullivan, pero el zumbido de los motores ahogó su voz—. ¡Mandadlos al infierno!

Felix asintió con la cabeza.

Rose comprobó la hebilla frontal del arnés. La luz se puso en verde. Se quedó sin aliento.

—¡Adelante! —chilló Sullivan.

Felix saltó y se esfumó. Muriel se lanzó hacia delante y desapareció en el interior de la noche.

Con una explosión de adrenalina, Rose se abalanzó hacia la puerta abierta.

—¡Espera! —Sullivan la sujetó por el arnés—. ¡Se ha enredado!

El pulso se le disparó. Se cogió del marco de la puerta, con el cuerpo a centímetros del saliente. El viento creaba ondulaciones en su chaqueta de vuelo.

Sullivan desenganchó el arnés de Rose del cable fijo. Ella notó que ajustaba algo en la parte trasera del paracaídas y a continuación enganchaba de nuevo la cuerda al cable.

—¡Ya está!

Vaciló, le temblaron las piernas.

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

Rose tragó saliva con dificultad. Hizo acopio de todo su valor y saltó. «¡Ábrete, por favor!» Su cuerpo atravesó el cielo disparado. El aire le silbaba en los oídos. Pensaba a un ritmo frenético, rezando para que Sullivan hubiera solucionado el problema del paracaídas. Pasaban los segundos. «¡Oh, no!» Se esforzó por subirse el casco y mirar hacia arriba, esperando ver el dosel enredado en las cuerdas, pero notó una sacudida fuerte, como si una mano gigante hubiera tirado de ella desde el cielo. Lanzó un grito ahogado, aliviada al sentir la presión del arnés bajo los brazos. Por encima de ella había brotado un paracaídas.

«Gracias a Dios.»

Examinó el horizonte, buscando a Felix y a Muriel. Identificó a lo lejos los doseles con forma de seta, que flotaban hacia un prado. «¡Están a kilómetro y medio de distancia!» El tiempo que había tardado Sullivan en arreglar su equipo había hecho que los separara una distancia amplia. Miró hacia abajo y se dio cuenta de lo mucho que se había pasado la zona de aterrizaje al ver que algo parecido a un bosque se acercaba veloz hacia ella. Tiró con fuerza de las cuerdas del paracaídas, intentando alejarse de los árboles, pero era demasiado tarde. Golpeó con las botas la copa de un pino. Se estrelló contra varias ramas, raspándose la espalda, y se detuvo de golpe.

Rose meneó las piernas, que estaban suspendidas en el aire. El arnés le comprimía las axilas y los muslos. A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la falta de luz, comenzó a ser consciente del apuro en que se encontraba. Por encima de su cabeza, las cuerdas se habían enredado en un árbol. Por debajo de sus pies se abría una caída de unos seis metros hasta el suelo forestal. Se sentía como una marioneta colgada de un poste de electricidad. «¡Mierda!»

Intentó balancear el cuerpo hacia el tronco del árbol, pero este se encontraba demasiado lejos. Y no había ninguna rama a la que pudiera llegar con los brazos. Consideró la posibilidad de desabrocharse el arnés, pero, dada la altura de la caída, lo más probable era que se rompiera una pierna. Así que decidió esperar, deseando que Felix y Muriel, o quizá el comité de recepción, la encontraran antes que alguna patrulla alemana.

Pasaron los minutos. El arnés, que con su peso constante actuaba como un torniquete, le estaba cortando el flujo de la sangre hacia las extremidades. Flexionó los brazos y las piernas, tratando de combatir el entumecimiento. Estaba intentando aflojarse las correas inferiores cuando oyó quebrarse una rama. Se quedó paralizada. Inspeccionó el bosque con la mirada. El corazón le martilleaba en el pecho. El crujido que producían aquellas botas al pisar las hojas secas fue ganando intensidad. Contuvo el aliento, esperando ver a Felix y a Muriel emerger del denso sotobosque. En su lugar, una figura umbría, que la apuntaba con lo que parecía ser una pistola, apareció por detrás de un pino.

Rose se esforzó por ver, en un intento por identificar al intruso. «¿Es francés? ¿Alemán?»

El extraño se detuvo.

Una brisa atravesó los árboles. El paracaídas de seda batió contra una rama.

El intruso hincó una rodilla en el suelo y la apuntó con el arma.

Rose levantó los brazos de golpe. Reprimió el instinto de gritar.

La figura bajó el arma y se acercó al árbol. Al tenerlo más cerca, Rose se dio cuenta de que era un hombre y de que no llevaba ni el casco ni el uniforme de los alemanes.

—¿El comité de recepción? —pidió en francés, con voz temblorosa.

—*Oui.*

Rose exhaló. «Gracias al cielo.»

—Me temo que me he desviado un poco. ¿Puede ayudarme a bajar?

El francés se metió la pistola en la chaqueta y examinó el árbol.

—No hay ramas bajas para que pueda trepar y liberarla.

—Maravilloso. —Rose se esforzó por aflojar el arnés.

El hombre se puso a recoger maleza y la fue amontonando en el suelo hasta formar una pila.

—¿Qué hace? —le preguntó ella.

—Bajarla de ahí —contestó él mientras cogía otra brazada de hojas secas.

—Me romperé una pierna —replicó Rose—. Vaya a buscar a los otros. Pueden usar algo de soga de uno de los contenedores para pasarla por una rama y bajarme hasta el suelo.

—No hay tiempo —repuso él, y siguió recogiendo más maleza, hojas y agujas de pino. A continuación dejó la pistola al pie del árbol, se quitó la chaqueta y la colocó encima de la pila para crear una pequeña almohadilla—. Yo la cogeré —dijo plantándose sobre el montículo.

—Le haré daño —señaló ella.

Él levantó los brazos.

—Dese prisa.

Rose reprimió la indecisión y se puso a desabrochar las correas que rodeaban sus piernas. «Esto va a doler.» Soltó las hebillas frontales del arnés, esperando poder descolgarse poco a poco, pero le resbaló la mano y cayó sobre el pecho del hombre. Los dos se desplomaron contra el suelo.

—¿Está bien? —le preguntó él.

—Eso creo —contestó Rose mientras se ponía de rodillas—. ¿Y usted?

—*Oui* —afirmó, y la ayudó a ponerse en pie.

A Rose le temblaban las piernas y le costaba ver la cara del hombre en la oscuridad.

—*Merci* —dijo ofreciéndole la mano.

Él se la estrechó con suavidad pero con firmeza, y ella notó algo peculiar: la presión de tres dedos tan solo.

15

PARÍS, FRANCIA
21 DE MAYO DE 1943

—Soy Libélula —dijo Rose usando su nombre en clave.

Miró sus manos, ocultas por las tinieblas del bosque. El pulgar y el dedo índice del hombre parecían estar congelados, como si los envolviera una capa de yeso.

—Me llamo Lazare —dijo él a su vez, y le soltó la mano.

Rose se frotó las piernas en un intento por ahuyentar el entumecimiento y acto seguido se sacó del cinturón una pala plegable en miniatura. Se deshizo del mono de vuelo y comenzó a hacer un agujero.

Lazare recogió la chaqueta y la pistola.

—Los contenedores deberían estar cerca de aquí.

Rose levantó la mirada hacia el paracaídas, colgado en lo alto del árbol. «No hay mucho que pueda hacer al respecto.» Metió el casco y el mono en aquel agujero poco profundo y lo cubrió con tierra.

—Por aquí —indicó Lazare señalando al frente.

Sin soltar la pala, Rose le siguió por el bosque.

—¿Has visto dónde han aterrizado los demás?

—*Oui* —contestó Lazare agachándose para evitar una rama—. Mi grupo ya debería haber llegado hasta ellos. Yo he venido a por ti al ver la separación que había entre vuestros paracaídas.

«¿Grupo?» Rose se preguntó si el comité de recepción estaría formado solo por miembros de la Resistencia francesa o si incluiría a algún agente británico de la red Galeno. El SOE no les había dado nombres concretos, tan solo les había dicho que los estarían esperando cuando aterrizaran y que a continuación los llevarían en secreto a París. Siguió adentrándose arduamente en la oscuridad del bosque, pese a la molestia de las agujas de pino que se le clavaban en los pies.

Al cabo de unos minutos localizaron el primer contenedor, con el

paracaídas desplegado sobre el suelo forestal. Los demás contenedores colgaban de diferentes ramas, pero por suerte estas eran lo bastante bajas como para poder recuperarlos. Mientras Lazare los arrastraba uno tras otro hasta un pequeño claro, Rose hizo un nuevo agujero y metió en él los paracaídas y la pala. Tapó las pruebas de su llegada usando las manos, con montones de tierra.

—Necesitaremos que los otros nos ayuden a sacar los contenedores de aquí —dijo acercándose a Lazare.

El hombre asintió con la cabeza y sacó una linterna pequeña de la chaqueta.

—Por lo general solo usamos las linternas eléctricas para indicar a la RAF dónde debe lanzar los suministros. Pero a los demás les costará encontrarnos y, si han alertado a los alemanes de que se ha visto un avión enemigo, no dispondremos de demasiado tiempo antes de que la zona esté infestada de sus patrullas.

—De acuerdo —respondió ella.

Lazare levantó la linterna y lanzó dos fogonazos breves.

Rose examinó los árboles.

—Allí —señaló Lazare.

Ella se volvió. Vio una luz que destellaba a varios centenares de metros de distancia y que luego desaparecía.

—Están de camino —anunció él.

«Daos prisa», pensó Rose, consciente en aquel momento de que no podían más que esperar, y suspiró por que el comité de recepción llegara antes que el enemigo.

Unos minutos más tarde, mientras Rose y Lazare organizaban los contenedores para poder cargar con ellos, varios miembros de la Resistencia francesa aparecieron entre los árboles armados con subfusiles Sten. A muy poca distancia los seguían Felix y Muriel.

—¿Estás bien? —preguntó esta abrazando a Rose.

—Sí —contestó ella.

—¿Has tenido problemas al saltar del avión? —quiso saber Felix.

—Alguno —respondió Rose, sintiendo un agradecimiento enorme hacia Sullivan por que hubiera arreglado el arnés de su paracaídas—. Además, me he quedado colgada de un árbol.

Se volvió y vio al joven que la había ayudado saludar a algunos de sus camaradas.

—Soy Claudius —la interrumpió un hombre de mediana edad

que se quitó la gorra para revelar su calva y a continuación le estrechó la mano.

—Libélula —dijo Rose, constatando que la red Galeno había confiado en exclusiva en miembros de la Resistencia para conformar el comité de recepción.

—Bienvenidos a Francia —declaró Claudius.

—Gracias.

Una oleada de satisfacción inundó el cuerpo de Rose. «Lo he conseguido. Pero la travesía no ha hecho más que empezar.» Enterrando esas buenas sensaciones, pasó a pensar en la manera de escapar del bosque.

Claudius ordenó que los combatientes de la Resistencia cogieran los contenedores y se los pusieran sobre los hombros.

Durante más de una hora, Rose, Muriel y Felix avanzaron por el bosque, turnándose para ayudar a los miembros de la Resistencia a llevar los contenedores, que estaban llenos hasta arriba de equipo y suministros. A causa de su baja estatura, Rose tenía que cargar el suyo levantando las manos por encima de la cabeza en vez de dejarlo descansar sobre un hombro, como hacían los demás. Llevada por su sentido del deber, siguió esforzándose por ayudar con los suministros a pesar del dolor que sentía en los brazos. Llegaron a un arroyo sinuoso y poco profundo, y siguieron un sendero que conducía a una granja solitaria.

—En el granero —les ordenó Claudius a sus hombres, y se volvió hacia Felix—. Tenemos una red de personas solidarias con nuestra lucha. Este granjero prefiere mantenerse alejado de nuestras labores clandestinas, pero nos deja usar su granero.

Felix asintió con la cabeza.

Rose ayudó a los combatientes de la Resistencia a meter los contenedores. Un ligero olor a estiércol llenó su nariz. Se estaba frotando una punzada de dolor en el hombro cuando el fogonazo de una cerilla la llevó a entornar los ojos.

—Nos quedaremos aquí hasta el amanecer —indicó Claudius a la vez que encendía un farol—. Luego os colaremos en París.

—¿Dónde estamos? —preguntó Felix.

—En Ableiges.

Claudius ajustó el farol para que proyectara un resplandor de color ámbar. Sin ganado ni alimentos, el granero contenía solo unas

pocas pilas pequeñas de paja.

—Muy bien —convino Felix, y se acercó a los contenedores de aluminio—. Comprobemos los suministros.

Comenzó a desabrochar los pasadores y a quitarles la tapa.

Muriel inspeccionó su equipo de radio inalámbrico, que estaba oculto en el interior de una maleta de piel.

—Parece estar completamente en orden —afirmó tras comprobar que se encendía.

Felix señaló una abolladura en la parte inferior del segundo contenedor, que era más amplio y de forma rectangular, mientras que los demás eran cilíndricos. Metió el brazo en él y sacó una llanta rota de bicicleta.

—Maravilloso —dijo Rose mirando la llanta rota, con sus radios doblados como cepillos de alambre para limpiar pipas. Aquella bicicleta fabricada en Francia, que el SOE había obtenido y desmontado para su transporte, era crucial para que pudiera actuar como correo, así como para su tapadera de viajante de cosméticos—. ¿Se puede reparar?

—Lo dudo —contestó Felix.

—Podemos buscarte una bicicleta —propuso Lazare.

Rose se volvió hacia él. El resplandor del farol le proporcionó una visión mejor del hombre que la había ayudado a bajar del árbol. Lazare, que parecía tener veintipocos años, medía más de metro ochenta, tenía el pelo moreno y los ojos de color castaño. A diferencia de otros miembros de la Resistencia, que eran de mayor edad y tenían bigote o la cara cubierta por una barba canosa de dos días, iba bien afeitado. En la mano derecha llevaba una prótesis de madera que parecía haber sido pintada por un profesional, a juzgar por el realismo con que se habían reproducido el pulgar y el índice. «¿Una herida de guerra?»

—No hará falta —dijo Felix—. Llamaremos por radio al cuartel para que nos envíen una de recambio.

—Quizá sea mejor que solo una persona se arriesgue a robar una bicicleta —observó Lazare—, y no poner en peligro las vidas de muchos para recuperar los suministros de la RAF.

Los combatientes de la Resistencia se pusieron a susurrar entre sí.

Felix se tomó el tiempo de sacar un cigarrillo del bolsillo.

—No debería costar demasiado conseguir una bicicleta —terció

Claudius.

Felix encendió el cigarrillo y acto seguido asintió con la cabeza.

Rose reparó en que su rostro reflejaba una ligera decepción. «Quizá esté ansioso por demostrar su autoridad pidiendo suministros al Reino Unido.»

Lazare se dirigió a un rincón del granero, cerca de una caballeriza vacía, y se sentó en el suelo. Se recostó contra la pared de madera y cerró los ojos.

—Claudius —dijo Felix, y exhaló una bocanada de humo—. Deja que te muestre los suministros que los británicos han proporcionado a la Resistencia.

El otro sonrió.

Rose y Muriel se quedaron descansando sobre una pila de paja mientras los dos hombres fumaban y hacían inventario de las municiones. Los miembros de la Resistencia se sentaron a comer latas de cordero dibujando un círculo, pero Lazare se quedó solo.

—¿Qué ha pasado en el avión? —preguntó Muriel, dejando que su cabeza descansara sobre un montón de paja.

—El tripulante se ha dado cuenta de que algo estaba mal en mi paracaídas —respondió Rose.

—Diantres —exclamó Muriel con un grito ahogado.

—Ha tardado un momento en arreglarlo —explicó Rose, con miedo a lo que podría haber pasado si Sullivan no se hubiera percatado de que la cuerda estaba enredada—. Por eso he aterrizado tan lejos. Y, para empeorar las cosas, me he quedado atrapada en lo alto de un árbol.

—¿Cómo has bajado?

—Él me ha ayudado —contestó Rose haciendo un gesto hacia Lazare—. O, mejor dicho, ha interrumpido mi caída con su cuerpo.

Muriel sonrió.

—Excelente.

Ella asintió con la cabeza, agradecida por tener a Muriel como compañera y, aún más, como amiga.

—Vamos a descansar un poco —propuso Muriel—. Queremos llegar a París despejadas.

Rose rodó sobre su costado. No dejaba de ver imágenes en las que estaba a punto de saltar de un avión con el paracaídas estropeado. El corazón le latía con fuerza ante la expectativa de volver a París.

Incapaz de dormir, se puso a repasar su tapadera en la cabeza una y otra vez. Poco a poco, las voces de los miembros de la Resistencia fueron apagándose, a medida que estos se ponían a dormir. Antes de cerrar los ojos, Rose miró a Lazare, que dormía con la mano mutilada sobre el regazo. «¿Qué te ha pasado? ¿Cuánto has tenido que sacrificar para unirte a la lucha?» Mientras se quedaba dormida, se preguntó cuánto sufrimiento tendría que soportar antes de que acabara la guerra.

Rose despertó con el crujido de las bisagras de hierro de la puerta del granero. El sol matutino se derramó sobre su cara. Se incorporó y comenzó a quitarse la paja del pelo.

—Buenos días —dijo Felix, plantado en el umbral, con un cigarrillo pegado a los labios.

—*Bonjour* —contestó Rose—. ¿Cuánto rato llevas despierto?

—No mucho. Han salido a conseguir un camión. —Felix dio una calada y expulsó el humo por la nariz—. Partiremos dentro de veinte minutos.

Rose asintió con la cabeza a la vez que constataba que todos los miembros de la Resistencia se habían ido a excepción de Claudius, que estaba parado en el patio.

Muriel estiró los brazos, bostezó y se puso en pie para alisarse la ropa.

Rose recuperó la maleta y los cosméticos, que estaban dentro de uno de los contenedores. Nunca había sido de ponerse maquillaje. Incluso cuando tenía una cita, que desde el comienzo de la guerra habían sido escasas y poco frecuentes, rara vez se ponía cremas y polvos, y mucho menos lápiz de labios. No obstante, a raíz de su tapadera, se había vuelto toda una experta en productos de belleza —leyendo las revistas francesas de antes de la guerra que le había suministrado el SOE—, y estaba decidida a tener el aspecto y a llevar la vida de una viajante de cosméticos.

Abrió un estuche redondo y adornado en el que había un espejito, se aplicó delineador y a continuación colorete en las mejillas. Mientras se ponía el pintalabios color rojo cereza, su mente se abstrajo pensando en la cámara secreta al fondo del tubo que contenía la pastilla mortal de cianuro. Se detuvo, respiró hondo algunas veces y

acabó de ponerse el maquillaje.

—Estás muy guapa —comentó Muriel.

Rose sonrió. Se sacudió las ideas acerca de la pastilla L y cerró la polvera.

Unos minutos después llegó un camión con plataforma de gran tamaño. Lo conducía un miembro de la Resistencia con aspecto de leñador. Rose, Felix y Muriel recogieron sus cosas y se reunieron con Claudius en el patio. Rose se dio cuenta de que la caja del camión estaba llena de tablas de madera de casi cuatro metros de largo, que sobresalían bastante más allá de la puerta trasera.

—Vuestros apartamentos —anunció Claudius, y le dio una llave a cada uno—. Estaréis en el mismo edificio. Libélula y Tartán compartirán piso.

Rose asintió con la cabeza. Se sintió extraña al oírle decir su nombre en clave a alguien ajeno al SOE.

—Hechicero —dijo Claudius mirando a Felix—, tu apartamento está al otro lado del pasillo.

—Perfecto. —Felix se guardó la llave en el bolsillo.

—Ya vendré a traeros los suministros que no podáis llevaros ahora. —Claudius se volvió hacia Rose—. Y te enseñaré la localización de los buzones muertos y de las entregas en vivo.

Ella asintió con la cabeza, ansiosa por realizar su labor de correo y transmitir información entre las redes del SOE y la Resistencia francesa sirviéndose de localizaciones secretas. Durante la formación había practicado con numerosos buzones muertos, en los que los agentes dejaban mensajes ocultos y no se encontraban cara a cara, para mantener la seguridad. Y había organizado diversas entregas en vivo, un método con el que los agentes se reunían para intercambiar información o municiones. Pero en aquel momento no había corrido peligro de que la capturaran y la ejecutaran. «La formación se ha acabado. Ahora esto va en serio.» Se le hizo un nudo en la garganta.

—Cuando conozcas la localización de las entregas, podrás ponerte en contacto con Próspero —añadió Claudius.

«El nombre en clave del organizador de la red Galeno.» Rose se preguntó por las dificultades que tendría gestionar la comunicación entre Galeno y Hechicero, su propia subred.

—Bien —convino Felix.

—Os van a conducir hasta las afueras de París —informó

Claudius acercándose al camión—. Allí tendréis que separaros y dirigiros por vuestra cuenta a los apartamentos.

Felix miró la ropa andrajosa que llevaba el conductor.

—Sin duda habrá controles de carretera alemanes. Tal y como estamos vestidos llamará bastante la atención que viajemos con un conductor maderero.

Claudius sonrió y en las comisuras de sus ojos se formaron unas arrugas. Se subió a la cama del camión y fue retirando varias capas de tablones hasta revelar un compartimento secreto. Aunque la carga parecía estar compuesta en exclusiva por tablas de cuatro metros de largo, el centro estaba hueco y ofrecía el espacio suficiente como para que allí se escondieran tres personas y un pequeño equipaje.

—¡Es espectacular! —exclamó Muriel.

—Bien hecho. —Felix le estrechó la mano a Claudius antes de subirse al camión y cargar las maletas. Después de ayudar a Rose y a Muriel a entrar en el compartimento oculto, se descolgó para bajar a la cavidad entre la madera.

—Cuando tengáis que comunicaros con la Resistencia —indicó Claudius asomándose al agujero—, contactad conmigo o con Lazare. —Se ajustó la boina y levantó una tabla—. Lazare es de confianza.

El recuerdo del joven con la mano prostética atravesó como un fogonazo la mente de Rose.

—*Au revoir*. —Claudius colocó una tabla sobre el agujero.

Comprimida entre Muriel y Felix, Rose observó a Claudius cubrir el agujero, tablón a tablón, hasta que se quedaron completamente a oscuras. El motor se puso en marcha, haciendo vibrar las tablas, y el camión comenzó a moverse.

En aquel espacio tan angosto, Rose apenas tenía sitio para doblar las piernas o los brazos. Al cabo de pocos minutos, el aire se estancó, estaban reciclando sus propias respiraciones. Las aberturas minúsculas que había entre las tablas eran la única fuente de aire fresco, pero este estaba contaminado por los humos acres de la gasolina. Rose esperó no asfixiarse antes de llegar.

A los treinta minutos de trayecto, el vehículo aminoró la marcha y se detuvo. Ansiosa por respirar oxígeno, Rose tuvo la esperanza de que ya hubieran llegado. Pero el deseo de escapar a aquella reclusión se extinguió cuando oyó, amortiguado pero perceptible, el sonido gutural del idioma alemán.

—*Prüfen Sie das Bauholz* —dijo una voz de hombre.

A Rose se le puso la piel de gallina. Se esforzó por controlar la respiración.

Oyeron unas botas que repiqueteaban contra el suelo al rodear la caja del camión.

Se le disparó la adrenalina y notó que Muriel le apretaba el brazo.

—*Gehen!*

El motor ganó revoluciones. Siguió el rechinar de la palanca de cambios y el camión comenzó a moverse.

Rose exhaló.

—Dios mío —dijo Muriel en un susurro.

—No tardaremos en llegar —señaló Felix, como si intentara tranquilizar a sus compañeras.

Veinte minutos después, el camión se detuvo. Mientras alguien retiraba las tablas, Rose rogó por que no se tratara de otro control de carreteras alemán. Unos segundos más tarde llegó el alivio de ver que era el conductor, con una sonrisa que revelaba que le faltaba un diente.

Cogieron las maletas, salieron del camión y tragaron aire. Rose examinó la zona, que parecía ser un almacén de madera vacío, salvo por una pila de palets rotos.

El conductor señaló con el dedo.

—Alejaos de las calles más transitadas.

Rose se volvió y vio el perfil de París. Se le aceleró el corazón.

Los tres abandonaron en silencio el almacén. Al salir a la calle se separaron y cada uno tomó un camino diferente para dirigirse a su destino, en el distrito quince. Al cabo de pocos minutos, Rose ya caminaba sola y no había señal de sus compañeros. Intentó combatir el miedo y la inseguridad. «Me llamo Aline Bonnet y soy viajante de cosméticos», repitió para sí mientras apretaba con fuerza el asa del maletín lleno de muestras de productos de belleza.

Desde la distancia, la ciudad tenía el mismo aspecto que cuando la visitaba de pequeña. La misma arquitectura majestuosa, distinguible respecto a cualquier otra ciudad del mundo gracias a la torre Eiffel, con aquella punta de hierro que señalaba hacia el cielo. Pero, al cruzar uno de los puentes sobre el río Sena, Rose se dio cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas. Las aceras, en su momento atestadas

de gente, estaban vacías. Algunos parisinos, con los ojos hundidos y los pómulos prominentes, señal de las exiguas raciones que recibían, iban y venían de las colas del pan. Los soldados de la Wehrmacht, armados y con cascos con forma de concha marina, patrullaban las calles. Los cafés, antes llenos de clientes que tomaban café y comían pastas, se habían convertido en establecimientos que atendían al ejército alemán. Y muchos de aquellos hoteles de lujo ocupados por viajeros de todas partes del mundo eran en aquel momento el hogar de los oficiales nazis.

De niña, Rose adoraba los viajes que la familia hacía en verano para ver a los abuelos de París. Visitaban el Louvre, que contenía, según su madre, el arte más refinado del mundo. Paseaban por el Barrio Latino y sus padres se dedicaban a deambular entre las librerías, los quioscos de prensa y las floristerías, mientras Charlie y ella, acompañados por sus abuelos, hacían navegar sus barcos de papel en la fuente. Su hermano sentía un cariño especial por la catedral de Notre Dame. «Algún día volaré», decía señalando alguna de las gárgolas aladas y grotescas que se habían posado en lo alto de la iglesia.

Pero el recuerdo favorito de Rose tenía que ver con una experiencia mucho más modesta que la de aquellas iglesias colosales, tiendas extravagantes y arte de valor incalculable. A Rose le encantaba comerse un helado, por lo general de pistacho, durante los paseos con su familia por el Campo de Marte, un parque cercano a la torre Eiffel. Mientras no dejaba de lamer el dulce, se turnaba para dar la mano a uno de sus abuelos. A Charlie, subido a hombros de su padre, el helado le corría por el lateral del cono, y su madre usaba un pañuelo para limpiarle del pelo las gotas de crema derretida. Aquel era, y sería siempre, uno de los recuerdos más queridos de Rose.

En aquel momento, todos sus seres queridos habían desaparecido, y ella era la última rama que seguía con vida de su árbol familiar. Su París adorado y todos los recuerdos que atesoraba en lo más profundo de su corazón habían quedado manchados por Hitler y su cruzada para conquistar Europa. Las banderas de la esvástica colgaban de los edificios. Los vehículos de la Wehrmacht llenaban las calles. Las gárgolas de Notre Dame, que llevaban desde el siglo XIII ahuyentando a los malos espíritus, así como el agua de la lluvia, no habían podido hacer nada para impedir la ocupación alemana. Para Rose, París no

era más que una sombra de su antigua grandeza. Hitler no se había limitado a conquistar Francia, sino que además había sumido a los ciudadanos de París en un estado de hibernación profundo, y estos solo se aventuraban a salir a la calle en busca de medios para subsistir. Se mordió el interior de la mejilla para reprimir las lágrimas.

Se acercaba a un cruce cuando dos soldados de la Wehrmacht giraron la esquina y se dirigieron hacia ella. La miraron a los ojos. Se le disparó el corazón. «Maldita sea.» Era demasiado tarde para cruzar la calle sin llamar la atención, así que bajó la cabeza y siguió avanzando.

Los soldados se detuvieron, bloqueándole el paso.

Rose se quedó sin aliento.

—*Papiers* —ordenó uno.

Rose se detuvo y dejó la maleta en el suelo.

—*Na los, beeilt euch ein bisschen* —dijo el segundo soldado paseando la mirada por el cuerpo de Rose.

Ella sacó los documentos del bolso y se los entregó.

El soldado les echó un vistazo y se los devolvió.

Mientras Rose volvía a guardarlos en el bolso, el segundo soldado le dio una patadita a la maleta con la bota.

—*Offen.*

Rose se puso en cuclillas y la abrió.

Usando la boca del rifle, el soldado apartó la ropa para revelar la presencia del maletín.

Ella levantó la maleta con la esperanza de que no inspeccionaran el forro interior del maletín, donde llevaba oculta la pistola. Lo abrió y les presentó el surtido de polvos, lociones, aceites y pintalabios que llevaba.

—¿Os gustaría comprarles algo a vuestras novias? —les preguntó en francés.

Uno de los soldados, que al parecer entendía un poco de francés, se rio y le dijo algo en alemán a su compañero, que frunció el ceño y negó con la cabeza. Satisfechos en apariencia, o quizá un poco avergonzados por que les hubieran ofrecido productos cosméticos, los soldados se colgaron los rifles del hombro y continuaron con su patrulla.

Con el estómago hecho una sucesión de nudos, Rose guardó sus pertenencias y prosiguió con su periplo a través de la ciudad.

Llegó a la dirección indicada, un edificio de ladrillo del distrito quince, entró y subió la escalera hasta un apartamento del cuarto piso. Antes de que pudiera llamar a la puerta, esta se abrió. Muriel y Felix le indicaron que entrara y la cerraron a su espalda.

—Gracias al cielo —exclamó Muriel, y le dio un abrazo.

Ella dejó caer sus cosas y le devolvió el abrazo con fuerza.

—Lo hemos conseguido.

—Instalaos —dijo Felix con una sonrisa—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Rose soltó a Muriel y le echó un vistazo a aquel apartamento pequeño de dos habitaciones. Apenas estaba amueblado: un sofá muy desgastado, una mesa con cuatro sillas y una cocina diminuta a la que le faltaban las puertas de los armaritos. El techo de yeso tenía grietas y manchas de humedad, y en el aire flotaba un ligero pero perceptible tufillo a moho.

—Mi apartamento, en el otro extremo del pasillo, es más pequeño —comentó Felix—. Y no es tan bonito como este.

A Rose, el apartamento le parecía más que adecuado, y sin duda encajaba bien con las profesiones de sus respectivas tapaderas, pero entendía que Felix, que provenía de una familia adinerada, pudiera estar acostumbrado a hospedarse en lugares más recargados.

—Este lugar encaja bastante bien con lo que se podrían permitir un mecánico, una costurera o una viajante de productos cosméticos —afirmó.

Felix asintió con la cabeza y se volvió hacia Muriel.

—¿Qué te parece si informas al cuartel general de que hemos llegado?

—Encantada —contestó ella.

Muriel cogió la maleta, que pesaba más de diez kilos, y la colocó con cuidado encima de la mesa, cerca de una ventana. Al abrir la tapa reveló un panel radiofónico de botones e interruptores, e insertó en él una llave telegráfica y unos auriculares. Miró hacia fuera, para asegurarse de que nadie la estuviera observando. Abrió ligeramente la ventana y extendió la antena, que era un cable con una fina cobertura de goma envuelto alrededor de una tarjeta de paxolina.

—Ya está —dijo Muriel sentándose—. ¿Qué quieres que transmita?

Felix usó el papel y lápiz que había en el maletín para escribir un

mensaje y se lo pasó a Muriel.

Rose lo miró mientras su compañera transponía la comunicación sirviéndose de un código cifrado secreto.

Hechicero, Tartán y Libélula han aterrizado.

«Libélula.» A Rose se le hinchó el pecho de orgullo y patriotismo.

Muriel pulsó un interruptor del equipo de radio. Los tubos emitieron un zumbido suave. Se puso los auriculares y envió el mensaje encriptado en código morse, cuidándose de incluir sus dos comprobaciones de seguridad.

Felix quemó el mensaje en un cenicero, usando el mechero.

—Listo. —Muriel recogió la antena y cerró la ventana.

—Volveré luego para planear la manera en que contactaremos con Próspero —dijo Felix.

Se oyó un golpe suave en la puerta.

Rose se encogió de miedo.

A Muriel se le desorbitaron los ojos.

—¿Te han seguido? —le preguntó Felix a Rose en un susurro.

Ella negó con la cabeza. Vio un fogonazo de los soldados de la Wehrmacht que habían inspeccionado sus documentos. Su respiración se volvió superficial.

Muriel escondió el radiotransmisor detrás del sofá y se sentó a la mesa de la cocina.

Felix se sacó una pistola de la chaqueta y se metió en uno de los dormitorios, desde donde le hizo una señal a Rose para que fuera a abrir.

Con el pulso por las nubes, Rose se acercó a la puerta. Desplazó el pequeño péndulo de latón que cubría la mirilla. Mientras llevaba el ojo hacia el agujero, rezó por que se tratara de uno de los vecinos del edificio y no de un soldado de la Wehrmacht. En su lugar vio al joven de la mano prostética, con una bicicleta pegada a la pierna. «Lazare.»

16

PARÍS, FRANCIA
21 DE MAYO DE 1943

La puerta se abrió y Lazare se encontró con la mujer a la que le llevaba la bicicleta. No había podido ver bien a Libélula debido a la oscuridad durante la huida por el bosque y al escaso brillo que despedía el farol del granero, pero la reconoció por su corta estatura. Llevaba una falda de lana gris con una chaqueta a juego. Su cabello, del color del caramelo tostado, estaba bien peinado y los rizos le caían con suavidad sobre los hombros. Una pizca de maquillaje acentuaba sus pómulos y sus ojos azul zafiro.

Ella le indicó que entrara con un gesto.

Lazare hizo rodar la bicicleta hacia el interior del apartamento y vio a la telegrafista sentada a la mesa de la cocina. «Tartán.»

Rose cerró la puerta.

—Está todo bien —anunció.

Felix se guardó la pistola en la chaqueta y salió del dormitorio.

—Supongo que tenías razón: la Resistencia no tarda demasiado en entregar una bicicleta.

Lazare la apoyó contra la pared.

—*Merci* —dijo Rose—. ¿Dónde la has conseguido?

—La he robado —contestó él, y se sonrojó ligeramente, avergonzado. Detestaba robar, entre tantas otras acciones ilegales, pero era por una causa mayor. Pese a la ansiedad, esperaba que no llegara nunca el día en que su conciencia estuviera tan adormecida que no sintiera nada al cometer un crimen, sin importar su magnitud.

Rose frunció el ceño.

—De haber sabido que ibais a robar una bicicleta, lo habría organizado con el SOE para que nos mandaran un recambio.

Lazare la miró.

—A ningún patriota francés le importará que le roben la bicicleta

si con eso ayuda a que nos liberemos de Hitler.

Muriel sonrió.

—Es difícil no estar de acuerdo.

—Si el enemigo me detiene para inspeccionar mis documentos —dijo Rose—, prefiero que no sea en una bicicleta robada.

—Le he quitado el número de serie —señaló Lazare, con la esperanza de tranquilizarla—. Y he avejentado la pintura de color azul con arenisca. Será imposible identificarla. Hay muchas bicicletas parecidas a esta por toda Francia.

Rose respiró hondo y soltó el aire.

Felix examinó la bicicleta, miró incluso debajo del sillín por si había alguna señal.

—No debería pasar nada.

Rose asintió con la cabeza.

Lazare se volvió hacia Felix.

—Claudius está entretenido con otra cuestión. Le enseñaré a vuestro correo la localización de los buzones muertos, para que podáis comunicaros con Próspero. —Le dirigió una mirada a Libélula, que se cruzó de brazos.

Felix se frotó la mandíbula.

—Muy bien.

—Haré que alguien os traiga el resto de los suministros esta noche —informó Lazare.

—Bien. —Felix se sentó a la mesa con Muriel—. Preparemos un mensaje para Próspero; le informaremos de que Hechicero se ha puesto en marcha.

Mientras Muriel codificaba el mensaje de Felix, Rose recogió el bolso y el maletín de productos cosméticos, y los metió en la cesta de la bicicleta.

Felix dobló la nota y se la pasó a Rose.

—Buena suerte —le deseó Muriel.

Rose asintió con la cabeza y escondió el papel en el forro de la chaqueta.

Lazare se dirigió hacia la puerta.

—¿Quieres que te lleve la bici?

—*Non* —contestó Rose—. Tengo que acostumbrarme a cargar con ella al subir y bajar las escaleras.

Él asintió con la cabeza.

—Sígueme, pero mantente a una o dos calles de distancia.

—¿Vas a ir caminando? —le preguntó ella.

—*Oui.*

—Dime el lugar y nos encontraremos allí —dijo Rose.

Lazare se detuvo con la mano en el pomo.

—Llamaré menos la atención si no tengo que pedalear lentamente o detenerme a menudo —explicó Rose—. Conozco bien la ciudad.

Él le dio la dirección y salió del apartamento. Ya abajo, esperó en la esquina hasta ver que abandonaba el edificio, se subía a la bicicleta y se alejaba pedaleando. Tardó cuarenta y cinco minutos en llegar a su destino, recorriendo calles donde las patrullas de la Wehrmacht eran menos frecuentes, con la esperanza de que Libélula no tuviera problemas para reunirse con él. Al llegar al distrito cuatro, se la encontró mirando los arbotantes de la catedral de Notre Dame.

Mientras se acercaba a ella, sus miradas se encontraron. Lazare pasó por su lado sin decir nada y cruzó el río hacia Le Marais. Al llegar a una callejuela sin identificación, se detuvo y fingió que se ataba los zapatos. Examinó la zona con la mirada. Al otro lado de la calle, un anciano empujaba una carretilla de madera llena de botellas vacías. El cristal tintineaba mientras la carretilla rodaba sobre el empedrado.

Rose llegó pedaleando hasta donde él estaba y se detuvo.

—Voy a seguir la callejuela —indicó Lazare con la vista fija en los cordones—. En la pared de mampostería, cerca de una ventana sellada, hay un ladrillo suelto. Es uno de los buzones muertos para ponerse en contacto con Próspero y la red Galeno.

—De acuerdo —contestó ella en un susurro.

—Cuesta encontrarlo, así que al pasar deslizaré la mano sobre el lugar exacto. Cuando tengas la certeza de que no te ve nadie, quita el ladrillo y mete el mensaje. Asegúrate de volver a poner el ladrillo tal y como estaba, porque de otro modo no encajará bien.

—*Oui.*

—Cuando hayas acabado, sígueme hasta Montparnasse. De camino, te enseñaré los cafés y apartamentos que controla la Resistencia. Son lugares seguros en los que podrás organizar entregas en vivo. —Lazare se ajustó el zapato y se alejó por el callejón.

Pasaron unos segundos. La bicicleta chirrió mientras Rose

entraba pedaleando en la callejuela.

«Debería haberme tomado un tiempo para engrasar la cadena.» Lazare rozó con la mano prostética un ladrillo cerca de una ventana cubierta por tablones y continuó caminando. Ya cerca de la calle, volvió la mirada para ver a Libélula introducir el mensaje y taparlo con el ladrillo.

Durante el resto de la tarde, él le fue señalando refugios seguros en los que podría mantener reuniones clandestinas, así como las calles que más le convenían para evitar los controles y cualquier encuentro con patrullas de la Wehrmacht. Pero se pasaron la mayor parte de la travesía alejados el uno de la otra. Los tiempos muertos que dedicaba a rastrear cada zona en busca de soldados y policías permitieron que se pusiera a pensar en sus padres desaparecidos. Su recuerdo, junto con el de los miles de judíos que habían sido detenidos por la policía francesa, era una losa sobre su pecho. El remordimiento le dolía en cuerpo y alma. Habían pasado meses desde que las autoridades francesas sacaron a los judíos detenidos del Velódromo de Invierno para mandarlos en vagones de ganado a los campos de trabajo alemanes. Pero había rumores mucho más macabros sobre lo que los nazis habían planeado para ellos, teniendo en cuenta que muchos eran niños, ancianos y personas incapaces de trabajar.

La pena era una cicatriz en su corazón. «Debería haber hecho más para convencerlos de que se marcharan de París. Si hubiera estado en casa la noche de la redada, quizá podría haberlos ayudado a escapar.» Rezaba por que siguieran vivos. Y se había prometido buscar la manera de llevarlos de vuelta a casa, pese a que era consciente de que no había nada que él, la Resistencia francesa o el SOE pudieran hacer. Siguió adelante, obligándose a concentrarse en conducir a Libélula sana y salva hasta el siguiente buzón muerto.

Entró en el cementerio de Montparnasse y se dirigió hacia la parte trasera del lugar. El camposanto estaba vacío, a excepción de un hombre de barba canosa que estaba excavando una tumba. Cuando el hombre se encorvó sobre su agujero, Lazare cogió unas flores marchitas que había junto a una lápida y se encaminó hacia una cripta de piedra caliza cubierta en parte por las enredaderas. Se puso en cuclillas y dejó el ramo al pie de la tumba.

Un instante después llegó Libélula, que aparcó la bicicleta usando el caballete y se acuclilló a su lado.

—¿Por qué estamos rezando? —preguntó ella en un susurro.

—Nunca había visto a ese empleado —contestó Lazare.

Rose volvió la mirada.

A unos veinte metros de distancia, el hombre se puso en pie, con la cabeza sobresaliendo por el agujero, y tiró fuera una paletada de tierra.

—Lo mejor es que hagamos como que estamos aquí para presentar nuestros respetos —aclaró Lazare.

Ella juntó las manos.

—Cuando vengas, te sugiero que te quedes varios minutos. Si te vas demasiado rápido podrías llamar la atención.

—De acuerdo —dijo Rose.

Lazare esperó a que el enterrador, cubierto de mugre y sudor, volviera a meter la cabeza en el agujero y tocó la placa de la cripta, un sello familiar de bronce y color verdín al que le faltaba un tornillo.

—Este es el buzón muerto para ponerse en contacto con Claudius y conmigo. —Hizo girar la placa y reveló una pequeña cavidad esculpida en la piedra caliza.

—Muy ingenioso —comentó ella en un susurro.

Lazare volvió a girar la placa y ocultó el buzón.

El enterrador gruñó mientras seguía lanzando tierra desde el agujero.

—Se está haciendo tarde —señaló Lazare—. Haré que os lleven los suministros a medianoche.

Ella asintió con la cabeza.

—Habrías tardado mucho menos en mostrarme los buzones muertos si hubieras robado otra bicicleta para ti.

«A los judíos no se nos permite ir en bicicleta», pensó él. Vio en un destello a la mujer judía a la que habían disparado en la estación de tren, su sangre cubriendo la acera. Tensó los músculos. Se guardó el recuerdo y dio unos golpecitos sobre la prótesis.

—Llamaría más la atención si fuera en bicicleta.

—Lo siento —dijo ella—. No pretendía...

—No pasa nada —repuso él poniéndose en pie—. ¿Encontrarás el camino de vuelta a casa?

—*Oui* —contestó Rose quitándose las hojas secas de la falda—. Pero aún no me has mostrado el buzón muerto de Hechicero. ¿Cómo se pondrán la red Galeno y la Resistencia francesa en contacto con

nosotros?

El sepulturero gruñó, tiró la pala y se impulsó fuera de la tumba.

Regresaron hacia la bicicleta. Lazare se inclinó hacia Rose y le dijo en un susurro la dirección de un edificio a dos calles de su apartamento.

—Hay un compartimento secreto a la izquierda de una jardinera, en el primer piso. Es una pared falsa. Y es la única jardinera que hay en todo el edificio. Ahora que sabes dónde has de mirar, lo encontrarás.

—¿A la izquierda?

—*Oui.*

Rose se subió a la bici, tuvo que ponerse de puntillas para mantener el equilibrio.

—Puedo ajustarte el sillín...

—No hace falta —repuso ella.

Lazare se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Has estado bien.

Ella le sonrió.

—*Merci.*

Rose se alejó pedaleando, maniobrando entre aquel laberinto de lápidas y monumentos gastados por los elementos. Mientras salía del cementerio, un arrepentimiento reconcomió a Lazare. Deseó haber contestado de manera diferente a su comentario acerca de que debería haber ido en bicicleta. No era que temiese necesariamente las repercusiones de utilizar una, teniendo en cuenta que llevaba documentación falsa. De hecho, se había subido a la bicicleta robada para ir hasta el apartamento de Libélula, el pulso acelerado por aquel acto desafiante. Era solo que se había acostumbrado a caminar, una actividad que le permitía tener una visión clara de cuanto le rodeaba y que también le ayudaba a perderse entre la multitud.

«¿Cómo le cuentas a alguien, sobre todo a una agente del SOE que lleva menos de un día en la Francia ocupada por los alemanes, las atrocidades que se han cometido contra los judíos? ¿Saben los británicos que miles de judíos franceses han sido arrestados y trasladados en vagones de ganado?» Igual que su padre, el periodista, Lazare sentía un deseo ardiente por informar al mundo de lo que sucedía, y decidió que comenzaría a hacerlo con Libélula, suponiendo que volviera a verla.

Además, había pasado buena parte del día con ella y lamentaba no haber tenido la oportunidad de hacerle alguna pregunta personal, pese a que una agente del SOE seguramente le revelaría poco o nada acerca de su pasado. No obstante, Lazare se preguntaba qué habría conducido a aquella mujer a jugarse la vida uniéndose al SOE y lanzándose en paracaídas sobre la Francia ocupada por Alemania. «¿Cuál es tu verdadero nombre? ¿Por qué quieres luchar contra los nazis? ¿De dónde has sacado ese acento francés tan perfecto?»

Reprimió aquellos pensamientos sobre Libélula y abandonó el cementerio. Disponía de pocas horas para organizar la entrega de los suministros del SOE. Mientras se dirigía hacia la entrada secreta de las catacumbas, se le ocurrió que venía de estar algunos metros por encima de aquellos antiguos pasajes subterráneos. «Si el enterrador continúa cavando, acabará por sacar a la luz nuestra guarida.»

17

PARÍS, FRANCIA
1 DE JUNIO DE 1943

Un atardecer de color naranja quemado se cernía sobre París mientras Lazare se dirigía a encontrarse con Hechicero en su taller de reparación de automóviles falso del distrito quince. Frente a él, en la misma acera en la que estaba, vio que un soldado de la Wehrmacht había detenido a una mujer para pedirle que le enseñara la documentación. Cruzó la calle de manera discreta. Una premonición había hecho que tuviera el estómago revuelto. Aunque había llevado a cabo numerosos actos de sabotaje, aquella misión concreta iba a conducirle al distrito dieciséis, cerca del cuartel general del SD. Se caló la chaqueta, cuyo forro interior estaba repleto de explosivo plástico, y siguió avanzando.

Hechicero no había perdido el tiempo a la hora de planear su primera misión. Al día siguiente de su llegada, Lazare recibió en el buzón muerto un mensaje de Libélula en el que les pedía a Claudius y a él que se reunieran con Hechicero. Veinticuatro horas después, Lazare y Claudius se encontraron con el líder de la subred en el sótano de un café, donde planearon la destrucción de un centro de transformación eléctrica. La misión requería que dos saboteadores —un agente del SOE y un combatiente de la Resistencia— irrumpieran en un recinto cercado y vigilado para destruir sus transformadores de alto voltaje.

—Necesito a vuestro mejor hombre —había dicho Hechicero mientras les mostraba un esquema del lugar.

—Ese es Lazare —contestó Claudius poniéndole una mano en el hombro—. No solo se trata de nuestro mejor saboteador, sino que es el siguiente en la línea de mando de la Resistencia para dirigir a mis combatientes.

Lazare agradecía la confianza que Claudius tenía en él, así como

el hecho de que le hubiera acogido bajo su ala y le hubiera entrenado para combatir, pero no tenía la menor aspiración de suceder a su amigo y camarada. Porque Lazare sabía que eso implicaba que algo terrible tenía que sucederle a Claudius. A la vez, durante los meses precedentes Lazare había sido cada vez más consciente, igual que las redes de la Sección F del SOE, de que Claudius le estaba encomendando una mayor responsabilidad dentro del grupo de la Resistencia.

No era extraño que las misiones del SOE incluyeran a miembros de la Resistencia, habida cuenta de su conocimiento de la zona y, quizá todavía más importante, sus deseos de venganza contra el régimen de Hitler. «Nos aceptan porque escondemos a los agentes del SOE y sus municiones», solía bromear Claudius. No obstante, quedaba claro que los británicos estaban al mando, ya que eran ellos —y no la Resistencia francesa— quienes tenían la autoridad necesaria para ponerse en contacto con Londres y ordenar que la RAF les lanzara suministros. Lazare era moderadamente optimista ante la posibilidad de que Hechicero, quien parecía ser francés, a juzgar por la perfección de su acento, proporcionara a su grupo de la Resistencia los recursos que tanto necesitaban para poder luchar. Pero ¿cuál sería el precio? ¿Valía la pena arriesgarse a alterar durante un día o dos la corriente eléctrica que llegaba al SD? Si antes de que se cumpliera una semana de su llegada a París Hechicero ya sentía la necesidad de atacar una instalación cerca del cubil del SD, ¿qué planearía a continuación?

Al llegar al taller de reparaciones, Lazare rodeó el perímetro del edificio usando un callejón. Las palabras de Claudius resonaron en su cabeza: «Nunca acudas a una cita sin haber comprobado antes las posibles vías de escape».

Avanzó con lentitud a lo largo de la parte trasera del edificio. Al pasar junto a una puerta del garaje que tenía las ventanas oscurecidas con una sustancia parecida al alquitrán, Lazare oyó unas voces procedentes del interior. Se acercó a la ventana y guardó silencio.

—Felix... —dijo una mujer.

«Libélula —pensó él, al reconocer el timbre de su voz—. Pero ¿quién es Felix?»

—Deberíamos pensar en trasladar a Muriel —prosiguió ella—. Es solo cuestión de tiempo que la unidad de contrainteligencia del SD acabe por rastrear nuestro apartamento.

Lazare se inclinó hacia el cristal.

—Tenemos tiempo, Rose.

«Hechicero es Felix. Y Libélula, Rose.»

—Esta última semana hemos enviado solo dos mensajes breves —continuó Felix—. La trasladaremos más adelante.

Lazare se quedó escuchando la conversación, filtrada por el pobre aislamiento del garaje. La irritación le ardía en el pecho. «No hay margen para el error.» Salió del callejón tomando nota mental de las vías de escape del edificio —dos ventanas y la puerta del garaje—; se dirigió hacia la fachada principal y llamó a la puerta.

Se oyeron unos pasos. Una cerradura que hacía clic. La puerta se abrió y allí estaba Hechicero, con un mono manchado de aceite.

«Te llamas Felix», pensó Lazare, y entró. Un tufo a gasolina y metal corroído llenaba el ambiente.

Felix cerró la puerta con llave.

—Sígueme.

Lazare hizo lo que le pedía y rodeó una berlina oxidada y elevada con gatos de piso para su reparación, camino de la trastienda. Al lado de un pequeño escritorio de madera cubierto de herramientas de mecánico se encontraba Libélula. «Rose.»

—*Bonjour* —dijo ella.

—*Bonjour*. —Lazare se volvió hacia Felix—: Tienes que hacer algo con la puerta trasera del garaje.

El hombre enarcó las cejas.

Lazare la señaló.

—No está insonorizada. Si hubiera alguien en el callejón mientras habláis, podría oír lo que estéis diciendo.

Felix se sonrojó.

—¿Nos has estado espiando?

—Siempre intento rodear el perímetro de los edificios que no conozco antes de entrar en ellos —explicó Lazare—. Si os hubiera estado espiando, ¿crees que os llamaría la atención sobre este tema?

Felix se frotó el bigote.

—*Non.*

—¿Qué has oído? —quiso saber Rose.

—Que debatíais la posibilidad de trasladar a vuestra telegrafista.

Ella bajó la cabeza.

—Supongo que habrás oído nuestros nombres —aventuró Felix

acercándose a él.

—Sí —contestó Lazare.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Felix.

Lazare le miró.

—Lo único que sé es que respondes a los nombres de Hechicero y de Felix.

—Bien —replicó él, que pareció satisfecho—. Y, para que estemos en igualdad de condiciones, quizá podrías decirnos tu nombre de verdad...

—No es necesario —terció Rose cruzándose de brazos.

—Es una cuestión de confianza —replicó Felix mientras se volvía hacia ella. Se sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo puso en los labios —. Me sentiría más cómodo conociendo su identidad.

—Ya la conoces —dijo Lazare—. Me llamo Lazare Aron. Mi documentación falsa dice que me llamo Laurent Allard.

—Es bastante peligroso eso de usar tu nombre de verdad —señaló Felix antes de encender el cigarrillo y darle una calada.

—No es más peligroso que estar marcado —observó Lazare levantando la prótesis.

Felix expulsó una bocanada de humo.

—*Oui*, supongo que tienes razón.

—Una cubierta de clavos o unas mantas viejas sobre la puerta del garaje... —dijo Lazare—. Eso servirá para bloquear el sonido.

Felix asintió con la cabeza.

—Además, Rose tiene razón —añadió.

Ella enderezó la espalda.

—El SD no tarda mucho en captar las transmisiones de radio. Comenzaréis a ver coches negros, equipados con antenas, que dan vueltas por las calles cercanas a vuestro edificio. En el asiento trasero habrá un hombre con auriculares.

La ceniza del cigarrillo de Felix cayó al suelo.

—Puedo organizarlo para que Muriel alterne las transmisiones desde diferentes pisos francos —se ofreció Lazare.

Rose miró a Felix.

—En su momento aceptaré tu oferta —repuso él—. Pero por ahora nos quedaremos en nuestros apartamentos.

—Muy bien —asintió Lazare, comprendiendo que presionar a Felix no serviría de nada—. Cuando estéis listos, yo lo tendré todo

preparado para trasladar a Muriel.

Felix apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Pongámonos a trabajar. ¿Has traído el explosivo?

Lazare se bajó la cremallera de la chaqueta y le mostró el forro lleno de bloques de explosivo plástico.

—¿Las mechas?

Lazare se sacó un puñado del bolsillo.

—Bien. —Felix cogió el abrigo que tenía colgado del respaldo de una silla y se lo pasó por el hombro—. Os dejo para que los dos repaséis los planes.

Lazare miró a Rose y a continuación a Felix.

—Pensaba que tú y yo íbamos a...

—*Non* —le interrumpió Felix—. El plan era que la misión la haríais tú y un agente del SOE.

—Debí de entenderlo mal —dijo Lazare.

—Parece que los dos hemos cometido errores hoy —repuso Felix —. Rose te acompañará en esta misión.

«Debería haberlo sabido —pensó Lazare—. A diferencia de Claudius, que prefiere luchar junto a sus hombres, los organizadores de las redes del SOE suelen dirigir dando órdenes a sus agentes.»

—Tengo una buena formación en explosivos —dijo Rose, cuyo tono sonó un poco a la defensiva.

—Rose fue de las primeras de la clase de demolición —añadió Felix.

—De acuerdo —aceptó Lazare.

Ella puso los brazos en jarras.

—En serio, no pasa nada —insistió Lazare, para aliviar la inquietud de la joven.

—Os sugiero que llevéis a cabo la misión antes de que comience el toque de queda —señaló Felix—. Eso os dará la oportunidad de huir mientras aún haya transeúntes por la calle. Pero, si necesitáis un lugar en el que esconderos de camino al apartamento, podéis usar el garaje. —Le tiró una llave a Rose.

Esta la cogió al vuelo y se la metió en la chaqueta.

—Buena suerte. —Felix se volvió y salió del garaje.

Rose comenzó a limpiar el escritorio de herramientas.

—Repasemos el plan.

—No pretendía faltarte al respeto —aseguró Lazare.

—No me lo he tomado así —contestó Rose con los ojos puestos en una hoja de papel que contenía un esquema de la central transformadora.

Lazare se inclinó sobre el escritorio. Dedicaron los siguientes treinta minutos a repasar los planes. Era evidente que ella se había preparado bien; Lazare se dio cuenta de ello cuando Rose le informó de que había pasado con la bicicleta por delante de la caseta del guardia a la misma hora exacta en la que habían planeado cometer el sabotaje. Lazare también había inspeccionado la zona, y le agradó que ella hubiera hecho los deberes.

—El guardia suele estar leyendo el periódico —dijo Rose—. Tras la puesta de sol se dedica a beber de una petaca y a fumar cigarrillos.

Lazare asintió con la cabeza.

—No pude ver si va armado, pero creo que tiene un perro guardián.

—¿Por qué lo crees? —le preguntó él.

—Porque no deja de agacharse, como si estuviera acariciándolo.

—He visto la caseta; tiene el tamaño de una cabina telefónica. Dudo que haya espacio para un guardián y un perro.

Ignorando aquel comentario, Rose señaló el esquema.

—Lo mejor será que cortemos el alambre de la esquina sudeste del recinto.

—Estoy de acuerdo —dijo él, ansioso por ponerse manos a la obra—. ¿Tienes tenazas?

Ella abrió uno de los cajones del escritorio y le pasó unas tenazas para cortar alambre. Dobló el esquema y lo quemó en un cenicero.

—¿Preparado?

—*Oui.*

Salieron a las ocho de la tarde, una hora antes de que comenzara el toque de queda. El cielo de color añil, cubierto de nubes rosadas que se iban deshaciendo, proyectaba sombras opacas sobre la ciudad. Aunque hubiera poca gente en la calle, Lazare avanzaba a una buena distancia de Rose, que vestía falda y chaqueta de lana. El maletín de productos cosméticos, colgado de su mano izquierda, se balanceaba con el grácil taconeo de sus zapatos contra el pavimento. «Es como si estuviera volviendo a casa después de un día de trabajo. Los alemanes no supondrán nunca que va camino de hacer volar por los aires un transformador.»

Al llegar a la central del transformador, un solar abierto rodeado de edificios antiguos, Rose cruzó la calle y se dirigió a la parte trasera del recinto. Lazare se unió a ella, se agazapó detrás de una cerca de malla en la que se enredaban los hierbajos y que estaba coronada con alambre de espino.

Con la vista acostumbrada ya a la falta de luz, Lazare miró a través de la cerca. A veinte metros de distancia había diversos transformadores que le llevaron a pensar en bujías de costillares inmensos que asomaban sobre unos bloques de hierro. Por encima de los transformadores había un armazón de vigas de hierro atravesado por cables que se extendían hacia los postes de la electricidad diseminados por todo el distrito. Al frente de la propiedad se encontraba la caseta del guardia, de ventanas en las que no había más luz que el resplandor intermitente de la brasa de un cigarrillo.

«Lentamente y en silencio.» Con el pulso cada vez más acelerado, Lazare se puso en cuclillas y se sacó las tenazas del bolsillo. Llevó la herramienta hacia el alambre más cercano al suelo.

Rose levantó la mano.

Él se detuvo, sujetando las tenazas con fuerza.

Rose sacó un trapo del bolso, cubrió la boca de la herramienta y acto seguido asintió con la cabeza.

Lazare hizo presión. El alambre se rompió con un chasquido amortiguado, como el de un lápiz que se quebrara dentro de un trapo de cocina. «Es lista.»

Trabajaron en equipo, comenzando por la base de la cerca. Lazare cortaba y Rose acallaba el ruido con el trapo. Después de varios cortes, él se metió las tenazas en el bolsillo y dirigió una mirada hacia la caseta del guardia. No había movimiento.

Enroscó el dedo en el alambre, tiró de él y creó el espacio necesario para poder arrastrarse por debajo de la cerca. Pese a la falta de luz, al mirar a Rose constató que parecía confiada y decidida.

Ella le hizo un gesto para que entrara primero.

Lazare pasó por debajo de la cerca. Se volvió para ayudarla, pero ella se deslizó con destreza por el suelo y se puso en pie. Mientras avanzaban en silencio hacia los transformadores, el zumbido del alto voltaje fue ganando intensidad. Se le puso el vello de la nuca de punta. Se abrió la chaqueta y le pasó unos bloques de explosivo plástico a Rose, que se dirigió hacia el otro extremo de los

transformadores. «Está perdiendo el tiempo. Podríamos colocarlos aquí.» Sin tiempo para llamar su atención, rodeó con cuidado los transformadores y se unió a ella.

Rose colocó un bloque en la base de un transformador y se desplazó para poner otro explosivo.

Mientras hacía presión sobre la carga para que se quedara en su sitio, Lazare podía notar la alta tensión a centímetros de sus manos, lo que le provocaba un cosquilleo en la piel. Pasó a colocar otro explosivo con la esperanza de no acabar electrocutado.

En menos de un minuto habían dispuesto los bloques e insertado las mechas. Lazare se sacó un mechero del bolsillo. Rose hizo lo propio con una caja de cerillas. Encendieron las mechas a la vez y estas comenzaron a sisear. Un hedor a sulfuro le llenó la nariz.

Rose se escabulló en dirección a la cerca.

En el momento en que Lazare se daba la vuelta para echar a correr, una de las mechas que había preparado se soltó. La metió con fuerza en el interior del explosivo plástico y salió a la carrera, pero, al tomar un atajo entre dos transformadores, golpeó con el zapato la viga de hierro que sobresalía en la base de uno de ellos, se tambaleó y sus pies rasparon la gravilla.

Un ladrido perforó el aire.

A Lazare se le disparó el corazón.

La puerta de la caseta del guardia se abrió de golpe. El haz de una linterna atravesó la noche e iluminó la silueta de un perro de gran tamaño.

«Mierda.» Lazare corrió a toda velocidad.

Los ladridos del perro sonaban cada vez más cerca.

—*Halt!* —El guardia hizo sonar un silbato.

Lazare se obligó a correr más deprisa. El pulso le martilleaba en los tímpanos.

Al aproximarse a la cerca, vio que Rose ya había cruzado al otro lado. Atravesó la abertura gateando y colocó la malla en su sitio en el instante en que el perro, gruñendo y mostrando los dientes, se estrellaba contra ella.

—¡Corre! —gritó Lazare.

Rose vaciló y luego intentó evitar que el perro se colara a través de un hueco en la cerca sirviéndose de su maletín de cosméticos.

Sonó de nuevo un silbato.

—*Halt!*

El perro mordió los nudillos de Lazare, que notó un fogonazo de dolor.

—¡Vete!

Rose se volvió y comenzó a correr.

Él se esforzó por bloquear el paso al perro usando las manos y los pies —era un beauceron, a juzgar por su cabeza esculpida y su complexión musculada— para que este no atravesara la malla y le atacara. El animal le mordisqueó los dedos y el joven sintió la punzada por toda la mano, pero se aferró con más fuerza todavía a la cerca, decidido a mantenerla en su sitio unos segundos más.

En el momento en que el haz de la linterna del guardia pasaba por encima de su pecho explotó la primera carga, y las demás la siguieron de inmediato. La onda expansiva hizo que Lazare cayera al suelo. El perro aulló. El guardia se tambaleó y dejó caer la linterna. Con un pitido en los oídos, Lazare se metió la mano ensangrentada en el bolsillo y comenzó a pelearse para encajar las tenazas en la cerca de malla.

El perro, que ya se había recuperado, rugió e intentó morderle la mano.

—*Halt!* —gritó de nuevo el guardia.

Ignorando el dolor, Lazare logró introducir el mango de las tenazas entre los alambres y unir así los dos trozos de la cerca de malla. Se volvió y salió corriendo, rogando por que su intento de cerrar la cerca les proporcionara algo de tiempo antes de que el perro lograra atravesarla.

Recorrió la calle umbría a toda velocidad. Se oyó una sirena. A continuación, otra. Le ardían los pulmones. Un dolor candente le atravesaba las manos. Se imaginó a la policía, el SD y la Wehrmacht rodeándole, y acto seguido llenándole el cuerpo de balas. Ignorando el cansancio, se obligó a correr más rápido.

Las sirenas se iban acercando. Los motores chirriaban y rugían. Consciente de que le sería imposible llegar a las catacumbas, entró veloz en un callejón para salir a una calle lateral. Unos minutos más tarde llegó al taller de reparaciones de Felix. Rose abrió la puerta y tiró de él para que entrara.

Lazare tragó aire.

Rose cerró la puerta con llave. A los pocos segundos, un coche de

policía y el aullido de una sirena pasaron a toda velocidad por la calle.

—Ha ido de poco —dijo ella jadeando.

Él tuvo que forzar la vista para verla en la habitación a oscuras.

—Tenías razón con lo del perro —reconoció, intentando recuperar el aliento—. Lo siento. Debería haber prestado más atención a tu advertencia.

—No pasa nada, lo hemos conseguido —repuso ella—. Van a rastrear la zona. Deberíamos escondernos en la parte de atrás del garaje, por si tenemos que huir.

Él avanzó y se golpeó la rodilla contra algo duro. Estiró el brazo y tocó con la mano lo que parecía ser el guardabarros de un automóvil.

—Yo te llevo. —Rose le cogió la mano, que estaba cálida y pegajosa—. Estás herido.

—No es nada.

Ella le apretó con menos fuerza, pero no llegó a soltarle, y le guio por el garaje a oscuras. Encontró un pomo y abrió la puerta.

—El servicio. Espera ahí dentro.

Lazare dejó de notar el contacto de su mano.

Ella se puso a rebuscar en armarios y cajones. Al volver, encendió una vela y la colocó, junto con una botella medio vacía de un licor ambarino, sobre el fregadero manchado.

—Vamos a echarte un vistazo.

Lazare puso la mano encima del fregadero. Las gotas de su sangre salpicaron el grifo.

—Caramba —dijo ella mientras le remangaba—. Ese perro te ha masticado bien.

—*Oui* —contestó él—. Creo que era un beauceron.

—Voy a quitarte la... —Le tocó el pulgar de madera.

—La prótesis.

—La prótesis —repitió ella—. Y entonces te limpiaré las heridas de las manos.

—De acuerdo.

Rose le desabrochó las correas, le quitó la prótesis y la dejó con cuidado en el suelo. Abrió el grifo, del que salió un chorro de agua del color del óxido. Esperó a que el líquido se aclarara y le enjuagó los dedos heridos, donde aparecieron varios cortes profundos.

—Me has salvado la vida —dijo Lazare.

Ella le miró.

—Tonterías. Solo te estoy vendando los mordiscos. Y dudo que ese perro guardián tuviera la rabia.

—Has decidido colocar los explosivos en el lado más alejado de los transformadores —dijo—. Yo los habría puesto en el lado más próximo a la cerca, así que la metralla podría haberme matado al no lograr salir huyendo del lugar.

Ella volvió a enjuagarle los dedos.

—Durante la formación con explosivos nos enseñaron que, siempre que fuera posible, había que colocar los explosivos lejos de la vía de escape.

—*Merci.*

Ella cerró el grifo.

—Estoy pensando que yo también te debo un agradecimiento.

—¿Por qué?

—Porque has taponado el agujero de la cerca mientras el perro te mordía los nudillos y me has permitido escapar. ¿Por qué no has salido huyendo?

—Quería asegurarme de que estuvieras a salvo. —Hizo una pausa y sus miradas se encontraron—. No había necesidad de que nos pillaran a los dos.

Rose bajó la vista, cogió la botella y le quitó el tapón.

—No hay jabón ni antisépticos. Por suerte, Felix es bastante aficionado al coñac de manzana. —Vertió un chorro de alcohol sobre sus heridas.

Lazare sintió que le ardían las manos.

Rose recuperó el trapo que había utilizado para amortiguar las tenazas. Lo rompió en tiras y le vendó con cuidado los dedos. Al llegar a la parte de la mano en que le faltaban el pulgar y el índice hizo una pausa y le tocó la cicatriz con suavidad.

—¿Qué te pasó?

Él sintió un cosquilleo en la piel que amortiguó el dolor de los nudillos.

—Un accidente de niño.

—Ay, Dios —dijo ella en un susurro.

—Papá era periodista, trabajaba en un periódico. Cuando no iba a la escuela, me encantaba acompañarle. Tanto él como *maman* me habían prohibido jugar cerca de la imprenta. Pero un día a mi padre lo llamaron a otro sitio y yo me acerqué demasiado.

—Lo siento —musitó ella sin soltarle la mano.

—Mis padres creían que esa herida me salvó la vida.

—¿Cómo?

—La mayor parte de los franceses que se alistaron en el ejército están muertos o en prisión. A mí me rechazaron por culpa de esa herida.

—¿Ellos saben que haces sabotajes para la Resistencia?

Lazare tragó saliva con dificultad.

—Ya no están.

—Lo siento mucho.

Él asintió con la cabeza mientras la pena le hinchaba el pecho.

—Mis padres están muertos —dijo ella acabando con el vendaje —. Y mi hermano también.

—Oh, *Dieu* —murmuró Lazare—. Lo siento.

Ella le soltó la mano y le puso el tapón a la botella de coñac.

—A veces me pregunto si toda esta muerte se acabará algún día.

Él le puso la mano con suavidad sobre el hombro.

Rose le miró con los ojos húmedos.

—Estás marcando la diferencia —afirmó—. La guerra acabará y tú podrás comenzar una vida larga y hermosa.

Ella sonrió y parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

En el callejón, el rugido de un vehículo fue ganando intensidad.

Lazare bajó la mano. «Una patrulla de la Wehrmacht.»

Rose apagó la vela con un soplido.

Las paredes comenzaron a vibrar, pero la vibración se fue apagando a medida que el vehículo se alejaba.

—Deberíamos descansar —propuso él con un susurro—. Será más seguro que nos marchemos por la mañana.

—*Oui.*

A tientas en la oscuridad, localizaron el automóvil estropeado y se subieron al asiento trasero. Rose abrió la guantera y sacó una pistola. Le quitó el cargador, comprobó la munición y volvió a insertarlo en el arma.

—Por si tenemos compañía —dijo mientras dejaba la pistola a su lado, sobre el asiento. Se frotó los brazos y se estremeció.

Lazare se quitó la chaqueta y se la puso sobre el regazo.

—Te vas a enfriar —señaló ella.

—Los vendajes me mantendrán en calor.

Ella soltó una risita.

—Descansa. Yo me quedo despierto.

—*Merci.* Pero lo haremos por turnos —sugirió ella en un tono que sonaba exhausto—. Despiértame dentro de unas horas.

—De acuerdo —dijo él.

Rose se recostó y tiró de la chaqueta para que le llegara hasta la barbilla, como si fuera una manta.

Mientras se iba quedando dormida, Lazare se dedicó a escuchar el ruido intermitente de las patrullas alemanas, que sin duda estaban registrando el distrito en busca de los saboteadores. Por suerte, el guardia habría informado de que aquel acto de destrucción había sido obra de unos hombres, con lo que no estarían buscando a una mujer.

Un dolor sordo le impregnaba las manos. Lamentó no haberle hablado más a Rose sobre sus padres, y deseó haberle preguntado más cosas sobre su familia. «¿Qué pasó? ¿Cómo eran? ¿Eran franceses? ¿Te uniste al SOE por ellos?»

Prestó atención a su respiración, cada vez más lenta. Ella relajó los músculos y se inclinó hacia él, apoyó la cabeza en su hombro. El cosquilleo en su piel servía para adormecer el dolor de las manos. Apoyó la mejilla con ternura en su cabello e inspiró, captó el sutil aroma a lilas. Se pasó horas despierto, deseando que la mañana no llegara nunca.

18

PARÍS, FRANCIA
2 DE JUNIO DE 1943

Rose se despertó con la cabeza sobre el pecho de Lazare, absorbiendo la calidez de su cuerpo. Unos rayos de sol minúsculos se filtraban hacia el interior del garaje y proyectaban sombras sobre el lecho que habían improvisado en el asiento trasero del automóvil. Se quedó escuchando la lenta cadencia de su respiración, que iba y venía, y la envolvió una sensación de paz atemporal. Llevaba siglos sin sentir el consuelo de un hombre. Había tenido algunos novios, pero ninguna de aquellas relaciones había sido seria. Y, pese a que había entregado la virginidad a un oficial de bajo rango de la Marina Real llamado Sidney, nunca había estado enamorada.

Sidney, un joven alegre que vivía en un apartamento de Bethnal Green y a quien le gustaba jugar a los dardos en el pub del barrio, había ido al instituto con Rose. Habían sido amigos desde años atrás, pero en diciembre de 1940, durante la campaña alemana de bombardeos sobre Londres —cuando Sidney se estaba preparando para embarcarse y cumplir con sus obligaciones como militar—, la invitó a una cita en un salón de té de Whitechapel. Necesitada de algo que la distrajera de la reciente muerte de su hermano, Rose aceptó la invitación. Cuando llevaban treinta minutos de aquella cena consistente en sándwiches de carne en conserva, el rugido de las sirenas los invitó a huir del salón de té y buscar refugio en la estación de metro más cercana. De madrugada, después de que sonara la señal del fin de la alerta, Sidney sorprendió a Rose invitándola a su apartamento. «Si voy a morir, ¿por qué no vivir el momento?» El encuentro fue torpe, pues ambos estaban medio vestidos, y duró escasos minutos. A continuación, ella no se sintió mejor que el día anterior. Seguía afligida por la muerte de su hermano y temía la posibilidad de morir en cualquier momento por culpa de una bomba

alemana. Rechazó la invitación de Sidney para que pasara el resto de la noche allí, le dio un beso en la mejilla y le hizo prometer que no se interpondría ante ningún torpedo alemán. Volvió a casa caminando, preguntándose si algún día llegaría a experimentar una intimidad verdadera.

Acarició el pecho de Lazare con la mejilla. «No se parece a ningún otro hombre que haya conocido.» Se preguntó, si bien brevemente, cómo sería llegar a conocerle bajo unas circunstancias diferentes. Su corazón deseaba quedarse allí, pero su mente, condicionada por la formación del SOE y su sentido del deber, la invitaba a marcharse. A regañadientes, apartó la mano de su esternón.

Lazare se revolvió mientras Rose se incorporaba.

—Lo siento —dijo ella un poco avergonzada.

—No pasa nada —contestó él.

Rose le miró y se dio cuenta de que le había dejado una mancha de baba, pequeña pero evidente, en la camisa. «Maravilloso.»

—¿Has podido descansar? —preguntó Lazare.

—*Oui.* —Rose le dejó la chaqueta, que había utilizado a modo de manta, sobre el regazo. Tenía la esperanza de que él se la pusiera y ocultara así la mancha—. Se suponía que teníamos que hacer turnos. ¿Por qué me has dejado dormir?

—Pensé que te iría bien. —Él se frotó los ojos con el reverso de las muñecas.

—¿Cómo tienes las manos?

Lazare flexionó los dedos, los vendajes empapados en sangre.

—Mejor.

—Tendrás que limpiarte las heridas para evitar que se infecten —aconsejó ella—. ¿Tienes pastillas de sulfa?

Él negó con la cabeza.

—El SOE nos proporcionó medicinas. Te dejaré las pastillas en el buzón muerto.

—*Merci* —dijo Lazare.

Ella miró el reloj de su muñeca.

—Debería volver al apartamento e informar a Felix. Tengo trabajo que hacer.

—¿Vendiendo cosméticos?

—Es mi tapadera —contestó Rose.

—Sabes que la mayoría de la gente de París no tiene medios para

comprar maquillaje, ¿no? —señaló él—. Que tus clientes serán o bien ricos o colaboradores de los alemanes.

—Precisamente —puntualizó ella.

—Es peligroso.

—No más que sabotear un transformador —replicó Rose.

Él se frotó la barba incipiente del mentón.

—Es posible.

—No pretendo vender un montón de cosméticos —añadió ella—. Es tan solo una manera de explicar, si me detienen y examinan mis documentos, por qué estoy dando vueltas por París.

«Y quizá, de paso, podré recabar información útil.»

Lazare asintió con la cabeza.

Rose se inclinó hacia delante y se miró en el retrovisor. Se le había alborotado una franja de cabello, la que había permanecido en contacto con el hombro de Lazare mientras dormía.

—Hablando de cosméticos, no me iría mal asearme un poco. Tengo un aspecto espantoso.

Volvió a sentarse y comenzó a peinarse con los dedos.

—Tienes buen aspecto —observó él.

Rose notó mariposas en el estómago.

—Tonterías —repuso, y se alisó la falda.

—Hiciste un trabajo impresionante anoche.

Ella le miró, sus ojos de color marrón oscuro estaban llenos de veneración.

—De no haber sido por tu firmeza a la hora de colocar los explosivos al otro lado de los transformadores, yo podría haber muerto. —Le puso una mano vendada sobre el hombro.

Rose sintió un cosquilleo en la piel. «Tú te dejaste las manos intentando darme tiempo para escapar.»

—*Merci* —dijo él en voz baja.

Ella tragó saliva con dificultad.

—Soy yo la que debería estarte agrad…

Se oyó un golpe en la puerta de entrada.

A Rose se le aceleró el corazón. Cogió la pistola.

Seguida por Lazare, salió del automóvil en silencio, impulsándose a través de la ventanilla lateral, en vez de arriesgarse a que una bisagra chirriara.

Rose apuntó su arma contra la puerta.

Lazare miró por debajo de la persiana que cubría una de las ventanas frontales.

—Es Felix.

Rose exhaló.

Lazare dejó entrar al hombre, cerró la puerta y le echó el cerrojo.

—¿Cómo fue? —preguntó Felix.

—Espléndido. —Rose guardó la pistola en la guantera del coche y se acercó a Felix. Se sacó la llave del garaje de la chaqueta y se la dio —. Pero la explosión creó un buen alboroto. La zona se convirtió en un avispero de patrullas, así que nos quedamos aquí.

Felix miró las manos vendadas de Lazare y frunció el ceño.

—¿Qué pasó?

—El perro guardián —respondió él.

—Ese forcejeo fue lo que nos permitió escapar —dijo Rose.

—¿Y el guardia de seguridad? —preguntó Felix.

—No se acercó lo suficiente como para identificarnos —contestó ella, con la esperanza de tener razón.

—¿Estáis seguros? —insistió Felix.

—*Oui* —asintió Lazare.

Felix sonrió.

—Bien hecho.

—Estaba a punto de volver al apartamento —dijo Rose—. ¿Por qué has venido?

—Es importante que mantenga la tapadera de que soy un mecánico —contestó Felix mientras se pasaba la mano por el mono manchado de grasa—. Cambiar de rutina podría llamar la atención. — Se puso en cuclillas y se sacó un papelito de dentro del zapato, que a continuación entregó a Rose—. Ve al apartamento y dile a Muriel que esta noche, cuando haya tenido la oportunidad de determinar la magnitud del corte de electricidad, enviaremos un mensaje a Londres. Y luego llévale ese mensaje a Próspero.

Ella asintió con la cabeza y le echó un vistazo al mensaje codificado para el líder de la red Galeno, a quien no había conocido, pues se comunicaba solo a través de los buzones muertos.

—Muriel estaba preocupada por ti —dijo Felix—. Se alegrará de verte.

«¿Cuánto tiempo podrá Muriel seguir mandando mensajes de radio desde el mismo lugar sin que la detecten?» Rose notó que se le

ponían los músculos de los hombros en tensión.

—Deberíamos trasladarla.

—Lo haremos —contestó Felix.

—¿Cuándo? —insistió ella.

Felix se sacó un cigarrillo del bolsillo y lo sujetó entre los labios. Lo encendió y le dio una calada.

—Pronto.

—En el ínterin —dijo Lazare—, organizaré los pisos francos. Estaremos preparados para que se aloje allí cuando vosotros estéis listos para realizar ese movimiento.

Felix asintió con la cabeza.

Rose miró a Lazare. «Gracias.»

El joven se dirigió al servicio y regresó con la prótesis puesta. Se subió al asiento trasero del automóvil y recuperó la chaqueta.

Felix enarcó las cejas y miró a Rose.

Ella sintió que se sonrojaba.

Lazare se puso la chaqueta.

—*Au revoir.* —Miró a Rose a los ojos y abandonó el garaje.

Felix le dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo por la nariz.

—No es lo que estás pensando —dijo ella.

—Todos estamos sometidos a un gran estrés —replicó el hombre —. Es la guerra, y comprendo que puedan pasar según qué cosas.

Rose se cruzó de brazos.

—No ha pasado nada.

Felix le dio un golpecito al cigarrillo para dejar caer la ceniza.

—Ten cuidado.

—Lo tendré —dijo ella—. Pero nunca haría nada que pudiera poner en peligro nuestra misión.

Él asintió con la cabeza y a continuación dejó el cigarrillo en el cenicero.

—Bueno, deberíamos ponernos a trabajar.

Rose cogió el bolso y el maletín, y salió del garaje. No dudaba de que las intenciones de Felix fueran buenas. Estaba firmemente comprometido con la lucha e, igual que ella, había perdido a algún familiar —en su caso, Mathieu, su único hijo— en la guerra. Estaba tan ansioso por prenderle fuego al París controlado por los nazis que había planeado su primera operación cerca del cuartel general del SD

y se estaba arriesgando demasiado al no hacer que Muriel llevara a cabo sus transmisiones de radio desde diversas localizaciones. Rose pensaba que su experiencia como piloto de grandes premios había reducido su sensibilidad al miedo. «¡Y es él quien me pide que tenga cuidado!» La irritación fue creciendo en su vientre mientras se dirigía hacia el apartamento.

Al llegar al edificio, Rose subió la escalera en silencio, con la esperanza de no encontrarse con nadie que pudiera darse cuenta de que no había vuelto a casa la noche anterior. Por suerte, los vecinos del lugar, que habían conseguido a través de la Resistencia francesa, rara vez salían de sus apartamentos, con la excepción de los viajes que realizaban para recoger sus raciones.

La puerta se abrió en el momento en que Rose llegaba. Muriel tiró de ella y la cerró a sus espaldas.

—Gracias al cielo que estás bien —dijo dándole un abrazo.

Rose se lo devolvió con fuerza.

—Anoche, cuando no volviste a casa, me puse nerviosa —contó Muriel mientras la soltaba.

Al ver a su amiga tan preocupada, el enojo de Rose con Felix comenzó a remitir.

—¿Fue bien? —preguntó Muriel.

Rose se sentó con ella a la mesa de la cocina y le contó la misión de la noche anterior, incluyendo el encuentro con el perro guardián y que habían tenido que esconderse en el garaje a causa de las patrullas policiales y enemigas.

—Menuda correo intrépida estás hecha —dijo Muriel.

—No —contestó Rose—. El valiente fue Lazare. Se lesionó las manos deteniendo al perro guardián para que yo pudiera escapar.

—Cielo santo —exclamó Muriel abriendo mucho los ojos—. ¿Está bien?

—Sí, pero tiene unos mordiscos horribles. Voy a llevarle algunas de nuestras pastillas de sulfa.

—Si tienes la oportunidad, por favor, transmítele mi agradecimiento por haber cuidado de ti.

Rose asintió con la cabeza.

—¿Cómo es? —inquirió Muriel.

Un recuerdo fugaz del despertar al lado de Lazare hizo que tuviera que reprimir una sonrisa y espetara:

—Es bastante competente.

Muriel ladeó la cabeza.

—¿Eso es todo? ¿Te has pasado la noche en el garaje con él y eso es lo único que tienes que decir?

Rose se sonrojó.

—Es agradable.

«Es cariñoso y sensible. Y ha perdido a sus padres, igual que yo.»

—¿Te contó cómo es que lleva una prótesis? —preguntó Muriel.

El recuerdo del momento en que le había vendado los dedos llenó su mente.

—Fue un accidente cuando era niño con una imprenta de papel.

—Ay, Dios —murmuró Muriel.

—El ejército francés le rechazó, así que se unió a la Resistencia.

—¿Algo más?

—Al llegar al garaje, Lazare nos oyó a Felix y a mí discutiendo los planes. —A Rose se le hizo un nudo en el estómago—. Sabe nuestros nombres.

Muriel respiró hondo y exhaló el aire.

—¿Podemos confiar en él?

—Sí —contestó ella.

—De acuerdo —convino Muriel sin vacilar—. Por curiosidad, ¿de qué os oyó hablar?

—De que hay que trasladarte.

Muriel bajó la cabeza.

—Será más seguro para ti —añadió Rose.

—¿Cuándo? —quiso saber Muriel.

—Pronto —respondió ella, con la esperanza de que Felix fuera fiel a su promesa.

Muriel comenzó a toquetear un rasguño que había en la superficie de la mesa.

—¿Estás bien?

Su amiga esbozó una ligera sonrisa.

—Estoy un poco nerviosa, me temo.

—Salgamos a dar un paseo. Llevas demasiado tiempo encerrada aquí.

—Es la vida de una radiotelegrafista —dijo Muriel—. Es lo que me he comprometido a hacer. Pero no es eso lo que me molesta.

—¿Es por Mabel? —preguntó Rose reparando en la melancolía de

la voz de su amiga.

Muriel asintió con la cabeza, una expresión de pesadumbre en los ojos.

—La echo de menos.

Rose acercó la silla a ella y le apretó la mano. No podía ni imaginar la pena que debía de sentir Muriel al haber dejado a su hija en el Reino Unido.

—Sé que está en buenas manos con mis padres —afirmó—. Pero me pregunto si no pensará que la he abandonado. Si se acordará de mí cuando vuelva a casa.

—Pues claro que sí —replicó Rose—. Y, cuando tenga la edad suficiente como para comprenderlo, se sentirá muy orgullosa de su madre.

Muriel resopló para reprimir las lágrimas.

—Ojalá el SOE nos hubiera permitido traer las fotografías. Tengo miedo de comenzar a olvidarme de su aspecto.

—Eso no pasará nunca —aseguró Rose—. Nunca.

—Soy una tonta por preocuparme —repuso Muriel.

—*Non* —contestó Rose—. Es normal que una madre eche de menos a su hija.

Muriel se puso en pie y se secó los ojos.

—Ya está bien de gimoteos. ¿Te ha dicho Felix cuándo he de mandar la siguiente transmisión a Londres?

—Esta noche —informó Rose—. Antes quiere ir a inspeccionar la zona del corte de electricidad.

Su amiga asintió con la cabeza y acto seguido señaló hacia la encimera de la cocina.

—Debes de estar muerta de hambre. Te he guardado un poco de pan tostado.

—Te debo una —dijo Rose.

—Quizá cambies de opinión cuando lo pruebes —respondió Muriel.

Rose lanzó una risita.

Se tomó el desayuno, que a falta de mermelada o mantequilla le pareció soso, y lo bajó con una taza de café hecha con cebada tostada y agua caliente. Felicitó a Muriel por sus habilidades culinarias y se fue al lavabo, donde se bañó usando una manopla y un jabón sin aroma, un mejunje hecho con grasa y sosa cáustica. Se puso un

conjunto de blusa blanca con la falda y la chaqueta de lana de color gris. Cogió un puñado de pastillas de sulfa, las envolvió en papel parafinado y las escondió en un compartimento del fondo del bolso. Metió el bolso y el maletín de cosméticos en la cesta de la bicicleta y se despidió de Muriel.

Mientras salía del apartamento con la bicicleta a cuestas, la punzada de una duda le atravesó el vientre. «Ojalá pudiera cambiarme por ti.» Pero, dadas las estrictas tareas de sus respectivos roles, aquella no era una opción. Bajó la escalera deseando haber tenido la previsión de quebrantar las reglas del SOE escondiendo la foto de Mabel en el forro de la maleta.

19

PARÍS, FRANCIA
2 DE JUNIO DE 1943

Rose fue en la bicicleta hasta el buzón muerto de Próspero, que estaba en un callejón tranquilo de Le Marais. Había dado por hecho que el mensaje en código de Felix hablaba sobre el sabotaje del transformador, o quizá sobre la necesidad de coordinar una cita entre Felix y Próspero, el organizador de la red Galeno, ante quien su subred debía rendir cuentas. A Rose le desagradaba no conocer los detalles de cada comunicación, pero entendía el motivo por el que operaban en grupos pequeños y segmentados. En caso de que capturaran a un agente —y lo torturaran hasta el extremo de que divulgara los nombres y la localización de otros agentes—, aquello evitaría que se viniera abajo la red entera del SOE en Francia. Mientras escondía el mensaje codificado detrás de un ladrillo suelto en la pared, se preguntó si llegaría a conocer a Próspero en persona o si seguiría siendo siempre un fantasma, cuyo espíritu ella canalizaría a través de mensajes encriptados en un buzón muerto.

Al acabar con su trabajo, pedaleó hasta el cementerio de Montparnasse. En vez de dejar las pastillas de sulfa en el buzón muerto de Lazare e irse, se sentó junto a la tumba e hizo como que rezaba. «Si me quedo el tiempo suficiente, quizá aparezca Lazare para comprobar si hay alguna entrega.» Pero pasar demasiado tiempo allí, igual que pasar demasiado poco, podía llamar la atención. Por suerte, el enterrador no estaba trabajando, así que dispuso de unos minutos extras de soledad.

Eran muchas las cosas que quería saber acerca de Lazare. El rato que habían pasado juntos se había acabado de manera abrupta, y ella se sentía fatal por no haber hecho el esfuerzo de averiguar más cosas acerca de sus padres. «¿Qué les pasó?» Sabía muy poco sobre Lazare más allá de la lesión que había sufrido de pequeño, y de que se había

unido a la Resistencia después de que le impidieran entrar en el ejército. «Ni siquiera sé dónde vives. Al margen de las notas que te dejo en el cementerio, no tengo ninguna manera de ponerme en contacto contigo.» Después de esperar más de lo que debería, Rose metió las pastillas en un hueco detrás de la placa de la tumba y salió del cementerio deseando haber dedicado un rato a codificar un mensaje.

De camino a casa, se encontró con un grupo de policías franceses y soldados alemanes que estaban deteniendo a los transeúntes junto a un gran cruce para inspeccionar sus documentos. Rose aminoró la velocidad, haciendo como que miraba el escaparate de una zapatería, y se dio cuenta de que había cerrado ya para siempre, dado el espacio vacío y la presencia de algunas cajas de cartón. Sobre la fachada habían pintado, como si se tratara de un grafiti, la palabra JUDÍO, así como una estrella de David. Se le hizo un nudo espantoso en el estómago. Durante los trayectos que realizaba como correo, había visto numerosas señales antisemitas y ejemplos de propaganda cruel. Y había oído susurrar a las mujeres en las colas del racionamiento que la policía francesa había llevado a cabo una redada para detener a los judíos por orden de los alemanes. «¿Qué habrán hecho con ellos?»

El SOE la había instruido sobre el antisemitismo nazi, así como sobre el plan diabólico de Hitler para hacer de Alemania un país ario. Pero ni el SOE ni los informes de prensa británicos la habían preparado para los atroces crímenes contra la humanidad que tenían lugar en París, y la asqueaba pensar que la policía francesa estuviera actuando como peón en la partida de ajedrez de los nazis. Rezaba por que la persecución se detuviera, y por que los deportados sobrevivieran. Desesperada por saber más, decidió que se lo preguntaría a Lazare la vez siguiente que lo viera, si es que esa vez llegaba.

Le dirigió una mirada al control de policía. Un hombre estaba rebuscando en el bolso de una mujer. Decidió evitarlo y se subió a la bicicleta para volver por donde había llegado. Giró por una calle lateral, solo para encontrarse con un soldado de la Wehrmacht hostigando a una pareja de ancianos. «Han elevado la seguridad, seguramente a causa del sabotaje de anoche.»

Rose siguió un trayecto más largo y lleno de desvíos por la ciudad para evitar los controles policiales y militares. Pero durante el

camino tuvo que soportar una visión del París que tanto quería manchada por las banderas nazis y los pósteres antisemitas. Peor todavía, fue testigo de la pelea entre dos mujeres por un lugar en una larga cola de racionamiento. Una de ellas lanzó un grito cuando su rival intentó arrancarle un puñado de pelo de la cabeza, y un comerciante mayor tuvo que poner punto final al altercado esgrimiendo una escoba. Conmocionada, Rose se alejó sobre la bicicleta, tratando de ahuyentar el horror de los ciudadanos de París en aquel estado de supervivencia tan desesperado.

A media tarde se descubrió en la place de la Madeleine. Cansada, dirigió la bicicleta hacia la acera, donde se secó la frente con un pañuelo que había sacado del bolso, y se preguntó qué ruta hacia el apartamento la llevaría a encontrarse con menos patrullas. Levantó la mirada y vio un edificio con un cartel en alemán de gran tamaño sobre las ventanas del primer piso: SOLDATENKAFFEE. Se estremeció ante la visión de aquella cafetería alemana. «Han creado sus propios bares, maldita sea.» A través de las ventanas vio a soldados de uniforme que bebían y comían. En una esquina, un hombre demacrado rebuscaba entre los desechos de un cubo de basura. Rose se sonrojó. Mientras se guardaba el pañuelo y se preparaba para irse, un coche negro con banderas nazis sujetas al guardabarros se detuvo junto a la acera y le bloqueó el paso. Ella apretó el manillar de la bicicleta.

—*Bonjour* —dijo una voz de mujer.

Rose se volvió y vio a una joven de cabello rubio ondulado y lápiz de labios de color rojo brillante. Llevaba un vestido floreado, adornado con un camafeo de baquelita en forma de cigarra con rubís de circonita.

—*Bonjour* —respondió ella intentando contener el temblor en las cuerdas vocales.

De reojo vio que se abrían las puertas del coche nazi.

—¿Estaba pensando en entrar? —le preguntó la mujer haciendo un gesto hacia el cartel del *Soldatenkaffee*.

—*Non* —contestó Rose.

Dos oficiales alemanes con uniformes de color gris se bajaron del vehículo.

—Sabia decisión —señaló la mujer—. Hay un lugar mucho mejor en la calle siguiente.

Cerraron las puertas con fuerza. Las botas militares alemanas

taconearon contra el pavimento.

A Rose se le puso la piel de gallina en los brazos. «Mantén la calma.»

—Es un maletín precioso —comentó la mujer señalando la cesta de la bicicleta—. ¿Está vendiendo algo?

—Productos cosméticos —contestó Rose viendo acercarse a los oficiales. Le temblaban las piernas.

—Pues es su día de suerte —afirmó la mujer con una sonrisa antes de tomarla del brazo.

Los oficiales se detuvieron delante de ellas. Sin prestar apenas atención a Rose, si es que le prestaron alguna, se levantaron las gorras en dirección a la otra mujer y acto seguido entraron en el *Soldatenkaffee*.

Rose tragó saliva con dificultad.

—¿Los conoce?

—*Non*, pero creo que ellos me conocen a mí —repuso la mujer con una sonrisa—. Me llamo Zelie.

—Aline —dijo Rose usando el nombre de su tapadera.

—¿Puedo echarles un vistazo a tus productos cosméticos, Aline? Necesito desesperadamente colorete, colonia y delineador, y cualquier otra cosa que puedas vender. Vivo en la siguiente avenida.

Rose estaba ansiosa por llegar a casa, pero necesitaba tomarse un respiro de aquellas calles que parecían estar infestadas de soldados enemigos. Y pensó que vender algunos de sus productos podría ayudarla a dar validez a su tapadera si algún día el enemigo la detenía y la interrogaba. «¿Perteneces a la alta sociedad o eres una colaboracionista?» Rose ocultó la agitación que sentía y respondió:

—*Oui.*

Acompañó a Zelie empujando la bicicleta. Los zapatos de la mujer taconeaban sobre la acera y hacían que la gente volviera la cabeza hacia ellas. Al cabo de pocos minutos, Zelie se detuvo delante de un hotel majestuoso llamado Le Cygne. «El Cisne —pensó Rose—. ¿Vive en un hotel?» Cuando se aprestaban a entrar, un oficial de las SS salió por la puerta y se detuvo en la acera. Se sacó una pitillera plateada del bolsillo y extrajo un cigarrillo.

Rose vaciló, le dirigió una mirada a Zelie.

—No pasa nada —dijo ella—. Sígueme y trae la bicicleta.

Era demasiado tarde como para dar media vuelta sin hacer una

escena, así que Rose la siguió hacia la entrada. Al ver a Zelie, el oficial de las SS asintió con la cabeza y les abrió la puerta. «Por el amor de Dios, ¿quién es esta mujer?» Sintió que la atravesaba un escalofrío. Mientras entraba en el edificio se quedó mirando la espalda del vestido de Zelie, para evitar el contacto visual con el oficial alemán.

Zelie acordó con el recepcionista que se quedaría con la bicicleta de Rose detrás del mostrador para vigilarla. Cargada con el bolso y el maletín, siguió a la mujer hacia el ascensor. El portero, un anciano que llevaba gorra negra y un traje que le quedaba grande, cerró manualmente las puertas de rejilla de bronce y las llevó hasta el séptimo piso. Con cada paso que daba al recorrer el pasillo, la ansiedad iba creciendo en el vientre de Rose.

Zelie sacó una llave del bolso y abrió la puerta de lo que resultó ser una suite. Aquella habitación palaciega contenía una cama de dosel con un edredón blanco y cojines ahuecados y dispuestos contra un cabecero de madera de palisandro. En el otro extremo de la estancia había un sofá art déco de color azul marino, con sillones auxiliares a juego y un mueble bar de gran tamaño en el que había un surtido de licores, *schnapps* y coñac. Un aroma a detergente, mezclado con un dejo de queso y de puro quemado, llenó la nariz de Rose. «¿Los habitantes de París se están muriendo de hambre y hay gente que vive así?»

—Qué habitación tan bonita —comentó, ocultando el resentimiento que le enturbiaba el vientre.

—*Merci* —dijo Zelie—. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —contestó ella.

Zelie se dirigió hacia el mueble bar y abrió un cajón. Sacó un cigarrillo y lo colocó en una boquilla fina y alargada, hecha de ébano. Lo encendió y le dio una calada.

—Déjame ver tus cosméticos.

Rose se sentó en el sofá y dispuso el maletín sobre la mesa de café que tenía delante. Lo abrió y le mostró a la mujer su surtido de lociones, pintalabios, delineador, colorete y colonia con la esperanza de recordar los detalles de aquellos productos franceses que el SOE había trasladado de contrabando entre Francia y el Reino Unido.

—*Merveilleux* —declaró Zelie sentándose a su lado. Escogió el botellín de una muestra de colonia, desenroscó el tapón y lo olisqueó —. ¿Puedo?

Rose asintió con la cabeza.

Zelie se puso una pizca en el cuello y se abanicó la piel.

—*Charmante*.

Rose le dirigió una mirada al escritorio en una esquina de la habitación, sobre el que había una pila pulcramente ordenada de carpetas de papel manila. «Qué raro... Zelie no tiene pinta de contable.»

La mujer dedicó la hora siguiente a probarse el colorete y el delineador, tomándose su tiempo para lavarse la cara en el baño entre una aplicación y otra, así como para darle caladas a su cigarrillo alargado. Le gustaba mucho hablar de sí misma, y Rose descubrió de esa manera que Zelie era artista de cabaret y que trabajaba en un club que atendía al ejército alemán.

—Antes de la guerra actuaba por toda Europa —explicó Zelie mirando su reflejo en un espejo de mano con el marco dorado—. Berlín. Bruselas. Ámsterdam. Praga. Varsovia. Múnich. Budapest. Y, por supuesto, París.

Rose, que se sentía cada vez más inquieta, consideró la posibilidad de inventarse una excusa y decirle que tenía que irse para acudir a otra cita. Pero, en el momento en que estaba a punto de abrir la boca, el sonido de una llave en la cerradura hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó volviéndose hacia Zelie.

—A Josef —contestó ella antes de ponerse en pie y dejar el cigarrillo en un cenicero.

La puerta se abrió y un oficial nazi que llevaba un maletín de piel entró en la suite y la cerró tras de sí.

Rose se aferró a uno de los cojines del sofá para que no le temblaran las manos.

Zelie se colgó del cuello de Josef, le besó en los labios y se puso a hablar con él en alemán.

«Madre mía.» Rose se quedó sin aire.

—Es Aline —dijo Zelie señalándola.

Ella se puso en pie y se obligó a sonreír.

—*Bonjour*.

El oficial asintió con la cabeza y a continuación se limpió los labios con la manga de la chaqueta. Dejó el maletín sobre el escritorio

y se dirigió hacia el mueble bar.

—Josef no habla francés —dijo Zelie mientras regresaba al sofá y se sentaba en el mismo sitio de antes. Abrió un tubo de pintalabios.

—Quizá debería irme —sugirió Rose.

—Antes dame un momento para que elija. —Se aplicó un poco de carmín y se frotó los labios entre sí—. ¿Josef?

El oficial la miró y se encogió de hombros.

—Me probaré otro. —Zelie se limpió los labios con un paño.

Josef se sirvió un vaso de *schnapps* y se sentó en una silla. Al recostarse, apoyó las botas militares sobre la mesa de café, a centímetros del maletín.

«Tengo que salir de aquí.» Rose se quedó parada, esperando acelerar de esa manera la decisión de Zelie. Le dirigió una mirada discreta al oficial, que hacía girar la bebida en el vaso de cristal. El hombre tenía el pelo moreno y corto, y unas cejas pobladas. La nariz, bastante aplanada, como si se la hubieran roto alguna vez en un combate de boxeo. Su boca era pequeña y tenía los labios fruncidos, pero su complexión era fornida y musculosa. En la gorra lucía un emblema con una calavera y unos huesos cruzados de color plateado; gracias a su formación con el SOE, Rose reconoció que tenía el rango de *Sturmbannführer*.

El hombre bebió un traguito de *schnapps*.

«Josef —pensó Rose—. *Sturmbannführer.*» Se le disparó la mente. Darse cuenta de quién podía ser el oficial hizo que se le helara la sangre. «Ay, por el amor de Dios...»

—¿Qué te parece este? —preguntó Zelie enseñándole al oficial otro tubo de pintalabios.

Él negó con la cabeza.

A Rose, el corazón le martilleaba contra las costillas.

—Zelie —dijo, esforzándose por mantener la calma—, mientras tomas una decisión, ¿te importa si uso el baño para refrescarme un poco?

—En absoluto —respondió la mujer.

Rose cogió el bolso, se metió en el baño y cerró la puerta. Respiró hondo varias veces, intentando recuperar la compostura. Hizo una pausa y ocultó la cara entre las manos. Tiró de la cadena y abrió el grifo, haciendo como que utilizaba el servicio. Se retocó el colorete y el lápiz de labios, y, mientras intentaba que dejara de temblarle la

mano, se arregló el maquillaje. Volvió a guardarlo todo en el bolso. Para armarse de coraje, pensó en Charlie y en sus padres. «Puedo hacerlo.»

—¿Ya te has decidido? —preguntó mientras abría la puerta y volvía a la habitación.

—Me gustaría quedarme estos —contestó Zelie señalando una colección de colonia, colorete y delineador—. A Josef no le han gustado los tonos de pintalabios.

Rose se obligó a sonreír.

—*Ihr Lippenstift* —indicó el hombre señalándola.

—Le gusta el tuyo —aclaró Zelie.

Rose tragó saliva con dificultad.

—Me temo que en este momento no dispongo de ese tono.

—Entonces te compro el tuyo —repuso Zelie—. Ponle precio.

Rose vio en un fogonazo la pastilla suicida escondida al fondo de su barra de labios. «La muerte sobrevendrá en segundos.» Rose se imaginó dejando caer la pastilla L en el *schnapps* del nazi.

—Me siento halagada, Zelie —dijo—. Pero me daría vergüenza venderte un pintalabios usado, y que además está casi vacío. Hablaré con el proveedor y te traeré uno nuevo.

La mujer le dio una calada a la boquilla.

—¿Tardará mucho?

—*Non* —mintió Rose.

—De acuerdo —contestó Zelie a regañadientes, y deslizó sus compras hacia el centro de la mesa de café—. ¿Cuánto?

Rose hizo como que sumaba el valor de los artículos y le ofreció un precio en francos, esperando que se hallara en línea con la tarifa que tuvieran en aquel momento los cosméticos difíciles de encontrar. Se sintió aliviada cuando Zelie sacó el dinero del bolso y le pagó.

Rose recogió el maletín.

—Josef —dijo Zelie—, *auf wiedersehen.*

El oficial levantó la mano, pero no hizo el menor esfuerzo por ponerse en pie.

—Vuelve pronto con mi pintalabios —indicó Zelie.

—Lo haré —aseguró Rose—. *Au revoir.*

Desesperada por salir del hotel Le Cygne, Rose bajó hasta el vestíbulo por la escalera, en vez de tomar el ascensor. Recuperó la bicicleta y salió por la puerta principal. Con el pulso disparado,

pedaleó en dirección al apartamento, decidida a informar a Felix y a Muriel de aquel encuentro.

A tres calles del edificio, Rose oyó el chirrido de unos neumáticos y vio que delante de ella un sedán negro se incorporaba al tráfico tras girar desde otra calle. El motor del vehículo rugió. Intentó echarle un buen vistazo, pero el coche adelantó a un autobús y giró de golpe hacia otra avenida. Esperaba que se tratara solo de un conductor impaciente, pero el ruido continuo del vehículo mientras serpenteaba a través de las calles hizo que notara un golpe de acidez en el estómago.

Instantes después, el coche pasó a gran velocidad por una calle perpendicular a su trayecto y pudo entrever al hombre del asiento trasero, que llevaba puestos unos auriculares. A su lado, un camarada sostenía una pequeña antena por la ventanilla. A Rose se le secó la boca.

Se levantó en la bicicleta y pedaleó con más fuerza. Ganó velocidad y obligó a sus piernas a moverse con mayor rapidez. Le dolían los músculos. Le ardían los pulmones. Cerca del edificio, el vehículo aceleró, estaba rodeando su perímetro. Rose apretó los frenos y la bicicleta se detuvo con un derrape. La empujó hacia el interior del edificio y golpeó el manillar contra el marco de la puerta. Cogió el bolso y subió la escalera a toda prisa en dirección al sonido cada vez más intenso de un concierto de piano. Buscó la llave con manos torpes. Sentía el corazón desbocado bajo las costillas.

Al llegar a la puerta se dio cuenta de que la música procedía del apartamento. Introdujo la llave en la cerradura. Con un movimiento fluido y veloz la abrió, la cerró con fuerza y corrió hacia la mesa de la cocina.

Muriel, que llevaba puestos los auriculares, se quedó paralizada, con la mano detenida encima de la llave telegráfica.

Felix se levantó de golpe de su asiento, al lado de un gramófono de manivela.

Rose se abalanzó y arrancó uno de los conectores del transmisor.

—¿El SD? —preguntó Felix, con la voz amortiguada por el concierto de piano.

Rose asintió con la cabeza mientras jadeaba.

Muriel apagó la radio.

Felix corrió hacia la ventana y recogió la antena del transmisor. Unos segundos después, el sedán negro pasó rugiendo por la calle.

Rose bajó el volumen del gramófono, que servía para enmascarar el golpeteo de la llave telegráfica y que no lo oyeran los vecinos. Pero la música también había impedido que Muriel y Felix pudieran oír el vehículo que se acercaba cada vez más a su posición.

Felix miró a través de una abertura en la cortina de apagón.

El coche dio varias vueltas más por la zona. Instantes después, el ruido del motor comenzó a desvanecerse y acabó por desaparecer.

—Creo que se han ido —dijo el hombre apartándose de la ventana.

—Ha ido de poco. —Muriel se despatarró sobre la silla.

Rose clavó la mirada en Felix.

—Tenías razón, Rose —señaló él.

«Esto no va de tener razón; se trata de la seguridad de Muriel», quiso decir ella, pero se mordió la lengua.

—¿Informo a Lazare para que organice los pisos francos?

Felix asintió con la cabeza y se volvió hacia Muriel.

—No más transmisiones hasta que estés en un lugar seguro. A partir de ahora, te irás desplazando.

—Sí —convino Muriel, con una mirada en la que se mezclaban el alivio y la incertidumbre.

—Me temo que tengo malas noticias —declaró Felix entonces mirando a Rose—. Los alemanes han requisado transformadores de otras partes de París y han devuelto la electricidad al distrito dieciséis.

Una oleada de desazón recorrió a Rose. «Lazare y yo arriesgamos la vida para que el cuartel general del SD se quedara sin electricidad durante unas pocas horas.»

—Estábamos informando a Londres cuando has llegado —añadió Felix.

Rose respiró hondo y exhaló. Apoyó la espalda contra la pared para relajar las piernas, que notaba exhaustas.

—Estoy demasiado agotada como para subir la bicicleta por la escalera.

—Ya te la traigo yo —dijo Felix, que sonó como si estuviera disculpándose.

—Me tenías preocupada —comentó Muriel mirando a Rose—.

¿Por qué has tardado tanto?

Ella tragó saliva.

—Me ha retrasado una mujer que quería comprarme unos cosméticos. Creo que es la amante del jefe del SD.

Felix abrió mucho los ojos.

—Le ha costado elegir un tono de pintalabios —añadió Rose, consciente de repente de lo absurda que sonaba su historia.

Muriel se quedó pálida.

—Estás de broma...

—Ojalá —contestó Rose.

Les contó su encuentro con Zelie y con el hombre que debía de ser Hans *Josef* Kieffer, el jefe del *Sicherheitsdienst*, la persona que dirigía las actividades de contraespionaje en persecución del SOE y de la Resistencia francesa. Si tenía razón, conocer el paradero de Kieffer representaría una ventaja para el SOE. Pero Rose pensaba que el SOE también le pediría, con toda probabilidad, que hiciera más visitas al hotel Le Cygne. Y, de ser así, ella correría un peligro mayor de lo que jamás podría haber imaginado.

20

PARÍS, FRANCIA
9 DE JUNIO DE 1943

Lazare hizo presión sobre la barandilla en un intento por distribuir su peso y que la escalera no crujiera bajo sus pies. Con cada paso que daba hacia el apartamento de Rose, el mareo crecía en su estómago. Habría sido mucho más sencillo, además de seguro, agradecerle el medicamento con un mensaje encriptado en el buzón muerto para Hechicero; es decir, para Felix. Pero no había podido quitarse a Rose de la cabeza desde la noche del sabotaje del transformador y deseaba expresarle su gratitud en persona. Quizá fuera por la compasión con la que había vendado sus heridas, sin mostrarse afectada por que le faltaran el pulgar y el índice. O quizá fuera por el consuelo y el afecto que habían sentido cuando se tumbaron juntos, compartiendo la calidez de sus cuerpos, en el asiento trasero del coche averiado mientras las patrullas alemanas rastreaban el distrito. Fuera como fuese, quería verla de nuevo. Y la oportunidad se había presentado cuando Muriel, a quien había trasladado a una casa franca en las afueras de la ciudad, hizo que le prometiera que iría a ver a Rose para asegurarse de que estuviera bien.

Llamó con suavidad a la puerta. El sonido de unos pasos hizo que se le acelerara el pulso.

Una sombra se desplazó sobre la mirilla. El cerrojo hizo clic y la puerta se abrió para mostrarle a Rose.

—*Bonjour* —dijo ella en un susurro, y le hizo un gesto para que entrara.

Lazare obedeció.

Ella echó el cerrojo y se volvió hacia él.

—¿Todo bien?

—*Oui* —respondió Lazare.

—Felix está en el garaje —informó Rose—. Debería volver pronto

a su apartamento. Puedes quedarte a esperarle aquí.

—He venido a verte a ti —declaró Lazare.

—Oh —exclamó ella, al parecer sorprendida.

Él desplazó el peso de una pierna a la otra.

—Quería darte las gracias por las pastillas de sulfa.

—No hay de qué —repuso ella—. ¿Cómo están tus heridas?

Él levantó las manos.

—*Très bien.*

Ella se las tocó.

—Tus dedos se han curado de manera espléndida.

Lazare sintió un cosquilleo en la piel.

—Apenas te quedará cicatriz, si es que te queda alguna. —Le soltó las manos.

—Gracias a tus vendajes —afirmó él.

—Y al coñac de manzana de Felix —replicó ella con una sonrisa.

Lazare sonrió.

—Muriel me pidió que me pasara a ver cómo estabas.

—¿Y ella cómo está?

—Bien, para tratarse de una persona atrapada en una casa rural venida a menos —contestó Lazare—. Después de la próxima transmisión de radio, la trasladaré a otro piso franco, donde las condiciones de vida serán mejores.

—*Merci* —dijo Rose—. Cuando veas a Muriel, por favor, dile que la echo de menos y que iré a visitarla en cuanto me sea posible. Felix ha insistido en ser él quien le transfiera durante un tiempo los mensajes para las transmisiones, en vez de usarme como correo. Creo que es su manera de disculparse por no haber trasladado antes a Muriel, lo cual hizo que el SD estuviera a punto de capturarnos.

—Así lo haré —prometió Lazare—. Muriel también te echa de menos. Y me ha pedido que te diga que no permitas que tu carácter intrépido vuelva a meterte en problemas.

Rose se rio entre dientes.

—Sin duda eso suena a algo que diría Muriel.

—¿Te has metido en algún lío?

Rose se cruzó de brazos.

—Nada que no pueda manejar.

Con la sensación de que había tropezado con una cuestión delicada, Lazare se metió las manos en los bolsillos.

—Debería irme. Gracias de nuevo por el medicamento.

—¿Te gustaría quedarte a tomar un café? —le ofreció ella—. Me temo que es más bien té de cebada, pero se puede beber.

Lazare asintió con la cabeza.

En la cocina, Rose puso una cafetera metálica con abolladuras en el fogón. Encendió una cerilla y la llevó hacia el quemador.

Lazare no dejaba de buscar ideas sobre qué podía decir. Eran muchas las cosas que deseaba averiguar acerca de Rose, pero pensó que era mejor comenzar con una pregunta que pudiera ser importante para ella. Se sentó a la mesa y dijo:

—¿Qué te llevó a unirte al SOE?

—Es una historia bastante larga —contestó Rose.

Él tiró de la silla que tenía al lado y dio unos golpecitos sobre su base.

Ella se sentó y apoyó las palmas abiertas sobre la mesa.

—Era mecanógrafa en una sala de guerra, en Londres.

Lazare enderezó la espalda.

—¿Sorprendido? —preguntó ella.

—Intrigado —respondió él—. Continúa, por favor.

—Digamos solo que mis conocimientos de francés llamaron la atención de mis superiores y que un reclutador del SOE se puso en contacto conmigo. —Pasó un dedo por el borde de la mesa—. Después de varias entrevistas, me ofrecieron el puesto y acepté. El entrenamiento de combate fue muy penoso. Uno de los instructores quiso echarme a causa de mi escasa estatura y fuerza, pero me las arreglé para convencer al SOE de que debía quedarme.

—¿Cómo?

—Me colé en el despacho del comandante y redacté de nuevo un informe.

Lazare abrió mucho los ojos.

—Los oficiales se dieron cuenta de inmediato de que había falsificado el documento —aclaró Rose—, pero resultó que la capacidad de asaltar un edificio es un rasgo bastante atractivo para un agente del SOE. —Sonrió—. No sentí la necesidad de contarles que simplemente me había colado por una ventana a la que no le habían echado el pestillo.

Lazare se rio por lo bajo.

—Muriel tenía razón.

—¿Sobre qué?

Él la miró.

—Eres bastante intrépida.

Rose se pasó unos mechones de cabello por detrás de la oreja.

—Siento curiosidad —prosiguió Lazare—. ¿Por qué abandonaste tu vida en el Reino Unido para luchar contra los nazis?

—Me temo que en casa ya no me queda gran cosa. —Bajó la vista —. A excepción de mi amiga Lucy y de las mujeres de la sala de mecanografía.

—Me comentaste que habías perdido a tu familia —dijo Lazare—. ¿Te importa que te pregunte qué pasó?

Ella respiró hondo.

—Mis padres murieron en un bombardeo de la Luftwaffe. Charlie, mi único hermano, fue derribado sobre el canal mientras volaba en un Spitfire de la RAF. —Rose tragó saliva con dificultad—. Nunca se recuperó su cuerpo.

—Lo siento mucho. —Lazare puso una mano sobre la mesa, a pocos centímetros de sus dedos—. ¿Cómo eran tus padres?

—Encantadores. Mi madre era francesa y papá, inglés. Se conocieron cuando él estuvo en Francia por la Gran Guerra. Se enamoraron y, después de la guerra, se mudaron a Londres, donde abrieron un pequeño colmado. —Rose levantó la vista hacia el techo, como si estuviera ordenando sus recuerdos—. Eran una pareja afectuosa, siempre estaban cogidos de la mano, dándose besos y riéndose. Los clientes del colmado solían bromear diciendo que mis padres nunca habían dejado atrás la luna de miel.

—Parecen personas maravillosas.

Rose asintió con la cabeza.

—Charlie era el extrovertido de la familia. Podía cautivar a una habitación llena de gente en pocos segundos, y tenía el don de hacer que la persona con la que hablaba se sintiera el ser humano más importante del planeta. Era dulce, gentil, y siempre defendía a su hermana, que era la niña más pequeña de la clase.

—Eres afortunada por haber tenido una familia que te quisiera — observó Lazare, sintiendo que la melancolía derivada de su propia situación le inflamaba el pecho.

—Los echo muchísimo de menos —confesó Rose—. Cuando Charlie y yo éramos pequeños, nuestros padres nos llevaban cada

verano a visitar a los abuelos, que vivían en Puteaux. Eran unas vacaciones maravillosas, yo no quería que se acabaran nunca.

—Ahora entiendo por qué tu francés es perfecto —comentó Lazare, e hizo una pausa para meterse una correa de la prótesis por dentro de la manga—. ¿Tus abuelos siguen viviendo en Puteaux?

—Fallecieron cuando yo estaba en el instituto. —Rose se puso en pie y sirvió aquella mezcla parecida al café en dos tazas—. Soy el último miembro de mi árbol familiar, me temo.

«Yo también.»

Rose puso las tazas sobre la mesa. El remolino de vapor que se elevaba sobre ellas liberó un ligero aroma a cebada.

Él tomó un sorbo.

—Está bueno.

—Eres muy amable —dijo ella—, pero no me ofenderé si me dices que sabe a heno hervido.

Una imagen en la que se tomaba un café con sus padres ocupó la mente de Lazare. El dolor bajo el esternón iba en aumento. Reprimió aquella idea y preguntó:

—¿Te uniste al combate porque...? —Hizo una pausa, buscando las palabras más adecuadas.

—¿Porque la Luftwaffe de Hitler asesinó a mi familia?

Él asintió con la cabeza.

—*Oui* —asintió ella—. Y porque quiero ver a Francia liberada de la ocupación alemana.

Él se quedó mirando la taza. «Lo ha perdido todo y está arriesgando la vida por combatir.»

—Bueno —dijo Rose apartando de sí su taza—. ¿Tú te uniste a la Resistencia por tu familia?

—*Non* —respondió él—. Más bien lo contrario. Ellos eran pacifistas, preferían el poder de la pluma (o, en el caso de mamá, del pincel) por encima del conflicto armado.

Rose se echó ligeramente hacia delante.

—Háblame de ellos.

Unos pasos en la escalera hicieron que Lazare volviera la cabeza. Un ruido de llaves. En el otro extremo del vestíbulo, la puerta de un apartamento se abrió y acto seguido se cerró.

—Es Felix —explicó Rose—. Suele pasar por aquí cuando vuelve del garaje.

—¿Qué pensará de que estemos tomándonos un café?

Rose se encogió de hombros.

—Felix cree que debería tener cuidado contigo.

—¿Y tú qué crees?

Ella le miró.

—Creo que estoy a salvo.

—Lo estás —coincidió él mientras se levantaba de la silla—. Pero debería irme.

—Quédate —le pidió ella.

Lazare vaciló. En sus entrañas se agitaba un deseo profundo de confiarse con ella acerca de su familia. Por encima de todo, deseaba continuar con aquella conversación. Sin embargo, no quería provocarle ningún problema, en especial con el organizador de la red Hechicero.

—En otra ocasión.

Rose se puso en pie y cogió el bolso.

—¿Qué haces?

—Me voy contigo —contestó ella.

—No creo que sea una buena idea —repuso él.

—¿Por qué? —Rose avanzó un paso hacia el joven—. Conoces mi nombre real. Conoces a los miembros de nuestra red. Sabes dónde vivo. Lo sabes todo acerca de mi familia, tanto en Londres como en París. Y yo prácticamente no sé nada de ti..., ni siquiera sé dónde vives. ¿Crees que eso es justo?

—Podemos organizarlo para encontrarnos en otro momento —dijo Lazare, intentando esquivar la pregunta.

—Podrían pasar semanas antes de que vuelva a verte, teniendo en cuenta que seguimos trabajando en los planes de la próxima operación de sabotaje y que aún no nos han notificado cuándo lanzará la RAF la siguiente entrega de suministros. Hasta que llegue ese momento, me gustaría que estuviéramos en igualdad de condiciones.

—¿Igualdad de condiciones?

—Necesito saber sobre ti tanto como tú sabes sobre mí.

Lazare respiró hondo y exhaló. Se quedó reflexionando sobre si debía intentar convencer a Rose de que acompañarle era una mala idea o inventarse la excusa de que tenía otros deberes que atender. Pero, teniendo en cuenta la tenacidad que había demostrado Rose a la hora de unirse al SOE, pensó que disuadirla no sería sencillo. Además,

quería pasar más tiempo con ella y aún faltaban cuatro horas para que comenzara el toque de queda, lo cual le permitiría regresar a tiempo al apartamento.

—De acuerdo, pero deja aquí la bicicleta. Allí adonde vamos no hay ningún lugar seguro donde guardarla.

—Vale —aceptó ella.

—Sígueme hasta el cementerio de Montparnasse —indicó él—. Mantén la distancia, por si me detienen para comprobar mi documentación.

Ella asintió con la cabeza.

Él le echó un vistazo a su falda de lana y sus zapatos de tacón.

—Ponte algo de ropa vieja, y las botas que llevabas cuando te lanzaste en paracaídas sobre Francia.

—¿Por qué?

—Porque vamos a meternos bajo tierra.

Pensó que aquello podría hacer que cambiara de opinión, pero Rose se dirigió a su habitación sin dudarlo un instante. Mientras esperaba a que se cambiara, Lazare tuvo la esperanza de que aquel deseo egoísta de pasar tiempo con ella no tuviera consecuencias impredecibles ni para Rose ni para la Resistencia.

21

LAS CATACUMBAS
9 DE JUNIO DE 1943

Al llegar a la entrada del cementerio de Montparnasse, Lazare se puso en cuclillas y se ató los cordones de los zapatos. Vio de reojo que Rose cruzaba la calle y se detenía a su lado.

—Está al otro lado del cementerio —dijo en un susurro.

—De acuerdo —contestó ella.

Lazare se puso en pie y atravesó la puerta de hierro de la entrada. Mientras recorría un sendero de grava y dejaba atrás filas de criptas y mausoleos antiguos, prestó atención al leve crujido de los pasos de Rose y le preocupó la posibilidad de estar cometiendo un error garrafal. Tanto Claudius como el resto de sus compañeros partisanos se enojarían, si no se ponían directamente furiosos, al enterarse de que le había mostrado la entrada a las catacumbas a alguien que no era miembro de la Resistencia. Pero había muchos pasajes secretos que conducían hasta ellas: a través de excavaciones en sótanos, tapas de alcantarilla y cloacas. Más de ciento cincuenta kilómetros de túneles de piedra caliza serpenteaban por el submundo de París, y aquella tumba en particular no estaba conectada con la guarida de Claudius, sino que conducía al refugio privado y subterráneo de Lazare, al que acudía a descansar cuando no podía llegar a un piso franco. Una parte de su ser sentía que estaba traicionando la confianza de Claudius, mientras que otra tenía la certeza de que Rose era una persona en la que podía confiar.

En la parte trasera del cementerio se detuvo cerca de la esquina de las calles Émile-Richard y Froidevaux. Inspeccionó la zona, las aceras sobre las que caía la sombra de una fila de tilos. Después de asegurarse de que no le observaba nadie, se acercó a Rose.

—Ahí enfrente hay una tapa de alcantarilla —dijo en voz baja—. Yo la abriré. Tú entra primero. Baja con rapidez, pero ten cuidado.

Puedes resbalar con los escalones de hierro.

Rose asintió con la cabeza.

Él la miró a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—*Oui* —contestó ella con un susurro.

—No es tarde, aún puedes dar media vuelta.

—Estoy preparada —aseguró Rose.

Lazare recogió una pequeña palanca metálica —que estaba escondida detrás de un arbusto, junto a una pared de piedra— y se la guardó en la chaqueta. Esperó un momento mientras observaba al anciano que bajaba en bicicleta por la calle. Cuando la zona quedó despejada, se acercó veloz a la tapa de alcantarilla, la abrió haciendo palanca y la arrastró hacia un lado, arañando el pavimento. Rose entró primero, comenzando por los pies, y bajó por la escalera de metal. Él se metió la palanca en el cinturón y bajó tres escalones de golpe. Devolvió la tapa a su sitio usando el brazo y el hombro, y el agujero quedó a oscuras.

Lazare descendió hacia las profundidades de la tierra. El frío de los escalones de hierro se le metió en las manos.

—¿Estás bien? —preguntó al llegar a la base del túnel.

—*Oui* —respondió ella.

Lazare pasó la mano por la pared hasta dar con la hendidura de gran tamaño en la que guardaba la linterna. Metió la palanca en ella, recogió la linterna y la encendió. Un haz de luz tenue atravesó el túnel. Por suerte, la ausencia de lluvia había hecho que no quedara agua estancada, pero aun así olía a cerrado y a moho.

—La linterna está a punto de quedarse sin batería —dijo Rose, y su voz resonó por el túnel.

—No pasa nada —repuso él—. Conozco el camino.

Lazare guio a Rose por el túnel durante varios minutos, hasta que llegaron a un agujero a la altura del pecho, del tamaño de un tapacubos, que alguien había abierto a través de la pared de piedra. Él se coló por la abertura, aunque tuvo que hacer rotar los hombros, y acto seguido ayudó a Rose a pasar. Siguieron descendiendo por una escalera de piedra hasta que llegaron a un túnel largo, de paredes decoradas con grabados medievales, que parecía el pasaje de una cripta egipcia. Algo más allá, Lazare se cuidó de apuntar el haz de la linterna contra el techo, pero poco pudo hacer para ocultar la pila de

huesos compuesta por fémures y calaveras humanas.

—Dios mío —exclamó Rose con un grito ahogado.

—Ya casi hemos llegado —informó él, con la esperanza de aliviar su consternación. «He sido un tonto y un egoísta al traerte hasta aquí.»

—Leí sobre las catacumbas en el colegio —dijo Rose recobrando el aplomo en la voz—. Ya veo por qué habéis elegido este sitio. Ni la policía ni la Wehrmacht sentirán grandes deseos de aventurarse aquí abajo. Es posible que se trate del lugar más seguro de todo París.

—Hasta el momento, las patrullas enemigas no han entrado en las catacumbas —puntualizó él. «Y rezo por que siga siendo así.»

Se metieron en otro agujero, este aún más pequeño, y llegaron a una cámara abovedada. El aire seguía estando estancado, pero ya no olía a moho. Lazare encendió un farol que colgaba de una escarpia que habían clavado en la piedra y el resplandor que llenó la estancia reveló un catre plegable, unas mantas y una pila de libros. Apoyado contra la pared estaba el cuadro del Arco del Triunfo que había pintado su madre, y que él había enmarcado usando fragmentos de listones rotos.

—¿Cada cuánto tienes que quedarte aquí? —preguntó Rose.

—De vez en cuando —respondió él, avergonzándose de aquellas condiciones de vida temporales pero horrendas—. Paso muchas noches en pisos francos, pero a veces lo mejor es que me quede aquí.

Rose se acercó al cuadro.

—Es precioso. ¿Lo hiciste tú?

—*Non* —contestó Lazare—. Es de mi *maman*.

—Tiene mucho talento —dijo Rose—. Debería estar en un museo, para que la gente pudiera disfrutar de él.

Una oleada de agradecimiento recorrió al joven.

—Quizá después de la guerra encuentre un hogar más adecuado. —Respiró hondo—. Puedes sentarte en el catre. O podemos irnos, si ya has visto bastante.

—Me quedo. —Rose se sentó en el catre y señaló la pila de libros —. ¿Qué estás leyendo?

—*En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust —contestó él.

—¿Es bueno?

—Es inspirador —afirmó Lazare—. Y bastante largo, teniendo en cuenta que ocupa siete volúmenes. Puedes leerlo si quieres.

—Sabes que si me prestas un libro tendrás que verme de nuevo,

¿verdad?

Lazare se puso a juguetear con uno de los botones de su abrigo.

—*Oui.*

—No tienes que quedarte de pie —dijo Rose dando unos golpecitos sobre el catre—. Hay espacio para los dos.

Él fue a sentarse a su lado y apoyó la espalda contra la pared de piedra.

—Lamento no haberte traído a un lugar más apropiado.

—No está tan mal. —Rose le dio un ligero codazo—. Pero quizá la próxima vez podríamos quedar en el Ritz.

Lazare sonrió.

—Veré lo que puedo hacer.

Rose se recostó también contra la pared, su hombro quedó en contacto con el brazo de él.

—Háblame de tu vida antes de la guerra.

—Me crie en la rue Cler, en el distrito siete —explicó él—. Mis padres eran inmigrantes procedentes de Varsovia. Llegaron aquí prácticamente sin nada. A través del trabajo duro y constante, crearon una buena vida para nosotros. Papá era periodista y *maman*, pintora. Eran padres compasivos, llenaron mi vida de libros y de arte.

—Parecen maravillosos —comentó Rose.

Lazare asintió con la cabeza.

—Yo soñaba con hacerme periodista, igual que papá, pero las cosas cambiaron cuando estalló la guerra. Después de que me rechazaran en el ejército —dijo levantando la mano de la prótesis—, no logré encontrar trabajo en ninguna editorial de prensa, que con la invasión habían pasado a estar bajo control alemán. El único empleo al que pude acceder fue de conserje, limpiando los suelos y los retretes de la Gare du Nord.

Rose hizo una pausa, pasó el dedo por un desgarro en la tela del catre.

—¿Cómo te uniste a la Resistencia?

—En un primer momento me rebelé por mi cuenta, pegaba propaganda antinazi. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Pero un día, cuando iba camino del trabajo en la estación de tren, vi a un oficial alemán dispararle en la cabeza a un hombre porque había estado leyendo uno de mis carteles.

—Dios mío —murmuró ella.

Lazare tragó saliva con dificultad.

—Aún tengo visiones del rostro de aquel hombre, y de su esposa llorando sobre su cuerpo.

—No fue por tu culpa —afirmó Rose.

Lazare asintió con la cabeza, pese a que temía que las cicatrices de su culpabilidad no fueran a desvanecerse nunca.

—Estaba decidido a luchar y comencé a cometer actos de sabotaje en solitario. Una noche, unos oficiales de la Wehrmacht me vieron prender fuego a unos vehículos alemanes. De no ser por Claudius, que me había estado siguiendo, me habrían matado. Él me hizo ingresar en la Resistencia. Me adoptó y me entrenó pese a... —Lazare dudó, frotándose el mentón.

—¿Pese a tu mano? —le preguntó Rose.

«Pese a mi raza.»

—Es un poco más complicado que eso —contestó—. Claudius me aceptó como partisano. Para mí, es más que uno de los líderes de la Resistencia; es como un tío.

—¿Qué pensaron tus padres de que te unieras a la Resistencia?

—Al principio no querían que combatiera. No aprobaban que se utilizara la violencia para liberar Francia, y pensaban que debíamos esperar a que nos liberaran las fuerzas aliadas. Pero acabaron apoyando mi decisión. —Lazare se tocó la prótesis con los dedos. Una punzada iba cobrando intensidad en su pecho—. *Maman* la pintó. Pensó que me ayudaría a parecer normal y corriente, que me mantendría a salvo.

Rose le tocó la mano.

—¿Qué fue de ellos?

El dolor en el pecho seguía creciendo.

—Los arrestó la policía francesa.

—¿Por qué?

Su respiración se volvió superficial.

—Por ser judíos.

—Oh, no. —Rose le apretó los dedos—. Lo siento mucho.

—Yo había intentado convencerlos de que huyeran a la Francia de Vichy, pero se negaron a abandonar su hogar. En julio pasado, siguiendo las órdenes de los alemanes, la policía detuvo a miles de judíos franceses, incluyendo a mis padres. Los encarcelaron en el Velódromo de Invierno, una pista cubierta de ciclismo, donde

sufrieron un calor insoportable y falta de agua hasta que los cargaron en vagones de ganado y se los llevaron a otro lugar.

—¿Adónde? —preguntó Rose con voz suave.

—No lo sé —contestó él—. Había rumores de que estaban enviando a los judíos a campos de trabajo alemanes. Pero en la redada incluyeron a los niños pequeños y a los ancianos, que no podrían trabajar. Me da miedo que los alemanes tengan planes mucho más siniestros para ellos. Rezo por que sigan vivos, pero algo en lo más profundo de mi ser me dice que es posible que no vuelva a verlos nunca más.

—Volverán —aseguró ella inclinándose hacia Lazare—. Debemos tener fe y pensar que estarán bien.

Él la miró y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es muy probable que no sea buena idea estar en compañía de un judío, y mucho menos de un judío partisano.

Rose se secó los ojos con la manga.

—No es mucho más peligroso que estar en compañía de una agente británica.

Lazare vio que tenía una lágrima en la mejilla. Se la quitó con un movimiento suave de la mano buena.

—Se está haciendo tarde. Deberías regresar al apartamento. Felix estará preocupado por ti.

—Ven conmigo —dijo ella—. No hay motivo para que te quedes aquí cuando yo tengo tanto sitio. Puedes usar la habitación de Muriel mientras ella esté fuera.

—Agradezco tu oferta, pero los dos sabemos que no es una buena idea.

—No me importa —repuso Rose.

Lazare la miró a los ojos.

—A mí sí.

Rose bajó la cabeza.

Por encima de todo, él ansiaba pasar más tiempo con ella. Deseaba haberla encontrado en otro momento, en otro lugar. Lazare tenía la sensación de que Rose no se parecía a ninguna de las mujeres que había conocido, y en especial a su exnovia, Charlotte.

Había salido con Charlotte mientras asistía a la Universidad de París. Ella era atractiva, sociable, y pertenecía a una familia con una larga estirpe de veteranos militares condecorados, incluyendo a su

padre, que había servido como comandante en la Gran Guerra. Lazare creía que ella se había sentido atraída por su patriotismo y su pasión por el periodismo. En un primer momento pensó que iba a pasar el resto de su vida con ella. Pero las cosas cambiaron cuando se declaró la guerra a Alemania y no le dejaron ingresar en el ejército francés por culpa de la mano mutilada. Mientras los hombres sin discapacidades se marchaban a defender a Francia, Charlotte comenzó a distanciarse de Lazare y acabó negándose a comunicarse con él. Aquello le desanimó. «Le avergüenza estar con alguien a quien el ejército ha considerado no apto.» A medida que fue pasando el tiempo, Lazare se dio cuenta de que era mejor que hubieran seguido caminos diferentes. Y, aún más importante, se dio cuenta también de que deseaba el mismo tipo de relación que habían desarrollado sus padres: de afecto sin límites.

Lazare enterró aquellos recuerdos. Ansioso por ponerse en pie, le ofreció la mano a Rose y la ayudó a levantarse.

Hablaron poco durante el camino de vuelta a través de la catacumba. La linterna comenzó a apagarse y Lazare aceleró el paso, con la esperanza de conducir a Rose hasta la entrada antes de que le fallaran las pilas por completo. Pero el haz de luz siguió menguando y acabó por desaparecer de golpe.

Lazare sacudió la linterna y se la guardó en el bolsillo.

—No pasa nada —dijo cogiéndola de la mano—. Me conozco el camino de memoria.

Rose le apretó los dedos.

Él maniobró por la catacumba sin dejar de encontrar consuelo en el contacto de la joven. Unos minutos después llegaron a la escalera que daba a la tapa de alcantarilla. Lazare se detuvo, pero sus dedos permanecieron entrelazados.

—¿Estás seguro de que no quieres venir conmigo? —le preguntó ella.

—Sí —contestó él, pese a que su corazón le insistía en que aceptara la invitación.

Le soltó la mano. Cuando se disponía a subir por la escalera, sintió que Rose se inclinaba hacia él y le rodeaba la cintura con los brazos. Sintió mariposas en el estómago.

—Ten cuidado —le pidió ella en un susurro.

—Tú también.

Lazare la estrechó, absorbiendo su calor. Sintió que ella elevaba el cuerpo al ponerse de puntillas. Rose pegó los labios a su mejilla. A él se le aceleró el pulso. Y el abrazo se esfumó con la misma velocidad con la que se había presentado.

Recobrando la compostura, Lazare subió los escalones hasta la tapa de alcantarilla. La abrió ligeramente y vio la calle a oscuras, en la que no había ningún movimiento. Arrastró la tapa hacia un lado, salió y ayudó a Rose a volver a la superficie. Ella se metió a toda velocidad en el cementerio y desapareció. Lazare entró de nuevo en el agujero y devolvió la tapa de hierro a su sitio. Descendió hacia las catacumbas sin dejar de sentir en la piel el cosquilleo que le había provocado el contacto de Rose.

22

PARÍS, FRANCIA
22 DE JUNIO DE 1943

Habían pasado dos semanas desde que vio a Lazare, pero Rose no había dejado de pensar en él y en la tragedia de sus padres, así como en la de los miles de judíos franceses que habían sido detenidos por la policía y enviados al extranjero en vagones para ganado. «¿Qué habrán hecho los nazis con ellos?» La epidemia antisemita de Hitler, que se creía limitada a Alemania, había asolado París. «Si estos crímenes atroces tienen lugar en Francia, ¿qué estará pasando en otros países ocupados por los alemanes, como Polonia, Checoslovaquia, Noruega, Bélgica y los Países Bajos?» Una oleada de repugnancia inundó su cuerpo. Estaba más decidida que nunca a hacer todo lo posible para trastocar los planes del nazismo y poner fin a la guerra.

Igual que Rose, Lazare había tenido que superar la pérdida de su familia y estaba combatiendo a los alemanes en secreto. Pero, a diferencia de ella, se veía obligado a esconder su etnia. Rose no podía ni imaginar lo que significaba que te persiguieran por tu raza; que te despojaran de tus derechos humanos, te obligaran a lucir una estrella de color amarillo, te arrestaran, te condenaran a ir a un campo de trabajo nazi o algo peor. Deseaba hacer algo por él y se afanaba en pensar qué podía decir para convencerle de que se refugiara en la habitación libre que tenía en casa en vez de dormir entre los muertos de la antigüedad. Para empeorar las cosas, no tenía ni idea de cuándo volvería a verle, habida cuenta de que seguían esperando a que Londres les comunicara el siguiente lanzamiento de suministros de la RAF, cuyo comité de recepción estaría integrado por Lazare y otros miembros de la Resistencia. Además, Felix estaba planeando, en colaboración con Próspero y la red Galeno, una misión para destruir un puente de armadura ferroviario entre París y Arras. Suponiendo que Rose fuera elegida para participar en ellas, ambas operaciones le

darían la oportunidad de verle de nuevo. Pero ¿cuándo?

Estar sola exacerbaba su deseo de volver a encontrarse con él. La soledad del apartamento hacía que su mente vagara, que reviviera la historia de los padres de Lazare, así como el fallecimiento de su propia familia, víctimas todos ellos de la ira de Hitler. Y, mientras se obcecaba en su propia ansiedad, no olvidaba tampoco que Muriel, que se había trasladado a otro piso franco en el distrito tres, sin duda estaría afligida por haber abandonado a su hija para unirse al SOE. Así que, cuando Felix se pasó por el apartamento para informar de que se dirigía a ver a Muriel para que mandara un mensaje a Londres, ella insistió en acompañarle.

—Quiero ver a Muriel —anunció Rose—. Tengo que ir a Le Marais a entregar tu mensaje para Próspero, y está cerca del distrito tres.

—No es necesario que los tres estemos en el mismo lugar durante la transmisión —señaló Felix.

—Sé que intentas protegernos —contestó Rose, recordando la vez en que el SD estuvo a punto de rastrear la transmisión de Muriel hasta su apartamento—. Pero Muriel es nuestra amiga. Está sola, y se estará muriendo de preocupación por su hija.

—*Non* —dijo él.

—Estoy segura de que puedes imaginar el infierno que está viviendo —insistió Rose—. Tú mismo estás luchando por la libertad de Francia y para poder traerte a tu hijo Mathieu de vuelta a casa.

Felix se frotó la mandíbula.

—Muriel se unió al SOE para que Mabel tuviera la oportunidad de criarse en un mundo que no esté controlado por un dictador diabólico.

—Rose…

—Si estuvieras solo en un piso franco —dijo ella, interrumpiéndole—, te puedo asegurar que tanto Muriel como yo tomaríamos medidas extremas para ir a ver cómo estás.

Felix suspiró.

—De acuerdo, pero no quiero que esto se convierta en una rutina.

—Eso no sucederá —aseguró Rose, consciente de que con toda probabilidad no sería capaz de cumplir esa promesa.

Felix le proporcionó la dirección. Antes de que él pudiera cambiar de opinión, ella cogió la bicicleta y salieron juntos del

apartamento. Felix fue caminando, mientras que ella se adelantó con la bicicleta para entregar el mensaje codificado que llevaba escondido en un compartimento secreto del bolso en el buzón muerto de Próspero en Le Marais. Al llegar a la dirección de Muriel, se encontró a Felix con un cigarrillo en la mano cerca de la puerta. Le siguió al interior del edificio; bajaron por una escalera a oscuras y entraron en el apartamento del sótano.

—Me alegro muchísimo de verte —dijo Rose al saludar a Muriel.

—Te he echado de menos —contestó su amiga con una sonrisa que acentuó sus ojeras oscuras.

—¿Estás bien? —preguntó Rose.

—Sí —respondió Muriel.

El apartamento no tenía ninguna cama, solo un colchón con unas mantas tirado en una esquina. Había una mesa de madera con un taburete, una cocina de hierro fundido, y un lavamanos con manchas de óxido y un grifo corroído por el que goteaba el agua. Una alfombra ovalada, que parecía estar hecha con restos de sacos de arpillera, cubría parte del suelo de mampostería.

—Esperaba que Lazare te hubiera conseguido un sitio mejor —comentó Felix—. Este es casi tan malo como la casa campestre en la que estabas antes.

Rose recordó de repente el catre de Lazare en la catacumba y se sonrojó.

—Quizá esto sea lo mejor que él y la Resistencia han podido organizar. ¿Has tenido en cuenta la posibilidad de que ellos estén viviendo en condiciones mucho peores?

Felix enarcó las cejas.

—No pretendía denigrar sus esfuerzos por proporcionarnos pisos seguros. Es solo que quiero que Muriel disponga de un alojamiento adecuado, comparable al que tenemos nosotros.

Rose se cruzó de brazos.

—Yo también, pero...

—No pasa nada —repuso Muriel interponiéndose entre los dos—. Es un poco húmedo, pero está perfectamente bien. Además, me alegro de volver a estar en París, cerca de vosotros dos.

Rose, que prefería no tener que explicarle a Felix las circunstancias en las que había visto el alojamiento de Lazare, enterró sus emociones y dijo:

—Lo siento.

El hombre asintió y le echó un vistazo al reloj.

—Deberíamos contactar con el cuartel general.

Muriel cogió la maleta con el transmisor de radio y la puso sobre la mesa. Mientras lo conectaba, Felix sacó la antena por un ventanuco a pie de calle cubierto por una capa de suciedad. El callejón al que daba era apenas un sendero infestado de malas hierbas con una anchura de unos sesenta centímetros entre dos edificios de ladrillo.

—Espero que consigamos una señal —comentó Felix dirigiéndose hacia la mesa.

Muriel se puso los auriculares y encendió un interruptor en la radio. Los tubos del transistor comenzaron a emitir un zumbido.

Felix redactó un mensaje, en el que solicitaba al cuartel general que verificara la fecha del siguiente lanzamiento de suministros por parte de la RAF, y se lo pasó a Muriel.

Rose sintió una presión sobre los hombros al reparar en que aquel envío concreto iba a incluir algo más que armamento y explosivo plástico. Con suerte, la entrega contendría un tono singular de lápiz de labios, a juego con la barra en la que se encontraba su pastilla L.

Después de su encuentro con Zelie, que al parecer era la amante de Hans Josef Kieffer, el responsable de la *Sicherheitsdienst*, el grupo Hechicero había informado a Londres sin demora. Felix pensaba que les ordenaría a ellos, o quizá a Galeno, la red principal, que asesinaran a Kieffer. Pero Rose no se sorprendió cuando el cuartel general le pidió que siguiera llevándole productos cosméticos a Zelie, en un intento por ganarse su confianza, lo que quizá le permitiría obtener información sobre el SD. A fin de cuentas, disponer de información sobre la contrainteligencia nazi podía resultar mucho más beneficioso que eliminar a su líder. El enemigo se limitaría a reemplazar a Kieffer con alguien tan brutal como él, o quizá más asesino incluso, y el SOE perdería la oportunidad de prevenir los planes del SD.

Muriel encriptó el mensaje de Felix y procedió a realizar la transmisión, asegurándose de incluir sus dos comprobaciones de seguridad.

Unos instantes después, Muriel asintió con la cabeza para indicarles que Londres estaba contestando, y a continuación escribió el mensaje, que no tardó en descifrar.

No hay maquillaje para la fiesta.
Se pospone la recepción.

Rose tensó los músculos del cuello.

—Pregunta por cuánto tiempo —pidió Felix, sin tomarse el tiempo de escribir el mensaje.

Muriel encriptó la pregunta y la envió. Pasaron unos segundos, y luego escribió algo en un papel. Después de decodificar el mensaje, se lo pasó a Felix.

Dos semanas, suponiendo que se puedan entregar las invitaciones.

—Maldición —dijo Felix.

—No debería haber cometido el error de decirle a Zelie que mi proveedor no tardaría en suministrarme la barra de labios —lamentó Rose.

—Es tu carmín en concreto el que quiere —repuso Felix—. Quizá haya nuevos retrasos, así que será mejor que se lo demos.

—Pero está usado y contiene mi pastilla L —protestó Rose.

—Muéstramelo —pidió Felix extendiendo la mano.

Rose buscó en el bolso y le entregó el tubo de latón.

Él desenroscó la base para revelar la cámara secreta en la que se encontraba la pastilla de cianuro recubierta de goma.

—Yo preferiría que le echaras esto a Kieffer en el coñac. Pero, de momento, seguiremos las órdenes de Londres.

Rose tragó saliva con dificultad.

Felix volvió a enroscar la base y le quitó la tapa. Hizo girar la barra para que asomara el pintalabios.

—Queda mucho, y creo que podré hacer que parezca nuevo usando un poco de calor para derretir la punta.

Rose abrió el maletín de los cosméticos, que había llevado consigo como parte de su tapadera, y le dio a Felix un tubo de pintalabios nuevo, para que tuviera un modelo que imitar.

Durante los siguientes treinta minutos, Felix trabajó con precisión para pasar la barra de labios de Rose al otro tubo. Con un cuchillo al que había aplicado un mechero, moldeó la punta hasta que dio la impresión de que esta acababa de salir de fábrica. Pasó una llama por encima de la cera para suavizar sus bordes.

—Tiene buen aspecto —dijo Rose.

—*Merci* —respondió Felix—. Cuando era piloto de grandes

premios, a menudo tuve que hacer frente a reparaciones improvisadas. Aunque la cosmética se encuentre muy alejada de la mecánica, esto me ha recordado a la vez en que, en medio de una carrera en Mónaco, tuve que arreglar una pérdida en el circuito de combustible con cinta y goma de mascar.

—¿Funcionó? —preguntó Muriel.

Felix sonrió.

—Acabé la carrera y batí a todos los pilotos alemanes.

Rose cogió la barra y la metió en el maletín. Y se guardó su propia barra, la que contenía la pastilla venenosa y un tono nuevo de pintalabios, en el bolso.

—Supongo que debería ir a hacerle una visita a Zelie.

—Buena suerte —le deseó Felix, y se dirigió hacia la puerta—. Pásate luego para contarme cómo te ha ido.

Salió del apartamento y cerró la puerta tras de sí.

Rose se volvió hacia Muriel. Notó una punzada de culpa en el pecho.

—Lamento no haber podido venir a verte.

—No pasa nada —dijo Muriel—. Por favor, no te preocupes por mí. Me comprometí a ser radiotelegrafista y era plenamente consciente de lo que implicaba esta tarea. Podremos ponernos al día cuando ganemos esta guerra maldita. Te llevaré a Edimburgo para que conozcas a Mabel.

—Eso sería maravilloso —respondió Rose.

Muriel hizo una pausa, se pasó los dedos por el pelo.

—La echo de menos —dijo con un temblor en la voz.

—Estoy segura de que Mabel también te echa de menos. —Rose le apretó el hombro—. Cuando vuelvas a casa, lo entenderá.

—¿Lo crees de verdad?

Rose sonrió.

—Lo sé.

Muriel se secó las lágrimas de los ojos y acompañó a su amiga hasta la puerta.

—La próxima vez que nos veamos, no quiero enterarme de que has hecho alguna tontería, como prometerle tonos de maquillaje a la amante de algún miembro del SD.

Rose se rio entre dientes. Vaciló un instante, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Has visto a Lazare?

—Sí —contestó Muriel—. Cuando me dio la llave de esta habitación.

—¿Cómo está? —preguntó Rose.

Muriel sonrió.

—Él también me preguntó por ti.

Rose sintió mariposas en el estómago.

—Eres un correo —agregó Muriel—. Quizá deberías averiguarlo por tu cuenta.

Ella asintió con la cabeza. Estaba desesperada por confiarle a Muriel lo que sentía por Lazare. Y, aunque no creía que su amiga fuera a enojarse, tampoco quería correr el riesgo de violar alguna cuestión confidencial. «En otro momento.»

Le dio un abrazo y salió del piso franco. De camino al hotel Le Cygne, la felicidad que había sentido por ver a su amiga se fue desvaneciendo. Se preguntó si Zelie se encontraría en su suite y, en tal caso, si estaría acompañada por su amante. Un escalofrío le recorrió la espalda. Enterró aquellas ideas, intentando convencerse a sí misma de que iba a entregar el pintalabios y a marcharse. Pero en lo más profundo de su ser era consciente de que, si le daban la oportunidad, correría el riesgo de investigar el escritorio, que quizá contuviera los documentos de Kieffer.

Rose se sintió aliviada al ver que en el vestíbulo de Le Cygne no había oficiales alemanes. Haciendo acopio de confianza, se dirigió hacia el recepcionista.

—He venido a ver a Zelie —le hizo saber, lamentando no haber obtenido el apellido de la mujer.

—¿Su nombre? —preguntó el hombre de cabello canoso.

—Aline —contestó ella, y levantó el maletín de piel—. He venido a traerle sus productos cosméticos.

El recepcionista alzó el teléfono.

Pasaron algunos segundos. Rose sentía una presión en el pecho. «Quizá haya salido.»

—*Mademoiselle* —anunció el hombre—, una mujer llamada Aline ha venido a verla.

Rose apretó con fuerza el asa del maletín.

—*Oui, mademoiselle.* —El hombre devolvió el auricular a su sitio —. Puede subir. ¿Sabe el número de la habitación?

—*Oui* —respondió Rose volviéndose hacia el ascensor.

Zelie la recibió en la puerta de su suite del séptimo piso vestida con una bata de seda de color crema. Le dio una calada a la boquilla.

—Cariño —dijo exhalando el humo—, espero que me hayas traído el pintalabios.

—Sí —afirmó Rose luciendo una sonrisa falsa.

Al entrar en la habitación, el sonido del agua que corría al otro lado de la puerta cerrada del baño hizo que se le pusiera la piel de gallina. La cama deshecha, el remolino de sábanas, le provocaron visiones concupiscentes. Se le revolvió el estómago de asco.

—Puedo volver en otro momento —se ofreció.

—Josef se está duchando —respondió Zelie mientras se sentaba en el sofá. Al cruzar las piernas, dejó a la vista los muslos—. Dispongo de unos minutos.

Ella se sentó a su lado. Se colocó el maletín sobre el regazo, como para protegerse, lo abrió y le dio la barra de labios.

—¿Tienes un espejo? —le preguntó Zelie, y lo destapó.

Rose recolocó el maletín, que contaba con un espejito en la cara interna de la tapa.

Zelie se inclinó hacia él y la ligera abertura de la bata dejó entrever un pecho desnudo. Se pasó la barra por los labios.

Rose apartó la mirada. Sobre el escritorio había un maletín abierto y una gorra de oficial alemán encima de una pila de carpetas de papel manila. La curiosidad fue creciendo en su interior.

—¿Qué te parece? —le preguntó Zelie.

Rose miró sus labios fruncidos.

—Exquisito.

—Me lo quedo. —Sin hacer el menor esfuerzo por cubrir su cuerpo, la mujer se dirigió hacia el otro extremo de la habitación.

El sonido del agua que corría se detuvo. Los ganchos de la cortina de ducha arañaron la barra de metal. Rose se puso en pie, con el pulso acelerado.

—¿Dónde he metido yo mi bolso? —murmuró Zelie buscando al pie de un guardarropa.

Rose le dirigió una mirada al escritorio, que estaba a menos de dos metros de distancia.

—Quizá lo he dejado en el armario. —Zelie abrió la puerta del mueble y se puso en cuclillas, con lo que Rose y el escritorio quedaron fuera de su vista.

Rose se acercó en silencio a la mesa y puso una mano junto a los documentos.

Zelie seguía escarbando en el armario.

Cada fibra del cuerpo de Rose ansiaba salir huyendo de allí. Pero, llevada por su sentido del deber, se quedó donde estaba. Levantó la gorra y al hacerlo le llegó un aroma medicinal, a loción capilar. Reprimió el miedo y levantó con un dedo la tapa de la carpeta de papel manila, lo que reveló la portada de un informe escrito en alemán:

Gedeihen/Arzt

Levantó la página y vio una lista de nombres.

Se oyeron unos pasos en el baño.

Rose sintió una sacudida. Cerró la carpeta y la cubrió con la gorra.

—¡Lo encontré! —exclamó Zelie.

La puerta del baño se abrió.

Rose se volvió y cogió el maletín.

En el umbral, envuelto en vapor de agua, estaba Kieffer, que se ajustó el cinturón. Una mata de vello pectoral brotaba por el cuello de su camiseta interior, que parecía dos tallas demasiado pequeña para la anchura de su pecho.

—*Was machst du denn hier?* —gruñó.

Rose se quedó sin respiración.

—*Lippenstift* —explicó Zelie, que se acercó a Rose y le dio el dinero.

Kieffer miró a Rose con el ceño fruncido.

—*Verlassen uns.*

Zelie le pasó el brazo por el codo y la condujo hacia la puerta.

—En el futuro —le dijo en un susurro—, será mejor que vengas un poco más temprano. Josef siente mucho aprecio por las tardes que pasamos juntos.

Rose asintió con la cabeza, esperando que Zelie no pudiera oír el martilleo de su corazón.

—Vuelve dentro de unas semanas —añadió abriendo la puerta—.

O antes, si le echas mano a algo divino.

—*Oui* —dijo Rose.

Tomó el ascensor hasta el vestíbulo y recuperó la bicicleta. Las piernas comenzaron a temblarle cuando se alejaba y estuvo a punto de perder el equilibrio y estrellarse contra un poste de la luz. Se aferró al manillar para recomponerse. De camino hacia el apartamento, su cerebro se puso a trabajar para reconstruir el recuerdo fugaz que tenía del informe. «Ojalá supiera hablar alemán. Con unos segundos más, podría haber inspeccionado esos nombres y lo habría sabido con seguridad.» Mientras especulaba sobre lo que había visto, una sensación de temor se cernió sobre ella y la llevó a cambiar de dirección para dirigirse hacia el cementerio de Montparnasse.

Al llegar al buzón muerto de Lazare, le escribió un mensaje en un trozo de papel:

Tengo que verte.

Lo metió en la rendija oculta y se dirigió a toda velocidad hacia el apartamento, con la adrenalina disparada. Esperaba que Felix estuviera allí. Sobre todo, rezó por estar equivocada.

23

PARÍS, FRANCIA
22 DE JUNIO DE 1943

Sin aliento por haber cargado con la bicicleta por la escalera, Rose llamó a la puerta del apartamento de Felix. Tragó aire, intentando ralentizar su ritmo cardiaco. «Por favor, tienes que estar en casa...» Unos pasos se acercaron. La puerta se abrió y ella entró con rapidez.

—¿Qué sucede? —preguntó Felix frunciendo el ceño antes de apoyar la bicicleta de Rose contra la pared.

A ella le temblaban las manos.

—Temo que la red Galeno haya sido infiltrada.

—*Mon Dieu.* —Felix lanzó un grito ahogado—. ¿Cómo?

Rose le habló de la visita a Zelie, y del documento que había entrevisto.

—Era un informe y contenía una lista de gente.

—¿Cómo se titulaba?

—Estaba en alemán y constaba de dos palabras. Una comenzaba con «G» y la otra, con una «A».

Felix suspiró.

—¿Te has quedado con los nombres?

Rose negó con la cabeza.

—Era una lista larga y solo he tenido tiempo de echarle un vistazo. El primer nombre era Frank, o algo parecido.

Felix frunció el ceño.

—¿Y a partir de eso ya concluyes que se han infiltrado en la red?

Rose sintió que su confianza menguaba.

—Creo que los nombres no eran alemanes.

—El nombre de Frank podría ser alemán —aventuró él—. ¿Podría haber sido Friedrich o Franz?

—Es posible —contestó Rose.

—Pero no lo sabes con seguridad.

Ella negó con la cabeza; tenía el estómago como si se hubiera tragado una piedra.

Felix encendió un cigarrillo y le dio una calada.

—A ver —dijo soltando el humo—, si lo he entendido bien, tienes el pálpito de que el SD podría tener una lista de nombres no germanos, y a partir de ahí has deducido que la red de la Sección F ha quedado comprometida. Y la prueba que tienes para apoyar esa afirmación es que uno de esos nombres podría ser Frank, o algo parecido.

—Dicho así —observó Rose cruzándose de brazos—, parezco una imbécil.

—No —respondió Felix—. Simplemente no has tenido la oportunidad de inspeccionar los documentos a conciencia. El SOE debería habernos proporcionado una cámara en miniatura.

—No habría servido de nada —repuso Rose—. No había tiempo para sacar fotografías.

Felix suspiró.

—¿Qué quieres hacer?

—Haz que Muriel contacte con el cuartel general para asegurarnos de que todos los agentes de la Sección F están contabilizados —propuso Rose.

Felix vaciló, hizo rodar el cigarrillo entre los dedos.

—Necesitamos información exacta.

—No hay tiempo. Quizá no vuelva a tener la oportunidad de acceder a esos documentos. —Rose le miró—. Yo asumo la responsabilidad. Informa al cuartel general de que Libélula está preocupada por la seguridad de la red. ¿Qué hay que perder?

—Llevar a cabo una transmisión no pactada le dará al SD otra oportunidad de encontrar a Muriel.

Rose se llevó una mano al dolor que sentía en el vientre.

—No tenemos más opción que asegurarnos de que la red no corre peligro.

Felix apagó el cigarrillo en un cenicero.

—De acuerdo, pero iré yo solo a casa de Muriel.

—*Merci* —dijo ella.

—Mientras tanto —añadió Felix—, intenta recordar los nombres del documento de Kieffer.

Rose se dirigió a su apartamento. Se derrumbó en una silla y se

puso a pensar en lo que había visto y en lo que no. «Quizá los nervios me hayan hecho alucinar.» Incapaz de comer, se obligó a tomar una taza de agua caliente aderezada con un poco de cebada, que hizo poco o nada por mejorar su memoria. Se pasó tres horas escribiendo letras en una hoja de papel, intentando recrear aquellos nombres, pero no sirvió de nada. Pasado ese plazo, había sido incapaz de recuperar aquellas imágenes que, con toda probabilidad, iban a permanecer ocultas en la bóveda de su subconsciente, así como en el maletín de Kieffer. Abandonó el esfuerzo cuando Felix llegó al apartamento.

—El cuartel general no cree que las redes hayan sido infiltradas —expuso.

—Gracias a Dios. —Rose suspiró, con los músculos de los hombros en tensión.

—Descansa un poco —le sugirió el hombre—. Has tenido un día infernal.

Una inquietud se agitaba en su interior.

—¿Cómo sabe el cuartel general que es así?

Él la miró a los ojos.

—Últimamente han estado en contacto con cada una de las radiotelegrafistas de la Sección F. Todo el mundo está contabilizado.

—De acuerdo —convino Rose—. Te agradezco que hayas dado el paso de verificarlo con Londres.

Felix asintió con la cabeza y salió del apartamento.

Rose se preguntó si no estaría exagerando, o si de verdad habría motivos para la intranquilidad. Pensó en Muriel y en el hecho de que aquella transmisión inesperada hubiera puesto a su amiga, una vez más, en peligro de que la capturara la unidad de rastreo de transmisiones del SD. Se sentía fatal por Muriel y por el resto de las operadoras, que tenían que estar siempre en movimiento, como ñus nómadas. «Si hubieran capturado a una radiotelegrafista y la hubieran torturado para que les revelara las comprobaciones de seguridad, ¿podría el SD hacerse pasar por un agente británico?» Se estremeció y enterró aquellas ideas, negándose a imaginar que al SOE pudiera sucederle una vicisitud de ese tipo. Exhausta de cuerpo y mente, se fue a la habitación y se derrumbó sobre la cama.

Un golpe suave la despertó. Se incorporó en la cama con el pulso

acelerado y paseó la mirada por la habitación a oscuras. Un rayo de luna se colaba a través de un agujero en la cortina de apagón. Metió la mano bajo la almohada y cogió la pistola. La frialdad del acero despertó sus sentidos y salió en silencio al pasillo.

Tres golpecitos en la puerta. «Felix siempre llama una sola vez.» Se le erizó la piel y le quitó el seguro a la pistola. Puso el ojo en la mirilla y se esforzó por ver en el pasillo carente de iluminación.

—Soy Lazare —susurró una voz.

Rose exhaló y retiró el dedo del gatillo. Le dejó entrar y le echó el cerrojo a la puerta.

—Lamento que hayas tenido que venir tan tarde —dijo—. ¿Qué hora es?

—Medianoche —contestó él—. He venido nada más encontrar tu mensaje.

Los recuerdos de aquella tarde inundaron la cabeza de Rose. Le cogió la mano con fuerza, envolviendo la prótesis con los dedos, y le condujo hasta el sofá. Dejó la pistola sobre la mesa auxiliar, encendió una vela y ajustó la cortina de apagón, para asegurarse de que no hubiera aberturas por las que pudiera escapar la luz.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella se sentó a su lado, vio la luz de la vela reflejada en sus ojos. La ansiedad le inflamó el pecho. Le habían pedido que se mostrara cauta con todo lo que hiciera referencia a comunicarse con Lazare o con cualquier otro partisano. Él no pertenecía al SOE, y había un protocolo estricto para compartir información con la Resistencia, que a menudo debía divulgar el responsable de la red. «Pero ¿acaso informar a la Resistencia sobre asuntos trascendentes no implicaría a su vez proteger al SOE?» Además, no estaba del todo convencida de que Felix ni, de paso, el cuartel general británico fueran a darle más vueltas a su preocupación infundada sobre la posibilidad de que el SD se hubiera infiltrado en la red Galeno. En lo más hondo de su ser, sabía que podía confiar en Lazare, que lo estaba arriesgando todo para liberar a Francia. El joven le había hablado de sus padres y de su herencia judía, y le había mostrado el pasaje secreto a su catacumba. Rose pensaba que Lazare no se había guardado nada y, al abrirle su corazón, se había puesto en peligro. «¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?» Así que se lo contó todo: sus visitas a Zelie, su encuentro con Kieffer y sus sospechas —aunque descabelladas y sin ninguna prueba

específica que las corroborara— de que el SD podía haberse infiltrado en las redes de la Sección F.

Lazare se frotó las sienes, como intentando absorber todo lo que le había dicho Rose.

—¿Has informado a tus superiores?

—*Oui* —contestó ella—. Felix ha transmitido mi preocupación al cuartel general, pero creen que la red es segura. Todas las radiotelegrafistas están controladas.

—Y aun así sigues preocupada —observó Lazare—. ¿Por qué?

—Por intuición, la verdad —respondió Rose sintiéndose un poco irracional—. Me parece extraño que el jefe del SD lleve encima una lista de nombres ingleses.

—Pero no recuerdas ninguno de los nombres, salvo que uno de ellos podría ser el de alguien llamado Frank.

Rose bajó la cabeza y la apoyó en la mano.

—Debo de sonar ridícula.

—*Non* —repuso Lazare poniéndole una mano en el hombro—. Yo creo en ti.

Aliviada por su tacto, Rose le miró a los ojos.

Él le apretó el hombro con suavidad.

—Si tú estás preocupada, yo también.

—*Merci* —dijo ella.

Lazare dejó caer la mano hacia su propio regazo.

—Informaré a Claudius, pero de momento no les comentaré al resto de los partisanos la posibilidad de que haya una infiltración. Aunque tengo confianza absoluta en cada uno de los combatientes de la Resistencia, es factible que se pueda amenazar o sobornar a alguien para que colabore con el enemigo.

Rose asintió con la cabeza.

—De momento —añadió él—, suspende la entrega de mensajes a los buzones muertos.

—¿Cómo me pondré en contacto con la Resistencia o con Próspero?

—No lo harás, al menos durante unos días. Si se ha infiltrado en las redes, el SD no tardará en determinar dónde están los buzones muertos, así como los pisos francos.

«Muriel.» A Rose se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Cómo contactaré contigo?

—Ve a la tapa de alcantarilla que usamos para entrar en las catacumbas. Hay un huequecito en el que cabe la palanca. Mete una nota en él. Además de nosotros, nadie conoce esa entrada en particular.

—De acuerdo —contestó Rose.

—Me pondré a trabajar para establecer nuevos pisos francos —dijo Lazare—. Os trasladaré a Muriel, a Felix y a ti lo antes posible, pero quizá tarde unos días. Mientras tanto, mantente en movimiento todo lo que puedas. También preferiría que no fueras a visitar a Zelie. Es demasiado peligroso.

—No había planeado volver, al menos durante un par de semanas. Pero al final tendré que hacerlo. —Sintió que se le formaba un nudo premonitorio en lo más hondo del estómago—. Es mi deber.

Lazare suspiró y asintió con la cabeza, a regañadientes.

—¿Algo más? —preguntó Rose.

—*Oui* —respondió Lazare—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Sorprendida, ella enderezó la espalda.

—No lo recuerdo. Esta mañana..., ayer, creo.

Él se puso en pie y le ofreció la mano.

—Ven, voy a prepararte algo.

Rose vaciló, atenazada por una pequeña sensación de culpa, pese a que era consciente de lo irracional de no dedicar un rato a alimentarse.

—No hay nada que podamos hacer ya esta noche —dijo Lazare, como si comprendiera sus emociones—. Puedes retomar tu labor por la mañana, cuando se acabe el toque de queda. De momento, lo que te irá bien es comer y dormir.

Rose le dio la mano y sintió que él la levantaba con fuerza del sofá.

En la cocina, ella se sentó a la mesa mientras Lazare inspeccionaba los armaritos para reunir restos de comida: una zanahoria marchita, una cebolla y una lata de atún medio vacía. Salteó las verduras con el aceite del atún en una sartén de hierro fundido. Y tostó un chusco de *baguette* vieja después de rasparle unas manchas de moho de color verde.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Rose.

—*Non* —contestó Lazare, y puso la tostada en el plato—. ¿Tienes

algo de té?

—Me he quedado sin hojas, me temo. —Rose señaló algo—. Pero hay coñac de manzana debajo del fregadero.

—¿De las reservas de Felix?

—*Oui.* Después del día de hoy, me iría bien una copa. ¿Te tomas una conmigo?

Él asintió con la cabeza y sacó el coñac y dos vasos. Puso las verduras salteadas en un plato y dejó caer encima del pan los trocitos más tostados, que habían quedado pegados a la sartén.

—Huele de maravilla —dijo ella—. Al margen de mi padre, eres el primer hombre que me prepara la cena.

—Me cuesta creer eso —repuso Lazare—. Estoy seguro de que el novio que te está esperando en Inglaterra te ha preparado muchos platos.

Rose meneó los dedos de los pies dentro de los zapatos, intentando ahuyentar las mariposas que sentía en el estómago.

—No tengo novio.

Él sirvió el coñac y le pasó un vaso.

—Por el fin de la guerra.

—Con victoria de los Aliados —añadió Rose haciendo chocar los vasos.

Él sonrió y bebió un trago de coñac.

Rose tomó un sorbo de aquel alcohol parecido al whisky, pero que no sabía en absoluto a manzana. Le recordó a los vasos de whisky escocés que tomaba por las noches con el resto de los candidatos al SOE en Garramor House. Un ardor le bajó por la garganta y la hizo toser.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

—¿No vas a comer?

—Ya lo he hecho —contestó Lazare.

—Lo compartiremos —decidió Rose, dando unos golpecitos en la silla que tenía al lado—. Insisto.

Lazare se sentó.

Rose clavó el tenedor en un trozo de zanahoria y se lo llevó a la boca. Lo masticó, saboreando la dulzura de la cebolla caramelizada, y se lo tragó.

—Está delicioso. ¿Quién te enseñó a cocinar?, ¿alguna de tus

novias?

Lazare se rio entre dientes.

—Me enseñaron mis padres. Eran inmigrantes polacos enamorados de la cocina francesa. Pensaron que era importante que su hijo aprendiera a prepararse la comida.

Ella le dio un mordisco a la tostada, y los restos jugosos del fondo de la sartén hicieron que se le despertara el hambre. Le rugió el estómago.

—Perdón.

Lazare sonrió.

—Pruébalo.

—Cogeré un cubierto —declaró él.

—No hace falta. —Rose pinchó un trozo de zanahoria y se lo acercó a la boca mientras se le disparaba el corazón.

Lazare aceptó la comida, la masticó poco a poco y tragó.

—Está buena.

—En fin —dijo ella mientras sentía crecer la curiosidad en el pecho—, ¿nunca has tenido novia?

—Una vez salí con una mujer llamada Charlotte. Nos conocimos en la Universidad de París. —Lazare tomó un sorbo de coñac—. Pero la relación no duró demasiado.

—¿Por qué? —repuso Rose.

Él levantó la mano de la prótesis.

—No es que quedara muy impresionada cuando el ejército francés me rechazó.

—Pues cometió un error —dijo Rose, sintiendo una extraña mezcla de resentimiento y deuda hacia aquella mujer a la que no había conocido—. Estuvo bien que no funcionara.

Lazare asintió con la cabeza.

—¿Ha habido alguien especial en tu vida?

—He tenido algunas citas —respondió Rose—, pero nunca he conocido a nadie que me gustara.

—Lo harás —prometió Lazare.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó ella.

—Cualquier hombre que pueda estar contigo será afortunado —contestó él.

Rose se sonrojó.

—Después de la guerra tendrás un montón de pretendientes —

añadió—. Al final acabarás por encontrar a la persona adecuada.

«¿Y si ya lo he hecho? —Bebió un trago de coñac, intentando apaciguar sus pensamientos—. Lazare es compasivo, atractivo, honesto, gentil y altruista. Se ha comprometido a salvar su país y a su gente. Cuando estoy con él tengo la sensación de que puedo ser yo misma, y hace que albergue esperanzas de un mañana mejor.»

—Me temo que no he pensado demasiado en la vida después de la guerra.

—Debes de tener sueños —aventuró él acercando ligeramente la silla hacia ella—. ¿Cómo quieres que sea tu vida?

Rose pensó a toda velocidad mientras pasaba un dedo por el borde del vaso.

—Me encantaría llevar una vida como la de mis padres.

—Cuéntame más —le pidió Lazare.

—Se amaban como ninguna otra pareja que yo haya visto. Siempre estaban cogidos de la mano, abrazándose y riéndose. Fueron unos padres espléndidos que se esforzaron al máximo por dar a sus hijos una buena vida. —Una sonrisa sutil se abrió paso en la cara de Rose—. Mis compañeros de clase solían bromear diciendo que querrían haberlos tenido como padres, y ese comentario se volvió mucho más frecuente cuando Charlie, mi hermano, se inventó la historia de que teníamos carta blanca para comer todas las chucherías que quisiéramos en el Colmado Teasdale.

Lazare se rio.

—Me habría encantado conocerlos.

«Y a mí que los conocieras.» Le rozó la pierna con la rodilla y sintió un cosquilleo en la piel.

—Da la sensación de que Charlie y tú estabais muy unidos —comentó él.

—Éramos inseparables —aseguró Rose.

—Siempre quise tener hermanos. Mi madre tuvo un parto complicado. Después de mí ya no pudo quedarse embarazada.

—Lo siento.

—No hace falta que te sientas mal por mí —replicó Lazare haciendo girar el coñac—. Me malcriaron muchísimo.

—Lo dudo —replicó ella antes de beber un trago que hizo que una sensación de calor impregnara su estómago.

—¿Quieres tener hijos?

—*Oui* —contestó ella.

—¿Cuántos?

—Al menos dos —respondió Rose—. ¿Y tú?

—Quiero tener un montón.

Ella se rio entre dientes.

—¿Unos doce?

—No —dijo Lazare con una sonrisa—. Dos estaría bien.

Ella le miró, la luz de la vela resplandecía sobre su rostro.

—¿Tienes planeado hacerte periodista, como tu padre?

—Desde luego —aseguró él.

—¿En París?

Lazare asintió con la cabeza.

—A menos que mi corazón me conduzca a otro lugar.

—¿Como cuál?

Él tomó un sorbo de coñac.

—Siempre he deseado visitar algunas de las ciudades más influyentes del mundo. Nueva York, Toronto, Londres, Hong Kong, Bruselas, Melbourne.

Rose se pasó unos mechones de pelo por detrás de la oreja.

—Londres te encantaría.

—¿De verdad lo crees?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Lazare—. ¿Qué harás después de la guerra?

—No he pensado mucho en ello —contestó Rose—. Quizá vuelva a ser mecanógrafa en el edificio del Tesoro. —Hizo una pausa para pensar en Lucy y las demás mujeres del Despacho 60, y en lo mucho que sus caminos se habían distanciado. Esperaba que estuvieran a salvo, y volver a verlas algún día—. Pero no descarto crear mi vida en algún otro lugar. Ahora que mis padres y Charlie ya no están, no tengo una familia que me mantenga arraigada a Londres.

—¿Adónde irías? —inquirió él.

Ella le miró a los ojos.

—A un París liberado sería maravilloso.

Él le tocó el brazo con suavidad.

Ella sintió un hormigueo en la piel.

—Se te está enfriando la comida —advirtió él llevando la mano a la mesa.

A regañadientes, Rose acabó de cenar mientras la vela se convertía en un montón de cera. Lazare insistió en que disfrutara del coñac y lavó los platos.

—Me siento consentida —dijo ella.

—Bien —respondió él mientras secaba uno con un trapo.

Después de guardar los platos, se volvió hacia ella.

Rose dejó el vaso sobre la mesa y se puso en pie.

—Gracias por esta comida espléndida.

—De nada. —Él empujó la silla para que quedara pegada a la mesa—. Deberías descansar un poco.

—Quédate —propuso Rose con el pulso acelerado—. Ya has roto el toque de queda viniendo hasta aquí. No hace falta que te arriesgues a salir cuando tengo sitio.

Lazare hizo una pausa, dejó descansar la mano sobre el respaldo de la silla.

—Por favor. —Rose se le acercó—. Me sentiré mejor sabiendo que estás a salvo.

—De acuerdo —aceptó él.

Rose fue a coger la vela en el momento en que la llama minúscula parpadeaba y se extinguía. La habitación se sumió en la negrura.

—¿No tienes otra? —preguntó él.

—No hace falta. —Ella encontró su brazo y le guio hacia la habitación extra. Al dar con la puerta, bajó la mano y sus dedos se detuvieron un instante sobre la palma de Lazare—. Hay una manta sobre la cama —le dijo en un susurro.

—*Merci.* —Lazare le tocó la mano y sus dedos se entrelazaron.

Como por reflejo, Rose se inclinó hacia él y sintió que sus brazos le rodeaban la espalda. Se le aceleró la respiración. Levantó la vista al notar, en la oscuridad, la cercanía de sus labios.

Lazare la besó con dulzura. Sus labios resbalaron desde la boca semiabierta de Rose hasta su mejilla y se detuvieron sobre su cuello.

Rose sintió los latidos del corazón del joven contra el pecho.

—Quédate conmigo —murmuró.

Él le pasó una mano por el cabello.

—¿Estás segura?

—*Oui* —contestó mientras amoldaba el cuerpo al suyo.

Se deleitó en su beso, más profundo y prolongado. El abrazo se

deshizo y se dirigieron juntos hacia el dormitorio, donde se desnudaron el uno al otro, haciendo que los dedos se deslizaran para encontrar cada botón, cada hebilla, cada cremallera. Con delicadeza, Rose desabrochó las correas de la prótesis y el aparato de madera cayó al suelo. Le acarició la mano mutilada con los labios, y a continuación la llevó hacia su pecho.

—Nunca haría nada que pudiera herirte —declaró él con una voz que fue convirtiéndose en un susurro.

—Yo tampoco —resolló ella.

El corazón le palpitaba como un pajarillo que intentara escapar de su jaula.

Se metieron en la cama y se sumieron en un abrazo de manos y labios que se exploraban mutuamente. No había ninguna garantía de que fueran a disponer de un futuro juntos, pero lo que más deseaba ella era estar con él: en aquel lugar, en aquel momento. Mientras sus cuerpos se convertían en uno solo, el pulso de Rose se disparó y ella suspiró por que la noche no llegara nunca a su fin.

24

PARÍS, FRANCIA
23 DE JUNIO DE 1943

Lazare bajó con cuidado de la cama para no despertar a Rose y se puso los pantalones. El sol de primera hora de la mañana caía sobre una persiana y proyectaba un brillo mortecino en la habitación. Se abotonó la camisa e hizo una pausa, dejó que Rose atrajera su mirada. La gastada sábana de lino que cubría su cuerpo remarcaba la curvatura de su cadera. El vaivén de su pecho estaba sincronizado con la cadencia tranquila de su respiración. Por debajo de la sábana asomaba uno de sus pies. *«Tu es magnifique.»*

Rose se revolvió y abrió los ojos. Con cierta timidez, se cubrió la piel desnuda con la sábana.

—¿Adónde vas?

—A ver a Claudius —dijo Lazare avanzando hacia ella.

Rose estiró el brazo.

—Ojalá pudieras quedarte un poco más.

Él le apretó los dedos, luchando contra el deseo de volver a la cama.

—A mí también me gustaría.

—Podríamos desayunar —sugirió ella.

—No hay comida —repuso él.

—Precisamente —contestó Rose con una sonrisa.

Él la imitó, sintiendo que una calidez inundaba su cuerpo. La atrajo hacia sus brazos.

Ella se acurrucó contra él, que apoyó la mejilla en su cabello. Un aroma ligero y sutil a lilas le llenó la nariz y alumbró en su mente imágenes de la noche que habían pasado juntos.

—¿Cuándo volveré a verte? —le preguntó Rose con voz suave.

—Esta noche —contestó él, lamentando tener que irse.

—De acuerdo —dijo ella deslizando los dedos por su cuello.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron.

Lazare la atrajo hacia sí, sin aliento, y besó con dulzura sus labios. Sintió que ella le rodeaba los hombros con los brazos y le estrechaba con fuerza. El abrazo se deshizo y Rose se apartó.

Lo acompañó hasta la puerta envuelta en la sábana.

Lazare salió del apartamento con el pecho cargado de *saudade*. La profunda melancolía que le provocaba el anhelo de estar con Rose desgarraba su interior. Desde que había perdido a sus padres había sentido poco más que desesperación, pero Rose había despertado sus emociones. Ella le había demostrado afecto y comprensión y, sobre todo, le había dado esperanza. Pero ¿qué oportunidad tenían de disfrutar de un futuro juntos? Los nazis estaban convirtiendo Francia en un baluarte y, en caso de que los rumores de una invasión aliada fueran ciertos, esta se encontraba a meses, si no años, de distancia. Sus padres, que confiaban en que las fuerzas aliadas liberarían Francia algún día, habían decidido esperar a que la ocupación llegara a su fin, mientras que él había decidido combatir. A Lazare se le ocurrió que el amor que sentían el uno por el otro quizá podría haber contribuido a la decisión de no escapar de París. Igual que en el caso de sus padres, lo que él sentía por Rose podía complicar la situación. Aunque seguía decidido a sacrificarlo todo, incluyendo la vida, por liberar a Francia de la ocupación alemana, se dio cuenta de que podría llegar el momento en que cada uno de ellos se viera obligado a escoger entre el deber y el deseo. Rogó por que ese problema no se le presentara nunca.

Lazare localizó a Claudius en el sótano de un café de Montparnasse, que en ocasiones utilizaban como piso franco. Se alegró de encontrarle solo, limpiando una pistola con un trapo grasiento. Un hilo de humo se elevaba desde la colilla que hacía equilibrio sobre el borde de la mesa de madera de roble.

—Estaba a punto de convocarte —dijo Claudius dejando el arma, y le hizo un gesto para que se sentara.

Lazare hizo lo que le había indicado y se sentó en una pila de cajas de madera que habían contenido botellas de champán Épernay, a juzgar por la leyenda de tinta estampada en su superficie. El aire olía a humedad, a tabaco quemado y a desagüe. Un movimiento llamó su atención y se volvió para ver un ciempiés que se escabullía por el suelo de mampostería.

—Yo también tengo noticias para ti.

Claudius se quitó la boina y la dejó sobre la mesa.

—Tú primero.

Usando el nombre en clave de Rose, Lazare le habló del encuentro que ella había mantenido con Kieffer, su preocupación sobre la posibilidad de que las redes de la Sección F hubieran quedado comprometidas y la confianza del SOE en que todos sus agentes estaban contabilizados.

Claudius se frotó la calva.

—¿Libélula es la única que está preocupada?

Lazare asintió con la cabeza.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Claudius.

—No pasa un día en que deje de temer que el SD se infiltre en la Resistencia o en el SOE. El número de agentes y de partisanos ha crecido, con lo cual hay más posibilidades de que alguien, en caso de ser capturado, ponga en peligro la red. —Dejó la prótesis sobre la mesa y se ajustó la correa en el antebrazo—. La cuestión no es si el SD puede infiltrarse, sino cuándo lo hará.

—¿Confías en ella?

—*Oui* —contestó él.

Claudius le dio una calada al cigarrillo.

—¿Por qué ha acudido a ti?

—Porque confía en mí.

—Yo también confío en ti —dijo Claudius dejando caer la ceniza al suelo—. Libélula es un correo. Podría haberse puesto en contacto conmigo fácilmente.

Una sensación de desasosiego se extendió por su interior. Lazare se preguntó, aunque con brevedad, cuánto tardaría Claudius —un hombre que parecía saber todo lo que ocurría en París— en deducir que sentía algo por Rose.

—Porque trabajamos juntos en una misión de sabotaje —contestó, y se miró las cicatrices de la mano, resultado de los mordiscos del perro guardián. «Y me vendó las heridas y me trajo pastillas de sulfa.»

—*Oui.* —Satisfecho al parecer con la respuesta de Lazare, Claudius apagó la colilla contra la mesa y dejó una marca negra en la madera—. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Que suspendamos la comunicación a través de los buzones

muertos hasta tener la certeza de que el SD no tiene controladas sus localizaciones —respondió—. Además, tenemos que encontrar nuevos pisos francos para nosotros y para el SOE.

Claudius se puso a rascar el borde de la mesa con una uña que los cigarrillos habían teñido de marrón.

—Eso llevará tiempo. Y, si hay un infiltrado, ¿qué impediría al SD localizar los nuevos pisos francos?

—Nada, más allá de que será más difícil encontrarnos si nos mantenemos siempre en movimiento. Prefiero pecar de cauto.

—De acuerdo —aceptó Claudius—. Si me necesitas, ponte en contacto con Marcelline, mi hermana. ¿Recuerdas dónde estaba su apartamento?

Lazare asintió con la cabeza. Se le hizo un nudo en el estómago al rememorar su encuentro previo con Marcelline, la enfermera que había obtenido acceso al velódromo y que había sido una de las últimas personas en ver a sus padres antes de que se los llevaran —junto con miles de judíos franceses— en vagones de ganado.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo? —preguntó Claudius.

Lazare se apresuró a pensar diversas opciones. Al margen del agujero secreto en las catacumbas no se le ocurrió ningún otro método, al menos en ese momento, para que Claudius pudiera ponerse en contacto con él. «Le dije a Rose que ella era la única persona que conocía la entrada a mi catacumba.» Ignoró el temor y le habló a Claudius sobre la tapa de alcantarilla.

—Está cerca de la esquina de las calles Émile-Richard y Froidevaux. La encontrarás.

—Muy bien —convino el hombre.

—Me gustaría que esto quedara entre tú y yo —pidió Lazare.

Claudius le miró.

—De acuerdo.

—*Merci.* —Respiró hondo y exhaló, aliviado por contar con el apoyo de su mentor—. ¿Para qué querías verme?

—La red Galeno nos ha pedido que formemos un comité de recepción.

—¿Cuándo? —preguntó Lazare.

—Esta noche.

Lazare enderezó la espalda.

—¿Por qué nos lo han dicho con tan poca antelación?

Claudius se encogió de hombros.

—El SOE ha decidido traer a un nuevo agente en un Lysander de la RAF que aterrizará en un prado junto a nuestra granja de Ableiges. Será rápido y menos peligroso que rastrear a esos agentes que se tiran con paracaídas que flotan sobre los campos como molinillos de diente de león.

—¿A quién deberíamos asignar al comité?

—He pensado en que vayamos tú y yo —contestó Claudius—. Y nos llevaremos a otro partisano.

Lazare sintió que la ansiedad crecía en su vientre.

—Pensando en la continuidad de nuestro grupo de la Resistencia, sería inteligente que no participáramos juntos en ninguna misión.

Claudius se frotó la barba incipiente del mentón.

—Es solo una precaución —aclaró Lazare—. Yo dirigiré el comité de recepción de esta noche y tú puedes encargarte del siguiente.

—*Non* —dijo Claudius negando con la cabeza—. Aunque te haya transferido muchas de mis tareas, sigo siendo el líder de este grupo. Lo haré yo.

Una oleada de culpa recorrió a Lazare. No había sido su intención eludir la responsabilidad de participar en el comité de recepción. Claudius, un líder tozudo y decidido, rara vez cambiaba de idea a través del debate oral. Pero también sabía de qué manera seleccionaba aleatoriamente los pisos francos en los que dormía.

—Los dos somos bastante cabezotas —dijo Lazare sacando una moneda del bolsillo—. Solucionemos esto de otra forma.

Claudius le dirigió una mirada a la moneda.

—*Pile ou face?* —preguntó Lazare, con la moneda haciendo equilibrio sobre el pulgar de la mano buena.

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad? —preguntó Claudius.

—*Non* —respondió él.

—Muy bien —aceptó el hombre removiéndose en el asiento—. *Face.*

Al lanzar la moneda al aire, Lazare se dio cuenta de que el resultado no solo decidiría quién iba a dirigir el comité de recepción, sino que además le revelaría cuándo vería a Rose de nuevo. La moneda cayó sobre la mesa y se puso a girar, a punto de determinar su destino.

25

Ableiges, Francia
23 de junio de 1943

Por haber perdido a cara o cruz, Lazare llegó a la granja de Ableiges poco antes de la puesta de sol. Había dedicado todo el día a buscar a los hombres y al viaje para encargarse del comité de recepción. Había elegido a dos combatientes de la Resistencia: Ernest, un leñador robusto que era dueño del camión que iban a usar para introducir al agente del SOE en París, y Fermin, un hombre de cincuenta y tantos que había perdido a dos hijos durante la caída de Francia. Ernest y Fermin, que nunca habían rechazado una sola oportunidad para luchar por la libertad de Francia, habían aceptado ansiosos la invitación de Lazare.

Los tres se sentaron en el granero a esperar a que cayera la oscuridad. Anticipando la noche que iban a pasar sin dormir, Ernest y Fermin se pusieron a descansar sobre sendas pilas de paja. Pero Lazare fue incapaz de echar una siesta, y mucho menos de impedir que su mente siguiera repasando los sucesos de aquel día. Se sentía satisfecho por haber conseguido el apoyo de Claudius para que la Resistencia se tomara en serio la preocupación de Rose por una posible infiltración y, mientras él trabajaba para trasladar a otro agente británico hasta París, Claudius estaría estableciendo nuevos pisos francos y buzones muertos. Pero, a causa de la exigencia de llegar a Ableiges antes del toque de queda impuesto por los alemanes, Lazare no había podido informar a Rose de su ausencia aquella noche. «Ojalá hubiera tenido tiempo de decirle que me iba», pensó mientras miraba el techo de vigas de madera.

Dedicó las horas siguientes a revivir una y otra vez en su mente el rato que había pasado con ella. Nunca había conocido a nadie como Rose. «Es hermosa, valiente y bondadosa.» Por primera vez desde que había perdido a sus padres, su corazón se sentía capaz de dar y recibir

afecto. Imaginó —aunque con cautela, teniendo en cuenta el número de bajas que se daban entre los agentes del SOE y los combatientes de la Resistencia— lo que sería llevar una vida con ella. Despertar cada mañana en los brazos del otro... Estaba más decidido que nunca a luchar por la libertad de Francia, no solo por su gente y su país, sino también para que Rose y él pudieran disponer de la oportunidad de compartir un futuro juntos. A medida que el crepúsculo daba paso a la oscuridad, se fue poniendo cada vez más ansioso, deseoso de completar la misión y regresar a París, donde se disculparía ante Rose por haber roto la promesa de ir a verla.

A la una de la mañana, Lazare despertó a sus camaradas y los tres se dirigieron hacia un bosque que bordeaba un campo sin cultivar. En el pasado, en aquel terreno había crecido el trigo, pero estaba descuidado y lleno de ortigas y correhuelas. Un coro de grillos, cigarras y saltamontes elevaba sus chirridos hacia el aire. Pese a la temperatura cálida, Lazare llevaba puesta la chaqueta para esconder en ella una linterna y la pistola. Había mucha humedad, pero el cielo estaba casi completamente despejado, salpicado de estrellas y con una luna creciente, y no ofrecía ninguna señal de inclemencias que pudieran retrasar u obligar a cancelar la llegada del Lysander de la RAF.

Menos de una hora más tarde, un zumbido lejano hizo que a Lazare se le disparara la adrenalina. Entró corriendo con Ernest y Fermin en el campo y examinó el cielo. El ruido del monoplano de un solo motor siguió ganando intensidad. Lazare se sacó la linterna del bolsillo, la encendió e hizo destellar su haz de luz. Unos segundos después, el Lysander apareció a la vista. Ernest y Fermin le hicieron gestos con los brazos, aunque Lazare tenía claro que el piloto ya había visto su señal, a juzgar por la forma en que el avión estaba descendiendo. Se guardó la linterna en el bolsillo mientras el Lysander pasaba a no más de tres metros por encima de su cabeza. Dio la sensación de que tuviera la capacidad de planear y aterrizó como una oca que se deslizara por el campo hasta detenerse.

Con el pulso palpitándole en los oídos, Lazare corrió hacia el Lysander. La ventada procedente de la hélice le golpeó la cara y le llenó los orificios nasales con el aroma acre del combustible del avión. El hombre que estaba sentado en la cabina posterior, detrás del piloto, levantó la mano para saludarle, se bajó de un salto y soltó el

contenedor de aluminio que había llegado amarrado al vientre del Lysander. Lazare y sus hombres ayudaron al agente del SOE a arrastrar el contenedor lejos de la aeronave. Cuando alcanzaron el bosque, el Lysander ya había despegado y desaparecido en la noche.

—Soy Gaitero —dijo el agente, usando al parecer su nombre en clave.

—Lazare. —Le estrechó la mano—. Bienvenido a Francia.

El hombre hizo una pausa, sorprendido al parecer por el tacto de la prótesis de madera.

—*Merci.*

Lazare señaló a Ernest y a Fermin, que levantaron el contenedor y se lo pusieron sobre los hombros como si se tratara de una alfombra.

—La Resistencia.

Gaitero asintió con la cabeza.

—Sígame —pidió Lazare.

Regresaron a la granja bajo la protección del bosque. Cerca del granero, abandonaron el dosel de pinos y salieron al patio. Un clic metálico atravesó el canto de los insectos. Lazare se quedó paralizado.

—*Halt!* —gritó una voz.

Se le disparó el corazón. Intentó sacar la pistola, pero se le enredó en el forro de la chaqueta, que estaba desgarrado.

Ernest y Fermin dejaron caer el contenedor.

Gaitero trató de sacar la pistola de la cartuchera que llevaba sujeta al traje de vuelo, pero un soldado apareció a la carrera y le rompió la nariz estrellándole la culata del rifle contra la cara. La cabeza de Gaitero salió disparada hacia atrás y el agente se desplomó.

Fermin intentó huir, pero una bala le perforó la espalda e hizo que se tambaleara y acabara cayendo al suelo.

«Non!» Lazare liberó la pistola. Al levantarla, un dolor le atravesó el cráneo. Se desmoronó y todo se volvió negro.

Aturdido, intentó levantar la cabeza. Unas voces guturales penetraron en sus oídos. Sintió que unas manos rebuscaban en sus bolsillos. Recuperando poco a poco las fuerzas, entreabrió los ojos. En el claro había más de una docena de soldados de la Wehrmacht, con la luz de la luna reflejándose en sus cascos. «Ha sido una trampa.»

Unos gemidos le llevaron a volver la mirada hacia Fermin, que se arrastraba débilmente. Lazare intentó ponerse en pie, pero notaba el cuerpo quebrado. La sangre que goteaba del tajo en la cabeza le

humedecía la cara. Impotente, vio a un soldado acercarse a Fermin, sacar la pistola y descargarle un balazo en la espalda.

—Cabrón —dijo entre dientes.

La rabia le llevó a ponerse a cuatro patas, solo para que otro soldado le pegara una patada en las costillas con sus botas militares. Un dolor agudo le atravesó el pecho. Mientras jadeaba en busca de aire, se quedó esperando a oír más disparos, a que los soldados los ejecutaran uno tras otro. «Se acabó.» En su lugar, oyó el chasquido de las esposas que les pusieron a Ernest y a Gaitero. Instantes después, sintió que una rodilla se clavaba en su columna y que tiraban de sus manos para que las pusiera a la espalda. Sintió un latigazo de dolor en los brazos cuando las esposas se cerraron con fuerza sobre sus muñecas.

—*Amputierte* —dijo un soldado riéndose mientras les señalaba la prótesis a sus compañeros.

La indignación inflamó sus venas. Intentó revolverse para escapar al control del alemán y recibió un puñetazo en los riñones. Una quemazón asoló sus entrañas. Se ovilló, aturdido.

Poco después llegó un camión de la Wehrmacht. Los soldados condujeron a la fuerza a Lazare, Ernest y Gaitero hacia la parte de atrás, que estaba cubierta por una lona. Mientras recuperaba poco a poco la capacidad de pensar, que la contusión derivada del golpe en la cabeza había embotado, Lazare se dio cuenta de que los alemanes no tenían intención de matarlos, al menos por el momento. Los habían estado esperando para sorprenderlos y, a ser posible, capturarlos con vida. «Nos torturarán para obtener información y a continuación nos matarán.» Y fue consciente de que quizá les esperara un destino mucho peor que la rápida ejecución de Fermin.

El motor del vehículo rugió y un escalofrío recorrió su cuerpo. Mientras comenzaban a alejarse de la granja, Lazare solo podía pensar en Rose. «Por favor, Dios, que esté a salvo.» Tenía la certeza de que aquel encuentro con una patrulla de la Wehrmacht no había sido ninguna coincidencia. El número de soldados era demasiado grande, y estos habían sabido precisamente dónde esconderse. «Tenías razón, Rose. Se han infiltrado en la red.» Le dolían la mente y el corazón por aquel futuro que nunca llegaría a realizarse. Rezó por que de algún modo la alertaran de lo que había sucedido y encontrara la forma de evitar que la capturaran.

26

PARÍS, FRANCIA
24 DE JUNIO DE 1943

Rose estaba sentada en la cocina, con la mirada puesta en una taza de té de cebada. Esta le devolvía el reflejo de una mujer agotada, que se había pasado la mayor parte de la noche despierta. Con el final del toque de queda, los residentes del edificio habían iniciado sus rutinas matutinas, y el crujido de puertas y suelos de madera había ido ganando intensidad. Rose había dormido en el sofá, ansiosa por asegurarse de oír los golpes de Lazare a la puerta. Pero estos no llegaron nunca y, con el paso de las horas, su inquietud había ido en aumento. «Debe de haberle surgido algo.»

En su interior se agitaba una mezcla de decepción y preocupación. Pese al dolor sordo que notaba en el vientre, se obligó a beber el té y se dirigió al baño, donde se aseó y aireó la ropa, que se había arrugado después de pasar la noche en el sofá.

—Tengo trabajo que hacer —murmuró para sí.

Pero la decisión de centrarse en las tareas del SOE no hizo más que exacerbar la ansiedad que sentía por determinar el motivo por el que Lazare no había acudido a la cita.

Se aprestaba a salir del apartamento cuando encontró la nota que le habían pasado por debajo de la puerta. Se le hizo un nudo en la garganta. Recogió el papelito y reconoció la letra de Felix, lo que alimentó su disgusto.

Ven a verme a las dos de la tarde.

«Debe de haber salido mientras me vestía.» Felix pasaba las mañanas en el garaje y las tardes en el apartamento, por lo que supuso que se encontrarían allí. No era extraño que Felix, que confiaba en Muriel para que encriptara y descifrara sus comunicaciones, dejara de

hacer el esfuerzo de codificar un mensaje impreciso. Sin embargo, Rose pensó que había sido una delicadeza por su parte que le pasara el mensaje por debajo de la puerta, en vez de acceder al apartamento con la llave de repuesto.

Consideró la posibilidad de quedarse descansando para tener la mente alerta de cara a su encuentro con Felix, pero necesitaba comida con desesperación. Un recuerdo fugaz de la cena que Lazare había preparado con sobras cruzó por su mente. «¿Dónde estás?» Enterró aquellas ideas y cargó con la bicicleta escaleras abajo, lo que le provocó una punzada de dolor en los músculos de los hombros. Metió el maletín de los productos cosméticos en la cesta y se dirigió pedaleando hacia la cola de racionamiento.

Cuando llegó a la Pâtisserie Boulay, la cola del pan salía del local, bajaba por la calle y daba la vuelta a la esquina. Comprobó el bolso para asegurarse de llevar la cartilla de racionamiento y se puso a la cola, con la bicicleta al lado. Al cabo de una hora, apenas había avanzado. Entre quienes esperaban comenzó a circular el rumor de que la panadería se estaba quedando sin pan. La gente pasó a ponerse nerviosa. Por delante de Rose, dos mujeres iniciaron una discusión por el lugar que ocupaban en la acera. Al cabo de pocos segundos, la disputa se volvió físico.

Una de las mujeres chilló cuando la sacaron de la cola con un empujón y contraatacó clavándole las uñas en la cara a su rival y arrancándole la piel.

Incapaz de quedarse mirando sin hacer nada, junto con un anciano no mucho más alto que ella, Rose intentó separar a las dos mujeres. Pero estas se defendieron, chillando y golpeándole los brazos. Otras personas se sumaron para contenerlas.

—¡Me ha robado el sitio! —gimió una de ellas.

Preocupada por la posibilidad de que llegara la policía y la interrogara, Rose decidió prescindir de su ración de pan y se alejó subida a la bicicleta, desanimada, pero no sorprendida, ante el hecho de que la ocupación alemana estuviera conduciendo a los ciudadanos de París a actos de supervivencia tan hostiles. «Esto cada vez va a peor. ¿Cuánto tiempo podrá seguir así?»

Fue hasta el hotel Le Cygne, pero no entró. En su lugar levantó la mirada hacia una ventana del séptimo piso que tenía las cortinas echadas. Al ser por la mañana, Zelie, una mujer noctámbula que

actuaba como bailarina de cabaret, seguramente estaría dormida. Rose se estremeció, preguntándose si Kieffer estaría con ella o en el cuartel general del SD. No tenía ninguna intención de hacerle una visita a Zelie, que estaba bien abastecida de maquillaje, por lo menos hasta la semana siguiente. Pero había sentido la necesidad de volver al hotel. De otro modo, temía que, cuando llegara el momento de cumplir con su trabajo, podría perder el valor. «Volveré mañana y al día siguiente... o hasta que deje de tener miedo.» Se subió a la bicicleta, rodeó el hotel para desafiar la consternación y a continuación se dirigió hacia Le Marais.

Aparcó la bicicleta delante del callejón en el que se encontraba el buzón muerto de Próspero. No pensaba dejar ningún mensaje, ni inspeccionar la cavidad oculta detrás del ladrillo suelto. Tan solo había ido hasta allí para explorar la zona y asegurarse de que el buzón muerto de Próspero siguiera siendo seguro. Se puso en cuclillas junto a la fachada de piedra de un café cerrado e hizo como que revisaba el maletín de productos cosméticos. Examinó el lugar. En el callejón no había nada más que una botella de vino rota. Una mujer con mechones de pelo canoso que sobresalían de su pañuelo avanzaba por la acera. No había patrullas de la Wehrmacht ni controles policiales.

Cuando se disponía a marcharse, un movimiento en una ventana del segundo piso la llevó a detenerse. Un hombre con un sombrero fedora miró hacia el callejón. La respiración de Rose se volvió superficial. A una calle de distancia había un sedán negro aparcado. Se subió a la bicicleta, se arañó el tobillo con uno de los pedales y se alejó en el sentido opuesto. Giró hacia la izquierda en la calle siguiente para poder ver el otro extremo del callejón. Al doblar la esquina, la visión de otro sedán negro aparcado le provocó un escalofrío. En los asientos delanteros había dos hombres, uno que leía el periódico y otro que controlaba el callejón. «Ay, Dios.» El corazón le dio un vuelco. Se alejó pedaleando con la esperanza de que aquellos hombres, que a su juicio debían de ser agentes del SD, no se dieran cuenta de que abandonaba la zona. Estaba desesperada por informar a Felix, pero también tenía que advertir a Muriel. Una decisión se agitaba en su interior. Antes de poder cambiar de idea, aceleró en dirección al distrito tres.

Delante del apartamento de su amiga todo parecía ser normal. No había coches. No había nadie asomándose por detrás de las cortinas.

Pero, al bajar la escalera hacia el apartamento del sótano, la visión de la puerta abierta, con el marco roto, hizo que una oleada de temor recorriera su cuerpo. «¡No!» Entró poco a poco. La ropa de Muriel estaba tirada por el suelo. Habían destrozado el lugar, el colchón estaba hecho trizas, y el armario, volcado contra la pared como una ficha de dominó. La maleta que contenía el radiotransmisor había desaparecido. Se esforzó por respirar mientras rezaba por que su amiga hubiera logrado escapar de algún modo. Al volverse, se quedó paralizada.

Un hombre armado con un rodillo de amasar bloqueaba la puerta del apartamento.

—¿Quién eres?

El corazón de Rose martilleaba contra sus costillas.

—¿Dónde está?

—Se la han llevado —contestó él.

Se le cayó el alma a los pies.

Una sirena sonó en la calle. El hombre esgrimió el rodillo, como si fuera una porra.

«¡Ha llamado a la policía!» Se le disparó la adrenalina. Volcó una mesita de lado para crear una barrera entre ambos. Cogió un taburete y corrió hacia la única ventana que había en aquel apartamento subterráneo. Al subirse a él se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Hizo girar el cerrojo y abrió la ventana. Mientras se encaramaba a ella sintió que el hombre la sujetaba por el tobillo. Con el pulso por las nubes, se puso a patalear y logró liberarse. En el momento en que pasaba la pierna por la abertura, el hombre intentó golpearla con el rodillo, pero falló y rompió la ventana en pedazos. Gateó por el suelo, arañándose los brazos y las rodillas, y corrió hacia la bicicleta.

Usando calles laterales y callejones, se dirigió a toda velocidad hacia el apartamento, donde Felix la estaría esperando. Con las manos apretando el manillar, rezó para llegar a tiempo. Se detuvo cerca de su calle. Con los pulmones que se le salían del cuerpo, tragó aire a bocanadas para recuperar el aliento. Asomó la cabeza por la esquina de un edificio. Delante de ella, tres coches bloqueaban la calle. Una oleada de náuseas inundó su estómago. Unos instantes más tarde, dos soldados alemanes arrastraron a Felix —esposado, con manchas de sangre en la nariz y la boca— por la escalera del edificio para meterlo

en el asiento trasero de un automóvil negro sin identificación.

Se puso fuera de la vista, con la sensación de que sus piernas eran dos ramitas a punto de quebrarse. Temblando, se subió a la bicicleta y se alejó. Pero ¿dónde iba a esconderse? No era solo que el SD se hubiera infiltrado en la red, sino que además habían descubierto la localización de los apartamentos del SOE, de los pisos francos y de los buzones muertos. Se esforzó por aceptar el hecho de que habían capturado a Muriel y a Felix, y se negó a creer que Lazare hubiera corrido la misma suerte pese a la probabilidad de que la Resistencia francesa también se hubiera visto comprometida. Deseó estar equivocada con cada gramo de su ser. Pero, en lo más hondo, era consciente de que había sucedido algo catastrófico.

Encontró un parque desierto, donde pudo dejar la bicicleta y esconderse tras una densa barrera de metro sesenta de alto formada por arbustos de tejo. Escondió la cabeza entre las manos y se echó a llorar. Mientras se secaba las lágrimas, se prometió que encontraría la forma de rescatar a sus amigos. Pero antes tenía que salvarse a sí misma. Se quedó al resguardo de los arbustos y esperó a que cayera la noche, decidida a ir en busca del que, a su juicio, era el único lugar seguro que quedaba en París. Rezó por que se produjera un milagro... y, de algún modo, se encontrara allí con Lazare.

27

LAS CATACUMBAS
24 DE JUNIO DE 1943

Mucho después de la puesta de sol, Rose salió arrastrándose de su escondite entre los densos arbustos de tejo. El ruido de los vehículos había desaparecido y solo se oían de vez en cuando los Kübelwagen con los que la Wehrmacht patrullaba las calles. Dejó la bicicleta abandonada pero cogió el bolso y el maletín de productos cosméticos, con la esperanza de que sus documentos y tapadera la ayudarían a sobrevivir el tiempo suficiente como para contactar con el cuartel general del SOE. «Y, de algún modo, encontrar a Lazare.»

Las calles de París eran un laberinto de sombras brumosas a raíz del apagón y el toque de queda que habían impuesto los alemanes. Se dirigió hacia el cementerio de Montparnasse escondiéndose de vez en cuando en portales y callejones. Evitó el buzón muerto de Lazare, no fuera a ser que el SD lo tuviera controlado, y se dirigió a la carrera hacia el extremo más alejado del lugar, cerca de la esquina de las calles Émile-Richard y Froidevaux. Pegó la espalda a una pared en su intento por recuperar el aliento y acto seguido se puso en cuclillas junto a un arbusto, con la esperanza de que la palanca que Lazare había escondido siguiera allí. Hundió las manos en el sistema de raíces y sus dedos se toparon con un trozo de metal, lo que le provocó una punzada de dolor que ascendió hasta sus nudillos.

Cogió la palanca y sus pertenencias y se dirigió a toda velocidad hacia la calle. Localizó la tapa de alcantarilla e introdujo la palanca en un punto del borde. Hizo fuerza, pero la tapa no se desplazó. Usando todo el cuerpo como contrapeso, se aplicó para levantar el círculo de hierro forjado —los músculos de la espalda y de los hombros comenzaron a arderle—, pero la barra se le resbaló de las manos. Rose cayó al suelo y se arañó las palmas. La palanca golpeó el pavimento con un sonido metálico que resonó como un diapasón. La joven se

estremeció. «Debe de pesar como cincuenta kilos, ¿en qué estaba pensando?»

Se disponía a huir hacia el cementerio cuando unos pasos que se acercaban hicieron que se le disparara la adrenalina. Se volvió, dispuesta a golpear con la palanca.

—Soy Claudius —dijo la figura entre dientes.

Ella se quedó paralizada al reconocer al hombre que escondía su calva bajo una boina.

Él estiró el brazo.

—Dámela.

Rose le entregó la palanca.

Claudius levantó la tapa de alcantarilla y la hizo deslizarse por la acera.

—Adelante.

Ella se colgó el bolso del hombro, cogió el maletín y bajó agarrándose de los peldaños con una mano. Claudius la siguió y gruñó por el esfuerzo de devolver la tapa de alcantarilla a su sitio.

Al llegar abajo, Rose buscó a ciegas en la zona donde Lazare guardaba la linterna. Antes de que pudiera encontrarla, un destello iluminó el túnel.

—¿Adónde vamos? —Una llamita parpadeaba en un encendedor de metal.

Rose cogió la palanca de las manos de Claudius y la dejó en la hendidura, donde encontró la linterna con las pilas gastadas. Señaló en una dirección.

—Por aquí —indicó con la esperanza de recordar el camino.

Unos minutos más tarde se arrastraron a través del agujero en la pared que conducía a la estancia de Lazare. Pese a saber que la encontraría vacía, Rose había rezado por que el joven estuviera allí. El dolor de la pena se removía en sus entrañas.

Claudius encendió el farol, que proyectó un brillo ambarino sobre la cámara de piedra caliza. El lugar estaba vacío salvo por un catre, unos libros, unas raciones de comida de la RAF, una cantimplora de agua y el cuadro del Arco del Triunfo.

Rose se quedó mirando la pintura con el pecho encogido.

—¿Dónde está Lazare?

—No volvió de Ableiges, junto con otros dos de los nuestros —contestó Claudius avanzando hacia ella—. Imagino que los han

capturado.

—*Non* —gimió ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tendría que haberme pasado a mí —explicó Claudius en un tono cargado de arrepentimiento—. Lazare insistió en ser el líder del comité de recepción del agente del SOE que debía llegar a bordo de un Lysander. —Miró a la joven—. Yo tendría que haber ido en su lugar.

Rose hizo frente a la pena y le explicó que Felix y Muriel habían sido capturados, y que el SD estaba vigilando los buzones muertos.

—*Mon Dieu* —murmuró Claudius, y se frotó los ojos con la base de las palmas—. Algunos de mis hombres han desaparecido, y los muy cabrones han arrestado a mi hermana. La van a torturar para llegar hasta mí.

—Lo siento mucho —dijo ella.

Él se quitó la boina y la usó para secarse los ojos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Rose.

—Creo que el SD se ha introducido en la red Galeno y sus circuitos secundarios, así como en mi grupo de la Resistencia.

Una oleada de desesperación atravesó su cuerpo.

—¿Cómo?

—Lazare me habló de tu preocupación por la seguridad, así que me puse en contacto con un amigo que organiza una red de la Resistencia en Tours para saber si había reparado en algo fuera de lo habitual. —Se pasó una mano por la calva y la miró—. Dos agentes canadienses del SOE se lanzaron hace poco sobre el valle del Loira para establecer una nueva red llamada Arcediano. Su grupo de la Resistencia ha sido incapaz de establecer contacto con ninguno de esos agentes.

—Tours está bastante alejado de París. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Al llegar a Francia, Arcediano fue recibido por dos agentes relacionados con la red Galeno. Según uno de mis hombres, esos agentes también han desaparecido.

—Pero si nos pusimos en contacto con el cuartel general de Londres... —repuso Rose—. Nos informaron de que todos los agentes del SOE estaban contabilizados.

—A diferencia del SOE, buena parte de la Resistencia francesa no tiene comunicación directa con los británicos.

La cabeza de Rose volaba.

—Si capturaron a los agentes de Arcediano a su llegada, eso implicaría que llevaban consigo su radiotransmisor y sus códigos, con lo que habría sido posible que el SD se hiciera pasar por Arcediano y transmitiera mensajes falsos a Londres para hacer creer al SOE que todo el mundo estaba contabilizado. —Pensar que la lista de Kieffer podría haber tenido algo que ver con todo aquello hizo que las náuseas bulleran en su vientre.

Claudius bajó la vista.

—Eso también querría decir que el SD ha sido capaz de organizar la llegada de nuevos agentes y suministros, de modo que estos fueran cayendo directamente en manos alemanas.

Rose se estremeció. Se imaginó durante un instante el momento en que habían capturado a Lazare. Negándose a creer que todo estuviera perdido, decidió enterrar sus dudas.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó el hombre.

—Tengo que hacerme con un radiotransmisor e informar a Londres.

—Imposible —dijo Claudius—. La red Galeno se está viniendo abajo.

—Entonces me pondré en contacto con otra red —repuso ella.

—¿Cómo?

—No lo sé —contestó Rose—, pero tengo que dar con la manera de hacerlo.

Claudius se sentó en el catre y exhaló. Miró el cuadro mientras se frotaba las rodillas.

—No sabía que Lazare fuera artista.

—Lo hizo su madre —replicó Rose.

Claudius dio unos golpecitos sobre el catre.

—¿Cómo supiste de la existencia de este lugar? —preguntó ella a la vez que se sentaba.

—Lazare me dijo dónde estaba justo antes de irse a Ableiges.

—A mí también —señaló Rose.

Claudius cogió la cantimplora y se la dio.

Deshidratada, ella bebió un buen trago de agua.

—*Merci* —dijo, y se la devolvió.

—Te has hecho muy amiga de Lazare —comentó él.

A ella le dolía el pecho.

—*Oui.*

Claudius le puso el tapón a la cantimplora sin llegar a beber de ella.

—Te quiere como a un tío —afirmó Rose.

Él bajó la vista.

—Yo le quiero como a un hijo.

Rose le miró y se dio cuenta de que Lazare les había hablado de su catacumba secreta en un intento por proteger a la gente que le importaba. Se secó las lágrimas de los ojos.

—Ten fe —la alentó Claudius mirándola—. Si hay alguien que puede escapar del SD, ese es nuestro Lazare. —Se puso en pie y le dio una manta—. Descansa un poco.

Rose se ovilló en el catre.

Él se tumbó en el suelo y apagó el farol con un soplido.

La negrura estigia de la catacumba fue una sacudida para los nervios de Rose. Se le aceleró la respiración y tragó aquel aire estancado. Se preguntó cuánto tiempo iban a tener que permanecer bajo tierra. ¿Un día? ¿Una semana? La horrible visión de Muriel y Felix sometidos a tortura llenó su mente. Se subió la manta hasta la barbilla, intentando combatir aquellas imágenes. Se negaba a creer que Lazare hubiera sido capturado. «Haré todo lo posible para encontrarte.» Se quedó despierta, preguntándose cómo podría conseguir un radiotransmisor, avisar a Londres y, por encima de todo, salvar a sus amigos y al hombre que le había robado el corazón.

28

AVENUE FOCH, 84, PARÍS
25 DE JUNIO DE 1943

Con la cabeza palpitándole, Lazare tiró de las ataduras pero fue incapaz de liberar su cuerpo, que permanecía atado con cuerdas a una silla. Se esforzó por respirar, ya que la soga le constreñía el diafragma. Tenía las manos a la espalda y los tobillos, atados a las patas de la silla con gruesas correas de piel. Su celda de detención, si es que se la podía llamar así, era una habitación de suelo cuadrado y tres metros y medio por lado con el suelo de madera de roble en espinapez. Las paredes de yeso, una de las cuales contenía una ventana a dos aguas, estaban pintadas de un color blanco brillante. No había muebles, a excepción de una peana metálica que contenía un juego de herramientas que recordaban a las de la consulta de un dentista, pero aquellos instrumentos eran mucho más macabros que un torno o una sonda dentales. En la peana había un martillo, unas pinzas, alambre, soga, una porra, un látigo y —lo más morboso— un gancho para colgar la carne. El miedo hizo que se le revolviera el estómago.

Lazare, Ernest y el agente del SOE llamado Gaitero habían sido conducidos al número 84 de la avenue Foch, el edificio residencial y en su día palaciego que se había convertido en el cuartel general parisino del SD. Los habían llevado hasta el quinto y último piso mientras la nariz destrozada de Gaitero sangraba sobre las escaleras, y los habían separado. Los gritos y los rugidos reverberaban en las paredes y hacían que Lazare sintiera escalofríos. Mientras esperaba a que llegara su turno, miró por la ventana y entrevió el perfil de los edificios de París. Le repugnaba pensar que, en caso de haber podido asomar la cabeza por la ventana, habría tenido una vista perfecta del Arco del Triunfo, el monumento que su *maman* había pintado años atrás.

Unos pasos que se acercaban hicieron que se le acelerara el pulso.

La puerta se abrió y dos hombres entraron en la habitación. Uno de ellos era un oficial alemán que, a juzgar por los galones de sus hombros, era un *Sturmbannführer*. Tenía el pelo moreno, la nariz ancha y una cruz de hierro que le ceñía el cuello de la chaqueta como si fuera una pajarita. El otro hombre, que por lucir un traje de sastrería y corbata parecía ser civil, era de complexión delgada y nervuda, y se distinguía por una protuberancia en la laringe, como si se le hubiera quedado atascada una nuez en la garganta.

El oficial se caló la gorra y se dirigió a su colega civil en alemán, por lo que Lazare no le entendió.

—Este es el *Sturmbannführer* Josef Kieffer —dijo entonces el segundo en francés, aunque con un ligero acento alemán—. Me llamo Eberhard Vogel, y soy el ayudante e intérprete del comandante.

Oír el nombre del oficial al que había conocido Rose hizo que a Lazare se le desbocara el corazón. Cerró los puños, que se habían entumecido por la falta de circulación.

—Tus documentos dicen que te llamas Laurent Allard —dijo Vogel—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Lazare miró fijamente a los dos hombres.

—Tu nombre —exigió Vogel dando un paso al frente.

Él tragó saliva con dificultad, consciente de que debía retrasar la situación todo lo posible para permitir que los demás evitaran ser capturados. Ansiaba enterarse de que Rose había huido de París.

Kieffer frunció el ceño. Le dirigió un asentimiento de cabeza a Vogel, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El intérprete esbozó una sonrisa.

—El comandante me da ciertas libertades en los interrogatorios. Al final acabarás diciéndome tu nombre. Y los nombres de todas las personas que conoces en las redes francesa y británica... y sus escondites.

Lazare bajó la vista hacia los zapatos lustrados de Vogel.

—Me lo dirás todo. —Vogel echó el brazo hacia atrás y lanzó el puño.

Golpeó a Lazare en la mandíbula y le partió el labio. La punzada de dolor le recorrió toda la cara. Tragó saliva con sabor a sangre.

—Es lo que tiene el dolor —comentó Vogel, paseándose a la espalda de Lazare—: hace que la gente confiese sus pecados.

Él comenzó a respirar de manera entrecortada, preparándose

para el siguiente puñetazo en la cabeza. En su lugar, sintió un tirón en las manos.

—Veo que eres un inválido —observó Vogel.

Lazare sintió que le ardía la sangre.

—Tu gente debe de estar bastante desesperada para confiar en hombres rotos. —Se inclinó hacia su oreja y le dijo en un susurro—: Quizá, cuando haya acabado contigo, tengas las dos manos a juego.

Lazare se removió, esforzándose por liberarlas, pero fue inútil. No podía hacer nada más que aceptar todo lo que Vogel fuera a darle. Y, durante las horas que siguieron, Lazare soportó la furia del interrogador, y este utilizó todos los instrumentos de su pérfida caja de herramientas..., a excepción de uno.

29

AVENUE FOCH, 84, PARÍS
25 DE JUNIO DE 1943

Maltratado, con cortes y moretones, Lazare estaba despatarrado sobre la silla, solo sus ataduras lo mantenían en su sitio. Sintió que Vogel le cogía del pelo y tiraba de su cabeza hacia atrás. Lazare entreabrió los ojos, rodeados por la hinchazón que habían generado los puñetazos del interrogador.

—Ya conozco a tus socios —afirmó este—. Pero quiero oírte decir sus nombres.

Él, que respiraba de manera superficial, volvió la cabeza en un gesto desafiante.

—Francés idiota... —Vogel lanzó un suspiro y desató a Lazare, que, demasiado cansado como para luchar, se derrumbó sobre la silla.

Vogel le quitó las esposas y le desabrochó la prótesis.

—Ya no la vas a necesitar —dijo antes de tirarla a una esquina de la habitación.

Le volvió a poner las esposas con los brazos por delante del cuerpo y, a continuación, hizo pasar un trozo de cuerda por una argolla que había en el techo. Cogió el gancho para colgar carne y lo sostuvo en alto para que Lazare lo viera.

«Acaba de una vez.» Lazare esperaba que el gancho le perforara la carne y que justo después le colgaran como a un pedazo de res. En su lugar, Vogel ató la soga al ojo del gancho y cerró este en torno a las esposas de Lazare, que tuvo que elevar los brazos por encima de la cabeza. Vogel ató el otro extremo de la soga a un ancla que había en el suelo, manteniendo los brazos de su víctima suspendidos.

Esforzándose por permanecer de puntillas mientras los brazos le palpitaban, Lazare tuvo la sensación de que en cualquier momento podían dislocársele los hombros.

—Volveré —dijo Vogel—. Quizá mañana. O quizá en cinco

minutos. Mientras tanto, quiero que comprendas que nuestro trabajo juntos no ha hecho más que comenzar. —Se ajustó la corbata como si se dirigiera a una reunión de negocios y salió de la celda.

«No hay esperanza para mí, pero cuanto más tiempo aguante, mayor será la probabilidad de que los demás tengan la oportunidad de esconderse.» A fin de reprimir el dolor, Lazare se puso a pensar en Rose. Y se prometió a sí mismo que haría todo lo que estuviera a su alcance para evitar que tuviera el mismo fin que él.

30

LAS CATACUMBAS
27 DE JUNIO DE 1943

Con los dedos, Rose se llevó el cordero en conserva a la boca y mordió más grasa que carne. Tenía un sabor amargo y fuerte. Le pasó la lata a Claudius, que estaba sentado a su lado en el suelo de piedra de la tumba.

El hombre cogió un pellizco de carne.

—Acábatelo.

Pese a que no tenía hambre, pues el *Sicherheitsdienst* se la había robado, Rose se comió el resto y la bajó con el agua de la cantimplora.

Rose y Claudius se habían pasado los dos días anteriores escondidos en las catacumbas, sobreviviendo gracias a las raciones de la RAF que Lazare había ocultado en su refugio. Desesperada por encontrar la manera de ponerse en contacto con el cuartel general del SOE, Rose había querido salir tras unas horas de descanso, pero Claudius insistió en que se quedaran más tiempo para que hubiera más probabilidades de que la oleada de arrestos alemanes hubiera llegado a su fin. Con tal de ahorrar queroseno, usaban el farol solo durante las comidas y para guiarse hasta la otra rama del túnel, que habían designado como el servicio.

Los dos dedicaron el tiempo —en su mayor parte, a oscuras— a discutir el plan para que Rose se pusiera en contacto con otra red del SOE y Claudius pudiera reconstruir su grupo de la Resistencia. Puesto que casi con toda seguridad el SD se había infiltrado en la red parisina del SOE —Galeno, junto con las subredes de Hechicero, Malabarista, Inventor y Herrero—, Rose pensaba que su mejor opción para localizar un radiotransmisor era lejos del norte de Francia. Como parte de su formación con el SOE, en especial dado su carácter de correo, había sido capital que se aprendiera el territorio de cada una de las redes de la Sección F, así como el nombre en clave de sus

organizadores. Las opciones eran escasas, y decidió embarcarse en un viaje para llegar junto a la red Pimiento, organizada por un agente de nombre Alphonse. Por desgracia, esta operaba en el cuadrante sudeste del país, a gran distancia de París.

—El SD habrá obtenido información de los prisioneros —afirmó Claudius—. Los controles alemanes de las estaciones de tren habrán recibido la alerta sobre la presencia de una agente del SOE que se hace pasar por vendedora de productos cosméticos.

«Los están torturando para obtener esa información.» Rose tomó aliento de forma entrecortada.

—Entonces iré en bicicleta.

—Es demasiado lejos —advirtió Claudius.

—Tengo que intentarlo —repuso ella.

Claudius hizo girar la escasa agua que quedaba en la cantimplora.

—Mi hermana y yo tenemos una amiga de la infancia llamada Simone. Ahora es una monja católica que vive en un convento de Montluçon. Quizá pueda ayudarte a llegar hasta Alphonse.

—¿A cuánto está Montluçon de aquí?

—A más de trescientos kilómetros —contestó él.

«Maldita sea.» Se preguntó cuál sería la distancia máxima que había recorrido subida a la bicicleta en un solo día. ¿Treinta kilómetros? ¿Cincuenta? Haciendo acopio de confianza, dijo:

—Puedo hacerlo.

Claudius sonrió.

—Ya veo por qué le gustas a Lazare.

—*Merci* —dijo Rose, con un dolor cada vez mayor en el pecho. Sus esperanzas se iban desvaneciendo con cada hora que pasaba. «Si Lazare hubiera evitado que lo capturaran, a estas alturas ya habría regresado a la catacumba.» Se sacudió esas ideas y preguntó—: ¿Tú adónde irás?

—A Valmondois —respondió Claudius—. Está al norte de París, fue donde nacimos mi hermana y yo. Eso me proporcionará un lugar seguro en el que comenzar a reconstruir lo que quede de mi grupo de la Resistencia, pero sin alejarme demasiado de la ciudad.

—¿Tienes otros hermanos, además de Marcelline?

—*Non* —contestó él con aspecto a la vez triste y agradecido tras oír el nombre de su hermana—. ¿Tú tienes familia?

—Están muertos. —Rose hizo una pausa, condicionada por su entrenamiento para no revelar nunca información personal mientras se encontrara sobre el terreno. Pero ya había roto aquella norma con Lazare y Claudius era amigo de este, así que confiaba en él. «Además, quizá no llegue a Montluçon.»

Respiró hondo y se lo contó todo: el bombardeo de la Luftwaffe que había acabado con sus padres y que Charlie, su hermano, había fallecido cuando su Spitfire fue derribado sobre el canal de la Mancha.

—*Mon Dieu!* —exclamó Claudius—. Mis condolencias.

Rose asintió con la cabeza en un esfuerzo por alejar las imágenes del Colmado Teasdale después de que cayeran las bombas.

—¿Tienes familia?

—La tuve —explicó Claudius—. Georgette, mi esposa, murió mientras daba a luz.

—Madre mía —dijo Rose—. Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. —Claudius se frotó la barba incipiente y canosa del mentón—. Georgette y yo nos casamos una semana antes de que me destinaran al frente occidental. Durante los últimos veinticinco años, no ha habido un solo día en que dejara de pensar en ella. Georgette fue el amor de mi vida, y lo será siempre.

—Debió de ser maravillosa —señaló Rose—. Mis padres también se conocieron durante la Gran Guerra. Mi madre es francesa y mi padre, británico.

Claudius ajustó la llama del farol, y un brillo tenue y parpadeante se extendió por la cámara.

—La experiencia de la guerra puede establecer lazos muy fuertes entre dos corazones.

—*Oui* —convino Rose al darse cuenta de que el comentario también se les podía aplicar a Lazare y a ella.

—Debes tener fe y pensar que estará bien —declaró Claudius, como si hubiera comprendido lo que pensaba Rose.

Ella asintió con la cabeza.

—Y tú, pensar que volverás a ver a tu hermana Marcelline.

Claudius se restregó los ojos y miró el reloj de pulsera.

—Vamos a descansar un poco. Saldremos dentro de unas horas.

Rose se ovilló en el catre de Lazare.

Claudius ocupó el lugar donde dormía en el suelo de piedra caliza y apagó el farol.

Incapaz de pegar ojo, Rose pensaba sin parar. «¿Lograré hacerme con otro radiotransmisor? ¿Me capturarán antes de llegar a Montluçon? ¿Qué les hará el SD a Muriel y a Felix? ¿Podré ponerme en contacto con el cuartel general a tiempo de salvar a otros agentes? ¿Volveré a ver a Lazare?» Para calmarse, comenzó a revivir las horas que había pasado con Lazare una y otra vez, hasta que el agotamiento la obligó a quedarse dormida.

Rose estaba a la entrada de la catacumba al lado de Claudius, con el bolso y el maletín de productos cosméticos en las manos. Se había arreglado el cabello y se había puesto maquillaje, además de adecentarse la ropa —todo lo que estaba al alcance de alguien en el interior de una catacumba—, con la esperanza de que los soldados alemanes se sintieran menos inclinados a detener a una mujer vestida de manera atractiva y con la apariencia de estar dando una vuelta en bicicleta por su pueblo.

Levantó la mirada hacia los peldaños de hierro que desaparecían en la oscuridad del vacío.

Iluminado por la llamita que temblaba en su encendedor, Claudius miró el reloj.

—Son las 4.35 de la mañana. Yo iré primero para levantar la tapa de la alcantarilla.

—De acuerdo. —Rose respiró hondo en un intento por reprimir la ansiedad.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo a Valmondois? —preguntó él.

—Tengo que intentar ponerme en contacto con Londres. Las vidas de nuestros agentes están en juego.

—Lo comprendo.

Ella le miró, tenía los ojos cansados.

—Adiós, Claudius.

—*Adieu.* —Él apagó el encendedor y el túnel se volvió negro.

Rose le oyó subir los escalones de hierro y fue tras él, con una ansiedad que iba en aumento a medida que ascendía.

Claudius levantó la tapa y miró por una rendija, hizo fuerza para desplazarla y dejó paso al cielo de antes del amanecer.

El chirrido del metal contra el pavimento hizo que a Rose se le

erizara el vello de la nuca y se le acelerara la respiración.

Claudius se arrastró hacia la calle y le ofreció los brazos.

Rose le pasó el bolso y el maletín, y a continuación salió del agujero.

Claudius arrastró la tapa para devolverla a su sitio. Le dirigió una mirada y salió caminando a toda velocidad por la acera.

Rose cogió sus cosas y huyó mientras sus pulmones inhalaban aire fresco por primera vez en varios días. Permaneció escondida en el cementerio de Montparnasse hasta que comenzó a oír el sonido de los vehículos, lo cual le indicó que el toque de queda se había acabado.

Avanzó con calma por la calle, fingiendo que intentaba llegar pronto al trabajo. En lugar de dirigirse hacia el sur, se encaminó hacia el parque. Allí, mientras buscaba entre la densa barrera de un metro sesenta de alto que formaban los arbustos de tejo, se le hizo un nudo de repulsión en el estómago. La bicicleta no estaba por ninguna parte.

31

Camino de Montluçon
27 de junio de 1943

Rose salió a gatas de aquel denso arrayán con los brazos y las espinillas cubiertos de arañazos. Se limpió las agujas de color verde de la falda y la chaqueta, molesta consigo misma por no haberse esforzado más en esconder la bicicleta. «Quizá dejé el manillar asomando entre los arbustos.» Pero daba igual. El vehículo ya no estaba allí e iba a tener que encontrar otro medio de transporte. Las estaciones de tren, llenas de controles alemanes, no eran una opción. Tampoco lo era robar un automóvil, dada la escasez de gasolina y los cortes de carreteras por parte del enemigo. Además, teniendo en cuenta la poca cantidad de efectivo que llevaba en el bolso, no tenía la posibilidad de comprar una bicicleta de segunda mano. Abandonó el parque con la certeza exacta de lo que tenía que hacer.

Estuvo rastreando el distrito catorce durante más de una hora. Había pocas bicicletas por la calle, y todas ellas estaban ocupadas por vecinos de París que querían llegar pronto a las colas del racionamiento. A medida que pasaban los minutos, su ansiedad iba en aumento. «Me dirigiré hacia el sur y ya encontraré una durante el trayecto.» En el momento en que se volvía, vio a una mujer bien vestida que dirigía su bicicleta hacia el arcén y se detenía. Se bajó, ató el vehículo con una cadena a un poste de la luz y entró en un café.

Rose se acercó a la bicicleta. Dejó el maletín en el suelo, se frotó el brazo y examinó el candado con la mirada. «Puedo hacerlo.» Le echó un vistazo a la ventana. En el interior del local, la mujer estaba besando a un oficial de la Wehrmacht en ambas mejillas, y a continuación se sentó con él a una mesa pequeña. A Rose se le disparó el corazón. Haciendo como que se arreglaba el cabello, se quitó una horquilla. Se apoyó contra el poste de la luz y enderezó el alambre, recordando la formación que había recibido durante la última fase de

su instrucción con el SOE. Se puso en cuclillas y, después de doblar ligeramente el extremo del alambre, lo introdujo en el candado.

Le llegaron unas risas procedentes del café.

Se le erizó la piel. Manipuló el alambre y tiró de él, pero el candado no se movió. «Concéntrate.» Ajustó la horquilla y lo intentó dos veces más, hasta que oyó un chasquido metálico. Abrió el candado y liberó uno de los eslabones de la cadena.

Puso sus cosas en la cesta de la bicicleta y se subió al sillín. El corazón le martilleaba contra el esternón. Se alejó pedaleando, esperando que en cualquier momento la mujer y su acompañante de la Wehrmacht salieran disparados del café. Pero solo tenían ojos el uno para el otro y no se habían dado cuenta de que Rose merodeaba cerca de la bicicleta. Mientras escapaba del distrito catorce, recordó lo enojada que se había sentido con Lazare cuando este le llevó la primera bicicleta. «A ningún patriota francés le importará que le roben la bicicleta si con eso ayuda a que nos liberemos», le había dicho el joven. «Fue una ingenuidad por mi parte enfadarme con él por que la hubiera robado.» Acalló aquel arrepentimiento y ganó velocidad.

Llegó a las afueras de París maniobrando a través de calles secundarias. El mar de edificios de cal fue dejando lugar poco a poco a casas aisladas con parcelas de terreno. De los árboles que se cernían sobre ella a lado y lado de la carretera brotaba el piar de los gorriones. A falta de un mapa, Rose había memorizado la ruta según se la describía Claudius, y esta debía llevarla a través de pueblecitos y de la campiña más remota. Eran tres días de trayecto hasta Montluçon, pero Rose estaba decidida a hacerlo en menos de cuarenta y ocho horas.

A los treinta y cinco kilómetros de viaje, le ardían las piernas como si estuvieran hechas de plomo líquido. Le dolían los músculos de los brazos. Tragó aire en un intento por apaciguar a su cuerpo privado de oxígeno. «Los interrogadores del SD no darán ningún descanso a Muriel y a Felix, así que yo tampoco me lo tomaré.» Siguió pedaleando, haciendo girar la cadena de la bicicleta, decidida a ponerse en contacto con el cuartel general del SOE.

Oyó tras de sí el rugido cada vez más intenso de un motor. Se dirigió hacia el borde de la carretera pero no aminoró el ritmo. Al cabo de unos pocos segundos, un convoy de camiones militares cargados de soldados alemanes pasó a su lado. El viento golpeó su bicicleta y estuvo a punto de sacarla de la carretera. Oyó los gritos y

los silbidos de los soldados que la miraban desde la parte trasera de los camiones. Con la sangre hirviendo de ira, se obligó a sonreírles y a saludarlos con la mano.

Al rebasar la cima de una colina, cerca del pueblo de Mondeville, vio un control de carreteras alemán a unos centenares de metros de distancia. Sintió una sacudida nerviosa. Se le resbalaron los pies de los pedales. «¿Me estarán buscando a mí?» Mientras recobraba la compostura, vio un camino de tierra. Con la esperanza de que los soldados no hubieran reparado en ella, giró hacia él. Las ruedas comenzaron a rebotar sobre los surcos y los agujeros, haciendo temblar su cuerpo. Se aferró desesperada al manillar, con la sensación de tener entre las manos un martillo neumático. Bajó por una cuesta hasta una barrera de robles que la hicieron desaparecer de la vista del control de carreteras.

Avanzó de forma fatigosa, con los músculos de la corva en tensión, pedaleando sobre el camino de tierra. Cuando su cuerpo llevaba veinte minutos sacudiéndose y estremeciéndose de esa manera, giró por un sendero con una franja estrecha de hierba que crecía entre sendos rastros de neumáticos. Se metió por otro camino intentando encontrar un desvío alrededor del control y no tardó en perderse. El sol de aquella tarde calurosa golpeaba su cuello y su sien. El sudor le corría por la espalda. Cuando estaba a punto de regresar por donde había llegado, recordó de repente la brújula que los sastres del SOE habían insertado en un botón de la manga de su chaqueta. Frenó hasta detenerse. Con miedo a estar demasiado exhausta como para volver a subirse a la bicicleta, se quedó sentada en ella. Usó la uña del pulgar para abrir el botón de metal y dejar al descubierto aquella brújula de tamaño liliputiense. Movió el brazo para que la aguja diminuta girara hasta dar con una dirección al sur. Después de treinta minutos de senderos, y del campo yermo de una granja que tuvo que atravesar empujando la bicicleta, encontró una carretera pavimentada bastante al sur de Mondeville. Exhausta, se preguntó si derrochar su energía de aquella manera no sería tan arriesgado como atravesar un control alemán de carreteras.

Aquel calor abrasador, agravado por la falta de nubes, fue acabando poco a poco con la hidratación de Rose. La cabeza le daba vueltas. Tenía tan poca fuerza en las piernas que la bicicleta avanzaba casi a la velocidad de un caminante. «¿Por qué no me he traído la

cantimplora?» Con la boca seca, incapaz de producir saliva, se detuvo cerca de una granja que tenía las ventanas tapiadas con tablones de madera. Se bajó de la bicicleta, las piernas rígidas y doloridas, y se acercó a un pozo de piedra para descubrir que le faltaban la soga y el cubo. Llevada por la sed, se puso a beber de un abrevadero para ganado que había recogido el agua de la lluvia entre sus paredes de piedra. Engulló a puñados aquella agua sucia y caliente. Se le hinchó la barriga. Al secarse los labios notó que algo minúsculo se retorcía sobre su lengua y se dio cuenta de que el agua estancada estaba llena de larvas de mosquito. «Ya no puedo hacer nada al respecto.» Se limpió la boca usando la manga, se subió a la bicicleta y se alejó. A los cuatro kilómetros se le revolvió el estómago y vomitó sobre la carretera.

Rose se pasó el resto del día viajando. Se detuvo solo para beber de un arroyo y comerse una galleta que había cogido de las provisiones procedentes de las raciones de la RAF que tenía Lazare. Atravesó fatigosamente, aunque sin incidentes, Orville, Auxy, Nesploy y Bonnée. Pero las cosas cambiaron con la puesta de sol, cuando llegó a un puente de gran tamaño que se extendía sobre el río Loira. Cerca de su entrada habían colocado unas banderas nazis y los soldados de la Wehrmacht lo habían bloqueado para detener el paso de los vehículos e inspeccionar los documentos de sus conductores. «No tengo fuerzas para buscar otro cruce. Además, es probable que haya controles en todos los puentes del Loira.» Siguió adelante y ocupó su lugar al final de una larga cola de coches y camiones.

Un soldado encargado de comprobar documentos miró a Rose.

Ella se quedó sin aliento cuando sus ojos se encontraron.

El soldado le devolvió los papeles a un conductor de camión y le hizo un gesto a ella para que se acercara.

«Oh, no.» Rose rodeó los vehículos con la sensación de que iban a fallarle las piernas.

—*Bonjour* —dijo con una sonrisa. Se detuvo, haciendo todo lo posible por esconder su agotamiento, y estiró el brazo para coger el bolso.

El soldado negó con la cabeza y le indicó que pasara por el control con un gesto de la mano.

—*Merci.* —Rose pasó junto a él y cruzó el puente sintiéndose agradecida por aquella larga cola de vehículos, ya que de otro modo el

soldado podría haberse tomado su tiempo para comprobar los documentos de una ciclista.

Bastante después de la puesta de sol llegó al pueblo de Coullons. Incapaz de seguir pedaleando, se detuvo al lado de un pequeño puente de piedra. Sintiéndose destruida, cargó con la bicicleta hasta la orilla de un arroyo calmo que llevaba a un estanque lleno de ranas que croaban. Recogió unas hojas para usarlas a modo de manta y se escondió debajo del puente. «Ya estoy a mitad de camino», pensó a la vez que se colocaba en posición fetal. Mientras se quedaba dormida, sus pensamientos se mantuvieron fijos en una sola idea, y no otra: ponerse en contacto con el cuartel general.

Rose se despertó con el coro propio del amanecer compuesto por piulidos, silbidos y graznidos, y salió a cuatro patas del nido que había improvisado debajo del puente. Se puso en pie y tuvo la sensación de que sus tobillos y sus rodillas eran unas bisagras oxidadas. Notó un calambre en las pantorrillas. Con un gesto de dolor, se dejó caer de culo y estiró la pierna intentando relajar los nudos de sus músculos. «Necesito agua y alimento.»

Se comió la última lata de cordero y una galleta y lo bajó todo con puñados de agua procedente del estanque. Cuando desaparecieron las ondas de la superficie, Rose vio su reflejo. Tenía el cabello grasiento y alborotado, y unas ojeras oscuras. «Tengo que parecer una mujer de la zona que tan solo está de paseo por el pueblo.»

Se quitó la ropa y se adentró en el estanque, rodeada de juncos en flor. El agua fría hizo que se le pusiera la piel de gallina y la llevó a pensar en su madre, que la había enseñado a nadar en las aguas heladas del estanque femenino de Kenwood, en Hampstead Heath.

Durante unas vacaciones de invierno en el instituto, Rose le había comentado a su madre, básicamente en broma, que quería aprender a nadar. Pero ella se tomó aquella invitación bastante en serio y, pese al clima frío, se llevó a Rose al Kenwood Ladies' Pond. Armadas con bañadores de una pieza y gorras de goma, se desprendieron de los abrigos de invierno. Se les erizó la piel en brazos y piernas. Para su sorpresa, en el estanque había casi una docena de bañistas femeninas, con aspecto de ninfas invernales. Su madre se zambulló de inmediato en el agua helada desde el muelle y, acto seguido, subió a la

superficie.

—Está de fábula —dijo manteniéndose a flote con las piernas.

Rose hizo acopio de valor y se tiró del muelle, de pie y tapándose la nariz. El golpe de aquella agua a cinco grados de temperatura hizo que tuviera la sensación de estar hundiéndose en una piscina de mercurio. Agitó las extremidades, incapaz de regresar a la superficie, y su madre tuvo que tirar de ella para arrancársela a las profundidades.

—Me voy a ahogar —gimió Rose atragantándose con aquel líquido de sabor mineral.

—Si no sigues intentándolo, perderás el valor —replicó su madre, y su aliento se convirtió en vapor al contacto con el aire gélido.

Regresaron al estanque femenino al día siguiente y al otro también. Al final de las vacaciones de invierno, Rose no solo había aprendido a nadar y a soportar temperaturas gélidas, sino que también había aprendido a enfrentarse a sus miedos.

La determinación inflamó el pecho de la joven. Se bañó con una muestra de jabón aromático procedente de su maletín de productos cosméticos, se vistió y se subió a la bicicleta antes de perder el valor. Pero, cuando no llevaba ni treinta minutos de viaje, el dolor regresó para taladrarle las piernas. Le ardía la tráquea. Tuvo la sensación de que aquella misión en busca de un radiotransmisor era el empeño más difícil que hubiera acometido, incluyendo el entrenamiento de combate, saltar de un avión, intentar escalar el maldito muro del teniente Clarke, sabotear un transformador e incluso espiar al jefe del SD. Rose siguió adelante, trocando su agonía en resolución, rezando por tener la fuerza suficiente para llegar a Montluçon y por que Lazare, Muriel y Felix siguieran con vida.

32

AVENUE FOCH, 84, PARÍS
28 DE JUNIO DE 1943

Lazare recuperó la conciencia mientras unos espasmos brotaban de su ingle y le bajaban por las piernas. Se abrazó el vientre y tosió, lo que provocó que una punzada le atravesara las costillas. Entreabrió un ojo, pues el otro estaba demasiado hinchado como para que pudiera hacerlo. El colchón bajo su cuerpo tenía unas manchas de color marrón oscuro. Una lámpara de metal con forma de pendiente colgaba del techo y las ventanas estaban tapiadas con tablones. La habitación contenía varias literas —aunque sin mantas ni almohadas—, lo cual le daba un aspecto de dormitorio. Algunas camas estaban ocupadas por hombres, la mayoría de los cuales parecían incapaces de moverse a causa de sus heridas. Las quejas, los gemidos y los carraspeos, mezclados con el tufo a orina, llenaban el aire.

Lazare había sufrido varias sesiones de tortura, la peor de las cuales tuvo lugar después de que Vogel entrara en su celda y le dijera: «Bueno, Lazare Aron, tengo entendido que eres un judío». Se le hizo un nudo en el estómago. A su juicio, que uno de los prisioneros torturados revelara su identidad completa había sido solo una cuestión de tiempo. Al fin y al cabo, todos los miembros de aquella red de la Resistencia sabían que era judío. «No tardaré en morir.» Los interrogatorios de Vogel eran de una intensidad espantosa, tanto en lo físico como en lo mental. Pero, pese al sadismo de sus métodos, Lazare se había negado a proporcionarle ninguna información valiosa. A la vez, estaba claro que Vogel ya había averiguado cosas sobre las redes cuando le sondeaba con preguntas sobre Claudius, Próspero, Hechicero y Tartán. Lazare había guardado silencio. Pero, cuando Vogel le dijo «Cuéntame lo que sepas sobre Libélula», un dolor abyecto le perforó el corazón. Esperó que el alemán no hubiera reparado en su reacción, y que Rose se encontrara a muchos

kilómetros de París.

Incapaz de ponerse en pie, Lazare se bajó de la cama rodando y se arrastró por el suelo para ir de una litera a la siguiente, viendo cómo se encontraban aquellos hombres. El agente llamado Gaitero no estaba entre los detenidos, que eran franceses en su totalidad. Sí encontró a Ernest en un colchón, sujetándose un brazo roto contra el pecho.

Lazare acercó el cuerpo a la litera de Ernest.

—¿Qué les has contado? —le preguntó con un susurro.

—Nada —gruñó el hombre.

A Lazare le dolían las tripas.

—Vogel te va a prometer cosas a cambio de información. Son mentiras. Al final, nos mandarán a un campo de prisioneros o nos ejecutarán. Nuestra cooperación no influirá en el hecho de que sigamos vivos o nos maten.

Ernest bajó la vista.

—Tenemos que ser fuertes por Francia —insistió Lazare.

—Lo sé.

—Cuando recupere las fuerzas te pondré el brazo en su sitio —le prometió.

Ernest negó con la cabeza.

—Lo romperán de nuevo.

Lazare le apoyó una mano en el hombro.

—Entonces te lo colocaré de nuevo.

33

AVENUE FOCH, 84, PARÍS
29 DE JUNIO DE 1943

La puerta de la celda se abrió y Lazare se despertó con una sacudida. Levantó la cabeza, el pulso atronando en los oídos, y se preparó para otra sesión de interrogatorios. Pero, en vez de llevárselo a él o a alguno de los demás prisioneros, los dos soldados alemanes arrojaron hacia el interior de la estancia a un hombre que tenía la cara manchada de sangre procedente del tajo que le habían hecho en la cabeza. El hombre se derrumbó y los soldados se marcharon cerrando de un portazo.

Bocabajo, el recién llegado intentó ponerse de rodillas y acto seguido cayó sobre su vientre. Con gran esfuerzo se arrastró hasta las literas, pero ninguno de los demás prisioneros, convalecientes de sus propias palizas, acudió en su ayuda.

Lazare se obligó a ponerse en pie y tuvo que sujetarse de la litera para no caerse. Sentía un dolor punzante en los músculos y en las articulaciones. Atravesó la habitación poco a poco, arrastrando los pies. Al acercarse al prisionero, le reconoció por su pelo y su bigote decolorados. Una oleada de temor inundó su cuerpo.

Lazare se puso en cuclillas, lo que desató una punzada aguda en sus muslos.

—Felix... —dijo en un susurro.

El hombre levantó la cabeza y abrió los ojos, en uno de los cuales tenía un derrame de sangre.

—Lazare... —Tragó saliva, los labios secos y cuarteados.

El joven le ayudó a subirse a una litera, aunque tuvo que detener varias veces su avance para descansar. Se sentó a su lado, se rasgó un pedazo del faldón de la camisa y se lo puso sobre el corte de la cabeza.

—*Merci* —dijo Felix.

—¿Qué pasó? —preguntó Lazare en un susurro, para que los

demás prisioneros no pudieran oír su conversación.

—El SD asaltó el apartamento —contestó Felix.

—¿Rose estaba contigo?

El otro negó con la cabeza.

«Gracias a Dios.»

—¿Dónde está?

—No lo sé. No estaba en el edificio cuando me arrestaron. —Se ajustó el vendaje de la cabeza—. Debería haberme tomado más en serio sus dudas sobre la infiltración del SD. Esto no tendría que haber pasado nunca.

—¿Y qué ha sido de Muriel?

—Está aquí. —Felix tragó aire con dificultad—. Los cabrones la interrogaron y la trajeron a mi celda. La obligaron a ver cómo me torturaban, para que hablara. Pero ella mantuvo la historia de que no me había visto nunca.

Lazare sintió náuseas. Esperaba que no estuvieran interrogando a Muriel de la misma manera que a los prisioneros de esa habitación, pero, dada la estrategia medieval de sus interrogatorios, dudaba que los nazis hicieran distinción entre los agentes masculinos y femeninos. Rogó por estar equivocado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —inquirió Felix.

Lazare le contó que el comité de recepción en Ableiges había caído en una trampa de los alemanes.

—Nos estaban esperando. Mataron a uno de los combatientes de la Resistencia. Nos trajeron a Ernest, a un agente del SOE llamado Gaitero y a mí.

Felix se aclaró la garganta.

—Gaitero está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Entiendo un poco de alemán. Oí a los guardias hablar de un agente del SOE con la nariz rota y una fractura de cráneo que murió antes de que pudieran interrogarlo.

A Lazare se le pasó por la cabeza una imagen fugaz de Gaitero al bajarse del Lysander de la RAF. «El pobre hombre duró apenas unas horas como agente del SOE.» Enterró aquella visión y miró la cara de Felix, que habían golpeado de manera brutal.

—¿Les has contado algo?

—Nada, maldita sea. —Felix sonrió, revelando que le faltaba un

diente—. El SD me ha estado preguntando si soy del SOE o de la Resistencia francesa. Es probable que ese sea el motivo por el que estoy aquí, contigo, y no en la celda de los agentes británicos.

—Bien —dijo Lazare. Aunque tenue, un destello de esperanza iluminó su corazón al saber que Rose no estaba encerrada en el cuartel general del SD. «Por favor, tienes que haberte marchado de París para no volver nunca más.»

Felix hizo un esfuerzo por incorporarse y apoyó la espalda contra la pared.

—¿Qué tal andas de fuerza en los brazos? —le preguntó Lazare.

—Aún funcionan. Sobre todo me han castigado la cara y el estómago. ¿Por qué lo preguntas?

Lazare señaló con el dedo.

—Necesito ayuda para ponerle el brazo en su sitio a un hombre.

34

MONTLUÇON, FRANCIA
29 DE JUNIO DE 1943

Las piernas le palpitaban, pero Rose entró pedaleando en Montluçon antes de que cayera la noche. Tenía las manos repletas de ampollas reventadas, resultado de las muchas horas que había pasado aferrada al manillar. Con cada golpe de pedal sentía la punzada de las abrasiones del tamaño de tazas de té que le había provocado el roce del sillín en la cara interna de los muslos. Mareada y deshidratada, exploró la zona en busca del convento en el que vivía la amiga de Claudius, pero se encontró con que el pueblo estaba repleto de alemanes. Y entendió el motivo para que fuera así cuando el aire se llenó de un tufo a goma quemada. Frente a ella, un amplio complejo industrial —con el nombre de Dunlop estampado y una decoración de banderas de la esvástica— escupía una humareda negra hacia el cielo. «Hitler está utilizando el potencial francés de producir neumáticos para su ejército.» Dio media vuelta en busca de otra ruta mientras se preguntaba el motivo por el que los bombarderos aliados no habían atacado aún la fábrica que suministraba los neumáticos de la Wehrmacht y la Luftwaffe.

Cuando llevaba una hora rastreando Montluçon, reparó en una joven que vestía una túnica negra y un velo blanco, y que entró en un gran edificio de piedra cubierto por una densa capa de hiedra de color verde. Un rayo de esperanza se abrió paso por su pecho. Se bajó del sillín y se acercó al edificio, renqueante, usando la bicicleta a modo de muleta. Llamó y la puerta se abrió para mostrarle a una monja de ojos azules que no tendría más de dieciocho o diecinueve años de edad.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó la monja.

Rose se apoyó en el marco de la puerta porque le temblaban las piernas.

—Estoy buscando a la hermana Simone —dijo con voz ronca.

La monja asomó la cabeza, miró en ambos sentidos y contestó:

—Entre.

—Mis cosas —murmuró Rose entre dientes.

—Yo se las cojo.

Rose entró y avanzó arrastrando los pies por el suelo de baldosas.

La monja la ayudó a sentarse en una silla y fue a dejar la bicicleta en el vestíbulo. Cogió una jarra de barro y se la pasó a Rose, que bebió a tragos aquella agua fría y de sabor mineral.

—Voy a informar a la hermana Simone de que está usted aquí. ¿De parte de quién le digo?

«¿Rose? ¿Libélula? ¿Aline?»

—Conozco a Claudius, un amigo de la infancia de Simone.

La monja desapareció en el interior de un pasillo alargado y regresó al cabo de unos minutos, acompañada de una mujer de mejillas arrugadas y piel sonrosada.

—Soy la hermana Simone —anunció esta.

Rose hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Su cuerpo se balanceó.

—Claudius me sugirió que viniera a verla.

—Llevaba muchos años sin oír ese nombre —comentó Simone—. ¿De qué lo conoce?

—Trabajamos juntos —informó Rose.

La hermana Simone se llevó una mano a la pequeña cruz de madera que colgaba de un cordel alrededor de su cuello.

—¿En qué tipo de trabajo?

—La liberación de Francia —respondió Rose.

La monja bajó la mano.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Tengo que ponerme en contacto con un hombre llamado Alphonse —respondió Rose—. Es el organizador de una red del sudeste del país.

Las monjas se miraron entre sí.

—¿Le conoce? —inquirió Rose.

—*Non* —contestó Simone—. Pero conocemos las zonas en las que opera. Su red está sembrando el caos en las líneas ferroviarias y exasperando a los alemanes.

—¿Puede llevarme hasta allí? —preguntó Rose.

—Es demasiado peligroso —replicó Simone.

—Es una cuestión de vida o muerte —insistió Rose.

La monja joven juntó las manos, como si estuviera a punto de ponerse a rezar.

—No está usted en condiciones de viajar —observó Simone.

—Tampoco tengo elección —repuso Rose—. Si no me ayuda, tendré que intentar encontrarle yo sola.

—Hermana Simone... —dijo la monja joven con tono vacilante—. ¿Puedo hablar con usted a solas?

Simone se alejó unos pasos con ella y comenzaron a dialogar en susurros.

Pese a que estaba agotada, Rose notaba un borboteo urgente en el estómago.

—De acuerdo —accedió Simone al volver junto a ella—. La hermana Justine me ha informado del lugar en el que se rumorea que están los miembros del grupo de Alphonse. Se quedará aquí con ella mientras yo intento ponerme en contacto con ellos.

—*Merci* —dijo Rose.

—Pero puedo ir yo —terció Justine—. Conozco la zona.

—*Non* —contestó Simone—. Es mi historia la que ha conducido a esta mujer hasta aquí. Iré yo.

A Rose se le formó un nudo de culpa en la garganta. Lamentó estar tan exhausta.

—Si logro dar con Alphonse —planteó Simone mirándola—, ¿qué le digo?

El dolor que Rose sentía en las piernas comenzó a trasladarse al tronco.

—Dígale que las redes británicas de París necesitan su ayuda desesperadamente y que Libélula tiene que verle.

Simone abrió mucho los ojos.

—Y, por encima de todo —añadió Rose—, asegúrese de que se traiga un radiotransmisor.

Simone asintió con la cabeza y salió.

Puesto que sentía las piernas débiles como tallos de diente de león a punto de quebrarse, Rose necesitó la ayuda de la hermana Justine para dirigirse a una alcoba de superficie cuadrada, con tres metros de lado, que contenía una cama pequeña y un escritorio. El aire olía a cera de vela y a la madera vieja de las vigas. Le dieron un plato de gachas de avena y un vaso de leche de cabra, que se apresuró a consumir. La hermana Justine se llevó su ropa, sucia y apestosa,

para lavarla. Rose se aseó y se limpió las heridas con una pila de agua y un jabón casero de sosa cáustica que olía a amoniaco. Se puso la túnica que le había proporcionado Justine y se derrumbó sobre la cama. Cuando se estaba quedando dormida, se dio cuenta de que no tenía el menor control sobre sus opciones de ponerse en contacto con Alphonse. Esperaba que la hermana Simone, que ya tenía relación con Dios, pudiera establecer otra con aquel Alphonse que dirigía una red del SOE.

Al llegar la tarde del día siguiente, Rose había recuperado las fuerzas; sin embargo, seguía teniendo la sensación de que le habían machacado las pantorrillas y las corvas con un mazo para ablandar la carne. El descanso y las comidas, que consistían en avena y leche de cabra, habían comenzado a revitalizar su cuerpo, pero no su espíritu. La hermana Simone no había regresado y, con cada hora que pasaba, Rose temía cada vez más que le hubiera podido pasar algo. Al anochecer, cuando había transcurrido casi un día entero desde que llegó al convento, la sobresaltaron unos golpes en la puerta de la alcoba.

La hermana Simone entró seguida de un joven que parecía tener veintipocos años, con el cabello y el bigote de color marrón oscuro.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Rose.

El hombre dejó la maleta que llevaba en el suelo y estiró el brazo.

—Libélula, supongo...

—*Oui* —contestó ella estrechándole la mano.

—Alphonse.

La monja se volvió para marcharse.

—Hermana Simone... —dijo Rose con el pecho hinchado de gratitud.

La mujer la miró con unos ojos cansados por el viaje.

—*Merci.*

Simone asintió con la cabeza, salió y cerró la puerta tras de sí.

—Entiendo que necesita ayuda desesperadamente —expuso Alphonse.

—Es algo que va mucho más allá, me temo. —Rose respiró hondo, preparándose para revivir la pesadilla de los días anteriores. Le habló del derrumbe de Galeno y sus subredes, incluido Hechicero, su

propio grupo—. Las redes de la Resistencia francesa en París también han quedado comprometidas.

—Mierda —dijo Alphonse—. ¿Y el cuartel general no sabe lo que ha sucedido?

—Cuando realizamos la última transmisión, aún pensaban que todo iba bien —respondió Rose—. Tengo la esperanza de que algún otro agente haya logrado hablar con ellos a estas alturas. Llegar a otro radiotelegrafista en París era demasiado arriesgado, así que me vine a buscarle a usted.

—La hermana Simone me ha contado que llegó en bicicleta. Son trescientos kilómetros hasta aquí. ¿Cómo lo logró?

Rose se encogió de hombros.

—No tenía más opción que seguir pedaleando.

—Tuvo suerte de escapar.

Rose asintió con la cabeza. Le dolía el pecho de la ansiedad por ayudar a sus compañeros caídos. Señaló la maleta.

—Espero que eso contenga su equipo de radio.

—Así es —confirmó él antes de colocar la maleta sobre el escritorio y abrirla—. Después de enterarme de sus problemas, vine inmediatamente. No tengo ni idea de cómo se las ha arreglado la hermana Simone para localizar a algunos de mis hombres. O nos estamos volviendo negligentes a la hora de ocultarnos o las monjas de este convento son bastante capaces.

—Espero que se trate de lo segundo —comentó Rose.

Ansiosa por comunicarse con Londres, ayudó a Alphonse a instalar el radiotransmisor, que era idéntico al que tenía Muriel, a excepción de aquella maleta dura de color marrón forrada en piel. Lo último que hizo fue sacar la antena por la ventana, ocultándola con la cortina.

—Adelante —dijo Alphonse, haciendo un gesto para que Rose operara el radiotransmisor.

Ella se sentó al escritorio, se colocó los auriculares y pulsó un interruptor, con lo que los tubos del transistor comenzaron a zumbar. Un recuerdo fugaz de Muriel, en el que su amiga enviaba un mensaje en código morse con su equipo, hizo que una punzada le atravesara el corazón. Pensando a toda velocidad, Rose intentó recordar la formación en códigos y claves, y —lo más importante— sus dos comprobaciones de seguridad: cambiar la primera «e» que apareciera

por una «u», y usar incorrectamente la «c» y la «k» durante la comunicación inicial. Usó el papel y el lápiz que había dentro de la maleta para escribir un texto y procedió a encriptarlo. Asentó el dedo sobre la llave telegráfica y mandó el mensaje.

> Los lobos han irrumpido en la granja del galeno. Muchas ovejas, inkluidas Hechikero y Tartán, han desaparekido. Una Libélula solitaria vuela en církulos por el estanque.

Transcurrió un minuto. Rose se mordía el labio inferior. «Por favor, tenéis que estar a la escucha.»

—¿Hay respuesta? —preguntó Alphonse.

Ella negó con la cabeza.

—Comprobaré la antena.

En sus auriculares comenzó a sonar una serie de pulsos cortos y alargados, y se le aceleró el corazón. Le hizo un gesto a Alphonse para que no tocara nada y redactó el mensaje cifrado en código morse. Mientras lo desencriptaba empezó a sentir náuseas, como si tuviera el estómago lleno de gusanos meneándose. Le pasó el mensaje al joven.

> Todas las ovejas están contabilizadas. ¿Cómo sabe que los lobos han entrado en la propiedad?

—Mierda —dijo Alphonse inclinándose por encima de su hombro —. ¡No se han dado cuenta de que el SD se ha colado en la red!

Frenética, Rose mandó otro mensaje.

> Hace unos días los vi llevarse a Hechicero y Tartán del redil.

Pasaron algunos minutos antes de que el cuartel general mandara otro mensaje.

> Negativo. Tartán y Hechicero continúan en contacto.

—Ay, Dios mío —murmuró Rose, a quien le temblaban las manos.

—Maldita sea —dijo Alphonse—. El condenado SD habrá obligado a vuestra telegrafista a que les dé los códigos de seguridad. Están usando el radiotransmisor haciéndose pasar por agentes británicos.

—¡No! —Rose se volvió hacia él—. La conozco. Ella nunca revelaría sus códigos de seguridad.

Mandó otro mensaje al cuartel general.

¿Han confirmado que todos los códigos de seguridad de Tartán estén en orden?

Transcurrieron otros veinte minutos. Rose tenía la ansiedad por las nubes. Se imaginó al cuartel general repasando las comunicaciones anteriores. Los pulsos en los auriculares hicieron que se estremeciera. Transcribió el mensaje y se desplomó sobre la silla.

Afirmativo. Los lobos han irrumpido en la granja del galeno. Manténgase a la espera de nuevas órdenes.

—Alguien en el cuartel general no escudriñó los códigos de seguridad —dijo Alphonse.

A Rose le temblaba la mano sobre la llave telegráfica.

—¿Cómo ha podido pasar eso?

Alphonse se frotó la barbilla.

—Mi radiotelegrafista fue capturado la primavera pasada y la contrainteligencia del SD se comunicó con el cuartel general y estuvo a punto de hacerme caer en una trampa. Quizá tu telegrafista, cuando la torturaron para que les proporcionara las comprobaciones, le dio al SD la primera pero no la segunda, y eso ha provocado la confusión del cuartel general. En cualquier caso, se ha producido un fallo de seguridad.

A Rose le dolió el corazón al imaginarse fugazmente a Muriel sometida a torturas.

—Pero no importa —añadió Alphonse—. Has obrado una hazaña notable, Libélula. Has evitado que te capturaran, has viajado trescientos kilómetros en bicicleta huyendo del enemigo para encontrar un radiotransmisor y has avisado al cuartel general de la infiltración. Y, aún más importante, quizá hayas salvado la vida de numerosos agentes.

A Rose se le llenaron los ojos de lágrimas. Haber convencido a Londres de que el SD se había infiltrado no le producía ningún alivio, ninguna sensación de autosatisfacción o de consecución. En lo más hondo de su ser, agradecía que algunos agentes salvaran la vida, pero no podía dejar de pensar en los que quizá la habían perdido. Se secó las lágrimas y esperó a recibir órdenes. Pero por la mañana aún no había llegado nada.

35

MONTLUÇON, FRANCIA
5 DE JULIO DE 1943

En el claustro, una galería de arcos de piedra que recorría las paredes interiores del convento, Rose y Alphonse estaban trabajando para modificar la bicicleta de la primera. La cesta de mimbre, adecuada para un maletín de productos cosméticos, no era ni por asomo lo bastante recia como para soportar los trece kilos de la maleta que contenía el radiotransmisor, así que le instalaron una barra portadora de metal en perpendicular al guardabarros trasero. Aquella barra, regalo de la hermana Simone, procedía de una bicicleta rota que yacía oxidándose en el sótano del convento.

Rose dejó caer la llave inglesa en la caja de herramientas, puso la maleta sobre la barra para comprobar su resistencia y añadió el maletín.

—Creo que aguantará —dijo mientras comenzaba a atar el equipaje con una cuerda.

Alphonse examinó la carga.

—Bien hecho.

Rose se pasó las manos por la falda, agradecida a las monjas por que le hubieran lavado y planchado la ropa.

—¿Estás seguro de que no necesitaréis el radiotransmisor?

—Sí —contestó Alphonse—. Tenemos uno extra. Además, prefiero comunicarme con Londres a través de las líneas de correo clandestinas con Suiza.

Habían pasado cinco días desde que Rose había informado a Londres de la infiltración del SD. El cuartel general se había ofrecido a devolver a Rose, Alphonse y otros miembros de la red Pimiento a Inglaterra a bordo de un Hudson de la RAF que iba a aterrizar en un prado cerca de Angers, en Francia. Resultaba que la red de Alphonse también estaba sufriendo la ira del enemigo. Además de uno de sus

radiotelegrafistas, varias personas asociadas a ella habían sido capturadas en los últimos tiempos. Alphonse, que tenía a su prometida en Inglaterra, había aceptado la oferta, pero Rose no.

«En casa ya no tengo a nadie», había pensado. Una parte de su corazón mantenía la esperanza de que Lazare hubiera evitado la captura y de que sus compañeros agentes continuaran con vida. En un primer momento, el cuartel general había rechazado la propuesta de Rose de regresar a París y comenzar a organizar su propia red. Pero ella se mantuvo en sus trece y, después de varias comunicaciones bastante francas, el cuartel general aceptó que Rose dirigiera una operación en Valmondois, a unos cuarenta kilómetros al norte de París, con el objetivo de entregar armas a la Resistencia francesa. Por desgracia, a raíz del derrumbe de las redes del SOE destinadas en la capital, no habían podido proporcionarle un calendario para el despliegue de los nuevos agentes. Por ello, Rose no iba a limitarse a ejercer de organizadora, sino que también realizaría los papeles de correo y telegrafista. Sería, a todos los efectos, la agente y propietaria única de la red Libélula.

—No es tarde para que cambies de idea y te vengas conmigo —le dijo Alphonse mientras preparaba su marcha—. Siempre puedes volver más adelante, cuando la oleada de arrestos del SD se haya detenido. Yo planeo regresar dentro de unos meses y quedarme aquí hasta que Francia sea liberada.

Rose negó con la cabeza.

—No significaría que estés abandonando. Sería una simple retirada en una batalla que es imposible vencer... para así poder ganar esta maldita guerra.

—El corazón me dice que tengo que quedarme —dijo Rose.

—¿Y qué te dice tu cerebro? —preguntó Alphonse.

—Lo mismo —mintió Rose.

—De acuerdo —convino el joven, en apariencia satisfecho—. Buena suerte.

Ella le estrechó la mano.

—Lo mismo te digo.

Alphonse salió del claustro y el repiqueteo de sus botas sobre la piedra acabó por desvanecerse.

Rose encontró a la hermana Simone y a la hermana Justine trabajando en el huerto, que ocupaba un pequeño terreno en la parte

posterior del convento. Les agradeció que le hubieran dado comida, refugio y la barra de la bicicleta; por encima de todo, les agradeció que hubieran encontrado a Alphonse.

—Me habéis ayudado a salvar vidas —dijo—. Ojalá yo pudiera hacer algo por vosotras.

—Ya lo has hecho —contestó Simone con una sonrisa, y se le formaron unas arrugas suaves en las mejillas—. Estás contribuyendo a que Francia recupere la libertad.

Justine se cogió la cruz de madera que llevaba colgada de un cordón alrededor del cuello.

—Que Dios te ayude en los momentos de peligro.

—*Merci.*

Rose se subió a la bicicleta y dejó atrás el convento mientras la melancolía se enroscaba en el interior de su vientre. «No volveré a verlas nunca más.»

Atravesó Montluçon pedaleando, acostumbrándose al peso añadido del radiotransmisor, que tenía un tercio de la masa corporal de Rose. La bicicleta era difícil de manejar en los giros y le representaba un esfuerzo incluso en el terreno llano, cuando tenía que hacer mucha presión con sus piernas doloridas para ganar velocidad. Pero era consciente de que el problema de verdad llegaría cuando se encontrara con las colinas. Se aferró al manillar con aquellas manos encallecidas por las ampollas a medio curar y decidió preocuparse por las pendientes más adelante.

En las afueras de Montluçon, la fábrica de neumáticos Dunlop escupía una humareda negra. Rose se imaginó a los ciudadanos franceses que estarían allí trabajando, explotados por los nazis. Y recordó la petición que había incluido durante su última comunicación con Londres.

> La fábrica de neumáticos de Montluçon está bajo control enemigo. Solicito bombardeo. Libélula.

Esperaba que el cuartel general se tomara en serio su petición. Aunque una misión de aquella envergadura pudiera provocar bajas francesas, sería peor que las máquinas de guerra de Hitler siguieran recibiendo neumáticos con los que prolongar el conflicto y aumentar el número de muertes entre los Aliados.

La ruta de regreso a París debía conducirla por varios de los

mismos pueblos y ciudades, pero con algunos cambios significativos. Tardaría tres días, en vez de dos, en realizar el viaje. Y, gracias a la red católica de la hermana Simone, dispondría de lugares seguros en los que esconderse. Había resultado que Simone tenía muchas más conexiones de lo que Rose había pensado en un principio. Durante su estancia con ella, había descubierto que las hermanas del convento albergaban de vez en cuando a los pilotos de la RAF derribados que huían camino de España. Además, las monjas solían esconder a las familias judías que intentaban escapar hacia Suiza. Deseó que los padres de Lazare hubieran encontrado refugio con la hermana Simone. «¿Dónde estás, Lazare?» Se le encogió el pecho. Hizo fuerza sobre los pedales y notó la quemazón en los muslos.

Rose se pasó los dos días siguientes viajando hacia el norte, tomando la mayor cantidad posible de carreteras secundarias para evitar los controles alemanes. Estaba más preparada para el camino de vuelta, teniendo en cuenta que la hermana Simone le había proporcionado pan, ciruelas, un trozo de queso y una bota llena de agua. Y cada noche había dormido en la seguridad del *cellarium* de un convento, uno en Saint-Martin-d'Auxigny y el otro en Puiseaux. Pero, pese a disponer de comida y descanso, las piernas le palpitaban. Desde las lumbares hasta la base del cuello, su espalda era una maraña de nudos. Las peores partes eran las colinas, que la obligaban a bajarse y empujar la bicicleta cargada. El calor veraniego golpeaba su cuerpo, hacía que su energía se evaporara. Con cada paso, pese al dolor ardiente en las pantorrillas, se obligaba a superar la pendiente e intentaba no pensar en los ciento quince kilómetros que tenía que hacer cada día o, aún peor, en los más de trescientos cincuenta de que constaba el trayecto completo entre Montluçon y Valmondois.

Durante el tercer y último día de su viaje, hizo una pequeña pausa a media mañana cerca de un arroyo solitario en Champcueil. Bebió agua y se comió la última ciruela, sintiendo el estallido de su néctar dulce en la lengua. Puesto que estaba rodeada de un bosque cerrado y no había casas a la vista, se quitó la ropa y se metió en el arroyo. El frescor de la corriente calmó la quemazón de sus pies y relajó sus piernas doloridas. Un recuerdo fugaz de su madre cuando le había enseñado a nadar en las aguas gélidas del estanque femenino de Kenwood llenó su mente.

—No pienso rendirme, mamá —dijo en un susurro, hundiendo el

cuerpo bajo la superficie.

Se bañó, se sentó en la arena de la orilla para dejar que el sol le secara la piel y se vistió. Cuando se aprestaba a marcharse, vaciló al ver las correas de su equipaje. «Tengo que parecer una joven que se pasea en bicicleta por el pueblo.» Cogió el maletín y se puso colorete, lápiz de labios y una pizca de perfume en el cuello y las muñecas. Con el cuerpo y el espíritu renovados, al menos de momento, se subió a la bicicleta y se alejó pedaleando.

A los tres kilómetros, después de una curva muy cerrada, se encontró con que un camión de la Wehrmacht bloqueaba la carretera. Se le aceleró el corazón mientras buscaba un camino hacia el que desviarse, pero ya era demasiado tarde.

Un soldado plantado en el arcén con un rifle colgado del hombro levantó la mano.

—*Halt!*

A Rose se le secó la boca. Aumentó la presión sobre el manillar para evitar que le temblaran los brazos. «Mantén la calma.»

El soldado se caló el casco y salió a la carretera.

Rose se detuvo a un lado de la misma.

—*Bonjour* —dijo, haciendo como que se sentía aliviada por tomarse un descanso y dejar de pedalear.

El soldado, un joven de ojos azules que tendría diecinueve o veinte años, a juzgar por la ausencia de barba incipiente, sujetó con fuerza la correa del rifle.

—*Papiers, mademoiselle.*

Rose le sonrió.

—¿Hablas francés?

—*Oui* —contestó él de manera abrupta—. *Papiers.*

Ella sacó los documentos del bolso, que llevaba en la cesta frontal, y se los entregó.

El soldado los examinó.

Sentada a horcajadas sobre la bicicleta, Rose se levantó la falda para frotarse la rodilla.

El joven desvió la mirada de su identificación.

Rose se cogió uno de los botones de la blusa y agitó la tela sedosa contra el esternón, como si intentara abanicarse para escapar al calor veraniego.

El soldado le devolvió los documentos. Se levantó el casco y se

secó el sudor de la frente con la manga.

—¿Qué hay en las maletas?

El miedo inundó a Rose, que fijó la vista en la nuez del hombre. «¡Aplástale la laringe con el puño, joder!», bramó el teniente Clarke dentro de su cabeza. Enterró la voz de su instructor de combate, consciente de que no podría vencer en una pelea contra un soldado, sobre todo sin contar con un arma.

—Un radiotransmisor —respondió con tranquilidad.

El soldado enarcó las cejas.

—Iba camino de contactar con el cuartel general del enemigo. —Se inclinó hacia delante, acercándose al hombre—. Soy una espía.

La expresión del joven se relajó. Esbozó una sonrisa.

Rose se rio entre dientes.

El soldado se rio también.

Con una sonrisa, ella llevó la muñeca hacia la nariz del joven.

—Huele.

El alemán vaciló.

—Venga —insistió Rose.

Él olisqueó, con la cara flotando sobre su brazo.

—Es agradable.

—Vendo productos cosméticos. —Rose se bajó de la bicicleta, le puso el caballete y abrió el maletín mientras se acercaba al soldado—. ¿De dónde eres?

El muchacho miró a su espalda, como si le preocupara que su comandante pudiera aparecer en cualquier momento.

—De Hamburgo.

—Quizá a la esposa que tienes en Hamburgo le gustaría un perfume —dijo mostrándole el contenido del maletín.

—No estoy casado —repuso él, con una expresión que parecía divertida.

Rose le miró a los ojos. Cerró el maletín y se acercó unos centímetros más, luchando contra la repulsión que le aguijoneaba el estómago.

—¿Cómo te llamas?

—Otto —contestó él indeciso—. ¿Y tú?

—Acabas de leer mi documentación —replicó ella tocándose el pelo—. ¿Ya lo has olvidado?

El soldado se sonrojó.

Rose le sonrió.

—Aline.

—¿Vienes por aquí a menudo, Aline? —preguntó él.

—Algunas veces por semana —respondió ella—. ¿Dónde estás destinado?

—En Mennecy. —Se ajustó el rifle que le colgaba del hombro—. Está a veinte minutos al norte de aquí en bicicleta. Suelo tener las tardes libres. Hay un café en el pueblo. Quizá podrías encontrar un rato para venir a verme.

—Es una oferta muy dulce. —Rose consideró la propuesta del alemán mientras volvía a asegurar el maletín a la barra. Se levantó la falda, mostrando el muslo, y se subió a la bicicleta.

El soldado puso una mano sobre el manillar.

—¿Qué te parece esta noche?

—Me encantaría, pero tengo que llevarle unos cosméticos a una mujer de París.

Él frunció el ceño.

—Aunque el viernes por la tarde estoy libre —añadió.

El soldado sonrió. Rose oyó que se acercaba un vehículo. Él retiró la mano de la bicicleta.

—*Au revoir*, Otto. —Rose comenzó a pedalear, esforzándose al máximo para ocultar el agotamiento de sus piernas, debido al peso del radiotransmisor.

—¡El viernes! —le gritó el soldado.

Ella le saludó con la mano. «Gracias a Dios, no ha querido quedar como un idiota inspeccionando la maleta.» Ganó velocidad, ansiosa por alejarse todo lo posible del control de carreteras. El corazón le martilleaba en el pecho, bombeaba un líquido espeso que era una mezcla de asco y confianza. Recordó el momento en que su mente se había disparado, haciendo un esfuerzo por dar con la manera de no abrir la maleta ante el soldado. No era que tuviese mucha experiencia flirteando con los hombres. Como tampoco, siendo una mujer de cuerpo pequeño con una figura de escasas curvas, disponía de los atributos —o eso pensaba ella— que les hacían volver la cabeza. Lo que había motivado el ardid de engañar al soldado era un recuerdo de la infancia protagonizado por su hermano que permanecía enterrado en las profundidades de su subconsciente.

Un sábado del mes de noviembre, antes del día de Guy Fawkes,

cuando estaban en la escuela primaria, Charlie había bajado la escalera corriendo con una caja de zapatos bajo el brazo.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó su madre mientras revolvía las gachas.

—Fuegos artificiales —exclamó Charlie—. ¡Voy a hacer una hoguera!

Su madre puso los brazos en jarras.

—Vamos, Charlie, ¿qué hay?

El niño le ofreció la caja y repuso:

—¿Quieres ver un ratón?

Su madre lanzó un chillido y le dijo que se deshiciera del animal, y que lo hiciera bien lejos de la residencia Teasdale. Rose se puso el abrigo y acompañó a su hermano hasta el parque arbolado. Charlie dejó la caja en el suelo y ella se aprestó a salir corriendo, en caso de que el pequeño roedor se escabullera en su dirección. En su lugar, Charlie sonrió y sacó de la caja varios paquetes de petardos. Rose se quedó boquiabierta. Él le dio una caja de cerillas y le concedió el honor de encender la primera ristra, asegurándose así de que guardara silencio sobre aquella argucia. Con la sensación de estar haciendo una pequeña travesura, ella encendió la mecha. Mientras la andanada de explosiones resonaba en el parque, Rose se maravilló ante el hecho de que su madre hubiera dejado de inspeccionar la caja de zapatos después de que Charlie le contara la verdad acerca de su contenido. Y, técnicamente, no había dicho ninguna mentira cuando se limitó a preguntarle si quería ver un ratón.

«A veces, la mejor mentira consiste en no mentir.» Pedaleó con fuerza, intentando liberar la adrenalina. «Gracias, mi querido y dulce Charlie.» Siguió adelante con el convencimiento, quizá por vez primera desde su llegada a Francia, de que no solo era capaz de mostrarse como una agente astuta, sino de que podría organizar una red de manera competente.

Estaba cayendo el sol cuando Rose llegó a Valmondois, un municipio rural que, a juzgar por el tamaño de su centro, tendría varios centenares de habitantes. Exhausta, maniobró con esfuerzo por las calles adoquinadas, que sacudieron su cuerpo como si fuera un globo de nieve. El murmullo del agua la condujo hasta un silo abandonado, parecido al que Claudius le había descrito antes de marcharse de las catacumbas. Los tres pisos del edificio de piedra

daban la espalda a un río. Allí, troncos y desechos obstruían la rueda hidráulica rota que en su día debió de proporcionar energía al granero. Todas las ventanas, incluidas las de la entrada delantera, estaban tapiadas con tablones. Rose se bajó de la bicicleta, lo que le provocó latigazos de dolor en las rodillas y a lo largo de la espalda. Se moría por estirar la columna, endurecida después de haberse pasado tantas horas encorvada sobre el manillar, y empujó la bicicleta hasta la parte trasera del edificio. Encontró una puerta de servicio cerrada con llave; llamó y se quedó a la espera. Pero no hubo respuesta. Estaba anocheciendo y no tenía adónde ir, así que forzó la cerradura con las horquillas del pelo. Entró en una habitación húmeda y oscura, y de repente sintió la presión del frío acero de una pistola contra la cabeza.

Se quedó paralizada.

—Estoy buscando a Claudius —dijo con el corazón martilleándole las costillas.

Dejó de notar aquella presión en la sien.

—*Mon Dieu* —dijo una voz familiar—. He estado a punto de matarte.

Rose exhaló.

Claudius encendió una cerilla y prendió un farol, que proyectó su brillo sobre la planta baja del granero. En ella había una mesa, sillas y varios catres, lo que transmitía la sensación de que el lugar estuviera ocupado ilegalmente. A continuación, el hombre le dio un abrazo y la besó en ambas mejillas. Entró la bicicleta cargando con ella y cerró la puerta con llave.

Rose se derrumbó sobre una silla.

Claudius se sentó también y se quitó la boina. La luz de la lámpara se reflejó sobre su calva.

—¿Lograste comunicarte con Londres?

—*Oui* —contestó Rose.

Él le pasó una botella de vino medio llena.

Ella bebió un trago. El vino tenía un aroma amargo y almizcleño, como de vinagre diluido. Pese a su sabor desagradable, bebió un poco más y se lo contó todo: el viaje, la hermana Simone, el encuentro con Alphonse, la comunicación con el cuartel general del SOE y la decisión de rechazar que la sacaran del país a bordo de un Hudson de la RAF.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó él.

—Tengo un radiotransmisor —indicó Rose señalando la maleta sobre la bicicleta—. Y me han ascendido.

Claudius se rascó una de sus gruesas patillas.

—Voy a dirigir una red encargada de entregar armas a la Resistencia francesa —añadió—. Y eso significa que voy a necesitar tu ayuda, si es que sigues dedicándote a reclutar combatientes y recibir armamento.

—Pues claro —respondió él con una sonrisa—. Pero te habría convenido más irte a casa.

«No puedo irme», pensó Rose, y tomó un trago de vino como preparación para lo que había deseado preguntarle a Claudius en el momento en que se reuniera con él. El ardor le bajó por el esófago para quedarse reposando en su estómago. Le miró y rezó por que le dijera las palabras que ella tanto ansiaba oír.

—¿Ha habido noticias de Lazare?

El hombre bajó la vista.

Rose se quedó sin respiración.

—Le han capturado.

Una punzada atravesó su pecho.

—¿Está vivo?

—No lo sé.

—¿Adónde lo han llevado? —preguntó ella con voz temblorosa.

Claudius se sacó un cigarrillo del bolsillo del pecho, pero no hizo ningún esfuerzo por encenderlo.

—Al cuartel parisino del SD.

«¡No!» Rose intentó ponerse en pie, pero las piernas le fallaron.

—Tenemos que hacer algo —gimió.

—El cuartel del SD está muy vigilado. Intentar liberarle sería una misión suicida. —Los ojos de Claudius se anegaron de lágrimas—. Lazare está en manos de Dios. Debemos tener fe en que pueda sobrevivir.

Rose respiró de manera entrecortada.

—Seguiremos luchando hasta el día en que Francia sea libre y Lazare vuelva a casa. —La miró—. Y volverá.

«¡No! ¡Esto no puede estar pasando!» El sueño de reencontrarse con Lazare quedó aplastado por una oleada de desesperación. Era consciente de que las posibilidades de que el joven sobreviviera a un campo de prisioneros alemán eran a lo sumo escasas, y eso si no lo

ejecutaban después de torturarlo para extraerle información. Sintió una náusea en la garganta. Afligida y destrozada, escondió la cabeza entre las manos y comenzó a llorar.

Tercera parte
L'emprisonnement

36

AMIENS, FRANCIA
10 DE DICIEMBRE DE 1943

Lazare se cogió a los barrotes de hierro de la celda y el frío penetró en sus dedos. Aunque le hubieran quitado la prótesis meses antes, seguía teniendo la sensación de que su mano mala estaba desnuda. El pasillo del ala norte de la cárcel de Amiens estaba iluminado por bombillas que colgaban del techo protegidas por una especie de jaula. Las condiciones de frío y humedad en aquel pabellón parecían las de una cámara frigorífica para la carne, y el aire apestaba a orina y heces. Ladeó la cabeza para mirar más allá de los barrotes, pero no vio señal de los guardias.

Felix se levantó de la litera, atravesó los tres metros de lado que tenía la celda y se dirigió a él en un susurro:

—No tardarán en venir.

En los intestinos de Lazare se retorcía el malestar de la anticipación.

Después de sufrir dos semanas de sádicas torturas físicas y mentales en el cuartel general de los nazis en la avenue Foch, Lazare, Felix y varios miembros de la Resistencia francesa habían sido trasladados a la cárcel de Amiens, a ciento veinte kilómetros al norte de París. Lazare tenía la piel del pecho y de la espalda repleta de las cicatrices que le habían dejado las repetidas palizas con una cadena de metal, así como las cosas atroces que le habían hecho con instrumentos dentales. Apenas podía levantar los brazos por encima de la cabeza porque se le habían dislocado los hombros cuando lo ataban con una soga y lo dejaban colgando de una polea en el techo como un trozo de carne puesto a madurar. El dolor y la falta de sueño habían estado a punto de quebrarle, pero se había enfrentado a todo ello y su mente y su corazón se habían negado a facilitar a los nazis cualquier información que pudiera comprometer aún más las redes

francesas y, lo más importante, conducirlos hasta Rose.

Lazare pensaba que Felix también había guardado silencio. De hecho, al parecer había logrado convencer al SD de que no era un agente del SOE; de otro modo, quizá no lo habrían mandado a la cárcel de Amiens, que los alemanes usaban principalmente para retener a los miembros de la Resistencia francesa. Lazare admiraba la lealtad de Felix hacia Francia pero, puesto que los alemanes consideraban que los resistentes franceses eran terroristas, quizá habría sido más seguro para él que lo declararan agente británico, lo cual le habría dado una oportunidad, aunque pequeña, de recibir trato de prisionero militar de guerra.

Después de ser torturados en el cuartel del SD, Lazare, Felix y una docena de prisioneros franceses habían sido esposados y transportados en camiones hacia la campiña. No les dijeron adónde los conducían, y eso provocó rumores de que los iban a ejecutar. Los prisioneros, Lazare incluido, se encontraban en una forma física demasiado lamentable como para intentar escapar, algo que sin duda los habría llevado a ser acribillados por el fuego alemán. Una imagen en la que se veía cosido a balazos y enterrado en una zanja ocupó la mente del joven. «Lo siento, Rose. Ojalá dispusiéramos de una oportunidad.» Hundió la cabeza entre las manos y rezó por que ella estuviera a salvo lejos, muy lejos de Francia.

Unas horas después de salir de París, el convoy alemán se detuvo en una localidad rural que contenía una prisión de gran tamaño, rodeada por muros de unos seis metros de altura. Dentro había tres amplios pabellones, atravesados por dos puestos de guardia de los alemanes. Los obligaron a desnudarse y les dieron ropa de color marrón, idéntica a la de los otros setecientos prisioneros de la cárcel de Amiens. A Lazare lo encerraron en una celda con Felix y Ernest, y allí se quedaron, a excepción de la hora diaria durante la que podían salir a caminar por el patio, y los turnos irregulares de letrina en una construcción externa de madera que contenía un único banco comunitario con treinta agujeros. Las comidas —que recibían dos veces al día, por la mañana y al anochecer— consistían en un caldo de col pútrida y pan mezclado con serrín.

El repiqueteo de unas botas alemanas hizo que a Lazare se le secara la boca. Miró a Felix, que tenía los ojos inyectados en sangre, y dijo:

—Es la hora.

Felix se pasó una mano por el cabello grasiento, respiró hondo y exhaló.

Lazare se volvió y se puso en cuclillas al lado de Ernest, el combatiente junto al que lo habían capturado en Ableiges, que estaba sentado en su litera con la cabeza gacha.

Ernest estaba temblando. El brazo que le habían roto varias veces durante la tortura se había soldado de manera defectuosa y su parte anterior estaba combada como la rama de un peral bajo el peso excesivo de la fruta. Con la ayuda de Felix, Lazare le había colocado el brazo lo mejor posible, usando tiras de tela en vez de férulas que mantuvieran los huesos en su sitio. Pero, tal y como Ernest había predicho, el SD le había roto el brazo una y otra vez, y había convertido a aquel enorme combatiente de la Resistencia en una sombra de su antiguo ser.

—¿Necesitas ayuda para ponerte en pie? —le preguntó.

—*Non* —contestó Ernest con voz cavernosa. Se cogió del armazón de la litera e hizo el esfuerzo de levantarse mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Lazare le apoyó una mano en el hombro.

—Lo siento —se lamentó Ernest gimoteando—. Durante la tortura dije algunas cosas que...

—No tienes nada de lo que avergonzarte —le interrumpió Lazare. Un recuerdo fugaz de su propia tortura hizo que le doliera el pecho. «Todo el mundo tiene un límite. Unos días más y el SD también me habría quebrado a mí»—. Has honrado a Francia y estoy orgulloso de haber combatido a tu lado.

Felix cogió la mano de Ernest con fuerza.

—*Adieu* —dijo este entre dientes.

La llave produjo un sonido metálico dentro de la cerradura. Ernest se encogió de miedo. Tres guardias alemanes —dos con ametralladoras y el tercero, empuñando una porra— abrieron la puerta de la celda. El de la porra hizo un gesto para que Lazare y Felix se dirigieran hacia la pared del fondo.

Ambos se pusieron las manos sobre la cabeza y retrocedieron.

Esposaron a Ernest y lo condujeron fuera de la celda. La puerta de barrotes de hierro se cerró con un ruido metálico que resonó a lo largo del pasillo.

Lazare sintió una oleada de indignación. Se lanzó hacia delante y se cogió a los barrotes. Mientras los soldados escoltaban a Ernest, un ardor patriótico creció en su interior y le llevó a gritar un verso de una canción titulada *Le chant des partisans*. La había escuchado, antes de que le capturaran, en Radio Londres, que dirigían los Franceses Libres que habían escapado a la ocupación alemana y que se emitía desde Londres a través de la BBC. La letra y la melodía de la canción, que invitaba a los franceses a sublevarse, habían quedado grabadas a fuego en su cabeza y en su corazón. Pese a las consecuencias que tendría su acto, levantó la voz y cantó.

—*Halt!* —El soldado alemán levantó la porra.

Sus camaradas se detuvieron y empujaron a Ernest contra la pared.

Lazare continuó cantando.

Felix introdujo la cara entre los barrotes y bramó un verso.

El soldado se acercó a la puerta de la celda y golpeó la porra contra los barrotes.

—*Aufhören!*

Lazare y Felix se echaron hacia atrás con rapidez, pero no dejaron de cantar.

Los prisioneros de una celda cercana se pusieron a cantar a voz en cuello el siguiente verso de *Le chant des partisans*. No tardó en unírseles el resto del pabellón, las voces de los reclusos resonando entre los pasillos de mampostería.

El soldado se miró el reloj y fulminó a Lazare con la mirada.

—*Ich komme wieder* —dijo entre dientes, e hizo un gesto a sus compañeros para que se llevaran a Ernest.

Lazare sintió un fogonazo de determinación. «Podéis llevaros nuestros cuerpos, pero no nuestras almas.»

—*Vive la France!* —gritó Ernest en el momento en que lo obligaban a salir del pabellón.

Lazare y los demás prisioneros siguieron cantando durante varios minutos, hasta que las campanas de una iglesia de Amiens comenzaron a repicar para señalar el mediodía. Las voces se desvanecieron. Unos segundos después de que sonara la campanada número doce, una andanada de disparos atronó en el patio. A Lazare se le llenaron los ojos de lágrimas y retomó la canción, dirigió a los prisioneros en dos versos más de *Le chant des partisans*.

37

AMIENS, FRANCIA
20 DE DICIEMBRE DE 1943

Maltratado y magullado, Lazare entró en el patio de la cárcel de Amiens. La luz del sol le golpeó la cara y le llevó a entornar los ojos. En cuanto su vista se acostumbró, fue a juntarse con un grupo de prisioneros en busca de Felix.

Había pasado más de una semana desde la ejecución de Ernest, y ya eran casi una docena las que habían tenido lugar desde que llegó a la cárcel. Las sentencias a muerte de los alemanes no parecían seguir una metodología clara. Si los nazis debían indultar a alguien, a juicio de Lazare esa persona era Ernest. Al fin y al cabo, el hombre se había quebrado bajo la tortura y les había proporcionado información. «Quieren que vivamos con miedo, preguntándonos a quién matarán a continuación.»

Después de la ejecución de Ernest, el guardia alemán de la porra había regresado con seis compañeros y, por considerarlos unos alborotadores, había separado a Lazare y a Felix. A este último lo esposaron y se lo llevaron a rastras a un edificio diferente, en el que había una celda de aislamiento. Mientras tanto, los guardias alemanes sujetaron a Lazare, pegaron sus muñecas y tobillos al suelo de cemento con manos sudorosas, y le propinaron una paliza despiadada, golpeándole con la porra en la espalda y en las piernas.

Incapaz de tenerse en pie, Lazare se quedó más de un día en la litera. Cuando reunió la fuerza suficiente como para arrastrarse, se dirigió a la bandeja de comida que le habían dejado junto a la puerta de la celda y se obligó a comer, engullendo la col podrida. Con el paso de los días, la inflamación de las rodillas fue menguando y pudo ponerse en pie, y más tarde caminar. Se pasó aquella semana de recuperación reviviendo las horas que había estado junto a Rose, las conversaciones que habían mantenido sobre sus familias, el timbre

elocuente de su voz, el hormigueo que había sentido en la piel cuando ella le tocaba. Se la imaginó huyendo al Reino Unido y disfrutando de una vida larga y dichosa.

Reprimió las ideas acerca de aquel futuro perdido y se mezcló con los demás prisioneros que había en el patio. Se encontró a Felix, que tenía los ojos morados, del color de la berenjena, sentado en el suelo, cerca de la letrina comunitaria.

El hombre le sonrió y él vio que le faltaba un incisivo.

—Estás vivo.

Lazare se sentó, lo que le provocó un latigazo en las corvas. Se encogió de dolor y se frotó las piernas.

—Parece que te han zurrado un poco —comentó Felix.

Él asintió con la cabeza.

—¿Tú estás bien?

—Me recuperaré. —Felix cogió una brizna de hierba y la enrolló entre los dedos.

Varios guardias alemanes armados con ametralladoras vigilaban el perímetro rodeado por el muro de seis metros de alto. Un grupo de oficiales nazis fumaba cigarrillos cerca de una garita. Felix le dio un golpecito a Lazare en la bota.

—Hay rumores de que Italia se ha rendido ante los Aliados, ha cambiado de bando y le ha declarado la guerra a Alemania.

—¿Cuándo? —preguntó Lazare.

—Hace unos meses.

Lazare sintió una sacudida. «Estamos desconectados del resto del mundo.»

—Si los rumores son ciertos —prosiguió Felix—, solo es cuestión de tiempo que se produzca una invasión aliada.

Un rescoldo de esperanza prendió en el interior del joven.

—Tenemos que aguantar hasta que Francia sea liberada.

—Pueden tardar meses —replicó Felix.

—Quizá un año o más —añadió Lazare, que pensó fugazmente en sus padres, en algún campo de trabajo alemán. «Por favor, tenéis que seguir vivos.»

Pese al dolor y a los calambres provocados por el hambre, los rumores hicieron que experimentara un acceso de energía. Invitó a Felix a dar una vuelta alrededor del patio. Puesto que aún estaba recuperándose de los castigos recibidos, Lazare caminaba con lentitud,

arrastrando los pies.

—Estoy en ese edificio —comentó Felix señalando un ala de la prisión.

—¿Cuántas personas hay en tu celda? —le preguntó Lazare.

—Dos, ambas de la Resistencia.

—¿Como tú? —inquirió Lazare.

—Por supuesto —dijo Felix con una ligera sonrisa—. ¿Y tú qué?

—Yo estoy solo en la celda —contestó él—. Pero al ritmo con que están llegando los camiones de prisioneros, es solo cuestión de tiempo que se llene, y la cárcel igual.

—Es por tus canciones, joder —soltó Felix—. ¿Quién querría compartir litera con alguien que desentona tanto?

—Intentaré mejorar. —Lazare agradeció el intento de pullita que le había lanzado Felix. De manera extraña, hizo que se sintiera humano, cosa que no le había sucedido desde su captura.

Dieron varias vueltas al patio. Después de casi una hora, Lazare anticipó que los guardias estaban a punto de obligarlos a regresar a sus pabellones. En cambio, hicieron salir a más prisioneros y les pidieron que se alinearan en el patio. Más guardias, armados con rifles y ametralladoras, salieron de las garitas y tomaron posiciones alrededor del perímetro del muro. Los prisioneros no tardaron en formar filas compactas, hombro contra hombro.

A Lazare se le hizo un nudo en el estómago.

—Algo va mal —le dijo en un susurro a Felix, que estaba parado a su lado.

El hombre asintió con la cabeza.

Un oficial de las SS que llevaba las botas lustradas y una gorra con la insignia plateada del cráneo y los huesos cruzados salió de una garita y se subió a una pequeña plataforma de madera. Paseó la mirada sobre los prisioneros y se llevó un megáfono de estaño a la boca. Se hizo el silencio.

—¡Por orden del *Drittes Reich* —gritó el oficial, hablando en francés—, los siguientes prisioneros serán ejecutados a las doce del mediodía del decimonoveno día de febrero de 1944!

—*Mon Dieu* —susurró Felix—. Van a tener a esos pobres cabrones sufriendo durante dos meses hasta que los lleven al paredón.

Lazare experimentó un acceso de rabia.

—¡Jules Gagneux! —bramó el oficial alemán—. ¡Édouard Proulx,

Henri Fortier...!

Lazare juntó las manos.

El oficial continuó leyendo. Su voz resonaba en el patio.

—¡Pierre Baudin, Fernand Macon...!

Dos filas por delante de Lazare, un prisionero cayó de rodillas. Un guardia se dirigió a toda velocidad hacia él, apuntándole con el rifle. Los compañeros del hombre le ayudaron a ponerse en pie.

—¡Étienne Thibault, Francis Neuville, Felix Renaud...!

A Lazare se le cayó el alma a los pies.

—Hijos de puta —dijo Felix entre dientes, manteniendo el mentón en alto.

Pasaban los minutos y el oficial alemán seguía leyendo nombres, uno detrás de otro. «¿Es que nos van a fusilar a todos?» Se le hizo un nudo en la garganta debido a las náuseas. Levantó la vista hacia el cielo, manchado de nubes de color gris, y se quedó esperando a que dijeran su nombre.

38

VALMONDOIS, FRANCIA
27 DE DICIEMBRE DE 1943

En el interior del granero abandonado, Rose estaba haciendo inventario de los suministros almacenados en los contenedores de aluminio que había lanzado la RAF: cajas de explosivo plástico, docenas de granadas, cuarenta subfusiles, treinta y seis pistolas, veinte rifles y cajas de munición. «Tenemos armamento suficiente como para enfrentarnos a varios pelotones de la Wehrmacht.» El granero, transformado en un depósito de suministros del ejército británico, se usaba para armar a la Resistencia en preparación para la futura invasión aliada. Las fuerzas británicas, estadounidenses y canadienses estaban haciendo retroceder la marea nazi en Italia, pero se ignoraba cuándo tendría lugar la invasión de Francia, teniendo en cuenta que el ejército de Hitler se había hecho fuerte en el país y sus fronteras.

Desde la llegada de Rose a Valmondois, el SOE no dejaba de rechazar sus peticiones para que destinaran agentes a sus órdenes, así que seguía actuando como organizadora, correo y radiotelegrafista de su propia red, Libélula. Había acordado varias entregas de la RAF que, con Claudius y miembros de la Resistencia, habían trasladado hasta allí desde puntos de aterrizaje perdidos en la campiña. Y durante los meses anteriores no solo había introducido amplias cantidades de armamento británico, sino que también —con la ayuda de Claudius— había reclutado a más de setenta combatientes de la Resistencia; la mayoría, granjeros rurales a los que se había considerado demasiado viejos o incapacitados físicamente para luchar con el ejército francés cuando estalló la guerra en Europa. A todos los efectos, Rose había sido el revulsivo para que Claudius reconstruyera su diezmada red de la Resistencia como el fénix que renace de sus cenizas.

Durante los meses anteriores, Rose había liderado varias misiones de sabotaje de la Resistencia; habían destruido líneas férreas y un

puente de armadura entre París y Compiègne, lo que había retrasado la exportación de suministros franceses con destino a Alemania. No obstante, Rose pensaba que su misión de sabotaje más importante era una en la que no había participado de manera directa. En septiembre había recibido un mensaje encriptado del cuartel del SOE que se limitaba a anunciar:

> Los neumáticos de Montluçon se han quedado sin aire.

Se sorprendió, pues había olvidado la recomendación para que se bombardeara la fábrica de neumáticos Dunlop en Montluçon, que controlaban los alemanes. Se preguntó si su petición habría motivado el bombardeo o si este ya estaba planeado y el cuartel general se había limitado a informarla a causa de su indagación. «Lo más probable es que no llegue a enterarme nunca.» Aunque se sintió aliviada al saber que el ejército alemán ya no podría instalar neumáticos franceses en sus aviones y vehículos, también la afligió pensar que podrían haber muerto personas inocentes, civiles obligados por los nazis a trabajar en la planta.

—Hiciste lo correcto —la tranquilizó Claudius—. Esto acortará la guerra y salvará vidas.

Ella agradeció aquella afirmación, pero la idea de que hubiera habido civiles muertos, igual que sus padres, era un gran peso sobre su alma.

Rose no estaba demasiado satisfecha de lo que había conseguido. Sin duda, sus padres y su hermano habrían visto con orgullo lo que estaba haciendo para ayudar a Francia y al Reino Unido. Pero cualquier sensación de consecución se veía anulada por el hecho de que Lazare siguiera encarcelado. Y la única manera de liberarle, a su juicio, consistía en ayudar a que la invasión aliada se acelerara. «Algún día, la guerra llegará a su fin y podremos estar juntos.»

Había descubierto algunos meses antes, a través de Claudius, que Lazare y Felix habían sido trasladados a una cárcel cerca de allí. Claudius había obtenido la información de un hombre llamado Dominique Ponchardier, quien había establecido la red Sosias de la Resistencia francesa en Amiens. Pero no había recibido noticias de Muriel, y Rose había dado por hecho que la habrían torturado y enviado a un campo de prisioneros. La pérdida de sus camaradas la afligía, la obligaba a hacer todo lo que estuviera en su mano para

acelerar el fin de la guerra y devolverlos a casa.

Dos veces había ido en bicicleta hasta Amiens, lo que desde Valmondois equivalía a dedicar toda una jornada entre el viaje de ida y el de vuelta. La cárcel se elevaba en un amplio terreno abierto y la rodeaban cuatro calles, lo que le había permitido rodear su perímetro. Los muros de gran altura que se cernían sobre el lugar imposibilitaron que viera a algún prisionero. Lo único que se movía allí eran las banderas de la esvástica, que ondeaban en las esquinas, y algún guardia que de vez en cuando entraba o salía por la puerta principal. Se imaginó a Lazare en alguna parte de su interior, vivo y en buenas condiciones. Rogó por que le estuvieran tratando con humanidad, pero en lo más profundo de su ser era consciente de que el joven estaría obligado a soportar torturas.

La cerradura de la puerta del granero emitió un chasquido. Claudius entró mientras se guardaba la llave en el bolsillo.

—*Bonjour* —dijo Rose acudiendo a su encuentro—. Ya casi he acabado con el inventario de los suministros. Esta tarde me pondré en contacto con Londres para organizar otra entrega de la RAF.

Pálido, Claudius se quitó la boina de la cabeza y se la pegó al pecho.

A Rose se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué sucede?

—He recibido una comunicación de Dominique Ponchardier. —El hombre hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Los alemanes planean ejecutar a más de cien prisioneros de la cárcel de Amiens.

Una puñalada de dolor atravesó el pecho de Rose.

—¿Lazare?

Claudius asintió con la cabeza.

—Y Felix.

—*Non!* —Le temblaban las rodillas, tuvo que cogerse de una silla para no caer—. ¿Es posible que Dominique esté equivocado?

—Es poco probable —contestó Claudius—. Un francés que hace entregas de productos en la cárcel le dio los nombres. Lazare y Felix están en la lista.

«¡Esto no puede estar sucediendo!» Sintió una oleada de náuseas.

—Lo siento —dijo él secándose los ojos.

Rose exhaló de forma entrecortada.

—¿Cuándo será la ejecución?

—El diecinueve de febrero.

La joven reprimió la acidez que le subía por el esófago.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —gimió.

Claudius hundió los hombros.

—A falta de una invasión aliada, me temo que sería inútil.

—Reuniremos a los combatientes de la Resistencia —dijo Rose, a quien la desesperación le nublaba el juicio—. Sitiaremos la cárcel.

—Sería inútil —repuso Claudius.

Ella cerró los puños, se clavó las uñas en las palmas.

—¡No voy a permitir que los nazis cometan una ejecución masiva sin presentar batalla, joder!

Él asintió con la cabeza y se metió la gorra en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Puedes organizar un encuentro con Dominique? —preguntó ella esforzándose por reprimir la pena que sentía.

—*Oui* —contestó Claudius—. Pero ¿para qué?

—Para debatir las opciones que tenemos —expuso Rose, y se volvió para dirigirse hacia la escalera.

—¿Adónde vas?

—A informar a Londres.

—Organizaré la reunión. —Claudius dio media vuelta, salió del granero y cerró la puerta tras de sí.

Rose subió la escalera camino de la buhardilla del tercer piso, donde guardaba el radiotransmisor. Con cada paso, una desesperación cancerosa se iba extendiendo por su pecho. Al llegar a la buhardilla, se derrumbó en un rincón cubierto de polvo y telarañas. Se rodeó las rodillas con los brazos y se echó a llorar.

«¡No puedes morir! ¡Tiene que haber algo que yo pueda hacer!» En aquel refugio elevado, Rose bajó la guardia y se permitió sollozar mientras su cuerpo temblaba como una hoja frágil. Y sabía a la perfección que, en cuanto retomara sus labores de agente del SOE, se desprendería de aquella capa de debilidad. A su juicio, no tenía otra elección que la de ser fuerte. Imparable. Poco a poco fue recuperando la compostura. Se secó las lágrimas y pulsó el interruptor del radiotransmisor. Se puso los auriculares, afianzó la mano sobre la llave telegráfica y mandó un mensaje encriptado en código morse, informando al cuartel general de la ejecución inminente de más de

cien miembros de la Resistencia francesa, incluido Hechicero; es decir, Felix. «Y Lazare», pensó con una punzada de dolor en el pecho.

El cuartel general contestó confirmando que había recibido la información.

Rose mandó otro mensaje solicitando ayuda para elaborar un plan que permitiera salvar a los prisioneros. Pasaron varios minutos. Ella se quedó escuchando, a la espera de que las señales sonaran en sus auriculares, pero no obtuvo más que silencio.

Al día siguiente, Rose y Claudius se dirigieron a una granja solitaria cerca de Abbeville-Saint-Lucien. Su método de transporte fue un camión que Claudius mantenía oculto en el granero. Rose se sentía agitada por la anticipación, que contrarrestaba la falta de sueño. Se había pasado toda la noche en vela, preguntándose si Dominique y Claudius, además de los servicios británicos, aceptarían un plan radical para salvar a los prisioneros. «No me importa que crean que me he vuelto loca. Tenemos que intentar hacer algo; de otro modo, cien hombres, entre ellos Lazare y Felix, van a ser fusilados.»

Al entrar en la vivienda, dos partisanos armados, con más aspecto de guardaespaldas que de combatientes de la Resistencia, guiaron a Rose y a Claudius hasta una despensa en el sótano. Un aroma a tierra y verdura mohosa llenaba el aire. Un hombre ancho de espaldas, de unos veintitantos años, con los labios finos y la línea del cabello alta y en forma de uve, estaba parado junto a una mesa y unos taburetes.

—Dominique —dijo Claudius estrechándole la mano—. Esta es Libélula.

Rose le estrechó también la mano, que doblaba la suya en tamaño.

—*Bonjour*.

Dominique les hizo un gesto para que se sentaran.

Los guardaespaldas, con el pecho cruzado por pistoleras, se quedaron de pie junto a la escalera.

—¿Le importaría si Claudius y yo hablamos con usted a solas? —preguntó Rose.

Dominique pareció irritarse un poco y se removió en el taburete.

—Tengo una información delicada que darle —añadió Rose.

Dominique despidió a sus hombres con un gesto de la mano que

los envió al piso de arriba.

—Claudius me ha dicho que quiere discutir la noticia de las ejecuciones de la cárcel de Amiens.

—*Oui* —confirmó ella mientras se le hacía un nudo en el estómago—. Y un plan para liberarlos.

Dominique se sacó un paquete de tabaco del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—¿Está del todo seguro de los nombres de los prisioneros y de la fecha de la ejecución? —preguntó Rose.

—*Oui* —contestó el hombre—. Mi fuente es de confianza.

A Rose se le revolvió el estómago, se sentía como si se hubiera bebido una pinta de vinagre.

—He estado en contacto con Londres. El SOE necesita los planos de la cárcel.

Claudius le dirigió una mirada.

Dominique se cruzó de brazos.

—Yo recibo mis órdenes del general Charles de Gaulle, no de los británicos.

A Rose se le erizó el vello de la nuca. «De este modo no conseguiré nunca su apoyo.» Pensó a toda velocidad.

—Una vez coincidí con el general De Gaulle en la sala de guerra de Churchill, en Londres. De hecho, es probable que deba agradecerle que me destinaran al SOE.

Dominique enarcó las cejas.

—Durante la reunión que mantuvo con Winston Churchill, y en la que participé, el general De Gaulle afirmó que planeaba recuperar Francia de los alemanes y regresar para dirigir el país. Comentó que los franceses le ven como una Juana de Arco rediviva —añadió, aunque obvió la réplica de Churchill acerca de que Inglaterra había quemado a esta última.

Dominique la observaba fijamente.

—Después de aquel encuentro —dijo Rose—, tengo el convencimiento de que el general De Gaulle regresará para gobernar la Francia liberada.

Dominique esbozó una ligera sonrisa.

Claudius encendió un cigarrillo y le dio una calada.

—¿Puedes conseguir los planos?

El hombre negó con la cabeza.

—Los alemanes controlan la ciudad y los registros municipales.

—¿Cuántos de sus hombres están en la lista para ser ejecutados? —preguntó Rose.

Dominique escarbó con la uña en una marca de quemadura que había sobre la mesa.

—Diecisiete.

—En la lista también aparecen algunos de los hombres de Claudius, y al menos un agente del SOE —comentó Rose—. Si no hacemos nada, los fusilarán.

Dominique hizo una pausa, como si estuviera recordando los nombres y los rostros de sus compatriotas.

—Necesitamos los planos. —Ella se inclinó hacia delante, la mirada puesta en Dominique—. Si hace falta, que su fuente dibuje un boceto de la prisión en una servilleta. Si existe la posibilidad de que llevemos a cabo una misión para salvar a esos hombres, los planos de la cárcel son imprescindibles.

Dominique inspiró hondo y luego exhaló.

—¿Qué tipo de misión están considerando los ingleses?

Rose hizo acopio de valor para explicar el plan sobre el que había estado toda la noche reflexionando. El mismo plan que aún no había comunicado a Londres. La idea se le había ocurrido al recordar el bombardeo aliado de la fábrica de neumáticos Dunlop, bajo control alemán, después de la radiotransmisión en que había solicitado su destrucción. Cuando le contó la idea a Claudius —mientras estaban de camino para encontrarse con Dominique—, este detuvo el camión y estuvo a punto de regresar a Valmondois. Pero Rose le persuadió y él accedió a compartirlo con Dominique.

—La RAF bombardeará la cárcel —dijo ella.

—Eso es absurdo —espetó Dominique.

—No tenemos elección —repuso Rose—. Si no hacemos nada, morirán todos.

—*Non.* —Dominique se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió.

—Por favor, Dominique —intercedió Claudius—, deja que acabe.

El hombre soltó una nube de humo a través de la nariz.

—Continúe.

Rose sacó un trozo de papel del bolso y esbozó un mapa del presidio basado en el recuerdo de cuando había rodeado su perímetro

con la bicicleta.

—La RAF utilizará un bombardeo de precisión para derribar los muros exteriores de la cárcel —explicó—. Además, destruirán las garitas alemanas y respetarán los edificios en los que se encuentran los prisioneros. Pero tenemos que saber qué edificio corresponde a cada cuál.

—Es un suicidio —gruñó Dominique.

—Tenemos que intentarlo —dijo Claudius.

Dominique hizo caer la ceniza del cigarrillo sin apartar la mirada del otro hombre.

—¿Cómo sabemos que ella tiene la influencia necesaria para organizar un bombardeo de la RAF?

Rose se sonrojó. Una réplica le daba vueltas en la cabeza, pero se mordió la lengua.

—En septiembre —contestó Claudius—, los Aliados bombardearon la planta de neumáticos de Montluçon, que estaba bajo control de los alemanes. Rose había solicitado ese bombardeo, y los Aliados tardaron menos de dos meses en actuar después de recibir su radiotransmisión.

—Esto es una cárcel, no una fábrica —señaló Dominique con firmeza—. Podrían morir centenares de franceses.

A Rose, el corazón le latía con fuerza. «Necesitamos los planos arquitectónicos para que exista la más mínima posibilidad de influir en los servicios británicos y que den inicio a una misión.»

—Dominique, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

Él asintió con la cabeza, a regañadientes.

—Si le hubieran condenado al pelotón de fusilamiento, ¿se arriesgaría a buscar la libertad aun sabiendo que podría morir bajo las bombas aliadas? —preguntó Rose.

Dominique contrajo los músculos de la mandíbula. Apagó el cigarrillo sobre la mesa y chamuscó la madera.

A Rose se le hizo un nudo en la garganta.

—¿O preferiría mantener ese destino mortal con las balas nazis? —Se cogió las manos y se quedó esperando su respuesta.

39

VALMONDOIS, FRANCIA
28 DE DICIEMBRE DE 1943

Con la adrenalina disparada por la visita a Dominique, Claudius y Rose entraron en el granero y cerraron la puerta con llave. Después de un debate de varias horas, el hombre había aceptado ayudarlos, pero Rose no se sentía aliviada. Dominique aún tenía que robar los planos y mandarlos en secreto a Londres. Y, lo más importante, ella tenía que influir en el cuartel general del SOE, así como en los servicios secretos, para que bombardearan la cárcel, lo cual, con toda probabilidad, provocaría la muerte de personas inocentes. «Es posible que el cuartel general lo considere demasiado arriesgado, o que lo vea como una debacle política en potencia, pero tengo que intentarlo.»

—¿Crees que podrás convencer al cuartel general para que realice la misión? —le preguntó Claudius.

Rose se puso a manipular un botón de la chaqueta.

—No lo sé. Comenzaré diciéndoles que la Resistencia francesa está en proceso de llevar los planos de la cárcel hasta Londres.

Él asintió con la cabeza.

—Lazare estaría muy orgulloso de ti.

A Rose le dolía el pecho.

—Gracias por tu ayuda.

—Soy yo el que debería darte las gracias —repuso Claudius—. Estás creando una esperanza allí donde no la había.

—Debería ponerme manos a la obra e informar al cuartel general —dijo Rose intentando reprimir un acceso de emoción.

Él se dirigió hacia la puerta y se detuvo ante ella, con la mano sobre el cerrojo.

—Tengo fe en que volverás a verle.

Rose sonrió. Sus palabras eran reconfortantes como una manta cálida.

—*Au revoir* —se despidió Claudius, y salió del granero.

Pese a que apenas había dormido durante los días anteriores, Rose subió a la buhardilla, donde tenía instalado el radiotransmisor. Encriptó un mensaje y comenzó a pulsar la llave telegráfica.

> Más de cien miembros de la Resistencia francesa serán fusilados el 19 de febrero de 1944. Libélula solicita que la RAF lleve a cabo un ataque sobre la cárcel de Amiens y destruya sus muros. De otro modo, todos esos hombres morirán. Los planos de la prisión están de camino.

Se le aceleró la respiración y rogó por que Dominique obtuviera de algún modo aquel esquema arquitectónico. «Pero ¿cómo llevará los planos a Londres? ¿Con un Lysander? ¿Por barco?» Se le secó la boca. Un momento después, los pulsos cortos y alargados de un mensaje inundaron sus oídos. Lo puso por escrito y descifró el código.

> Mensaje recibido. Manténgase a la espera para recibir nuevas instrucciones.

«¿Pensarán que me he vuelto loca? ¿Rechazarán la petición?» Mientras esperaba una respuesta, la angustia le hinchó el pecho. Pero los minutos pasaron a ser horas, y las horas se convirtieron en días. Incapaz de comer o de dormir, Rose mandó radiotransmisiones diarias a Londres insistiendo en que el cuartel general debía dar inicio a los planes de la misión. Después de más de una semana de comunicaciones, no había recibido confirmación de que el cuartel general fuera receptivo a sus peticiones, ni de que hubiera compartido la información con los servicios británicos. Y, para empeorar las cosas, Dominique aún no había obtenido los planos de la cárcel. «No pienso rendirme. Seguiré contactando con Londres hasta que aprueben la misión. Si no, cargaré hasta el último paquete de explosivo plástico en un camión y romperé los muros de la prisión yo misma.»

40

LONDRES, INGLATERRA
11 DE ENERO DE 1944

En las profundidades del edificio del Tesoro de Westminster, Winston Churchill estaba sentado solo en la sala de guerra de su gabinete con un puro humeante aprisionado entre las muelas. Un mapamundi colgaba de la pared, detrás de la mesa en forma de U, con chinchetas de colores que mostraban la invasión aliada de Italia. Junto con los avances del Ejército Rojo de Stalin en el este europeo, los Aliados estaban, a juicio de Churchill, aplastando la ocupación del Eje con una prensa de tornillo gigantesca y militar. El ansia de venganza le recorría el cuerpo. «La derrota del Führer se acerca.» Se sirvió un vaso de whisky escocés, le añadió agua y lo agitó para que liberara sus vapores turbosos.

Llamaron a la puerta.

—Adelante. —Churchill giró sobre la silla.

Maurice Buckmaster, responsable de la Sección F del SOE, entró en el despacho y cerró la puerta.

—Buenos días, señor. —Se quitó la gorra y se pasó una mano por la cabeza para alisarse el pelo, fino y ralo—. Gracias por recibirme con tan poca antelación.

Churchill le dio una calada al puro y lo dejó sobre el cenicero.

Buckmaster tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Ha habido una novedad en Francia que creo que debería conocer.

Churchill bebió un sorbo de whisky y la calidez del líquido bajó por su garganta.

—Una novedad que requiere mi discreción, entiendo.

—Sí, primer ministro —contestó Buckmaster—. Hemos recibido una información de inteligencia que dice que los alemanes planean ejecutar a más de cien miembros de la Resistencia francesa

encarcelados en Amiens.

—Salvajes —dijo Churchill frunciendo el ceño.

—Tenemos motivos para pensar que hay al menos un agente del SOE entre los condenados —continuó Buckmaster.

La rabia ardía en el estómago de Churchill.

—¿Cuándo será la ejecución?

—El diecinueve de febrero.

Churchill cogió con tal fuerza el vaso de cristal que se le marcaron las venas de la mano.

—Han capturado a un número demasiado grande de nuestros agentes.

Buckmaster enderezó la espalda, como si se negara a pensar que su red en Francia pudiera haber quedado comprometida por el SD.

—Un agente del SOE ha recomendado que la RAF ataque la cárcel.

—Por el amor de Dios —gruñó Churchill—. ¿Qué tipo de gente tiene usted destinada allí?

Buckmaster estrujó la gorra.

—Con todos los respetos, primer ministro, este agente en particular fue reclutado a resultas de su recomendación.

Churchill tomó un poco de whisky. Una imagen de la mecanógrafa cuyo conocimiento del francés había impresionado al general De Gaulle y a él mismo ocupó su mente.

—¿La señorita Teasdale?

—Sí, señor —contestó Buckmaster—. Su nombre en clave es Libélula. Ha resultado ser un agente con una gran capacidad de resistencia. Después de que capturaran al organizador y a la telegrafista de su red, viajó en bicicleta más de trescientos kilómetros para conseguir un radiotransmisor. Ha realizado docenas de misiones de sabotaje y nos proporcionó la localización de una fábrica de neumáticos controlada por los nazis, que en consecuencia fue destruida por las bombas aliadas. Le hemos ofrecido en más de una ocasión que regrese a Londres, pero ha decidido permanecer en Francia.

Churchill esbozó una ligera sonrisa, pero esta se desvaneció de inmediato.

—Tenía una fotografía de su hermano guardada en el escritorio. Un piloto de la RAF que murió sobre el canal. Sus padres, por lo que

recuerdo, fallecieron durante un ataque de la Luftwaffe. La fortaleza de la señorita Teasdale para enfrentarse a la tiranía nazi se forjó en una tragedia personal.

—Tiene usted razón, señor —dijo Buckmaster—. Sin embargo, Libélula se está mostrando muy tenaz con las radiotransmisiones, a riesgo de que la detecte el SD. Insiste en que la RAF debe realizar ese ataque aéreo sobre la cárcel.

Churchill se frotó la mandíbula.

—Que la RAF ataque una cárcel francesa sería bastante controvertido.

—Así es, señor.

—Una misión de esa envergadura requeriría detalles sobre el diseño del presidio —agregó Churchill.

—Libélula ya se ha encargado de que los franceses nos los hagan llegar. Nos los envió Dominique Ponchardier, un francés que dirige la red de la Resistencia en Amiens.

—¿Han examinado ya los planos?

—Aún no, señor —contestó Buckmaster—. Tanto el Servicio de Inteligencia Secreto como la RAF tendrán que inspeccionarlos. El vicemariscal del aire Embry podría ser la persona adecuada para planear un ataque así. No obstante, la vida de los prisioneros correrá un grave peligro.

«Están muertos de todos modos.» Churchill hizo girar el whisky.

Buckmaster se inclinó hacia delante.

—Si la RAF realizara esa misión, sería inteligente que nuestros registros se mostrasen ambiguos acerca de quién ordenó el ataque sobre la cárcel de Amiens.

Churchill sorbió su whisky mientras reflexionaba sobre el comentario de Buckmaster.

—Quizá —añadió este bajando la voz— los registros deberían reflejar que han sido los franceses quienes han instigado el ataque, y que para eso nos proporcionaron los planos de la cárcel.

—¿En vez del SOE? —preguntó Churchill con franqueza.

Buckmaster se removió en su asiento.

—Al fin y al cabo, señor, Ponchardier ha obtenido esos planos y nos los ha hecho llegar de contrabando.

«Un chivo expiatorio.» Churchill se sirvió más whisky mientras consideraba las repercusiones de una misión tan temeraria, igual que

el maestro de ajedrez que examina los movimientos ante su rival. «Un ataque contra la cárcel de Amiens quizá haga también que Hitler siga preguntándose dónde comenzará la invasión aliada de Francia.»

—Primer ministro —dijo Buckmaster—, ¿quiere tomarse un tiempo para reflexionar sobre las posibles opciones?

—No. —Churchill cogió el puro del cenicero, le dio una calada y las volutas de humo volaron hacia el techo de la habitación—. Le voy a decir mi opinión ahora mismo.

41

Amiens, Francia
17 de febrero de 1944

Lazare rodó sobre la litera y se envolvió en una manta harapienta. Se estremeció, su aliento se condensó en el aire helado, pero se sacudió de golpe al oír que un guardia alemán insertaba una llave en la puerta de la celda. Demacrados y hambrientos, él y sus compañeros se bajaron de las literas poco a poco y se dirigieron hacia el patio. Lazare creía que iba a ser uno de sus últimos paseos de mediodía. «Dentro de menos de cuarenta y ocho horas, todo habrá acabado.»

En el patio, los prisioneros, que no llevaban ropa de abrigo, se apiñaban en un intento por mantener el calor. El cielo estaba teñido de nubes oscuras que cargaban con una mezcla de cellisca y de nieve. Una ráfaga de aire gélido hizo que a Lazare se le pusiera la piel de gallina. Pese a las inclemencias del tiempo, se negó a malgastar uno de sus últimos días quedándose en cuclillas cerca de las letrinas, con el hedor a excrementos llenándole la nariz. Mientras paseaba por el patio se encontró con Felix, que se abrazaba el torso.

—Tenía la esperanza de que hiciera buen tiempo en nuestros últimos días de patio —dijo el hombre, a quien le castañeteaban los dientes.

Lazare asintió con la cabeza y se sopló un aliento cálido en las manos heladas. Un golpe de viento hizo que le dolieran las mejillas.

Felix dirigió una mirada hacia su pabellón y frunció el ceño.

—Anoche un hombre se ahorcó en mi celda.

Pese al frío, pese al deterioro de su cuerpo, Lazare sintió arder la ira en su vientre.

Desde el momento en que los alemanes anunciaron el nombre de los prisioneros que iban a ser ejecutados, varios de los condenados a muerte se habían quitado la vida, ya colgándose con sogas hechas con prendas de ropa, ya cortándose las venas de la muñeca con punzones

hechos a partir de cucharas soperas. Y los rumores decían que los guardias alemanes hacían apuestas sobre el número de prisioneros que iban a suicidarse para no llegar frente al pelotón de fusilamiento.

Felix miró a un guardia armado que llevaba guantes y un grueso abrigo de lana.

—Estos cabrones arderán en el infierno por lo que han hecho.

—Quizá no tengamos la oportunidad de hablar de nuevo —dijo Lazare bajando la voz.

Los ojos de Felix se llenaron de tristeza.

—Cuando ya no estemos, otros ocuparán nuestro lugar en la lucha por la libertad. Algún día, el mundo se liberará de Hitler. Ojalá hubiéramos llegado vivos al final de la guerra. —Lazare le ofreció la mano mutilada—. Ha sido un honor combatir a tu lado.

—El honor ha sido mío. —Felix se la estrechó—. Supongo que esto es un adiós.

A Lazare se le hizo un nudo en la garganta.

—*Adieu.*

Felix se alejó tarareando un verso de *Le chant des partisans* y desapareció entre un grupo de prisioneros que se habían amontonado para conservar el calor.

En el interior de Lazare se agitaba una mezcla de desesperación y patriotismo. «Quizá nos pongan juntos ante el pelotón de fusilamiento.» Dio una última vuelta solitaria al patio. Notaba los músculos de las piernas débiles y tenía que arrastrar los pies sobre la tierra helada. La nieve impregnaba los agujeros de las suelas de sus zapatos y hacía que no notara los dedos de los pies. Pero siguió avanzando, un paso tras otro, ejerciendo su libertad de caminar por aquel terreno. Cuando la hora de patio llegaba a su fin, la nieve comenzó a caer con fuerza. Los copos helados se le clavaban en la cara. Los guardias armados le obligaron a regresar a la celda, mojado y temblando.

Se subió a la cama y se envolvió en la manta como si fuera un capullo hasta que los temblores desaparecieron. Se negaba a dejar que sus últimos días estuvieran cargados de miedo, así que obligó a su mente —una de las pocas cosas que los nazis no le habían robado— a divagar entre los recuerdos de sus padres. Uno fugaz, en el que su padre tecleaba con furia mientras redactaba un artículo para el periódico, y Lazare se dio cuenta —en aquel preciso instante— de que

quería ser periodista, igual que él. Uno de su *maman*, pintando meticulosamente un lienzo en blanco para transformarlo en una imagen exquisita del Arco del Triunfo. Las cenas familiares con *lokshen kugel*, un guiso con fideos de huevo, según la receta secreta que sus padres se habían llevado desde Polonia. Otro recuerdo de sus padres riéndose cogidos de la mano durante un pícnic en el Campo de Marte. Rezó por que de algún modo hubieran sobrevivido al campo de trabajo alemán, aunque era consciente de que las probabilidades estaban en su contra.

Lazare se frotó los ojos y condujo aquella ensoñación hacia Rose. Se puso a imaginar cómo serían las cosas si lograra sobrevivir a la guerra y verla de nuevo. Se vio estrechándola entre sus brazos para no soltarla nunca, nunca más. Se preguntó cómo sería estar casado, tener hijos, envejecer juntos. Con el paso de las horas, fue creando una vida imaginaria en las profundidades de su ser. Pero su cabeza era consciente de que aquello no llegaría a ser real. La posibilidad de estar con Rose había desaparecido. Y deseó, por encima de todo, que ella fuera libre. «Sobrevivirás a esta guerra, Rose. Tus heridas, debidas a que has perdido a tus seres queridos, acabarán por curarse. Algún día tendrás tu propia, hermosa familia.»

—Buenas noches, Rose —dijo en un susurro.

Agotadas su mente y sus esperanzas, Lazare se sumergió en un sueño profundo y oscuro.

42

Amiens, Francia
18 de febrero de 1944

La campanas de la catedral de Amiens dieron las doce del mediodía e hicieron que Lazare se removiera en la cama. Las punzadas del hambre se clavaban en su estómago y el frío le calaba los huesos. Como al resto de los prisioneros condenados a muerte menos de veinticuatro horas después, ya no le habían dado de comer. Lazare pensaba que sus captores alemanes intentaban no malgastar comida en hombres que no tardarían en estar muertos. Había anticipado que también los privarían de su último paseo por el patio, pero constató que se había equivocado cuando un guardia entró en el pabellón e insertó la llave en la cerradura de su celda. Con el aliento condensándose en el aire helado, Lazare se bajó de la cama y avanzó arrastrando los pies. «Un último vistazo al cielo.»

Mientras el guardia hacía girar la llave, un zumbido lejano obligó a Lazare a detenerse. Miró hacia el extremo del pasillo, donde una puerta abierta daba al patio.

En el exterior, el zumbido creció con rapidez, como un enjambre gigante de abejas. A Lazare se le puso el vello de los brazos de punta. Puesto que la cárcel se encontraba cerca de un aeródromo alemán, Lazare había agudizado la capacidad para reconocer el zumbido de las naves de la Luftwaffe —los Focke-Wulf, Messerschmitt y Heinkel—, cuyos motores producían sonidos diferentes. Pero el rugido agudo de aquellos aviones era muy distinto. Y no se dirigían hacia el aeródromo, sino que iban directos, veloces y a baja altura, hacia la cárcel.

Sonó una alarma.

El guardia abrió mucho los ojos.

Lazare sintió un acceso de adrenalina. Pegó la cara a los barrotes de hierro, pero no logró ver lo que sucedía en el exterior.

—*Luftangriff!* —gritó una voz gutural en el pasillo.

Los alemanes salieron huyendo del pabellón con las botas repiqueteando sobre el suelo de piedra.

El guardia se quedó solo en su intento por volver a cerrar la puerta.

A Lazare se le disparó el pulso. No tenía nada que perder, salvo acelerar su ejecución, así que echó el brazo hacia atrás y proyectó el puño entre los barrotes para golpear al guardia en la mandíbula. Pero en el momento del contacto supo que, dada la debilidad de su estado, apenas había logrado subyugar al alemán.

Con una expresión que mezclaba la sorpresa y la furia, el guardia trastabilló por el pasillo, pegó la espalda a la celda frente a la de Lazare y recuperó el equilibrio.

Sonaron gritos. Los prisioneros se levantaron de sus literas.

Lazare cogió la llave y la hizo girar, pero se quedó encajada.

Los motores de los aviones rugían.

—*Halt!* —El guardia abrió la funda de la pistola.

Lazare sacudió la llave. La cerradura hizo un chasquido. Mientras abría la puerta de la celda —el chirrido de los goznes de hierro quedó amortiguado por el rugido de los motores de los aviones—, su mirada se posó en el ceño fruncido del alemán. Se le cayó el alma a los pies al ver que este levantaba el arma. «Se acabó.»

43

Operación Jericó
Cárcel de Amiens
18 de febrero de 1944

A Rose, el corazón le dio un vuelco al ver el escuadrón de bombarderos Mosquito, acompañado de cazas Typhoon, pasar a toda velocidad y a una altura no superior a los cinco metros sobre el prado cubierto de nieve. Estaba sentada al volante de un camión —en sus esperanzas, el vehículo en el que huirían— aparcado en la calle Albert-Amiens, a unos centenares de metros al este de la cárcel. Calle arriba, al oeste del recinto, Claudius estaba sentado en un sedán negro. En el momento en que el líder de los bombarderos se dirigió hacia la cárcel, Rose se quedó sin aliento y comenzó a temblar. «Por favor, dadles a los muros y a las garitas, no a los pabellones de los prisioneros.»

Unas horas antes, después de más de un mes de radiotransmisiones invitando al cuartel general del SOE a realizar un ataque aéreo contra la cárcel de Amiens, había recibido la decisión por la que había rezado tanto y con tanta desesperación.

La operación Jericó está en marcha.

Una oleada de esperanza había inundado su cuerpo. Comprobó una y otra vez el encriptado. No había error. Pensó que el nombre de la operación sería una referencia bíblica a la batalla de Jericó, cuando los israelitas desfilaron alrededor de esa ciudad haciendo sonar sus trompetas hasta destruir la muralla. «Solo que, en vez de trompetas, nosotros usaremos bombas.» Se apresuró a pulsar un mensaje solicitando que la informaran de la hora del ataque. Dudaba que fuera a recibir una respuesta, pero el cuartel general contestó unos segundos más tarde.

A mediodía.

Rose se arrancó los auriculares y se levantó de golpe de la silla. «No hay tiempo de preparar a los combatientes de la Resistencia para que alberguen a los prisioneros que logren escapar.» Bajó disparada la escalera del granero y fue en busca de Claudius. Salieron a la vez de Valmondois, en vehículos separados, que él mantenía ocultos en el granero. No tuvieron tiempo de informar a Dominique Ponchardier y a la Resistencia francesa de Amiens. De hecho, a causa de las terribles condiciones climatológicas, con las carreteras cubiertas de nieve y de hielo, Rose tenía miedo de no llegar a Amiens siquiera. Sin prestar atención a su propia seguridad, pisó el acelerador del camión, cuyas ruedas giraban y resbalaban por carreteras rurales, para evitar posibles controles alemanes. En dos ocasiones se encontró montones de nieve en medio de la carretera y a punto estuvo de estrellar el vehículo contra un prado. El vendaval arrastraba la nieve y se preguntó si la RAF no acabaría suspendiendo la misión.

Pese a la peligrosidad del trayecto, Claudius y ella llegaron a la cárcel de Amiens poco antes del mediodía. Aparcaron los vehículos en extremos opuestos de la calle Albert-Amiens, con la cárcel entre ambos. Por lo general, unos vehículos estacionados a un lado de la carretera habrían llamado la atención, pero había varios coches abandonados y eso les proporcionó un poco de camuflaje. Rose se hundió en el asiento y esperó. A medida que pasaban los minutos, la nevada fue amainando lentamente.

En el momento en que el primer Mosquito de la RAF se acercaba a la cárcel, su vientre se abrió. Se le disparó el pulso y se incorporó en el asiento. El bombardero soltó un contenedor metálico, que cayó como una jabalina contra la base del muro de más de seis metros de altura, pero no estalló.

—¡No! —gritó Rose.

El Mosquito se elevó con brusquedad, pasó unos metros por encima de la cárcel mientras los alemanes comenzaban a disparar desde las torretas. El bombardero viró hacia la izquierda y comenzó a ganar altitud.

«¿Están usando bombas de efecto retardado para que la explosión no dañe a los aviones en un vuelo tan bajo?» De no ser así, esperaba que el siguiente Mosquito tuviera más éxito con su carga. Pero, unos segundos más tarde, la bomba alojada en la base del muro de la cárcel explotó e hizo que una fuente de ladrillos y humo se elevara en el aire.

44

Operación Jericó
Cárcel de Amiens
18 de febrero de 1944

Un estallido ensordecedor sacudió la cárcel. El guardia alemán retrocedió mientras disparaba la pistola. La bala pasó zumbando junto a la oreja de Lazare y rebotó contra una de las paredes de piedra. Antes de que el guardia pudiera probar de nuevo, Lazare se lanzó hacia delante y lo estampó contra la puerta de una celda. Pero sus músculos atrofiados y débiles no eran rival para aquel robusto alemán, que hizo girar el brazo con la pistola a modo de porra y le golpeó en la sien.

Lazare sintió un fogonazo de dolor en el cráneo y cayó de rodillas. Aturdido, se esforzó por despejar la mente.

Le llegó un estruendo de balazos procedente del patio.

El guardia levantó la pistola con expresión desdeñosa.

Negándose a cerrar los ojos durante su ejecución, Lazare levantó la vista hacia el guardia y reparó en un movimiento... Eran dos prisioneros que se acercaban poco a poco a la puerta de la celda, a centímetros de la espalda del guardia. Le recorrió un acceso de determinación.

El guardia bajó la pistola y apuntó el cañón contra su frente.

Un prisionero de pelo grasiento sacó el brazo entre los barrotes y cogió al alemán del cuello.

El guardia lanzó un grito ahogado y disparó contra el suelo. Las esquirlas de piedra se clavaron en el rostro de Lazare.

Los gritos de los prisioneros brotaron por todo el pabellón.

El segundo ocupante de la celda, un hombre bajito y barbudo, metió los brazos entre los barrotes y cogió la mano en la que el guardia sujetaba la pistola. Con las mejillas apretadas entre los barrotes, como si fuera un perro rabioso, el prisionero mordió la

muñeca del guardia mientras su compañero de celda aumentaba la presión sobre su tráquea.

Al guardia se le desorbitaron los ojos. Le fallaron las piernas. Disparó el arma y la bala dio contra la puerta de una celda.

Los prisioneros le sujetaron con más fuerza y le aplastaron el cuello y la muñeca contra los barrotes de hierro.

Un balbuceo escapó de la boca completamente abierta del alemán. La sangre corría por su mano y la pistola cayó al suelo.

Recuperando las fuerzas, Lazare recogió el arma. En el momento en que se disponía a dispararla, se dio cuenta de que ya no era necesario: el cuerpo del guardia cayó inerte al suelo.

—¡Déjanos salir! —gritó el prisionero de la barba.

Lazare se metió la pistola en la parte de atrás de los pantalones y fue a coger la llave que sobresalía en la cerradura de su celda.

Un avión pasó rugiendo sobre la cárcel. Se oyó fuego de ametralladoras. Segundos después, otra explosión —cerca de una de las garitas— reverberó en el edificio.

«¿La invasión aliada?» Lazare abrió la celda y liberó a los dos prisioneros que habían acudido en su ayuda.

—¡Largaos!

Los prisioneros salieron a la carrera por el pasillo.

—¡Libéranos! —pidió a gritos una voz ronca desde la celda contigua.

—¡Abre las puertas! —exigió otro prisionero.

Varios brazos le hacían señas a través de los barrotes.

La elección provocaba un ardor en su pecho. Antes de que pudiera cambiar de idea, abrió una puerta y liberó a tres prisioneros. Se dirigió a otra celda, en la que había un hombre ciego de un ojo, y la abrió también. Esperaba que los guardias alemanes entraran en el pabellón y abrieran fuego en cualquier momento, pero el ruido de las ametralladoras en el patio le dejó claro que estaban ocupados defendiéndose del ataque contra la cárcel. Así que fue abriendo una celda tras otra y liberó a más de cuarenta prisioneros, que salieron corriendo por el pasillo en dirección al patio, la única vía de escape.

Después de sacar a los dos últimos hombres de su celda, uno de los cuales cojeaba terriblemente del pie que llevaba vendado, Lazare los guio por el pasillo. Al acercarse a la salida pudo ver el patio y una oleada de adrenalina recorrió su cuerpo maltrecho. Uno de los

cuarteles de los guardias estaba destrozado y en el muro norte había un boquete a través del que escapaban los prisioneros. Pero, desde lo alto de las torretas, los guardias alemanes hacían de francotiradores y estaban abatiendo a algunos de los huidos. El patio estaba cubierto de cuerpos. Y, para empeorar las cosas, había un grupo de guardias disparando con ametralladoras desde el edificio en el que se encontraban las letrinas.

El prisionero de la cojera se detuvo en seco.

—¡No lo conseguiré nunca!

—No tenemos elección —dijo Lazare—. Si nos quedamos aquí, moriremos.

El segundo prisionero se aferró al umbral con los ojos llenos de miedo.

Lazare señaló la densa columna de humo que se elevaba desde la garita en llamas.

—Deja que el humo te cubra camino del muro y sal a gatas por el agujero.

El fuego de ametralladora resonó en el patio.

Los prisioneros avanzaron unos centímetros, pero no abandonaron la protección de la puerta.

El rugido de un motor de avión llevó a Lazare a levantar la vista hacia el cielo. Un contenedor cayó en picado desde el vientre de la nave, que lucía una insignia británica en el fuselaje, mientras pasaba a toda velocidad sobre la cárcel. Un ruido sordo, como el que habría producido un barril de petróleo al golpear contra el lateral del pabellón, hizo que a Lazare se le congelara la sangre.

—¡Corred! —Empujó a los prisioneros a través de la puerta y los obligó a correr por el patio cubierto de humo.

Mientras los seguía, una andanada de ametralladora le obligó a tirarse al suelo en un intento por ponerse a cubierto. Se arrastró y las astillas de madera chamuscada se le clavaron en las manos mientras esperaba estar lo bastante lejos del estallido. Un segundo después, una explosión atronadora sacudió su cuerpo. Se cubrió la cabeza mientras un montón de ladrillos y trozos de cemento caían del pabellón y le golpeaban el tronco y las piernas. Sintió un dolor devastador en la columna. Se esforzó por apartar los ladrillos, pero tenía las piernas atrapadas bajo una montaña de escombros. Tuvo que hacer un esfuerzo por tragar aquel aire lleno de humo y con el aroma áspero de

la cordita. La montaña de mampostería hacía presión sobre su caja torácica y le obligaba a realizar inspiraciones cortas y entrecortadas. Su suministro de aire menguaba y eso le robaba las fuerzas. Le pasó por la cabeza un fogonazo de la vida que no llegaría a tener. Entre todo aquel dolor y arrepentimiento, una imagen permanecía inalterable. «Rose.» Se estaba asfixiando, tenía la boca llena de hollín, y todo se volvió negro.

45

Operación Jericó
Cárcel de Amiens
18 de febrero de 1944

Varias columnas de humo negro se elevaban desde el interior de la cárcel. Rose se puso a rezar, aferrada al volante del camión, por que Lazare se encontrara a salvo. Se esforzó por ver, a través de una nube de cenizas en movimiento, el coche de Claudius, aparcado en el otro extremo de la calle Albert-Amiens. Escudriñó el prado que rodeaba la prisión. Una docena de prisioneros vestidos con pantalones con peto de color marrón aparecieron entre el humo y se alejaron corriendo por la nieve. «¡El muro ha caído!» El corazón le martilleaba contra el pecho. Unos segundos más tarde aparecieron otros prisioneros.

Rose encendió el motor del camión y lo puso en primera. Al pisar a fondo el acelerador, los neumáticos giraron sobre la carretera helada. Bajó la ventanilla.

—¡Aquí! —gritó mientras el aire frío le golpeaba la cara.

Los prisioneros corrían a toda velocidad por el prado, sus pies se hundían hasta los tobillos en la nieve. Desde una de las torretas llegó una ráfaga de fuego de ametralladora, que alcanzó a uno de los prisioneros e hizo que cayera al suelo. En un intento por evitar las balas, el grupo se dispersó como los ratones, a excepción de un preso que fue a ayudar a su compañero caído a ponerse en pie. El guardia de la torreta se volvió y disparó el arma hacia el interior de la cárcel, como si quisiera disuadir a otros prisioneros de que atravesaran la abertura en el muro.

Rose pisó el freno y el camión se detuvo derrapando. Abrió la puerta y corrió hacia el prado mientras sus pulmones se llenaban de humo y de olor a pólvora.

El prisionero que había acudido a ayudar al herido se dirigió cojeando hacia ella.

Al verlos, Rose reconoció de inmediato a uno, pese a que había perdido muchísimo peso.

—¡Felix! —Se lanzó hacia delante y le cogió del brazo, fino y huesudo.

—Ayúdale —pidió él con un jadeo.

Rose se pasó el brazo del herido por el cuello y, con la ayuda de Felix, llevó al hombre, que arrastraba una pierna sanguinolenta, hasta el camión.

El traqueteo de la ametralladora atravesó el aire y se detuvo de golpe cuando un Mosquito de la RAF pasó zumbando por encima de la cárcel.

Rose ayudó al herido a entrar en la parte trasera del camión y se volvió hacia Felix.

—¿Dónde está Lazare?

Felix negó con la cabeza.

A Rose se le secó la boca.

—¿Qué ha pasado?

—Su pabellón ha recibido el impacto de una bomba —contestó él.

—¡No! —chilló ella—. Quizá haya escapado.

—Lo siento —dijo Felix, y le puso una mano en el hombro—. No podemos hacer nada.

Un dolor desgarrador atravesó el vientre de Rose e hizo que sintiera necesidad de vomitar. «¿Qué he hecho?»

—Tenemos que salvar a toda la gente posible. —Felix señaló a los prisioneros que corrían hacia ellos.

Aturdida, Rose no se movió de su sitio, era como si sus pies hubieran echado raíces. Respiraba de manera entrecortada.

—¡Rose! —gritó Felix—. ¡Ayúdame!

Obligada por el deber de salvar las vidas de los prisioneros, la joven reprimió la aflicción y asistió a tres hombres, uno de los cuales sangraba por el corte profundo que tenía en la cabeza. Con las piernas y los brazos temblando, ayudó a los prisioneros a subirse a la caja del camión.

—Ya conduzco yo —dijo Felix mientras se ponía de un salto al volante.

Rose se subió al asiento del copiloto y cerró la puerta con fuerza.

—¡Allí! —exclamó señalando con el dedo.

A cincuenta metros de distancia, varios prisioneros salieron a la calle.

Felix dirigió el camión con velocidad hacia ellos.

—¡Subid!

Mientras los hombres se subían a la parte de atrás del vehículo, un guardia alemán armado con una ametralladora avanzaba a la carrera por el prado.

Con un subidón de adrenalina, Rose cogió una pistola de la guantera y le disparó dos veces seguidas, pero falló.

El guardia cayó sobre el vientre y apuntó el arma.

Felix pisó el acelerador.

Una lluvia de balas cayó sobre el camión y destrozó el parabrisas.

Rose se sacudió los cristales del pelo, se asomó por el armazón del parabrisas roto y disparó las balas que le quedaban, lo que obligó al guardia a cubrirse tras un surco de arado.

Felix cambió de marcha y se alejó a toda velocidad de la cárcel.

Rose miró por el retrovisor. Más allá del grupo de prisioneros que permanecían agachados en la caja del camión, una nube de humo flotaba por encima de la cárcel de Amiens. Le dolía el pecho de la desesperación. «Lo siento mucho, Lazare.»

—¿Tú has organizado todo esto? —preguntó Felix con voz ronca.

—*Oui.* —El viento helado que entraba por el parabrisas roto se le clavaba en la piel—. Claudius estaba al volante de otro vehículo, pero no he podido verle con todo ese humo.

Rezó por que hubiera huido con más prisioneros.

Felix redujo la marcha para girar.

—Es posible que haya matado a Lazare —comentó Rose con voz temblorosa.

—*Non* —replicó Felix—. Has dado la oportunidad de vivir a muchos hombres que iban a ser fusilados mañana.

A Rose se le llenaron los ojos de lágrimas. Respiraba de manera entrecortada.

Felix tosió y se llevó una mano al vientre. Una mancha de sangre del tamaño de una ciruela impregnó su camisa.

Ella abrió mucho los ojos.

—Ay, Dios mío, estás herido. —Se quitó el pañuelo y lo pegó al vientre de Felix.

Él se encogió de dolor. El viento silbaba a través de un agujero de

bala en la puerta del conductor.

—Ya conduzco yo —dijo Rose.

—Estoy bien —respondió él—. ¿Adónde vamos?

—A Valmondois. —Rose señaló una carretera secundaria—. Gira a la izquierda.

Con sus habilidades de piloto de grandes premios aún intactas, Felix hizo derrapar el camión —con las ruedas traseras en un ángulo exacto de cuarenta y cinco grados— y aceleró por aquella nueva carretera.

Se pasó los siguientes kilómetros maniobrando por rutas alternativas. Pero, con cada minuto que pasaba, su rostro iba palideciendo y sus reflejos se volvían más lentos, hasta que estuvo a punto de saltarse un giro y de estrellar el camión contra un árbol.

—¡Para! —le exigió Rose.

Con la frente cubierta de sudor, Felix soltó el acelerador y se acercó a un lado de la carretera.

Ella se bajó de un salto y fue corriendo hacia la puerta del conductor. Mientras ayudaba a Felix a pasar al asiento del copiloto, los prisioneros, incluido el hombre con la herida en la pierna, se bajaron de la caja y desaparecieron en el bosque. «Creen que tendrán más opciones sin nosotros.»

—Aguanta. —Rose se sentó al volante y pisó el acelerador.

Felix ahuecó ambas manos sobre su vientre.

—Debería haber prestado más atención a tu advertencia sobre la infiltración del SD.

—Ninguno de nosotros pudo hacer más —contestó ella.

Felix tosió y expulsó una flema manchada de sangre.

—Ojalá hubiera organizado mejor la red. Mi obstinación no os ha traído más que problemas a ti y a Muriel.

La mención del nombre de su amiga hizo que a Rose le doliera el pecho.

—¿Sabes dónde la tienen detenida?

—*Non.* —La respiración de Felix se tornó superficial—. Cuando vuelvas a casa, por favor, dile a Harriet, mi esposa, que la amo. Y si Mathieu, mi hijo, sobrevive al cautiverio, cuéntale, por favor, lo orgulloso que estoy de él.

Ella le tocó la mano con suavidad. Felix tenía las uñas manchadas de rojo.

—Se lo dirás tú mismo.

El hombre esbozó una sonrisa ligera y se le cerraron los párpados.

Rose giró por una calle de tierra cubierta por la nieve. Los surcos profundos hacían rebotar el camión y Felix lanzó un gemido. El vehículo estuvo a punto de quedar atrapado, pero Rose logró conducirlo hasta una carretera pavimentada en dirección sur. Unos minutos más tarde, la esperanza de evitar los controles de carreteras alemanes se vino abajo.

Treinta metros al frente, dos camiones alemanes bloqueaban el paso. Seis soldados de la Wehrmacht con gabardinas y cascos levantaron los rifles.

Rose se quedó sin aire. Frenó y el camión resbaló unos metros hasta detenerse. Cuando se disponía a dar media vuelta, miró por el retrovisor y vio que un convoy de Kübelwagen de la Wehrmacht —inconfundibles por su forma cuadrada y las lonas superiores que los hacían descapotables— se acercaba hacia ella.

Le dio un codazo a Felix, pero este no respondió. Su pecho no se movía. «Oh, Dios. ¡No!»

Abrió la guantera pero no encontró más munición para su pistola. Vio una imagen fugaz de su pastilla L, escondida en el lápiz de labios. En vez de coger el bolso que contenía el veneno, aceleró el motor. Devastada por la pena, metió primera y dirigió el camión a toda velocidad contra el control de carreteras.

Los soldados se desperdigaron hacia el arcén y comenzaron a disparar sus armas.

La joven se escondió tras el volante mientras las balas sacudían el camión. Una perforó el radiador, del que comenzó a brotar vapor. Uno de los neumáticos delanteros estalló; Rose dio un volantazo hacia la derecha, el vehículo se estrelló contra una zanja y ella se golpeó la cabeza contra el salpicadero. Aturdida, intentó salir arrastrándose por la ventana del conductor, pero dos soldados la cogieron y la tiraron al suelo. Una rodilla se le clavó en la espalda e hizo que un latigazo de dolor le subiera por la columna. La esposaron y la llevaron a rastras —derrotada en mente y alma— para arrojarla a la parte trasera de un Kübelwagen.

Cuarta parte
Camp de concentration

46

Campo de concentración de Ravensbrück
Fürstenberg, Alemania
3 de junio de 1944

Rose pegó la nariz a una pequeña grieta en el tablón de madera del vagón de tren. Inspiró una pizca de aire fresco que alivió por unos instantes el hedor a sudor, orina y heces. En aquel compartimento abarrotado había cuarenta y tres mujeres, una mezcla de prisioneras políticas, judías, testigos de Jehová y criminales. Todas ellas habían sido condenadas por crímenes contra el régimen nazi. Los días que llevaba encerrada en aquel vagón habían permitido que Rose tuviera tiempo de lamentar la pérdida de Felix, Muriel y Lazare por primera vez desde su captura. Durante los interrogatorios, Rose había sido capaz de inferir que más de doscientos cincuenta prisioneros habían escapado de la cárcel de Amiens, aunque sus captores alemanes se jactaron de haber detenido de nuevo a la mayoría. El sueño de crear una vida con Lazare se había desvanecido, y el éxito de la misión apenas había hecho disminuir su aflicción. «En mi determinación por lograr que se organizara una misión para salvar a los prisioneros condenados, acabé sacrificando al hombre al que amaba.»

Después de que la capturaran, Rose fue conducida a la cárcel de Fresnes, al sur de París. La Gestapo la interrogó diez veces y tuvo que soportar torturas atroces, incluyendo que le quemaran la espalda con puros ardientes. Insensibilizada por la pérdida de Lazare y de sus compañeros agentes del SOE, así como por la de su familia, se negó a cooperar y se mantuvo fiel a su tapadera. «Me llamo Aline Bonnet y soy vendedora de cosméticos», repitió, negándose a sucumbir ante el dolor. Pensaba que aquella resistencia le había valido un cierto respeto por parte de la Gestapo, que ya conocía algunos detalles de su identidad de agente del SOE, obtenidos al parecer durante los interrogatorios que siguieron a la caída de la red Galeno.

Durante su estancia en la cárcel de Fresnes, la transportaron al número 84 de la avenue Foch, el cuartel parisino del SD. Al llegar, la condujeron al piso más alto y la metieron en una celda de interrogatorios. Un momento después se le puso la piel de gallina en los brazos al ver entrar en la celda a Josef Kieffer, el jefe del SD, cuyas botas repiquetearon contra el suelo de madera. Al reconocerla, Kieffer la fulminó con la mirada, le partió el labio de una bofetada y salió rabioso de la estancia. Su ayudante, Eberhard Vogel, se pasó la semana siguiente interrogándola. Pero Rose se negó a cooperar, lo que provocó la ira de Kieffer. Y ella se dio cuenta de que lo que le molestaba era algo más que su obstinación cuando Zelie, la joven bailarina de cabaret a la que Rose consideraba amante de Kieffer, apareció en el número 84 de la avenue Foch. El cabello rubio antes brillante de Zelie estaba enmarañado, unas esposas habían reemplazado su joyería cara y su rostro estaba casi irreconocible por culpa de un ojo morado y de la ausencia de maquillaje. «Ya no confía en ti y quiere averiguar si conspiraste conmigo.» Aunque sentía lástima por Zelie, cuyo único crimen parecía haber consistido en acostarse con el enemigo, experimentó una oleada de satisfacción al constatar que había inoculado en Kieffer el virus de la paranoia. Unos días después, exasperado por la falta de cooperación por parte de Rose, Kieffer ordenó que la enviaran a un campo de concentración.

El vagón se sacudió y el tren comenzó a detenerse. Exhausta por el trayecto y por la falta de comida, tuvo la esperanza de que un soldado alemán acudiera a rellenar el cubo de agua comunitario, que estaba vacío. En su lugar, la puerta se abrió y tuvo que entornar los ojos, que le ardían al verse expuestos de golpe a la luz del sol. Tragó aire fresco y notó un sabor a sal en el viento. «Quizá estemos cerca del mar. ¿En Alemania? ¿Polonia?»

—*Schnell!* —gritó un soldado apuntándolas con su rifle.

Las mujeres comenzaron a bajar del vagón. Algunas iban cargadas con bolsas y mantas, pero Rose no tenía nada. Desde la estación de tren las obligaron a desfilar por una carretera que pasaba entre casas de campo pintorescas —algunas con maceteros— en las que debían de alojarse los oficiales de las SS, a juzgar por las hileras de banderas de la esvástica. A la derecha de esas casas había un lago en el que unas mujeres de aspecto demacrado, vestidas con trajes de rayas blancas y azules y pañuelos blancos en la cabeza, metían paladas

de arena en unas vagonetas.

—*Schnell!* —ordenaron los soldados.

Las mujeres aceleraron la marcha.

Pasaron junto a una casa de mayor tamaño, que Rose supuso sería la residencia del comandante, y llegaron a una puerta de hierro que tenía grabado el nombre de Ravensbrück. A la derecha de la entrada, el edificio de mampostería con una elevada chimenea de ladrillos que se cernía sobre el campo hizo que Rose experimentara un calambre premonitorio en el vientre. «¿Un crematorio?»

Al otro lado de la verja había un amplio patio de tierra que sintió como arenoso bajo los zapatos. Más allá se extendían dieciocho pabellones de un único piso. «Aquí hay miles de prisioneras.» A diferencia de la cárcel francesa en la que había estado, Ravensbrück no disponía de torretas. En su lugar, estaba rodeada por un muro elevado con alambre de espino electrificado y señales que mostraban la imagen del cráneo y los huesos cruzados, subrayada por la palabra *«Halt!»*. Y pegado a ese alambre había el cuerpo chamuscado de una mujer, cuya ropa harapienta le daba el aspecto de un espantapájaros macabro. Rose se estremeció. «Los nazis han dejado a esa pobre mujer ahí para disuadir a las prisioneras y que no intenten escapar.» Asqueada, bajó la vista y se preguntó cómo era posible que un ser humano pudiera verse condicionado a cometer tamañas atrocidades.

Las condujeron al edificio de administración, donde las obligaron a entregar sus objetos personales. No tardaron en quitarles la ropa y afeitarlas. Las mujeres esperaron varias horas desnudas a que el personal médico de las SS las inspeccionara. Alineadas en hileras de cinco, fueron objeto de exámenes médicos breves pero invasivos —comprobaron que no estuvieran enfermas y que no hubieran escondido nada en alguno de sus orificios corporales— mientras el personal de las SS comentaba sus características físicas como si fueran piezas de ganado. Al final, les entregaron los vestidos de rayas blancas y azules y los pañuelos, muchos de los cuales estaban manchados o tenían restos de heces. «Reutilizan la ropa de las prisioneras muertas», pensó Rose al ponerse el vestido, que le quedaba varias tallas grande y que se arrastraba por el suelo. A modo de calzado, les dieron zuecos de madera.

Entregaron a cada mujer un parche de fieltro triangular con un número de identificación como prisionera, y les dijeron que debían

cosérselo en el hombro izquierdo del vestido. El de color verde era para las criminales. El negro, para aquellas mujeres a quienes los nazis clasificaban como «asociales», lo cual incluía a las gitanas, las pordioseras, las alcohólicas, las adictas a las drogas, las prostitutas y las pacifistas. El violeta, para las testigos de Jehová. El amarillo, para las judías. Y el rojo, el de las prisioneras políticas, fue el que recibió Rose, con la identificación de prisionera número 77132.

Después de coser los parches, las mujeres fueron segregadas según el color de estos y las enviaron a los pabellones que les habían asignado, pero no las dejaron entrar y hacerse con una litera, como tampoco les dieron agua ni les permitieron ir a aliviarse a la letrina. En su lugar, unas guardianas armadas con porras obligaron a las recién llegadas a permanecer en silencio delante de los pabellones. Durante aquellas horas, Rose vio que más prisioneras llegaban a la cárcel y eran procesadas. «Son todas mujeres.» Le dolían las piernas y fue cambiando el peso de una a la otra para que no se le durmieran los pies. Aquel rato le permitió entrever el funcionamiento de Ravensbrück. Aunque los hombres de las SS estuvieran a cargo del campo, todos los guardias eran mujeres. La mayoría con el cabello bien peinado por debajo de la gorra, llevaban faldas de lana y chaquetas, junto con botas y cinturones de piel lustrosa, y algunas se acompañaban de pastores alemanes sujetos con correas.

Al atardecer, cuando a Rose estaban a punto de fallarle las rodillas por culpa del cansancio, cientos de prisioneras entraron en el campo. No tardaron en seguirlas nuevos grupos, guiados por guardianas con perros. «Han acabado con el trabajo del día», pensó Rose.

—*Achtung!* —gritaron las guardianas alemanas—. ¡En filas de a cinco!

Rose se alineó junto a aquellos miles de mujeres en posición de firmes y con la mirada baja.

Las guardianas estuvieron las dos horas siguientes pasando lista en los pabellones que les habían asignado. Una mujer alta, de hermoso cabello rubio y que lucía una capa negra, apareció montada en una bicicleta y fue pasando de un pabellón al siguiente, con la capa al viento, para recoger los conteos de las guardianas. «La guardiana jefe», pensó Rose.

Con el mentón bajo, se puso a examinar las hileras de mujeres.

Era fácil identificar a las prisioneras nuevas, cuyas cabezas calvas o con un vello incipiente asomaban por debajo de los pañuelos. A las prisioneras que llevaban más tiempo en el campo ya les había crecido el pelo, pero eran de una delgadez cadavérica, tenían los ojos hundidos y la tez plomiza. «¿Cuánto tiempo se puede sobrevivir aquí?» Rose rogó por una invasión aliada que liberara a las mujeres de aquel campo de la muerte.

Sonó una alarma y las prisioneras pudieron ir a buscar la cena, un cazo de caldo de verduras hecho con nabos que les entregaron las dos prisioneras encargadas de empujar un carro de madera sobre el que había una enorme olla humeante. Destrozada y deshidratada, Rose se bebió el caldo pese a su sabor a rancio, y siguió a las demás prisioneras hacia su pabellón.

Los barracones contenían diversas hileras de literas de tres pisos. Aunque contaban con un cuarto de baño e inodoros, estaban tan llenos que muchas mujeres tenían que compartir cama. El aire estancado contenía un tufo que te hacía pensar en un establo. Rose fue pasando de una fila de camas a la siguiente, en busca de un lugar donde dormir. Litera tras litera, las prisioneras, reacias a que una recién llegada invadiera su espacio, la fueron rechazando. «Quizá tenga que ocupar una cama a la fuerza.» Cuando se disponía a dar media vuelta, alguien la cogió de la mano y tiró de ella hacia una litera.

Rose abrió mucho los ojos y el corazón le dio un vuelco al reconocer a aquella mujer alta, por mucho que le hubieran cortado el cabello castaño y ondulado.

Muriel se llevó un dedo a los labios y dijo en un susurro:

—Hablemos en voz baja. Algunas prisioneras hacen de espías para los alemanes a cambio de raciones extras.

Rose le dio un abrazo. En el vestido se le marcaban las costillas.

—Gracias a Dios que estás viva —susurró.

Soltó a Rose y le sonrió.

—¿Cómo estás? —preguntó Rose sintiéndose dichosa.

—Bien —contestó Muriel—. ¿Te han hecho mucho daño?

—No —dijo Rose, aunque aún no se le hubieran curado del todo las quemaduras de la espalda.

—Me alegro mucho de verte —comentó Muriel—. ¿Qué fue de Felix?

Rose sintió un calambre en el estómago y le habló del derrumbe de las redes parisinas del SOE, de la operación Jericó y de la muerte de Felix durante la huida de la cárcel.

—Y una de las bombas impactó contra el pabellón de Lazare —explicó con voz temblorosa.

—Ay, cielos, lo siento mucho. —Muriel le secó las mejillas—. No tuviste elección. Si no hubieras solicitado la operación, los prisioneros habrían sido fusilados. Salvaste muchas vidas, Rose. Eras importante para Lazare, y sé que habría estado orgulloso de ver lo que hiciste para salvar a los miembros de la Resistencia.

Rose agradeció que Muriel intentara consolarla, pero aquel arrepentimiento profundo seguía reconcomiéndole las entrañas.

—¿Dónde estamos? —preguntó, desesperada por dejar de pensar en la muerte de Lazare.

—En Ravensbrück, Alemania —respondió Muriel—. A ochenta kilómetros al norte de Berlín.

—Oh, no —replicó Rose. «Seremos los últimos en salvarnos cuando llegue la invasión aliada.»

—Ravensbrück tiene muchos subcampos —añadió Muriel—. Todos los prisioneros son mujeres, a excepción de un campo masculino cerca de aquí..., donde nos hacen el pan.

—¿Cuántas prisioneras hay? —preguntó Rose, no muy segura de querer conocer la respuesta.

—Cuarenta mil —contestó su amiga—. Quizá más.

Rose tomó aliento de forma entrecortada y exhaló.

—Te obligarán a trabajar —le advirtió Muriel.

—Me negaré a hacerlo —replicó Rose—. Nunca serviré a Hitler.

—Entonces te condenarán a trabajos forzados. Y, si sigues negándote, te fusilarán. A Suhren, el comandante del campo, le importan poco las normas de la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra. Su plan consiste en exterminarnos haciéndonos trabajar y matándonos de hambre.

Rose recordó de golpe la imagen de las prisioneras demacradas metiendo paladas de arena en las vagonetas.

—¿Te han asignado un destino?

—La fábrica textil —respondió Rose, recordando las instrucciones que había recibido durante el ingreso.

—Bien. Yo también trabajo allí. En invierno no se pasa frío y es

mucho menos duro que cortar árboles o mover arena.

—De acuerdo —convino Rose.

Muriel le contó las atrocidades de las que había sido testigo en Ravensbrück. Las prisioneras eran azotadas a menudo; las ataban a un poste y les pegaban veinticinco latigazos por actos menores de desobediencia, como derrumbarse por el cansancio en el momento de pasar lista o no hacerse la cama como es debido. Los transportes de prisioneras, muchas de las cuales eran judías o enfermas, partían para no regresar más.

—A las prisioneras que escogen les dicen que se las llevan a otro campo —dijo Muriel—, pero hay rumores de que las conducen a la muerte.

—Dios mío —murmuró Rose.

Sonó una sirena y, unos segundos más tarde, las luces del pabellón se apagaron. El aire se llenó de toses, resuellos, lloros y gemidos.

Rose sintió un escalofrío. «Si existe el infierno, estoy bastante segura de haberlo encontrado.»

—Sobreviviremos a esto, Muriel. Y le contaremos al mundo lo que han hecho los nazis.

—Sí —convino ella.

Rose se cubrió con la pequeña y harapienta manta que iba a compartir con Muriel y se puso de lado. Bajo la oreja oyó como la paja se arrugaba en el interior del colchón. Con la espalda pegada al cuerpo de su amiga, juntó las manos y rezó por poder sobrevivir hasta que llegaran las tropas aliadas. Pero ¿cuánto tardarían en hacerlo? ¿Varios meses? ¿Un año? Además de luchar por la supervivencia, temía tener que enfrentarse también al tiempo.

47

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE RAVENSBRÜCK
4 DE JUNIO DE 1944

A las cuatro de la mañana sonó una sirena. Rose se removió, se limpió las legañas de los ojos y bajó de la litera con Muriel. Juntas, siguieron a las prisioneras que salían arrastrando los pies hacia el patio.

—*Schnell! Schnell!* —gritó una guardiana mientras se daba golpecitos con la porra en la palma de la mano—. ¡En filas de a cinco!

Rose se alineó al lado de Muriel y se quedó en posición de firmes. Pese a que había miles de prisioneras paradas delante de sus pabellones, la mañana era tranquila, solo se oía el chirrido de los grillos y los gritos de las guardianas.

—*Achtung!* —dijo una de ellas antes de golpear con la porra la parte posterior de las piernas de una prisionera.

La mujer cayó al suelo.

Rose sintió que la rabia le inundaba el vientre. Se inclinó hacia delante, pero vaciló al considerar las posibles repercusiones si acudía en su ayuda.

—Vuelve a tu sitio —le pidió Muriel—. Te azotarán o te harán algo peor.

A regañadientes, Rose permaneció en posición de firmes. De reojo vio a la mujer herida ponerse a cuatro patas con la cabeza gacha. «Por favor, levántate.» Poco a poco, la mujer se puso en pie con las piernas temblándole y recuperó su lugar en la fila.

Las prisioneras se pasaron las siguientes tres horas allí paradas, mientras las guardianas pasaban lista. Después de que la guardiana jefe del pelo rubio pasara con la bicicleta por los pabellones para recoger los conteos, sonó una sirena y llegaron los carros de la comida. Les dieron un café aguado, que parecía estar hecho con bellotas, y una ración de pan mezclado con serrín. Al poco, las guardianas y sus pastores alemanes las hicieron desfilar camino de sus

respectivos trabajos.

Los talleres de las SS para costureras, peleteras y zapateras se encontraban dentro del campo de Ravensbrück, junto a las hileras de pabellones. En su interior, Rose tomó asiento al lado de Muriel ante una mesa alargada de madera que era como una cadena de montaje para costureras. Sentarse en aquella estancia hacinada hizo que se acordara de Lucy y de las mujeres del Despacho 60. Le dolió el pecho por la melancolía. Habían pasado algo más de tres años desde los días en que trabajaba en la sala de guerra subterránea de Churchill, pero tenía la sensación de que hubiera transcurrido una vida entera.

Una guardiana alemana joven, que llevaba una gorra de cuartel sobre el cabello de color tofe enrollado y recogido, entró en el taller y se sentó ante un escritorio que había al frente de la sala y que recordaba al de una maestra en clase. Se sacó una caña de bambú de la bota y golpeó la mesa con ella. Se oyó un sonoro chasquido.

—*Arbeit!*

Rose se encogió de miedo.

La mujer sacó agujas, hilo y tijeras de una cesta. En cadena, todas se pusieron a coser y a pasar una prenda de lana de color gris línea abajo. Al lado de la silla de Rose había una caja que contenía lo que parecían ser mangas hechas del mismo material. Sintió náuseas. «Abrigos nazis para el invierno.»

Sin decir nada, Muriel enseñó a Rose a coser las mangas de los abrigos militares alemanes. Coser, tocar siquiera los abrigos del enemigo, hizo que sintiera una oleada de asco. Puesto que no quería meter en problemas a Muriel y a las demás mujeres por no cumplir con la cuota de producción, que la guardiana iba anotando en una carpeta sujetapapeles, reprimió el resentimiento y se puso a coser. Al acabar con su manga, le pasó la prenda a una prisionera judía, pues llevaba el parche del triángulo de color amarillo.

Cuando llevaba seis horas de turno, sin haber recibido agua ni haber tenido una pausa para ir a la letrina, a Rose comenzaron a sangrarle los dedos. Se los había pinchado al hacer pasar la aguja por aquella lana tan gruesa sin la protección de un dedal. Se limpió los dedos en carne viva, usando el vestido como si fuera un trapo, y siguió trabajando. Muriel cosía las mangas del lado derecho y ella, las del izquierdo. Al final de la cadena había pilas de abrigos acabados, con los que la guardiana realizaba controles de calidad aleatorios. Al darse

cuenta de que la mujer solo examinaba el principio y el final de las costuras —allí donde el hilo estaba anudado—, a Rose se le ocurrió una idea.

Al acabar de coser, hizo un nudo y cortó el hilo que sobraba con las tijeras. Le dio un toquecito a Muriel con la rodilla.

Ella la miró.

Rose cortó el centro de la costura, por debajo de la axila del abrigo, y se lo pasó a la siguiente mujer de la cadena.

Muriel asintió con la cabeza de manera sutil. Acabó con su abrigo e imitó a su amiga al cortar la costura de la manga derecha por el centro.

Era posible que las mangas tardaran semanas de uso en soltarse, pensó Rose, pero al menos era algo. Una voluntad de desafío cargada de orgullo brotó en su interior. «Aún podemos luchar contra los nazis, aunque tengamos que limitarnos a sabotear sus malditos abrigos.» Al poco, Rose estaba vandalizando uno de cada tres abrigos que pasaban por la cadena de producción y se pasó la tarde imaginando que las tropas aliadas derrotaban al régimen desmangado de Hitler.

48

Campo de concentración de Ravensbrück
10 de septiembre de 1944

Con los dedos encallecidos tras varios meses de costura, Rose estaba trabajando en la manga de un abrigo nazi. La guardiana alemana a cargo del taller de las SS se había ido al baño, con lo que las prisioneras de la cadena de montaje disfrutaban de un breve momento de solaz. Mientras se frotaba las manos doloridas, Rose miró por un ventanuco. En el exterior, un humo negro brotaba de la chimenea del crematorio. Sintió un escalofrío. «El destino final de las prisioneras de Ravensbrück.»

—Hay días —dijo Muriel, sentada a su lado, en un susurro— en los que pienso que solo saldré de aquí a través de esa chimenea..., en forma de humo.

—No —repuso Rose volviéndose hacia ella, mirando sus mejillas hundidas—. Ni lo pienses. Volverás a casa para estar con Mabel.

Su amiga asintió con la cabeza y se secó los ojos con el dorso de la mano.

Los meses de hambre y trabajo se estaban cobrando su peaje. Se levantaban cada día a las cuatro de la mañana, soportaban tres horas en posición de firmes mientras les pasaban lista, se tomaban una taza de café de bellota y comían un trozo de pan, trabajaban turnos de doce horas, aguantaban tres horas en posición de firmes mientras volvían a pasarles lista, se bebían un tazón de caldo de nabo y se derrumbaban sobre la cama. Día tras día repetían aquel ciclo agotador mientras el campo seguía llenándose con la llegada de nuevas prisioneras. El suministro de comida al campo era cada vez más pequeño, las raciones diarias habían disminuido y el número de muertes que alimentaban el crematorio se había disparado. El lugar parecía tener hogueras en marcha a todas horas del día y de la noche.

En agosto, no obstante, habían visto un rayo de esperanza cuando

el rumor de una invasión aliada de Francia se extendió por el campo. Y Rose se convenció de que el rumor era cierto al enterarse de que Suhren, el comandante de Ravensbrück, había recibido órdenes de Berlín para que dejara de alimentar a las prisioneras políticas durante una semana.

—Ya vienen los Aliados —anunció Rose, intentando elevar el ánimo de Muriel y las demás prisioneras hambrientas de su pabellón —. Solo tenemos que sobrevivir unos meses más y seremos libres.

La guardiana alemana regresó del baño, se sacó una caña de bambú de la bota de cuero y golpeó con ella la mesa de trabajo.

—*Arbeit macht frei* —«El trabajo os hará libres», dijo con una voz cargada de rencor.

Las mujeres comenzaron a coser más rápido con la mirada baja.

«Si estuviera sana, en otro momento y en otro lugar —pensó Rose —, te rompería la caña en el trasero.» En cuanto la guardiana se volvió, cortó un hilo central bajo la axila del abrigo y aumentó el ritmo de sabotajes a cuatro de cada cinco prendas.

Rose había llegado a sentirse bastante satisfecha de sus habilidades como costurera. Se había convertido en una experta a la hora de vandalizar costuras que permanecieran intactas durante los controles de calidad y que acabaran soltándose con el tiempo. Pero, por encima de todo, se sentía orgullosa de haber incluido a sus compañeras en la conspiración. Además de a Muriel, Rose había reclutado a todas las mujeres de la cadena de producción —que procedían de distintos países y hablaban idiomas diferentes— para que sabotearan los abrigos. Para Rose y aquellas mujeres, era una manera de resistir ante los nazis y de demostrarse a sí mismas que no pensaban renunciar a la lucha, por mucho que tuvieran que recurrir a represalias irrelevantes.

La guardiana se puso a rebuscar entre una pila de abrigos. Tiró de algunos botones y solapas, poniendo a prueba su firmeza. Escarbó en el centro de la pila, sacó un abrigo y tiró de sus mangas.

El sonido que hicieron los hilos al romperse hizo que a Rose se le pusiera la piel de gallina.

La guardiana centró el examen del abrigo en su manga derecha, que había cosido Muriel.

«Oh, no.» Se le hizo un nudo en la garganta.

A Muriel le temblaban las manos.

La guardiana metió los dedos en la costura que se había soltado y arrancó la manga.

—*Wer hat das getan?* —preguntó frunciendo el ceño.

El miedo se apoderó de los rostros de las mujeres.

La respiración de Rose se volvió superficial. Como de manera refleja, se puso en pie y miró a la guardiana.

—He sido yo.

La mujer la fulminó con la mirada.

Usando dos dedos, Rose imitó la acción de unas tijeras.

—Cric-cric.

Con un movimiento veloz, la guardiana echó la pierna hacia atrás y hundió la bota en el vientre de Rose.

Un fogonazo de dolor le atravesó el abdomen y se desplomó, esforzándose por respirar.

Muriel comenzó a levantarse de la silla, pero dos prisioneras la detuvieron.

La guardiana se sacó la caña de bambú de la bota y azotó a Rose, que se hizo un ovillo y se cubrió la cara. Sentía los latigazos en la espalda, los brazos y las piernas.

Cuando acabó con la paliza, la guardiana se metió la caña en la bota e hizo sonar un silbato para alertar a sus compañeras del taller contiguo.

Unos segundos más tarde, un grupo de guardianas se llevó a Rose, que tenía los brazos y la espalda cubiertos de ronchas. Pensó que iba a sufrir un castigo aún más brutal a manos de una *kapo* del pabellón, por lo general una prisionera de triángulo verde que actuaba bajo las instrucciones de una guardiana alemana. En su lugar, dejaron atrás el poste de las flagelaciones y la condujeron a un edificio que se encontraba cerca de la entrada del campo, al lado del crematorio. Allí la encerraron en una celda de la planta baja. Rose se arrastró hasta una de sus esquinas, se envolvió las rodillas con los brazos y rogó por que ni Muriel ni las demás mujeres tuvieran que responder por los abrigos estropeados, que sin duda la guardiana examinaría con mayor detenimiento. «No hay motivo para que nos castiguen a más de una, pero... ¿cuál será mi pena? ¿Trabajos forzados? ¿Raciones más pequeñas? ¿El pelotón de fusilamiento?»

Dos horas más tarde obtuvo su respuesta cuando un oficial de las SS con una cicatriz en forma de gancho debajo del ojo izquierdo abrió

la puerta de acero macizo de la celda.

—*Der Kommandant hat neunzig Tage Einzelhaft angeordnet* —«El comandante ha ordenado noventa días de aislamiento», dijo sin la menor emoción en la voz. Entonces salió y cerró con llave la puerta tras de sí.

Aliviada por que no fueran a fusilarla, Rose comenzó a respirar hondo. «Puedo superarlo.» Se arrastró hasta un catre de madera sin colchón y se frotó las ronchas que le cubrían el cuerpo. Unas horas más tarde, no obstante, cuando le llevaron la comida de la noche, vio que el castigo incluía algo más. Una prisionera deslizó un cazo de caldo de nabo a través de una abertura al pie de la puerta y Rose hundió los hombros al examinar aquella minúscula cantidad de comida. «Medias raciones. Planean matarme de hambre.»

49

Campo de concentración de Ravensbrück
7 de octubre de 1944

El sonido de una obra hizo que Rose se removiera. Se frotó las costillas, que le sobresalían del abdomen como las de un perro callejero, y se incorporó poco a poco en el catre. Con piernas temblorosas, se dirigió arrastrando los pies hacia un pequeño ventanuco con barrotes que había en lo alto del muro. Demasiado débil como para dar un salto, prestó atención a los golpes sordos, que sonaban como si estuvieran apilando bloques de cemento en la cercanía del crematorio. «¿Qué estarán construyendo?»

Había pasado los días de aislamiento durmiendo para intentar conservar la energía. Pero cuando estaba despierta se obligaba a dar vueltas por la celda para evitar que se le atrofiaran las piernas. A fin de ejercitar la mente, recitaba los poemas que su madre le había enseñado cuando era pequeña y soñaba despierta con el pasado, casi siempre con las horas breves pero sobresalientes que había pasado con Lazare. «Ojalá las cosas hubieran sido distintas para nosotros.»

El listón de la puerta se abrió para dejar paso a la comida de la mañana. Una prisionera hizo deslizar media taza de café de bellota y una corteza de pan hacia el interior de la celda. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Rose se puso en cuclillas.

—Dame la mano —le pidió la mujer con un susurro.

Ella extendió la palma.

—De una amiga —dijo la prisionera, y le puso una salchicha seca en la mano.

Rose se quedó mirando aquel tesoro en forma de comestible.

—Cómetela en pequeñas cantidades. —La prisionera cerró el listón y las ruedas del carro de las raciones se alejaron haciendo un ruido sordo.

«Muriel.» Se le llenaron los ojos de lágrimas. Mordió un trocito de salchicha y dejó que su sabor fuerte le impregnara la lengua. Una oleada de agradecimiento le inundó el pecho.

Al día siguiente, Rose recibió un trozo de remolacha escondido en el café de bellota. Más tarde, aquella misma semana, le dieron otra salchicha, junto con un poco de margarina. Su declive físico fue disminuyendo y poco a poco fue recuperando las fuerzas. «Estás arriesgando la vida para hacer que me llegue comida. Y te prometo que no te voy a decepcionar muriéndome.»

50

Campo de concentración de Ravensbrück
11 de noviembre de 1944

Hecha un ovillo en el catre de madera, con una manta harapienta por encima, Rose escuchaba el estrépito de la obra en el exterior. El traqueteo de los bloques de mampostería que iban apilando llenaba el aire. Se preguntó si estarían construyendo nuevos pabellones, pero lo descartó al pensar que el ruido procedía de las cercanías del crematorio, que se encontraba algunos metros más allá del muro del campo. Se tapó las orejas con los dedos y cerró los ojos, con la esperanza de caer en un estado de hibernación profunda y no despertar hasta el fin de la guerra.

Un hormigueo en la mejilla hizo que se removiera y se pasara una mano por la cara. Se estremeció al sentir la brisa gélida que atravesaba el ventanuco con barrotes. «Ya llega el invierno. Ha cambiado el viento.» Se envolvió en la manta, rota y llena de agujeros, como si fuera un capullo, pero el repiqueteo de los martillos y los bloques de mampostería, que reverberaba en sus oídos, la llevó a levantarse.

El catre estaba cubierto de polvo. Se incorporó y el hollín cayó de la manta. Se quedó sin aliento. El viento que entraba a través del ventanuco llevaba lo que parecían ser copos de nieve sucia. Una fina capa de ceniza cubría el suelo. «Las cremaciones... Ay, Dios mío.»

Con una náusea en el estómago, Rose se dirigió arrastrando los pies hasta la ventana. Se puso de puntillas, lo que le provocó calambres en las pantorrillas, y comenzó a lanzar la manta una y otra vez, hasta que esta quedó encajada entre los barrotes de hierro. Pero aquel tapón improvisado apenas sirvió para impedir que la ceniza llevada por el viento se extendiera por la celda. Temblando, Rose se

hizo un ovillo en una esquina y se echó a llorar. Juntó las manos y rezó por las almas que habían perecido. Se prometió que haría todo lo posible por sobrevivir a la guerra, por llevar a los nazis ante la justicia y por asegurarse de que no se olvidara nunca a las mujeres prisioneras de Ravensbrück.

51

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE RAVENSBRÜCK
9 DE DICIEMBRE DE 1944

Se despertó con el sonido de una llave que giraba en la cerradura de la puerta de la celda. Estiró las extremidades, pero tenía las articulaciones endurecidas después de pasar tanto tiempo hecha un ovillo para mantener el calor.

La puerta se abrió con un chirrido. El oficial de las SS que la había informado noventa días antes sobre su sentencia enarcó las cejas, al parecer sorprendido de encontrársela con vida.

—*Melden dich bei deinem Zellenblock.* —«Preséntate en tu pabellón.»

Dio media vuelta y se fue, dejando la puerta abierta.

Rose salió de la celda de aislamiento arrastrando los pies. Ya fuera, atravesó el terreno cubierto de nieve y el hielo penetró en sus zuecos y le entumeció los dedos de los pies, en los que no llevaba calcetines. Vestía aún el uniforme de verano, así que se abrazó el torso en un pobre esfuerzo por luchar contra el frío. Le castañeteaban los dientes. Malnutrida y exhausta, tuvo que detenerse a descansar varias veces.

Al llegar al pabellón se lo encontró terriblemente abarrotado, con tres mujeres y a veces hasta cuatro por lecho. Tuvo que pasar por encima de docenas de prisioneras que yacían hechas un ovillo en el suelo. Un denso hedor agrio llenaba el aire. Al haber estado aislada, aquella exposición súbita a las prisioneras hacinadas resultaba a la vez inquietante y conmovedora.

Ansiosa por ver a Muriel, se dirigió a su cama y se encontró a tres mujeres acostadas bocabajo, comiendo de unos cuencos de sopa aguada.

—¿Dónde está la mujer que dormía aquí? —preguntó, sintiendo que le fallaban las rodillas.

Una de las mujeres negó con la cabeza, balbució algo en polaco y siguió sorbiendo la sopa.

Rose se desplazó entre la masa de prisioneras buscando a Muriel o a alguien a quien conociera. Hacia el fondo del pabellón se encontró a una prisionera política soviética llamada Yana, una antigua doctora del Ejército Rojo que hablaba francés por haber estudiado en París, y que solía dormir en una litera cerca de la de Rose y Muriel.

—Gracias a Dios —dijo Yana, y le dio un abrazo.

—Me alegro mucho de verte —aseguró Rose estrechándola contra su cuerpo—. ¿Qué ha pasado?

Yana la soltó.

—Mientras tú no estabas, los trenes han traído a miles de prisioneras, algunas evacuadas de los campos nazis del este, a causa del avance del Ejército Rojo.

Rose paseó la mirada por el barracón repleto, que por lo general albergaba a doscientas mujeres. «¿Cuántas son? ¿Quinientas? ¿Seiscientas?» Gemidos, toses y llantos llenaban el aire.

—Las condiciones higiénicas son espantosas —dijo Yana—. Una epidemia de tifus se ha extendido por el campo.

Rose sintió que una premonición le formaba un nudo en el estómago.

—¿Dónde está Muriel?

Unas arrugas profundas fruncieron el ceño de Yana.

—Está en la parte de atrás, donde he montado una zona de cuarentena.

«Oh, no.» Rose se apoyó en una litera para que no le fallaran las piernas.

—¿Cómo está?

—Tu amiga es una luchadora —contestó Yana.

Rose inspiró de forma entrecortada.

—¿Por qué no está en el hospital del campo?

—No me he atrevido a llevarla allí —respondió Yana.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Es que ya no trabajas en él?

—Aún estoy destinada al hospital —dijo Yana acercándose a ella y bajando la voz—. Los médicos llevan bastante tiempo practicando la eutanasia con los pacientes. Les administran inyecciones de gasolina.

—*Mon Dieu* —exclamó Rose en un susurro.

—Son unos monstruos —dijo Yana—. Se lo he visto hacer a

muchas pacientes, incluso a algunas que no eran terminales. Es como si mataran a las mujeres al azar según el humor que tengan.

—¿Y qué hay del *revier*, el barracón para prisioneras enfermas?

—Se ha convertido en un pabellón de la muerte, allí las dejan morir. —Yana se frotó la frente, como si intentara borrar aquellos recuerdos horrendos grabados en su cerebro—. Hay otra cosa que deberías saber.

Rose juntó las manos.

—Los nazis ya no tienen suficiente con matarnos a base de trabajo, fusilándonos o con estas condiciones de vida tan abominables. Tampoco se quedan tranquilos transportando a grupos de mujeres a otros campos para que las exterminen.

A Rose se le heló la sangre. Tuvo un recuerdo fugaz de los numerosos transportes de mujeres a las que habían encerrado en camiones y que no habían vuelto nunca. Desde su llegada a Ravensbrück, se rumoreaba que los alemanes enviaban prisioneras a otros campos de manera sistemática para que las mataran en masa.

—Oí a un médico y un oficial de las SS hablar sobre la cámara de gas que casi han acabado de construir en Ravensbrück. La han disfrazado como si fuera un baño.

Rose sintió una sacudida.

—¿Al lado del crematorio? —preguntó, recordando los ruidos de la obra que había oído en la celda de aislamiento.

Yana asintió con la cabeza.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no tardarán en empezar a asesinar a las prisioneras por centenares. Y no tengo la menor duda de que comenzarán con las enfermas y con las clases de prisioneras a las que los nazis más detestan.

Rose se clavó las uñas en las palmas de las manos, deseando poder hacer algo para acabar con aquel infierno.

—De modo que —resolvió Yana poniéndole una mano en el hombro— tengo que hacer que tu amiga se recupere.

—Yo te ayudaré —declaró Rose.

—Tú también tienes aspecto de necesitar tratamiento médico.

—Estoy espantosa —contestó Rose—, pero te aseguro que he estado comiendo mucho mejor que el resto de las mujeres de este pabellón. —«Gracias a que Muriel lo organizó todo para que me

pasaran comida de contrabando.»

—De acuerdo —accedió Yana, que parecía agradecida por la ayuda.

Rose siguió a la doctora, rodeando a mujeres que permanecían en cuclillas en el suelo, hasta el fondo del pabellón, donde una sábana manchada colgada de un cordel hacía las veces de barrera de cuarentena para las mujeres contagiadas de tifus.

—Comienza con tu amiga —le pidió Yana antes de sacar de una bolsita de tela una pizca de un polvo de color marrón y meterla en una taza de estaño con agua—. Es un remedio ruso, no tenemos más medicinas. —Mezcló el brebaje y le pasó a Rose la taza junto con un puñado de tiras de corteza de árbol—. Ayúdala a sorber el té y luego restriégale la corteza por la piel.

A Rose se le cayó el alma a los pies al encontrar a Muriel en la cama inferior de una litera, al lado de dos mujeres esqueléticas que o bien dormían o estaban inconscientes. Su amiga había perdido peso, cosa que evidenciaban sus pómulos y clavículas prominentes. Unas ojeras oscuras rodeaban sus ojos hinchados por la fiebre, y un sarpullido le cubría la piel.

Rose se arrodilló a su lado mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Muriel...

La enferma entreabrió los ojos.

—Soy Rose —le dijo tocándole la mano.

—Estás viva —repuso Muriel en voz baja.

—Sí. —Una lágrima resbaló por la mejilla de Rose, dejando un recorrido de suciedad sobre su piel—. Me has salvado la vida.

—Otras me ayudaron. —Muriel tosió y se encogió de dolor—. Nos protegiste a todas aceptando la responsabilidad por el sabotaje de los abrigos.

«Me regalaste comida cuando tú la necesitabas más que yo.»

—Tengo un té para que bebas. —Rose le levantó la cabeza poniéndole bajo la nuca una sábana enrollada, caliente y empapada en sudor, y llevó la taza a los labios de su amiga.

Muriel lo sorbió y unas gotitas se escurrieron por su mentón.

—No deberías estar aquí. Te vas a contagiar.

—No te preocupes por mí —dijo Rose—. Acábate el té, lleva una medicina.

—Luego —señaló Muriel con voz frágil, y miró el techo, como si buscara algo—. No recuerdo su aspecto.

Rose tragó saliva con dificultad.

—He olvidado la cara de Mabel —añadió Muriel en un susurro.

—Tonterías —contestó su amiga combatiendo su propia angustia —. No es más que un síntoma de la fiebre. En cuanto te recuperes, recordarás todos los rasgos de tu hermosa Mabel.

Muriel bajó la vista.

Rose comenzó a revisar sus recuerdos. Un fogonazo de la foto de Mabel, al lado de la de Charlie, durante la formación del SOE en Garramor House.

—Mabel es encantadora —declaró—. Tiene el cabello castaño y rizado, la nariz respingona, como su madre, y unas mejillas regordetas y adorables.

Los labios de Muriel, cuarteados y sonrojados, esbozaron una pequeña sonrisa.

—Y lleva un vestido de cuadros precioso —agregó Rose.

El recuerdo llenó la expresión de Muriel.

—Se lo hice cuando era una pequeñaja. —Hizo una pausa para aclararse la flema de la garganta—. No tardará en comenzar la escuela primaria.

—El vestido ya le quedará pequeño —aseguró Rose—. Tendrás que hacerle otro cuando vuelvas a casa. Va a ser una pequeñaja delgaducha y patilarga, igual que su madre.

Muriel le tocó el brazo.

—Sí.

Rose volvió a darle el té, pero Muriel solo consiguió tragar la mitad del líquido. Restregó la corteza sobre sus brazos, torso y piernas frágiles, que estaban cubiertos por un sarpullido de color rojo claro que se desvanecía al aplicarle presión. Mientras Muriel se quedaba dormida, Rose recordó la historia que le acababa de contar Yana sobre la cámara de gas que los alemanes estaban a punto de construir y se estremeció. «Tengo que hacer que te pongas bien antes de que los nazis comiencen a reunir a las que consideren bocas inútiles.»

52

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE RAVENSBRÜCK
19 DE DICIEMBRE DE 1944

Rose puso la mano sobre la frente de Muriel.

—Estás caliente —dijo, notando el calor que penetraba en sus dedos. «¿Llegará a los cuarenta grados?» Se le tensaron los músculos de los hombros.

El estado de su amiga había empeorado durante los días anteriores. Asolada por la fiebre y las náuseas, había sido incapaz de comerse el pan mezclado con virutas, así que Rose le daba té de corteza mezclado con margarina y un puré hecho con los nabos que Yana sacaba en secreto del hospital. Para complicar las cosas, el campo había dejado de recibir suministros textiles y eso había interrumpido las operaciones de los talleres de las SS, de modo que habían destinado a Rose a hacer trabajos forzados como recoger arena y vaciar las barcazas de carbón en el lago. En consecuencia, solo podía ocuparse de Muriel por las noches. Pese al trabajo extenuante, se sentía afortunada por el hecho de que no la hubieran destinado a ninguno de los subcampos, lo que le habría impedido cuidar de su amiga. Y, al menos por el momento, a Muriel le permitían quedarse en la sección en cuarentena del barracón a causa del exceso de prisioneras con tifus que había en el hospital y en el pabellón de la muerte. Por suerte, las guardianas alemanas temían contagiarse de tifus o tuberculosis, así que Muriel y el resto de las mujeres en cuarentena no tenían que salir cuando pasaban lista. En su lugar, la *blockova*, la prisionera a la que las SS habían puesto a cargo del barracón, les procuraba la lista de enfermas.

Rose mezcló una porción de margarina en el té tibio de corteza. Llenó una cuchara y se la puso a Muriel en los labios.

—No —dijo su amiga en un susurro, apartando la cabeza.

—Tienes que comer —señaló Rose.

—No puedo.

Dejó la taza de té en el suelo. Cogió un trapo y le secó las gotas de sudor de la frente.

Muriel la miró con los ojos inyectados en sangre.

—Quiero que escribas una carta por mí.

A Rose se le hizo un nudo en el estómago.

—Para Mabel.

—No hace falta —repuso reprimiendo las lágrimas—. Te vas a recuperar. Las fuerzas aliadas se están acercando. Pronto nos salvarán y te irás a casa.

—Por favor —pidió Muriel en voz baja.

Rose se llevó una mano al vientre dolorido.

—No tengo papel, ni lápiz.

—Eres una agente brillante. —Muriel tosió, se encontraba demasiado débil como para taparse la boca—. Estoy segura de que encontrarás algo que puedas usar.

A regañadientes, Rose escudriñó el pabellón en busca de material de escritura. Logró que una mujer polaca que dibujaba bocetos de tulipanes en piedras planas, que luego escondía debajo de la cama, le prestara su lápiz a cambio de una rebanada de pan. Pero fue incapaz de encontrar papel, que era escaso en el campo. Sobornar a una prisionera que trabajara en la administración de las SS para que robara algo de papel era arriesgado y requeriría tiempo, cosa con la que quizá no contaba. Con esas opciones limitadas, salió en silencio del pabellón.

En el exterior, la luna menguante iluminaba el patio cubierto por la nieve. Examinó la zona para asegurarse de que nadie la estuviera mirando y corrió hacia la pared de un pabellón cercano, en el que las guardianas alemanas solían reunirse para fumar cigarrillos. Unos puntos negros enturbiaban la nieve, como si alguien hubiera tirado un puñado de cenizas. Se puso en cuclillas y cogió un trozo de papel quemado. Pensar que aquella colilla había tocado los labios de una nazi le dio asco, pero reprimió su malestar y recogió tres restos de cigarrillo más.

A la mañana siguiente, durante las tres horas que estuvieron pasando lista, observó los lugares en los que varias guardianas tiraban sus colillas. Y, mientras las demás prisioneras recibían su ración matutina de café y pan, Rose fue a recogerlas. El retraso a la hora de

ponerse en la cola de las raciones provocó que le dieran solo un cuarto de rebanada de pan y un chorrito de café. «Vale la pena», pensó mientras mojaba un trocito de la corteza del pan en el café.

Durante la jornada de trabajos forzados descargó una barcaza de carbón en el lago. Le dolían los brazos y la espalda de tener que levantar palada tras palada del mineral negro, y la enfermaba la idea de que aquel carbón fuera a servir para calentar los despachos de las SS, la casa del comandante y, sobre todo, el crematorio. «Si me niego a trabajar, me darán una paliza o me pegarán un tiro. ¿Y quién cuidará de Muriel conmigo muerta?» Se sacudió aquellas ideas y sacó una palada de carbón de la barcaza.

Mientras trabajaba en el lago, encontró varias colillas cerca de una mina de arena y se las guardó en el abrigo. Recogió otras tres en el camino de vuelta. Y, después de que pasaran lista, rebuscó en el suelo y consiguió más de una docena de trocitos de papel. Ya en el pabellón, se sacó todas las colillas del bolsillo. Desdobló los papeles, tiró los restos de tabaco quemado y afiló el lápiz rascando su punta contra un ladrillo. Armada con aquellos materiales de escritura, se dirigió a la unidad de cuarentenas para ver a Muriel.

Se sentó en la cama de su amiga, que esta compartía con otras dos enfermas cuyos pechos silbaban mientras dormían.

—Muriel —le dijo en un susurro, tocándole el hombro—. ¿Quieres que te escriba esa carta?

Ella entreabrió los ojos.

—¿Qué es eso?

—Tiras de periódico, me temo. —Tapó los restos quemados con la esperanza de que Muriel no reconociera el origen del papel—. Es algo temporal. Pondré un número en el reverso de cada pedazo, para mantener el orden, y cuando encuentre el material adecuado lo transcribiré.

—De acuerdo —aceptó su amiga con voz frágil, y le hizo un gesto con la mano para que se acercara, como si no quisiera molestar a las mujeres que dormían, o como si prefiriera que sus palabras se mantuvieran en la intimidad.

Rose se agachó. Durante varios minutos, Muriel le transmitió entre susurros un mensaje para Mabel, su hija. Con el corazón afligido, Rose tuvo que esforzarse para mantener la compostura mientras escribía al dictado de manera taquigráfica, tal y como había aprendido

cuando estudiaba en la escuela londinense de secretariado de la señora Hoster. Al acabar, numeró los trozos de papel.

—Listo —dijo dejando el lápiz.

Muriel negó con la cabeza poco a poco.

—Cósetelos al vestido.

Las lágrimas nublaron la visión de Rose. La realidad de lo que le estaba pidiendo su amiga hizo que notara una punzada a la altura del esternón.

—No hace falta.

—Por favor... —le suplicó Muriel.

Rose le apretó la mano, débil y huesuda. Se mordió el interior de la mejilla para reprimir las lágrimas y acto seguido asintió con la cabeza.

53

Campo de concentración de Ravensbrück
2 de enero de 1945

Temblorosa y exhausta, Rose salió del arenero y lanzó la pala hacia el interior de una carreta. Le dolían los músculos después de haberse pasado el día paleando arena en el lago. Teniendo en cuenta que el suelo estaba helado, pensó que los trabajos forzados buscaban antes atormentar a los prisioneros que llenar aquellos vagones de arena.

—*Schnell!* —gritó una guardiana de pelo rubio, y tiró de la correa de su perro, que gruñó y enseñó los dientes.

Rose ocupó su lugar en la fila de a cinco, con las demás prisioneras. La guardiana hizo sonar un silbato, con lo que su aliento se condensó en el aire helado, y las prisioneras emprendieron la marcha. Con cada paso que daba, la arena que se le había metido en los zuecos le rascaba los pies descalzos. Estaba más cansada de lo normal, pues había dormido apenas unas pocas horas después de cuidar de Muriel y de las mujeres en cuarentena. La noche anterior, dos prisioneras políticas enfermas, una polaca y una francesa, habían muerto de tifus, agravado por una malnutrición extrema. Para entonces, el equipo de recogedores de cadáveres ya se habría llevado sus cuerpos al crematorio. Rose sentía el peso de la culpa alojado en el pecho por haber tenido que elegir a qué mujeres entregaba los trozos de comida de contrabando. «Si hubiera podido organizarlo para robar más pan, quizá seguirían vivas.»

La fiebre de Muriel había remitido, pero su amiga seguía débil y era incapaz de caminar. Aunque su progreso era lento, mostraba señales de recuperación. Su apetito había mejorado y, la noche anterior, por primera vez en varias semanas había comido algo más que puré de nabo o té medicinal: había devorado media rebanada de pan con unas hojas de col marchitas por encima.

—Mañana te pillaré una ración de salchichas con puré —había

bromeado Rose, lo que provocó una sonrisa débil pero perceptible en el rostro de Muriel.

Mientras las prisioneras se acercaban al campo, el hedor del crematorio llenó el aire. Rose comenzó a inspirar de manera corta y superficial, en un intento por bloquear el olor. Pero la fetidez empeoró cuando la guardiana les ordenó que tomaran una ruta que las haría pasar a algunas decenas de metros de la columna ondulante de humo. Rose le dirigió una mirada a la mujer, cuyas botas de piel lustrada hacían crujir la nieve. «Pretendes atormentarnos», pensó mientras el rencor crecía en su seno.

El horno del crematorio lanzó un rugido y a Rose se le erizó el vello de la nuca. Una oleada de calor atravesó el aire gélido. Deseó poder taponarse los oídos y erradicar las imágenes horrendas que daban vueltas en su mente. Al pasar junto al baño falso, su vista se dirigió hacia las pilas de ropa, la mayor parte de las cuales lucían el triángulo de color amarillo. «¡Ay, Dios! ¡La cámara de gas está operativa!»

Le fallaron las piernas. Le dolía el corazón por aquellas mujeres, la mayoría de las cuales eran judías, a juzgar por el color de sus parches. Se preguntó qué habría sido de los padres de Lazare y rogó por que no hubieran tenido el mismo fin. Y se prometió, con cada gramo de su ser, que haría todo lo posible para sobrevivir y contarle al mundo las atrocidades que habían tenido lugar en Ravensbrück. Le hervía la sangre con una mezcla de tristeza y ansia de venganza. «Algún día, los nazis pagarán por este genocidio.»

Ya en el campo, entró en el pabellón con la esperanza de encontrar a Yana e informarla del gaseamiento. Se abrió paso por el barracón lleno de mujeres, pasando por encima de muchas que yacían hechas un ovillo en el suelo. Retiró la sábana que separaba a las prisioneras en cuarentena del resto, entró en su zona y se quedó paralizada. En las literas había otras mujeres a las que no conocía. Ni Muriel ni las mujeres con las que había compartido cama estaban allí. Se le hizo un nudo luctuoso en el estómago.

Yana, que estaba dándole de comer un trozo de pan a una enferma, se volvió hacia ella.

—¿Dónde están? —preguntó Rose sin aliento.

—No hemos podido hacer nada —contestó Yana con voz temblorosa—. Al volver de trabajar en el hospital me he enterado de

que un grupo de prisioneras de triángulo verde, siguiendo las órdenes de un oficial de las SS, las había cargado en un camión y se las había llevado.

Un latigazo de dolor le recorrió el vientre, como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

—¿A un subcampo?

—No. —Yana tenía los ojos llorosos.

—¿Al pabellón de la muerte? —gimió Rose, cuyo cerebro se negaba a aceptar lo que su corazón ya sabía.

Yana negó con la cabeza.

—Lo siento.

—¡No! —Rose se puso a llorar—. ¡Tiene que haber un error!

Se dirigió tambaleándose hacia la puerta del pabellón, tropezando con las prisioneras que yacían en el suelo. Impulsada por la rabia, salió al exterior y se dirigió hacia el edificio de administración de las SS vociferando:

—¡¿Adónde os la habéis llevado?! —La aflicción le desgarraba el corazón—. ¡Traedla de vuelta!

Dos guardianas se acercaron a la carrera por el patio. En cuestión de segundos, una de ellas, una mujer alta con el cabello pulcramente recogido en un moño, la golpeó con la porra en el vientre.

El fogonazo de dolor recorrió sus entrañas y Rose cayó doblada al suelo. Mientras se esforzaba por ponerse de rodillas, una bota se estampó contra su espalda y le aplastó la cara contra la nieve. Pensaba que se la iban a llevar a rastras para azotarla o fusilarla. En su lugar, una de las guardianas cogió un cubo y le tiró el agua fría por encima.

Se quedó conmocionada. La ropa empapada se le pegaba a la piel. Soltó un grito ahogado mientras su aliento creaba nubecitas en el aire gélido.

Sonó una sirena.

—*In die Reihe, mit den anderen!* —«¡Ponte en la fila, con las demás!», gruñó una de las guardianas clavándole la porra en la mejilla.

Maltrecha y desconsolada, Rose se esforzó por ponerse en pie. Se dirigió arrastrando los pies hacia el pabellón y ocupó su lugar en la línea. «Lo siento tantísimo, Muriel...» Las lágrimas corrían por su rostro. A medida que pasaban los minutos, su pena aumentaba mientras su temperatura corporal se iba desplomando. Tres horas más

tarde, cuando acabaron de pasar lista, Rose seguía en pie pese a que no se sentía las manos ni los pies. Con otras dos prisioneras, Yana la ayudó a entrar en el barracón —tenía la ropa congelada—, donde la envolvieron en mantas y la abrazaron para compartir su calor. Poco a poco, su ropa se fue descongelando y su cuerpo se calentó. Con manos temblorosas, se cogió el dobladillo del vestido húmedo —que contenía los trocitos de papel con las palabras de Muriel—, se hizo un ovillo y se puso a sollozar.

54

Campo de concentración de Ravensbrück
27 de marzo de 1945

Rose estaba parada en la plaza donde se pasaba lista, observando el convoy de camiones repletos de prisioneras salir del campo. Se sintió aliviada al ver que los vehículos no se detenían en la cámara de gas, donde varios miles de prisioneras —la mayoría, judías o enfermas, así como elementos asociales (triángulos negros) y criminales (triángulos verdes)— habían sido exterminadas durante los tres meses anteriores. Se rumoreaba que, en su lugar, los vehículos recolocarían a cinco mil prisioneras en los campos de concentración de Mauthausen y Bergen-Belsen.

«Las fuerzas soviéticas se están acercando», pensó Rose. Durante el invierno habían llegado a Ravensbrück miles de prisioneras evacuadas de los campos de Polonia, ante el avance del ejército de Stalin. La frecuencia de las sirenas de ataque aéreo había aumentado y una mujer que trabajaba en el edificio de administración les había contado que las SS estaban trasladando sus registros y las máquinas de los talleres a lugares más seguros. Pero las prisioneras seguían siendo exterminadas en masa en la cámara de gas. Las condiciones del campo empeoraban a diario. El suministro de comida se iba reduciendo. El pabellón de la muerte estaba repleto de prisioneras en fase terminal, a las que simplemente abandonaban allí para que se murieran. Los gaseamientos y las cremaciones se habían intensificado, y habían ennegrecido el cielo por encima de Ravensbrück. Y, día tras día, aquellas mujeres desesperadas por acabar con su sufrimiento se lanzaban contra la cerca electrificada.

Los meses de trabajos forzados habían acabado con las fuerzas de Rose. Había perdido peso, se le marcaban los huesos de la pelvis y las costillas, y se le estaba cayendo el pelo quebradizo que le había vuelto a crecer. Pensaba que lo único que la mantenía con vida eran las

raciones que Yana robaba del hospital del campo: trocitos de chocolate, porciones de margarina, rebanadas de pan y cucharadas de mermelada. Pero lo que más le dolía era la angustia profundamente arraigada que sentía por la pérdida de Muriel, su colega del SOE y amiga.

Nunca había averiguado con exactitud qué había pasado con Muriel y las mujeres en cuarentena, pero pensaba que las habrían fusilado o gaseado, para luego cremarlas. Por mucho que pasaran los meses, la culpa y la desolación seguían estando en carne viva. «Si Muriel no me hubiera hecho llegar raciones de contrabando cuando estaba en la celda de aislamiento, quizá habría tenido la fuerza necesaria para no contraer el tifus. Debería haber encontrado la manera de esconderla mientras estaba trabajando.»

Oyó desvanecerse el rugido del motor de los camiones y se preguntó si viviría lo suficiente como para ver el campo liberado. Entró en el pabellón e intentó decidir si no debería buscar a una prisionera con mejor salud y más fuerza que estuviera dispuesta a llevar el mensaje de Muriel de vuelta a casa.

55

La marcha de la muerte
27 de abril de 1945

Rose estaba parada en el patio, escuchando el rugido de los motores de los camiones al otro lado del muro. Un grupo de oficiales de las SS irrumpió con la cabeza gacha en el edificio de administración. «Saben que se acerca el final», pensó.

Durante las semanas anteriores, las SS habían trasladado a miles de prisioneros a otros destinos. Cargaban a las mujeres, muchas de ellas escandinavas, en autobuses blancos y se las llevaban. De todos modos, en Ravensbrück quedaban aún más de veinte mil prisioneras, según estimaba Rose, y en los pabellones corría el rumor de que el Ejército Rojo de Stalin estaba cada vez más cerca del campo. La esperanza de la liberación henchía el pecho de las prisioneras y, sobre todo, de las mujeres soviéticas, que habían comenzado a mantener la cabeza más alta. Pero la ronda de transportes de aquel día parecía poco habitual a causa de la mayor presencia de soldados de las SS, y porque algunas de las guardianas no se habían presentado a pasar lista por la mañana.

Cuando se disponía a entrar en el barracón, Yana salió del hospital y se le acercó.

—Sígueme —le dijo tomándola del brazo, y la llevó hasta la parte trasera del pabellón—. He oído a un oficial de las SS decirle a un médico alemán que el comandante Suhren ha dado órdenes de evacuar el campo.

Una oleada de esperanza recorrió las venas de Rose.

Yana miró por encima del hombro, como para asegurarse de que nadie pudiera oírlas.

—Los alemanes no piensan dejar atrás a ningún testigo que pueda dar fe de las atrocidades que han cometido. Obligarán a todas las mujeres físicamente aptas a salir a pie de Ravensbrück.

«Una marcha de la muerte.» Rose sintió una punzada en el estómago.

—¿Para ir adónde?

—Al norte de Mecklenburg, creo —contestó Yana.

—¿Y qué hay de las mujeres que estén demasiado débiles para caminar?

—Las dejarán aquí para que se mueran.

A Rose se le cayó el alma a los pies.

—A mí me exigen que me quede para ocuparme de las enfermas —continuó Yana—. Debo volver al hospital antes de que el médico se dé cuenta de que no estoy. —Se quitó el abrigo—. Cámbiamelo, este es más cálido.

Sonó una sirena. Rose sintió un cosquilleo en la piel.

—Me quedo a ayudarte.

—No tienes elección —repuso Yana—. Si no vas, te fusilarán.

Se oyó fuego de ametralladora procedente del patio.

—*Schnell!*

Rose hizo una mueca.

—Tu abrigo —le suplicó Yana.

A regañadientes intercambió la prenda con la de la otra mujer. Abrió mucho los ojos al notar los bultos en los bolsillos.

—Comida y vendajes —aclaró Yana.

—Gracias —dijo Rose—. Por favor, ven conmigo. Quizá puedas esconderte entre la multitud e intentar escapar.

—Cuidaré de las enfermas hasta que mis camaradas soviéticos nos liberen —aseguró Yana con un tono de incertidumbre en la voz.

Rose intentó convencerla para que se marchara con ella, pero la mujer se negó. Los silbatos de las guardianas alemanas perforaron el aire, seguidos de disparos y de los ladridos de los perros.

Yana le dio un abrazo.

—*Dasvidaniya.*

—Adiós —dijo Rose estrechándola contra sí.

Yana desapareció entre el grupo de prisioneras que llenaba el patio. A Rose le dolió el corazón al darse cuenta de que, con toda probabilidad, no volvería a ver a su amiga rusa nunca más.

Poco después, miles de prisioneras se habían congregado hombro con hombro ante la verja del campo. Distribuyeron entre ellas trozos de pan mientras docenas de soldados armados de las SS se bajaban de

sus camiones. La puerta se abrió y las mujeres fueron conducidas hacia el exterior como ovejas, dejando atrás a las prisioneras que estaban demasiado enfermas como para levantarse de la cama.

—*Schnell!* —ordenó un soldado de las SS, apuntándolas con un rifle con bayoneta.

Las prisioneras, que en su mayoría llevaban zuecos y ropa harapienta, avanzaron con pesadez. Las obligaron a formar una larga columna, mientras los soldados las azuzaban por detrás. Al pasar frente a él, Rose le dirigió una mirada al lago Schwedtsee, donde la habían obligado a realizar trabajos forzados y donde las SS solían tirar las cenizas humanas procedentes del crematorio. Se le llenaron los ojos de lágrimas al preguntarse cuántas decenas de miles de muertas descansaban en su lecho.

Aún no habían recorrido ni cien metros cuando se oyó el primer disparo. Las prisioneras se encogieron de miedo y Rose vio de reojo que una mujer de cabello canoso se derrumbaba. «Ay, Dios.»

—*Schnell! Schnell!* —gritaron los soldados de las SS.

Las prisioneras aumentaron el ritmo. El sonido de las toses, los resuellos y los pies que se arrastraban llenó el aire.

Junto con miles de prisioneras, muchas de las cuales parecían esqueletos a causa de la malnutrición severa, Rose se pasó las primeras horas de la tarde avanzando en dirección norte por carreteras embarradas. Los soldados hicieron que algunos grupos fueran campo a través, solo para unirse al grupo principal un kilómetro y medio más allá. Como el repicar preciso y medido de un campanario, cada treinta o sesenta minutos se oía el estallido de un disparo, con el que caía asesinada una prisionera demasiado débil como para mantener el paso. A Rose le resultó evidente que los guardias de las SS no solo tenían órdenes de transportar a las prisioneras a otro campo, lejos del avance de las tropas aliadas. Su plan también consistía en desperdigar aquellos cadáveres por una zona muy amplia, en un intento por ocultar las pruebas de su genocidio y sus crímenes de guerra.

Al cabo de unos kilómetros, le dolían los músculos de las piernas y le ardían los pulmones. «¿Cuánto tardaré en no poder caminar más? ¿Horas? ¿Días?» Para distraerse del dolor y de la muerte, comenzó a recuperar algunos recuerdos felices que permanecían enterrados en las profundidades de su mente. Los pícnics veraniegos con sus padres y

Charlie en Trafalgar Square, cuando comían diferentes quesos y embutidos, bizcochos y bollitos con crema procedentes del Colmado Teasdale. La sensación de orgullo y camaradería que había experimentado al trabajar junto a las mujeres del Despacho 60 en las salas de guerra de Churchill y la broma que solía compartir con su querida amiga Lucy acerca de que uno de los informes que mecanografiaban conduciría al Reino Unido a la victoria. La euforia que sintió cuando Felix, Muriel y ella completaron con éxito la formación de combate del SOE en Escocia, y lo ansiosa y confiada que había estado por unirse a la lucha. Pero, sobre todo, revivió las breves pero dichosas horas que había pasado con Lazare. Su deseo de abrir su corazón y contarle que sus padres judíos habían caído en la redada de la policía parisina. La manera en que arriesgó la vida para establecer pisos francos para la red del SOE y para ella. El gentil contacto de su mano mientras la guiaba por el laberinto a oscuras de las catacumbas de París. La deliciosa cena que le había preparado con restos de verduras. Y la alegría y la calidez que había sentido entre sus brazos. «Ojalá las cosas hubieran sido diferentes para nosotros.»

Mucho después de que cayera la noche, las prisioneras —en número varios centenares menor que cuando habían emprendido la marcha— llegaron a una estación de tren sin iluminar. Les permitieron descansar y las mujeres se acomodaron en el suelo. Agradecida por la comida que Yana había robado para ella, Rose se sacó un trozo de pan y unas patatas pequeñas del bolsillo. Le dio un mordisco al pan y rezó para que su amiga fuera liberada pronto, junto con los miles de prisioneras enfermas que se habían quedado en Ravensbrück.

Una muchacha agotada, no llegaría a la veintena, con un triángulo de color rojo se quedó mirando su comida.

Rose rompió un pedazo de pan y se lo dio junto con una de las patatas.

—*Dziękuję* —le dijo la chica en polaco.

—Cómetelo poco a poco —le recomendó ella—. Puedes sobrevivir a esto. Limítate a seguir caminando.

La joven asintió con la cabeza y se puso a mordisquear la comida.

Con las piernas doloridas, Rose acabó de comer y se hizo un ovillo en el suelo. Agotada en cuerpo y mente, se quedó dormida. Pero, pocas horas más tarde, cuando el sol no había salido aún, los guardias las obligaron a ponerse en marcha y dejar atrás los cuerpos

de las mujeres que habían muerto durante la noche.

Avanzaron con esfuerzo por la campiña. A lo largo de la mañana siguió habiendo ejecuciones esporádicas, incluidas la de una mujer húngara que se había detenido un instante para beber el agua turbia de un charco y la de una adolescente polaca que había tropezado con una rama caída que bloqueaba el paso. La mayoría de las prisioneras, si no todas, sufrían para mantener el ritmo marcado por los soldados de las SS, y el riesgo de que una de ellas tuviera fuerzas para salir corriendo era pequeño. «Tardarán segundos en abatir a quien huya.» La única opción que tenían de momento, pensaba Rose, era continuar con aquella marcha hasta que las piernas no les dieran más de sí.

Al mediodía les permitieron descansar cerca de un arroyo mientras los guardias se comían lo que llevaban en las mochilas. Rose compartió la comida que le quedaba con tres prisioneras que, a su juicio, necesitaban aquel alimento más que ella, a juzgar por sus mejillas prominentes y ojos negros de expresión vacua. Se sacó los vendajes del bolsillo y les vendó las ampollas de los pies.

Durante la marcha de la tarde murieron docenas de mujeres, ya por agotamiento, ya por las balas de los nazis. Haciendo un esfuerzo por levantar la cabeza, Rose vio pasar la tierra entre sus pies. Su sentido del tiempo se desvaneció y los vendajes que cubrían sus ampollas se fueron haciendo jirones poco a poco por el roce constante con los zuecos. Al reventarse, las ampollas se convirtieron en heridas abiertas. Con cada paso sentía punzadas en los pies. Reprimió el dolor y siguió avanzando, llevada por un deseo profundamente arraigado de sobrevivir a aquel infierno y cumplir con la promesa que le había hecho a Muriel.

Al atardecer se había unido a un subgrupo de cincuenta prisioneras guiado por dos soldados de las SS aún adolescentes o apenas veinteañeros, a juzgar por sus rostros lampiños, quienes ordenaron a las mujeres que atravesaran un prado muy extenso. Alejarse de la carretera, así como del grupo principal, hizo que a Rose se le formara un nudo de náusea en el esófago. Esperaba que los soldados las abatieran en cualquier momento y las dejaran pudrirse en aquel prado. En su lugar, las llevaron a una granja y les indicaron que se metieran en el establo.

—*Geh rein!* —«¡Entrad!», gritó uno de ellos apuntándolas con la bayoneta.

Las prisioneras obedecieron arrastrando los pies.

Un segundo soldado encendió un cigarrillo y el destello de la llama iluminó el espacio a oscuras, reveló la presencia de unas caballerizas vacías. Un olor apagado a tierra y estiércol llenaba el aire. Las mujeres, exhaustas y asustadas, hicieron una piña. Unos segundos más tarde, los soldados cerraron con fuerza la puerta del establo y la trabaron desde el exterior.

«O nos están encerrando para pasar la noche o piensan quemarnos vivas», se dijo Rose. Demasiado cansada para preocuparse, avanzó por el espacio a oscuras, encontró una pequeña pila de paja en la que ya había varias prisioneras, se dejó caer bocabajo sobre ella y se quedó dormida.

56

LA MARCHA DE LA MUERTE
30 DE ABRIL DE 1945

Al tercer día de camino, el subgrupo de Rose, que había pasado de cincuenta a veintidós mujeres, no se unió al éxodo principal de prisioneras, algo más al noroeste. La llovizna le golpeaba la cara y se iba filtrando a través de su ropa. Cada paso representaba un esfuerzo; le palpitaban los pies y sentía punzadas en las rodillas y en las caderas. Poco a poco había ido perdiendo la esperanza de sobrevivir y le dolía el pecho al pensar que moriría con el mensaje de Muriel cosido al dobladillo del vestido. Se planteó la posibilidad de darle los trocitos de papel a alguna de las prisioneras que quedaran en la siguiente parada, pero con toda probabilidad daría igual. «Ninguna de nosotras llegará al campo.»

Un rato antes, los soldados se habían puesto la ropa de civil que llevaban escondida en las mochilas. Lo único que seguía identificándolos eran sus rifles y abrigos militares, que de momento los mantenían secos bajo la lluvia. «En cuanto el grupo se vuelva lo bastante pequeño, nos ejecutarán y desertarán de sus puestos.»

Una hora después, pinchándolas con las bayonetas, los soldados las obligaron a abandonar el camino de tierra y a meterse en el bosque. La tierra, que se había enfangado por culpa de la lluvia, se tragó el zueco izquierdo de Rose. Para no correr el riesgo de que le dispararan si intentaba recuperarlo, siguió caminando con un pie descalzo y ulceroso que se hundía en el barro. Poco después las agruparon en un pequeño claro rodeado de grupos de betulas. Rose sintió una presión en el pecho, su respiración se volvió superficial. El miedo en los ojos de las demás mujeres le indicó que ellas también sabían lo que estaba a punto de suceder.

—*Halt!* —gritó uno de los soldados.

Las prisioneras se detuvieron. Rota, incapaz de huir, Rose miró a

los soldados de las SS, sus expresiones carentes de cualquier tipo de compasión humana, como si vieran a aquellas mujeres como alimañas. El aire se impregnó de sus quejidos y del golpeteo de la lluvia. Las prisioneras se amontonaron, algunas se cogieron de la mano en solidaridad, mientras que otras comenzaron a rezar.

Los soldados levantaron los rifles.

Con el corazón martilleándole el esternón, Rose apretó con fuerza los dedos temblorosos de una prisionera polaca. Levantó la cabeza en un gesto desafiante, cerró los ojos y aguardó a que acabara todo.

Los disparos estallaron.

Rose se echó hacia atrás, con el corazón desbocado. Se dobló, pero se mantuvo en pie. Al abrir los ojos vio a los soldados alemanes, sus extremidades sin vida estiradas sobre el suelo. Unos segundos después, los soldados soviéticos, con sus uniformes de color caqui y sus gorras engalanadas con la estrella del Ejército Rojo, comenzaron a salir del bosque.

Aferrándose las unas a las otras, las prisioneras gemían y lloraban.

Un soldado con bigote, que parecía ser el líder de aquella unidad soviética de reconocimiento, avanzó hacia ellas y bajó la ametralladora. Se quedó mirando a aquellas mujeres cadavéricas con los ojos desorbitados por la conmoción.

A Rose se le llenaron los suyos de lágrimas, cayó de rodillas y rompió a llorar.

Quinta parte
Liberté

57

LONDRES, INGLATERRA
20 DE JUNIO DE 1945

Rose salió de la estación de metro de Aldgate East, en la que le había llamado la atención la ausencia de ciudadanos londinenses pertrechados con mantas y almohadas para dormir bajo tierra. Mientras zigzagueaba por las aceras repletas de gente que volvía a casa del trabajo, sentía mariposas en el estómago. Habían pasado tres años desde el día en que dejó la llave del apartamento de Lucy en la encimera de la cocina con una nota explicándole a su amiga que había aceptado un trabajo fuera de Londres, y que le escribiría en cuanto pudiera. «¿Se enojará conmigo por no haberle dicho la verdad? ¿Volverán las cosas a ser como antes entre nosotras?» Con la esperanza de que Lucy siguiera viviendo en Spitalfields, Rose cruzó la calle en dirección a un edificio de cuatro plantas hecho de ladrillo.

Después de que la unidad soviética de reconocimiento salvara a las prisioneras que habían sobrevivido y las entregara a la Cruz Roja sueca, las condujeron a través de Dinamarca hasta un hospital en Malmö, Suecia. Tres de las supervivientes de la marcha de la muerte, una húngara y dos polacas, fallecieron durante el viaje pese a los esfuerzos de los médicos por administrarles comida y medicinas. Se encontraban demasiado demacradas como para recuperarse, y Rose se quedó atormentada por el recuerdo de aquellas mujeres que habían luchado con tanta desesperación para vivir y que habían muerto a los pocos días de su liberación.

Al llegar al hospital sueco, el estado de salud de Rose era espantoso. Pesaba apenas treinta kilos y las llagas de los pies se le habían infectado, lo que amenazaba su capacidad para permanecer erguida. Celebró el Día de la Victoria en Europa, la rendición incondicional de los nazis ante los Aliados, tomando una sopa de guisantes y unos panqueques en la cama del hospital, con los pies

vendados y apoyados en unos cojines. Dedicó buena parte del tiempo allí —entre los cambios de vendaje, las rondas de sulfamida y la terapia física— a escribir los detalles de las atrocidades de las que había sido testigo en un diario encuadernado en piel. «Los soviéticos se han hecho con el control del este de Alemania, incluyendo Ravensbrück, y es posible que las autoridades británicas no reciban un recuento completo de los crímenes nazis.» Pese al dolor que le representaba revivir el tiempo que había pasado cautiva, registró aquellas historias de condiciones inhumanas, inanición, trabajos forzados, ejecuciones y genocidio. Aunque se sentía agradecida por haber sobrevivido, le dolía el alma por las mujeres que habían sufrido en Ravensbrück y por toda la gente que había fallecido en la lucha por salvar Europa de la agresión nazi.

Después de varias semanas de cuidados médicos, Rose se encontró lo bastante bien como para volar hasta Tempsford, la base aérea de la RAF en Bedfordshire, Inglaterra, de la que había salido años antes para tirarse en paracaídas sobre la Francia ocupada. La recibió en el hangar un oficial, el capitán Carter, quien actuó en nombre del SOE como comité de bienvenida compuesto por una sola persona. Carter, un hombre alto y robusto, con una profunda voz de barítono, le dio la bienvenida a casa estrechándole la mano con firmeza y le agradeció sus servicios al Reino Unido. Le expresó sus condolencias por la muerte de Felix y Muriel, sus colegas agentes, y le proporcionó el protocolo del SOE para volver a integrarse en la sociedad.

Carter informó a Rose de que debía mantener su juramento de confidencialidad y de que el SOE había clasificado todos los registros de Hechicero, su subred, como alto secreto. Por tanto, incluso cuando las autoridades británicas decidieran que era seguro revelar los nombres y los roles de los agentes del SOE que habían servido en la Europa ocupada por los nazis, lo más probable era que la identidad de Rose, Muriel y Felix continuara estando clasificada. Sería como si ellos y la red Hechicero no hubieran existido nunca.

—Las autoridades británicas han decidido que es mejor mantener en secreto los orígenes de la operación Jericó —dijo Carter—. Resultaría bastante controvertido, tanto para el Reino Unido como para Francia, que el público descubriera quién instigó a la RAF a bombardear una cárcel francesa, así como quién autorizó la misión.

Las palabras de Carter resucitaron la aflicción de Rose por Lazare, y también la apenó saber que el servicio de Muriel y Felix podría quedar eliminado de la historia. «Quizá las autoridades teman un embrollo político», pensó. Consideró la posibilidad de pedirle a Carter los nombres de las personas responsables de tomar esa decisión, pero lo cierto era que la habían tomado y que, al menos por el momento, ella no podía hacer nada al respecto. Dejando sus emociones de lado, aceptó la invitación de Carter para participar en una ceremonia privada que se celebraría cuando ella estuviera recuperada por completo en honor al servicio de los agentes del SOE caídos. Le devolvieron sus objetos personales, incluida la fotografía de Charlie. Abandonó la base de Tempsford ansiosa por cumplir las promesas que les había hecho a Muriel y a Felix, pero antes tenía que ver a Lucy.

Subió la escalera del edificio cargada con una maleta pequeña. Al llegar al rellano, respiró hondo varias veces para apaciguar su pulso acelerado. Acostumbrada a llevar zuecos sin calcetines, le dolían los pies con aquellos zapatos de tacón. Reprimió la agitación y llamó a la puerta.

Unos segundos más tarde, Lucy abrió.

—¡Oh, cielo santo! —dijo con un grito ahogado.

—Hola —saludó Rose con voz vacilante.

Lucy se lanzó a abrazarla.

Un acceso de euforia recorrió el cuerpo de Rose, que estrechó a su amiga contra sí, deseosa de no soltarla más.

—Me alegro tanto de verte… —gimió Lucy.

Rose lloraba, lágrimas de alegría corrían por sus mejillas.

—Por favor, entra —pidió Lucy tirando de ella. Cogió su maleta y la dejó en el vestíbulo. Le secó las lágrimas y se quedó mirando sus ojos hundidos y su delgadez—. ¿Estás enferma?

—Me estoy curando —contestó Rose ignorando el cansancio.

—Al no saber de ti, tuve miedo de que te hubiera sucedido algo terrible —dijo Lucy—. ¿Qué pasó?

—Lo siento mucho. —Rose inspiró de manera entrecortada—. Me siento fatal por haberme marchado sin decirte adónde iba. Ojalá pudiera contártelo todo, pero de momento no me lo permiten.

Lucy hizo una pausa, como si estuviera procesando las palabras de Rose.

—No hace falta que me lo cuentes —repuso—. Ninguna falta.

«Mi dulce y leal Lucy —pensó Rose tratando de contener las lágrimas—. Nuestra labor en las salas de guerra de Churchill nos ha condicionado para que mantengamos la confidencialidad y no hagamos preguntas.»

—Me alegro muchísimo de verte.

—Te he echado de menos —confesó Lucy.

—Yo también a ti, de verdad. —Rose dirigió una mirada al vientre hinchado de su amiga y soltó un grito ahogado.

—Voy a tener un bebé —explicó ella frotándose la barriga—. Estoy embarazada de cinco meses.

—Me alegro mucho por ti —dijo Rose.

Lucy le sonrió.

—¿Nos tomamos un té? Tenemos que ponernos al día con un montón de cosas.

Rose se sentó a la mesa de la cocina mientras Lucy servía el té y un bizcocho hecho con mantequilla de verdad. El recuerdo fugaz de las porciones de margarina que Muriel había robado para mantenerla viva atravesó su mente y en su pecho se agitó una mezcla de agradecimiento y de pena.

Durante la hora siguiente, Rose se puso al día con la vida de Lucy, que se había casado con Jonathan, empleado de la Brigada de Bomberos de Londres, poco después de su marcha. El piso que Lucy solía compartir con otras dos chicas se había convertido en el hogar de la pareja. Lucy ya no trabajaba en el búnker subterráneo de Churchill. Después de la guerra, la habían transferido a un puesto de mecanógrafa en el cuarto piso del edificio del Tesoro.

—Se me hace bastante raro mecanografiar informes al lado de una ventana —dijo Lucy colocándose bien las gafas sobre el puente de la nariz—. Después de tantos años en un sótano, tengo la sensación de que me voy a quemar la piel.

Rose le sonrió mientras mordisqueaba una miga de bizcocho.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Lucy.

—No quiero ser ninguna molestia —contestó Rose, aunque no tenía adónde ir.

—Tonterías —soltó Lucy—. Está decidido. Te quedas a vivir con nosotros todo el tiempo que necesites.

—Pero estás casada y esperas un bebé...

—Jonathan estará encantado de verte. Ocuparás la habitación de

invitados. Si tenemos la suerte de que sigas con nosotros cuando llegue el bebé, te utilizaré para lavar pañales.

—Eso sería maravilloso —repuso Rose parpadeando para reprimir las lágrimas.

Lucy le cogió la mano, débil y huesuda.

—Y te voy a hacer engordar con el pastel de ternera de mi madre.

Rose se pasó las dos semanas siguientes durmiendo doce horas al día, sin contar las siestas; era como si su mente y su cuerpo hubieran necesitado hibernar. Se despertaba, a menudo cuando Jonathan y Lucy ya se habían ido a trabajar, y se tomaba un té y comía algunas porciones del pastel de ternera que la madre de Lucy les llevaba a diario. Por la tarde cenaba bacalao y eglefinos fritos en un local de la zona y se iba a pasear por las calles de Londres para hacer ejercicio.

El East End, que se había llevado la peor parte en el reparto de bombas alemanas, seguía conteniendo montañas de escombros, y docenas de almacenes, muelles y residencias se encontraban en varios estados de ruina. En Bethnal Green, un solar vacío plagado de malas hierbas ocupaba el lugar donde había estado el antiguo Colmado Teasdale, donde sus padres habían sido en su día fuente de comida y camaradería para la vecindad. «Quizá tarde años, o incluso toda una vida, en recuperarse.»

Con el paso de las semanas, la salud de Rose fue mejorando. Ganó peso gracias a Lucy y a los pasteles de su madre, y su cabello quebradizo poco a poco fue creciendo y recuperando el brillo. Pero, aunque su cuerpo se estaba curando, poco podía hacer con sus cicatrices, que reveló ante Lucy sin querer cuando esta la ayudó a abrocharse la espalda de un vestido ajustado.

Lucy lanzó un grito de asombro y se quedó mirando las marcas oscuras en su espalda.

A Rose se le heló la sangre al recordar de repente los interrogatorios, cuando le habían quemado la espalda con puros candentes.

—Lamento que hayas tenido que ver eso. —Se ajustó el vestido para taparse la piel.

—Malditos cabrones —murmuró Lucy—. No puedo ni imaginar el infierno que tuviste que soportar en ese campo de concentración.

«Lo sabe», pensó Rose.

Su amiga fue a buscar un frasco de bálsamo.

—Haré todo lo posible para borrar lo que te hicieron.

—Gracias —dijo Rose.

Se abrió la espalda del vestido y Lucy le puso el bálsamo en las cicatrices. Ella reprimió las imágenes de su tortura y se dedicó a pensar en los fragmentos de papel de fumar que contenían el mensaje de Muriel, y que había guardado en la maleta.

—Pienso viajar a Edimburgo para visitar a la familia de una amiga fallecida.

—¿Cuándo? —preguntó Lucy.

—Dentro de unos días.

«Cuando haya podido comprar un poco de papel como Dios manda.»

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Lucy.

—Me encantaría que me hicieras compañía, pero creo que esto es algo que tengo que hacer por mi cuenta.

—De acuerdo —dijo Lucy—. Pero, si cambias de idea, me reuniré contigo en cuanto me lo pidas.

Rose asintió con la cabeza. La idea de entregar el mensaje de Muriel era como un peso sobre su pecho. Respiró hondo y exhaló. Mientras Lucy le aplicaba un poco más de bálsamo entre los omóplatos, suspiró por la existencia de una medicina milagrosa, que pudiera —además de curar las cicatrices más feas— eliminar los recuerdos terribles y reparar los corazones astillados.

58

EDIMBURGO, ESCOCIA
28 DE JULIO DE 1945

Con el olor a diésel y creosota en la nariz, Rose subió los escalones de la estación de tren de Waverley y llamó un taxi. Se instaló en el asiento trasero y le dio la dirección al conductor, un hombre con barba que llevaba puesta una gorra de tweed. Cuando el vehículo se puso en marcha, su ansiedad fue en aumento. «¿Qué les voy a decir cuando los vea?»

Algunos días antes, Rose había llamado por teléfono a Glenna, la madre de Muriel. Le había explicado que era amiga de su hija y que tenía una carta para Mabel. Con la pena aún a flor de piel por la noticia de la muerte de Muriel, Glenna se había mostrado impaciente por que les hiciera una visita.

—El ejército no nos ha querido contar a Fergus, mi marido, y a mí cómo acabó Muriel en un campo alemán de prisioneros —dijo—. Espero que nos ayude a comprender cómo murió.

Acordaron el día y la hora de la visita. Después de colgar el auricular, Rose lamentó la confidencialidad a la que la obligaba el SOE. «Ojalá pudiera contárselo todo.»

Con un poco del dinero que el SOE le había depositado en secreto en su cuenta bancaria, Rose había comprado en una tienda de Spitalfields papel con textura de lino, un sobre y una pluma estilográfica de punta fina. Mientras Lucy y Jonathan estaban en el trabajo, ella sacó los trocitos de papel de fumar que guardaba en una lata de jabón médico vacía que le había dado una enfermera de la Cruz Roja sueca después de la liberación de Ravensbrück. Abrió la tapa y dejó caer los restos chamuscados sobre la mesa, con lo que la visión de las atrocidades nazis volvió a ella. Su respiración se tornó superficial. Hizo acopio de fuerzas y colocó los fragmentos por orden numérico. Mientras transcribía el texto taquigráfico sobre el papel, el

acento escocés de la voz de Muriel resonó en sus recuerdos y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se secó la cara con un pañuelo y acabó de redactar la carta. Ansiosa por librarse de cualquier objeto procedente de Ravensbrück, quemó el papel y tiró sus cenizas por el retrete.

El taxi se detuvo en una calle estrecha que dividía docenas de casas adosadas de piedra con dos pisos de altura.

—Esa es la dirección —anunció el conductor señalando una puerta de color rojo.

—Gracias.

Rose le pagó y salió del taxi, que se alejó de inmediato a gran velocidad. Con los nervios en el estómago, subió los tres escalones que la separaban de la puerta. Cuando se disponía a llamar, esta se abrió.

—¿Rose? —le preguntó una mujer de cabello canoso y ondulado.

—Sí —contestó ella aferrándose al bolso.

—Soy Glenna. Entra, por favor.

Rose hizo lo que se le pedía y recibió un abrazo a modo de bienvenida.

—Este es Fergus, mi marido —explicó Glenna volviéndose hacia un hombre alto que vestía pantalones de lana y una camisa blanca abotonada hasta arriba.

—Bienvenida —dijo él.

Rose le dio un abrazo, lo que la obligó a ponerse de puntillas.

Se instalaron en el salón, una estancia pintoresca con vigas de madera que desprendía un ligero olor a vinagre, y Rose se acordó del aroma de su hogar de la infancia, después de que su madre hubiera hecho una buena limpieza. Se sentó en el sofá, al lado de Glenna, mientras Fergus se acomodaba en un sillón de cuero con orejas.

—Mabel está en el jardín —indicó Glenna.

Rose miró por la ventana. Fuera, una niña de unos cinco años sacudía una red cazamariposas.

—Es preciosa.

—Sí —asintió Fergus—. Es clavada a Muriel cuando era una pequeñaja.

Glenna unió las palmas de las manos, como si se dispusiera a rezar.

—Me comentaste por teléfono que habías trabajado con Muriel...

—Sí —respondió Rose—. Trabajamos juntas en una misión

secreta durante la guerra. He hecho un juramento de confidencialidad, pero os contaré todo lo que pueda sin romper mi compromiso con el Reino Unido.

—Te agradeceremos todo lo que puedas contarnos —dijo Fergus.

Rose dedicó la hora siguiente a compartir con ellos los trozos y retales —evitando aquellos detalles que pudieran romper su juramento de confidencialidad— de la misión bélica secreta en territorio europeo que las había llevado a ser capturadas y encarceladas en el campo de concentración de Ravensbrück.

—Oh, Dios mío... —exclamó Glenna con una voz que se transformó en un susurro.

Rose le tocó la mano con dedos temblorosos.

—Muriel hizo que me llegara comida de contrabando, y me salvó la vida.

Glenna asintió, como si estuviera reflexionando sobre sus palabras.

Fergus se unió a ellas en el sofá y pasó un brazo sobre los hombros de su esposa.

—¿Cómo murió? —preguntó mirando a Rose.

Glenna resolló y se secó los ojos.

—De tifus —contestó ella, decidiendo que no era necesario incluir más detalles acerca de Muriel y las demás pacientes a las que los nazis habían arrancado de la cama. Le dolía el pecho—. Fue la mujer más valiente que yo he conocido.

Con lágrimas en los ojos, Fergus le dio un beso en la coronilla a su esposa.

—Durante su enfermedad me pidió que escribiera una carta —explicó Rose mientras sacaba el sobre del bolso—. Os quería mucho a los dos, y tenía la esperanza de que esta carta pudiera algún día ayudar a Mabel a comprender por qué su mamá decidió dejarla para servir al Reino Unido.

Le entregó la carta a Glenna.

La mujer abrió el sobre y desdobló la hoja de papel.

—Necesito las gafas —comentó con un gorjeo en la voz.

Fergus las cogió de un atril de madera.

Con un nudo en el estómago, Rose se quedó allí sentada mientras Glenna y su marido la leían.

—Gracias —dijo la mujer al tiempo que las lágrimas rodaban por

sus mejillas, antes de doblar la hoja de papel con cuidado y volver a meterla en el sobre.

Fergus se frotó los ojos y se volvió hacia Rose.

—¿Te gustaría conocer a Mabel?

—Me encantaría —contestó ella.

—¿Te gustaría leerle la carta? —preguntó Glenna.

Rose se interrumpió, sorprendida por aquel gesto.

—Sí, siempre y cuando Mabel quiera que se la lea. Pero ¿estás segura?

—Sin ti, la carta de Muriel no habría llegado a casa para que Mabel la tuviera —respondió Fergus—. Creo que a mi hija le habría gustado que tú se la leyeras.

Rose asintió con la cabeza, esperando ser capaz de reunir el arrojo necesario para leer las palabras de Muriel en voz alta. Se puso en pie y siguió a Glenna y a Fergus al jardín. Aunque era un espacio pequeño, confinado por un muro de piedra que llegaba a la altura de la cabeza, estaba lleno de rosas, eléboros, dalias, tulipanes y guisantes de olor. Y entre las hileras de flores había un sendero sinuoso de baldosas que creaba un laberinto liliputiense.

—Mabel —la llamó Glenna—, me gustaría que conocieras a una amiga de tu mamá.

La niña, que estaba observando el aleteo de una mariposa de color blanco, bajó la red y corrió hacia ellos.

«Se parece a Muriel —pensó Rose—. Tiene los mismos ojos y el mismo cabello castaño y ondulado, y es alta para tener solo cinco años.»

—Esta es Rose —le contó Glenna a Mabel.

La niña se puso a juguetear con la red.

—Hola.

—Hola —contestó Rose.

—Mabel tiene cinco años —explicó Fergus.

—Ya casi seis —replicó ella enderezando la espalda.

—Así es —aceptó Fergus con una sonrisa.

—¿Conociste a mi mamá? —le planteó la pequeña mirando a Rose.

Ella asintió con la cabeza.

Mabel se quedó haciendo girar el mango de madera de la red entre las manos.

—¿Quieres ayudarme a cazar mariposas?

—Eso sería espléndido —respondió Rose.

—Tu abuela y yo nos vamos dentro a preparar la comida —anunció Fergus—. Os llamaremos cuando esté lista.

—Vale —convino Mabel antes de salir corriendo hacia un rosal.

Rose fue tras ella y, durante los siguientes minutos, apenas hablaron más que para anunciar que habían visto alguna mariquita o mariposa. Rose tenía la sospecha de que Mabel no estaba preparada para que le leyeran la carta. De ser así, se limitaría a dejársela a sus abuelos para cuando llegara el momento adecuado. Pero Mabel la sorprendió al dejar caer la red y sentarse en una baldosa.

—¿Cómo era mi mamá? —preguntó mirándola a los ojos.

Rose se sentó a su lado y se abrazó las rodillas.

—Era un encanto. Valiente, sincera, atlética, lista, amable, dulce. Y te quería mucho.

—Los abuelos dicen que está en el cielo. A veces lloran. —Mabel jugueteaba con el cordón de uno de sus zapatos—. A veces yo también me pongo a llorar.

Rose tragó saliva con dificultad.

—Es normal ponerse triste.

Mabel asintió con la cabeza, como si sus abuelos le hubieran dicho lo mismo.

—La abuela dice que me parezco a mi mamá.

—Estoy de acuerdo —convino Rose.

—Siempre me está diciendo que seré una pequeñaja delgaducha y patilarga, igual que ella.

Rose sonrió.

—Tu madre me dijo lo mismo al mostrarme tu foto de cuando eras un bebé.

Mabel abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

Rose asintió con la cabeza y le dirigió una mirada al bolso, que descansaba en el suelo.

—Antes de morir, tu mamá me pidió que te trajera una carta. —Cogió el sobre—. Te la puedo leer ahora, o puedes dejar que tus abuelos te la lean más adelante.

—Por favor, léela —dijo Mabel.

Rose sacó la hoja, la sostuvo en alto para que la niña pudiera ver

la letra y comenzó a leer:

Mabel, mi querida y dulce pequeña:

Supongo que ahora mismo hay muchas emociones fluyendo en tu interior, y no me puedo ni imaginar lo que debes de sentir al saber que ya no estoy. Lamento haber tenido que morir siendo tú una niña tan pequeñita, y espero que algún día me perdones por haberme ido tan pronto.

Dejarte para participar en la guerra fue la decisión más difícil que haya tomado nunca. Lo hice para que tú y otras generaciones de niños tuvierais la oportunidad de vivir en un mundo libre de dictadores.

Mabel le tiró de la manga.

—¿Qué es un dictador?

—Es como un rey malvado —contestó Rose esforzándose por no llorar.

—Ah —exclamó Mabel.

Rose respiró hondo y siguió leyendo.

Te prometo que he hecho todo lo posible por seguir con vida. Lamento no haberte conocido durante más tiempo, mi dulce pequeña, pero estaba escrito que no debía ser así. Por favor, has de saber que has dejado una marca indeleble en mi corazón, que me acompañará al cielo. Ser tu madre ha hecho que mi vida fuera completa, y te estoy profundamente agradecida por haberme dado el regalo de la maternidad.

Por favor, cuida de tus abuelos. Fueron unos padres maravillosos para mí, y tengo una confianza absoluta en que harán un trabajo espléndido educándote para que te conviertas en una persona dulce y amable. Estoy muy orgullosa de ti, Mabel. Debes crecer sabiendo que tu madre te quiere mucho más de lo que puedas llegar a imaginar.

Por siempre jamás,

Mamá

—Yo también te quiero, mamá —gimoteó Mabel.

Con la visión borrosa por las lágrimas, Rose tuvo que esforzarse

para doblar la hoja y devolverla al interior del sobre.

Mabel se inclinó hacia ella y dejó descansar la cabeza contra su hombro.

Rose tomó una inspiración honda y temblorosa. Rodeó a la pequeña con el brazo y las dos se quedaron allí, llorando juntas.

59

PARÍS, FRANCIA
14 DE AGOSTO DE 1945

Sentado ante el mismo escritorio en el que su padre había trabajado como periodista para el diario *La Chronique*, Lazare apretó la palanca de retorno de carro y siguió pulsando las teclas de la máquina de escribir. Una nueva prótesis, que utilizaba para aquellas tareas que requerían la ayuda de los dedos que le faltaban, yacía a un lado del escritorio. Su ritmo de palabras por minuto no era rápido, pero sí decente si se tenía en cuenta que le faltaban un pulgar y un dedo índice. Tenía que entregar a imprenta aquel artículo sobre la redada policial del Velódromo de Invierno —que algunos iban a considerar controvertido, habida cuenta de que estaba enfocado hacia el papel cómplice que la policía francesa había tenido en el asunto— antes de una hora. Las imágenes de sus padres ardían en el interior de su mente. Miró el reloj que colgaba de la pared de su despacho y siguió escribiendo, decidido a no permitir que las víctimas de la redada del Velódromo de Invierno —trece mil judíos parisinos, incluyendo a cuatro mil niños, que fueron transportados en vagones de ganado al campo de concentración de Auschwitz para que los asesinaran en masa— cayeran en el olvido.

Lazare había sobrevivido al bombardeo de la RAF sobre la cárcel de Amiens gracias al heroísmo de dos prisioneros a los que él mismo había liberado de sus celdas momentos antes del estallido. Evitando las balas alemanas y las bombas inglesas, los prisioneros habían sacado a Lazare de entre los escombros y lo habían arrastrado a través del boquete en el muro de la cárcel. Se despertó horas después al refugio de una despensa, propiedad de un anciano granjero que simpatizaba con la Resistencia francesa. Un dolor agudo atravesaba su pelvis y sus piernas.

—Están rotas —le dijo un prisionero, que permanecía acuclillado

junto a él.

Conmocionado e incapaz de levantar la cabeza, Lazare bajó una mano y se encontró con que tenía la cadera destrozada. Se pasó los dos días siguientes escondido en la despensa, sin recibir más cuidados médicos que unas férulas hechas con palos y trapos, hasta que el granjero localizó a Claudius.

Este trasladó a Lazare y a los prisioneros a Valmondois y los escondió en el granero abandonado. Los prisioneros prefirieron alejarse más de París y se marcharon a los pocos días, pero Lazare se quedó al cuidado de Claudius. Puesto que los alemanes controlaban los hospitales, Claudius organizó las cosas para que un médico y una enfermera procedentes de la capital montaran un quirófano improvisado en el granero y curaran las fracturas de Lazare. El joven tuvo que superar dos cirugías, una en el granero para estabilizar sus huesos y otra en el hospital, seis meses más tarde, cuando París ya había sido liberada, en la que le insertaron más tornillos, alambres y placas a sus fémures y a su pelvis. Después de algunos meses de una terapia física atroz, recuperó la capacidad para ponerse en pie y caminar con la ayuda de unas piernas ortopédicas de metal —que llevaba por debajo de los pantalones— y de unas muletas para los brazos, lo que le daba el aspecto de ser una persona incapacitada por la polio. Pese a su discapacidad, Lazare daba gracias por haber sobrevivido, sobre todo cuando se enteró de que Rose había sido la instigadora del bombardeo de la RAF sobre la cárcel. No le importaba desplazarse con la lentitud de un perezoso, ni el dolor constante en los huesos, ni el equipo poco manejable que necesitaba para poder caminar. Lo que le rompía el corazón era que Rose hubiera sido capturada. Y que pasaran los meses sin saber si estaba viva o muerta no hacía más que exacerbar su pena.

Con sus padres, la situación era diferente. Cuando se enteró —a través de uno de los pocos supervivientes de la redada del Velódromo de Invierno— de que habían sido enviados a Auschwitz, el campo de exterminio de los judíos, poco a poco llegó a aceptar que no volvería a verlos nunca más. Pero en el caso de Rose no había logrado obtener ninguna pista sobre el lugar al que la habían conducido. Había escrito cartas y telegramas, y había telefoneado a numerosos consulados y embajadas, así como a los servicios secretos británicos, todo ello en vano. Y, siete meses antes, cuando ya estaba lo bastante recuperado

como para trabajar, se había unido al periódico y había aprovechado sus medios para investigar lo que había sido de Rose. Descubrió algunas pistas, que en su mayoría indicaban que muchas de las agentes femeninas del SOE habían sido enviadas después de su captura a los campos de concentración de Dachau, Natzweiler-Struthof y Ravensbrück. Se rumoreaba que muchas de las agentes del SOE en Dachau y Natzweiler-Struthof, campos liberados por el ejército de Estados Unidos, habían sido asesinadas. Pero obtener detalles sobre las prisioneras de Ravensbrück era casi imposible, ya que el campo había sido liberado por el Ejército Rojo y esa zona había pasado a manos de los soviéticos. Lazare creía que podían pasar meses e incluso años hasta que descubriera lo que había sido de Rose. Ajeno al desaliento, continuó con sus investigaciones y reclutó a su amigo Claudius, que tantas conexiones tenía, para que le ayudara. Día tras día rezaba por que Rose siguiera con vida.

Lazare acabó de escribir el artículo y sacó la hoja del rodillo. Mientras examinaba el texto, llamaron a la puerta.

—Adelante —indicó.

Claudius entró y cerró la puerta tras de sí.

—*Bonjour* —saludó Lazare mientras levantaba el auricular del teléfono—. Me alegro de verte. Estaba a punto de llamar a imprenta para que recojan un texto. Si me das un momento, tendremos tiempo de hablar.

—Eso puede esperar —dijo Claudius.

Lazare devolvió el auricular a su sitio.

—Vengo de ver a mi hermana, Marcelline.

La imagen de la enfermera que había accedido al Velódromo de Invierno y había entregado un último mensaje a sus padres ocupó la cabeza de Lazare. Marcelline, tan lista como su hermano, había logrado convencer a sus captores para que la liberaran después del derrumbamiento de las redes del SOE parisino y de la Resistencia.

—¿Cómo está? —preguntó Lazare.

—Bien. —Claudius se sentó al otro lado del escritorio, se quitó la boina de la cabeza y sonrió—. Rose está viva.

A Lazare le dio un vuelco el corazón.

—*Dieu merci!* —Se esforzó por ponerse en pie, olvidándose de las muletas, y volvió a caer sobre el asiento—. ¿Dónde está?

—En Londres —contestó Claudius.

Lágrimas de felicidad inundaron los ojos de Lazare.

—¿Cómo la has encontrado?

—Marcelline me ha ayudado a contactar con varias unidades de la Cruz Roja europea —dijo Claudius—. Rose estuvo en un hospital de la Cruz Roja sueca, y ahora ha vuelto a casa. —Se sacó una hoja de papel del bolsillo y se la pasó al joven—. Antes de abandonar el hospital, les proporcionó su información de contacto en Londres. Es la dirección de una mujer llamada Lucy.

Lazare se quedó mirando el papel. Tenía el pecho henchido de felicidad.

—Quizá debería irme y dejar que lo organices todo para ponerte en contacto con ella —comentó Claudius.

El júbilo de Lazare se desvaneció. Dejó el papel sobre el escritorio y miró las muletas.

—No voy a verla.

Claudius enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo palabras para agradecerte que me hayas ayudado a encontrar a Rose, pero no tengo pensado verla.

—¿A causa de tu incapacidad?

La pregunta le dolió.

—El médico cree que es solo cuestión de tiempo que acabe confinado en una silla de ruedas. —«No pienso hacerle eso.»

Claudius se frotó la cabeza, como si intentara asimilar lo que acababa de oír.

—¿Has tenido en cuenta que ella podría creer que te mataron durante el bombardeo de la cárcel de Amiens? ¿Quieres que se pase el resto de su vida sintiéndose culpable, convencida de que planeó la misión que provocó tu muerte?

—*Non* —contestó Lazare sintiendo una punzada en el estómago —. Pero tampoco quiero que se culpe por mi estado. Nos salvó la vida a mí y a muchos otros condenados a muerte.

—Entonces, vete a Londres y díselo. —Claudius se puso en pie y se caló la boina—. La próxima vez que te vea, espero que la tengas a tu lado. —Dio media vuelta y salió.

La mente y el corazón de Lazare estaban desgarrados. Deseaba encontrar a Rose, estrecharla entre sus brazos para no soltarla nunca más. Pero también deseaba lo mejor para ella, al menos a su juicio,

por más que eso le llevara a no formar parte de su vida. Se pasó horas reflexionando sobre lo que tenía que hacer. Mucho después de que los empleados del periódico se hubieran ido a casa, sacó una hoja de papel y comenzó a escribir.

60

WESTERHAM, INGLATERRA
16 DE AGOSTO DE 1945

Rose salió del edificio y se quedó esperando en la calle. Llevaba puesto un vestido de color azul marino que le había prestado Lucy, y la anticipación reverberaba en su vientre. Miró el reloj de pulsera y sacó el telegrama del bolso.

> Por la presente convocamos a Rose Teasdale a una reunión privada en reconocimiento de sus servicios. A las 14.00 horas del 16 de agosto de 1945, un chófer la recogerá para llevarla a la recepción.

«Sin dirección ni nombres —pensó Rose—. Debe de ser la ceremonia discreta de la que me habló el capitán Carter cuando llegué a la base aérea de Tempsford para rendir homenaje a la red Hechicero.»

En el momento en que devolvía el telegrama al bolso, un sedán se detuvo junto a ella.

El chófer, vestido con un traje de rayas de color gris, se bajó del vehículo.

—¿La señorita Teasdale?

—Sí —contestó ella.

—Buenas tardes —dijo él inclinando la gorra—. Me llamo Archibald y soy su chófer. —La ayudó a subirse al asiento de atrás y recuperó su lugar al volante.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rose.

—A Westerham. —El hombre pisó el acelerador y se pusieron en marcha.

—¿En Kent?

Él asintió con la cabeza.

—Llegaremos dentro de una hora.

Preparándose para un largo trayecto por la campiña inglesa, Rose bajó la ventanilla y se recostó sobre el asiento. La brisa cálida le

alborotó el cabello. «¿Quién asistirá? ¿El capitán Carter? ¿Los dirigentes del SOE?» Su cabeza no tardó en distraerse pensando en la reciente visita a Edimburgo.

Había sentido un alivio y un honor inmensos al entregarle el mensaje de Muriel a Mabel. «Muriel estaría muy orgullosa de su hija dulce y preciosa», había pensado, sentada junto a ella en el jardín. En caso de ser tan afortunada como para tener una hija algún día, esperaba que esta fuera exactamente como Mabel. Pero Lazare había muerto y Rose no se podía ni imaginar la idea de crear una vida sin él. Aún no. Quizá nunca. Al marcharse, le había prometido a la familia de su amiga que volvería a verlos pronto. Pero al entregar el mensaje de Muriel había cumplido apenas con la mitad de las promesas que les había hecho a sus colegas caídos del SOE. «Cuando vuelva al piso de Lucy, me pondré en contacto con Harriet, la esposa de Felix.»

Una hora después, el chófer hizo girar el vehículo hacia el camino privado de acceso a una mansión palaciega de ladrillo. La casa, envuelta en parte por una ladera en la que crecían unos jardines exuberantes, contaba con una amplia extensión de terreno.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Chartwell.

«¿Chartwell? ¿Dónde he oído yo ese nombre?»

El chófer salió del vehículo y le abrió la puerta.

—Yo me quedaré aquí y la llevaré a casa cuando acabe.

Rose asintió con la cabeza. Cuando se acercaba a la entrada, un hombre delgado de cabello fino y con aspecto de ser un criado, a juzgar por su corbata negra y su chaqueta de cola, apareció en la puerta.

—Bienvenida a Chartwell, señorita Teasdale —dijo.

—Gracias —contestó ella.

—Sígame, por favor. —Salió de la casa y tomó un sendero de piedra—. Hace un día precioso. La hemos sentado fuera.

Rose rodeó la casa siguiendo sus pasos, hasta que llegaron a una entrada al jardín.

El hombre se detuvo y le hizo un gesto para que siguiera avanzando.

—Buenos días, señorita Teasdale. —Se volvió y se fue.

Rose miró la extensión de terreno ondulante. «¿Tendrá cincuenta, cien acres?» Había varios lagos cubiertos con matorrales, como si su

propietario hubiera querido camuflar la propiedad y evitar los ataques de la Luftwaffe. Entró en el jardín por un sendero estrecho, bordeado por rosales y arbustos descuidados. «Incluso los lugares majestuosos como este han quedado un poco desatendidos con la guerra», pensó mientras pisaba unas vides enormes.

En el centro del jardín había una mesita y, sentado a ella, un hombre que llevaba un mono de color azul y un sombrero de fieltro. «¿Un jardinero? ¿Dónde está el capitán Carter?» Un aroma inconfundible a tabaco quemado le impregnó la nariz y le devolvió una imagen de las salas de guerra subterráneas. Se le aceleró el pulso.

—Buenas tardes, señorita Teasdale —dijo una voz firme.

Rose se quedó paralizada.

—¿Primer ministro?

Winston Churchill se levantó de la silla y la saludó estrechándole la mano.

—Ya no soy el primer ministro.

Rose recordó con un fogonazo los sorprendentes resultados de las elecciones del mes anterior, en las que el Partido Laborista había obtenido una victoria aplastante y había escogido a Clement Attlee como primer ministro. Se sonrojó.

—Lo siento muchísimo, señor.

—No hay nada por lo que disculparse —repuso Churchill.

—Supongo que esperaba... —Tragó saliva con dificultad, intentando ocultar su perplejidad.

—¿A otra persona?

—Sí, señor.

Churchill esbozó una sonrisa e hizo un gesto hacia la mesa, que contenía una tetera, bollos, sándwiches pequeños y variados, y una botella de champán Pol Roger.

—¿Le gustaría acompañarme?

—Será un placer, señor.

—¿Qué prefiere, té o champán? —le ofreció él.

Rose se sentó, sujetando el bolso contra el vientre. «No me iría nada mal una bebida.»

—Champán.

Churchill sirvió dos copas y le pasó una.

Ella se aferró al tallo de la suya en un intento por que no le temblara la mano.

—Por la victoria —dijo él chocándole la copa.

Rose dio un sorbo y saboreó el aroma seco y parecido al pomelo del champán.

—¿Qué le parece? —preguntó Churchill.

—Es espléndido, señor. —Su mente se aceleró, en busca de algo que decir. Paseó la mirada por la propiedad, que ofrecía una amplia vista del bosque de Kent—. Tiene una casa maravillosa.

—Gracias —dijo él—. La guerra se ha cobrado un peaje en términos de mantenimiento. Harán falta mucho trabajo y sudor para devolver a Chartwell su grandeza original.

Rose asintió con la cabeza.

Churchill deslizó una bandeja de comida hacia ella.

Sintiéndose obligada a comer algo, Rose cogió un bollo y comenzó a mordisquearlo.

Churchill tomó un trago de champán.

—Supongo que se estará preguntando por qué la he convocado.

—Así es, señor.

El hombre la miró a los ojos.

—En nombre del Imperio británico, de la República francesa, del Servicio de Operaciones Especiales y de las fuerzas aliadas, quiero expresarle nuestra gratitud inmensa por sus valerosos servicios. Pese al terror, la furia y el poderío del enemigo, usted supo sufrir y sobrellevar todo eso.

Las imágenes de su tortura le llenaron la cabeza. Su respiración se volvió superficial.

—Exhibió usted una resistencia heroica —declaró Churchill—. Pese al precio y el sufrimiento de su trayecto, cumplió con su deber de manera admirable, y desde la más elevada convicción moral.

—Gracias, señor.

Churchill hizo una pausa y juntó las manos.

—Por favor, acepte mis más sinceras condolencias por la triste pérdida de Hechicero y de Tartán.

«Felix y Muriel.» Rose asintió con la cabeza, intentando contener las lágrimas.

—Como quizá sepa ya, la dirección de los servicios británicos y del SOE está experimentando cambios a gran velocidad. Los registros de las misiones confidenciales, así como los de las almas valerosas que las llevaron a cabo, se están clasificando según su sensibilidad. —

Cogió el puro del cenicero y le dio una calada—. Lamento que la historia de su valor haya recibido la clasificación de alto secreto, la de mayor nivel.

Intentando apaciguar los nervios, Rose bebió un trago de champán.

—¿Hasta cuándo, señor?

—Las identidades de Libélula y de la red Hechicero permanecerán clasificadas durante cien años, quizá de manera indefinida.

Ella hundió los hombros.

Churchill dirigió una mirada cargada de determinación hacia el horizonte.

—La petición y el verdadero propósito de la operación Jericó seguirán siendo un secreto; no obstante, sus valerosas acciones arderán para siempre en los corazones de nuestra gente.

—Me gustaría que las cosas fueran de otra manera —dijo Rose—. No por mí, sino por mis colegas del SOE que sacrificaron sus vidas.

—A mí también —convino Churchill con tono sincero.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Desde luego —accedió él.

—¿Por qué ha decidido reunirse conmigo?

—Ha sufrido gravemente, señorita Teasdale, y estaré en deuda con usted para siempre por sus servicios. —Churchill tomó un sorbo de su copa—. Además, es a mí a quien hay que agradecer, o culpar, por el hecho de que la reclutara el SOE.

Rose enderezó la espalda.

—Me uní al SOE por voluntad propia. Hitler amenazó la supervivencia de nuestro país y yo elegí luchar.

—Sus padres y su hermano se habrían sentido muy orgullosos de usted —dijo Churchill.

«Se acuerda de ellos.» Se notó henchida de agradecimiento.

Él le dio un golpecito al puro para que cayera la ceniza.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿De verdad recorrió trescientos veinte kilómetros en bicicleta a través de la Francia ocupada por los alemanes para conseguir un radiotransmisor?

—Sí —contestó Rose—. No obstante, ese fue solo el trayecto

hasta Montluçon. Si incluimos el viaje de vuelta, fueron casi seiscientos cincuenta kilómetros.

Churchill sonrió.

—Buen trabajo, señorita Teasdale.

Rose asintió con la cabeza y cogió el bollo.

Churchill se acabó la bebida.

—¿Le gustan los peces dorados?

—¿Cómo dice? —preguntó ella sorprendida.

—Los peces dorados —repitió él.

—Pues sí, señor.

—Sígame —le pidió Churchill, y, tras recuperar su bastón, la guio a través del jardín hasta un pequeño estanque que, a diferencia de los lagos de la propiedad, no estaba cubierto de maleza. Sacó una lata de debajo de un banco de madera y se la dio.

Rose miró en el interior de la lata, que contenía una cuchara deslustrada y una buena cantidad de larvas que se retorcían. Abrió mucho los ojos.

—Gusanos aristócratas de Yorkshire —señaló Churchill.

—Oh —murmuró Rose, intentando ocultar la repulsión que sentía hacia esos animales.

—Son para mis mascotas predilectas. —Churchill golpeó el sendero con el bastón y señaló con la mano—. ¿Las ve?

Ella miró el estanque. El agua se onduló.

—Pueden oírme. —El hombre siguió golpeando el suelo con el bastón.

Varios ejemplares de golden orfe, de color amarillo claro con manchas naranjas y doradas, acudieron a la superficie. Rose calculó que algunos medirían más de treinta centímetros.

—Son magníficos.

—Había muchos más peces antes de la guerra —dijo Churchill—. Las nutrias los diezmaron y estoy trabajando para volver a llenar el estanque.

—Son muy bonitos —afirmó ella acercándose con cuidado hacia el borde del agua.

Churchill hizo un gesto en dirección a la lata.

Sirviéndose de la cuchara, Rose tiró las larvas de gusano al agua.

Los peces dorados levantaron la cabeza con la boca muy abierta y se tragaron la comida.

La joven sonrió.

—Alimentar a los peces dorados es una actividad bastante contemplativa —dijo Churchill—. Vengo aquí a reflexionar sobre el pasado y a meditar sobre el futuro.

Honrada por que él la hubiera invitado a su estanque privado, Rose tiró otra cucharada de comida.

Los peces la engulleron.

Churchill sonrió.

Se pasaron la hora siguiente sentados en el banco, turnándose para dar de comer a los golden orfe. No hablaron más de la guerra ni comentaron lo que podría traer el día de mañana. Cuando llegó la hora, Churchill la acompañó hasta el coche y se despidieron. Mientras el vehículo se alejaba, Rose se volvió para mirar por la luna trasera y vio a Churchill desaparecer en el interior de la casa. La inundó una mezcla de agradecimiento y melancolía. «No volveremos a vernos nunca más.»

61

LONDRES, INGLATERRA
21 DE AGOSTO DE 1945

Rose estaba sentada en la cama de invitados del apartamento de Lucy, doblando una pila de ropa para a continuación meterla en una maleta. Ansiosa ante la idea de volver a Francia, la cerró y ajustó las correas con torpeza. «Otra promesa por cumplir.»

Se había pasado los días anteriores reflexionando sobre su encuentro con Churchill. Sentía un agradecimiento enorme por el tiempo, el reconocimiento y las palabras de consuelo que le había dedicado. Aunque entendía los motivos por los que el gobierno había clasificado la red Hechicero como alto secreto, la apenaba saber que las historias de Muriel y Felix, así como la suya propia, iban a permanecer sin revelar durante al menos un siglo. «La red Hechicero será un fantasma durante el resto de mi vida.» En vez de obsesionarse con una decisión que escapaba a su control, había decidido dedicar sus energías a curarse en lo emocional y crear una vida nueva. Sospechaba que Churchill, que ya no era el primer ministro, también estaba planeando su futuro, si bien en una escala mucho mayor. Por ello, nada más regresar de Chartwell le había mandado un telegrama a Harriet, la esposa de Felix, y había programado la fecha para visitarla en la localidad francesa de Saintes.

Cuando llevaba la maleta hasta el vestíbulo, la puerta del apartamento se abrió y Lucy entró esgrimiendo un sobre con sellos y marcas de tinta.

—El cartero te ha traído una carta. Es de Francia.

Rose suspiró, preguntándose si la esposa de Felix le habría escrito para cancelar la visita y por qué habría escogido el correo para comunicárselo en vez de un telegrama, habiendo tan poco margen de tiempo. Cogió el sobre, que no tenía remitente, agradeciendo que hubiera llegado antes de que se embarcase en su viaje. Pero el

matasellos de París hizo que se quedara paralizada y aquella caligrafía tan singular, idéntica a la de los numerosos mensajes que había recibido en buzones muertos cuando era correo, llevó a que le fallaran las piernas. Le temblaban las manos. Se dirigió arrastrando los pies hacia la cocina y se dejó caer en una silla.

—¿Qué sucede? —preguntó Lucy, que se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro—. Estás temblando.

Rose clavó la vista en la caligrafía.

—Me parece que es de alguien a quien creía... —Se tragó las palabras mientras hacía un esfuerzo por aceptar que se trataba de la letra de Lazare y que aquello no era cosa de su imaginación.

—¿Necesitas un poco de intimidad?

—No —contestó Rose—. Quédate, por favor.

Como si le hubiera leído la mente, Lucy fue a buscar un cuchillo de mantequilla a uno de los cajones de la cocina y se lo dio.

Con cuidado, Rose rompió la solapa. Tenía el corazón desbocado. Sacó la carta, la desdobló y miró su firma. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Está vivo!

—¿Quién? —inquirió Lucy enarcando las cejas.

—Lazare, un hombre al que conocí en Francia —respondió Rose parpadeando para reprimir el llanto—. Pensé que había muerto en la guerra.

—¡Cielo santo! —dijo Lucy en voz baja.

Rose respiró hondo y se secó los ojos.

Mi queridísima Rose:

Ruego por que estés bien en el momento de recibir esta carta. Me siento abrumado por la felicidad de saber que sigues viva, según me ha informado nuestro querido amigo Claudius.

La dicha le aleteaba en el pecho. «¡Claudius también está vivo!»

No hay palabras para expresar lo agradecido que te estoy por que me salvaras la vida. Claudius me habló de tu coraje a la hora de liberar a los prisioneros de Amiens. De no haber sido por tus valientes esfuerzos, más de cien miembros de la Resistencia, incluido yo mismo, habrían sido fusilados.

Lamento profundamente que te capturaran. Ojalá hubiera podido hacer algo para impedir que la red se viniera abajo. No puedo ni imaginar lo que debiste de pasar durante los interrogatorios y el encarcelamiento. Me entristece pensar que pudieran hacerte daño. Ruego por que cualquier herida que hayas podido sufrir se desvanezca ahora que estás comenzando una nueva vida.

Por desgracia, no tengo noticias de Muriel y Felix. Quizá tú ya sepas lo que fue de ellos. Espero enterarme alguna vez de que sobrevivieron. No pasa un solo día sin que piense en ti y en el heroísmo que demostraron tus compatriotas para liberar Francia. Siempre estaré en deuda con vuestros abnegados actos de gallardía para liberar nuestra patria del yugo nazi.

Las imágenes de Muriel y Felix ocuparon la mente de Rose, que respiró hondo y continuó leyendo.

Después de huir, Claudius y yo nos escondimos en Valmondois, donde seguimos resistiendo hasta la Libération de París. El año pasado volví a casa y comencé a trabajar como periodista. Espero que mis historias sirvan para rendir homenaje al valor de los libertadores y a las víctimas inocentes, de modo que su noble sacrificio sea recordado para siempre.

«Eres periodista, igual que tu padre —pensó Rose—. Tus padres estarían muy orgullosos de ti.»

Las cosas han cambiado mucho desde el Día de la Victoria. No me resulta sencillo decirte esto, pero creo que debes saber que el curso de mi vida ha cambiado durante los últimos dieciocho meses. El consuelo que nos dimos durante la guerra fue sublime. Has de saber, por favor, que no me arrepiento de nada y que atesoraré para siempre los momentos que vivimos juntos. Pero, con la liberación y el transcurrir del tiempo, he pasado a creer que no estamos hechos el uno para el otro.

Rose hundió los hombros. Se le secó la boca.

Quizá esto no sea de gran importancia para ti, pues supongo que ya habrás comenzado a construir una nueva vida en Londres. Eres una mujer extraordinaria, Rose. Te recordaré siempre, y te deseo una vida larga y feliz.

Con toda mi amistad,

Lazare

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Rose.

—Tanto da. Está vivo y eso es lo único que importa.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucy.

Pese a sentirse a la vez eufórica y decepcionada, ella asintió con la cabeza y deslizó la carta sobre la mesa en dirección a su amiga.

—¿Estás segura de que quieres que lea esto?

—Sí —contestó ella—. Estoy cansada de guardar secretos. Además, es de una naturaleza más personal que de inteligencia militar confidencial, y no creo que pueda soportar esto yo sola.

—De acuerdo. —Lucy leyó la carta y a continuación la dejó de nuevo sobre la mesa—. Cielos —dijo con una voz que fue transformándose en un susurro.

Rose se tragó sus recelos y durante la hora siguiente le contó —sin revelar ninguna información confidencial del SOE— su paso por el París ocupado por los alemanes y cómo había conocido a aquel miembro de la Resistencia francesa llamado Lazare.

—Dios mío —murmuró Lucy subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

Rose pensaba que su amiga se molestaría. Que se sentiría confundida. Quizá incluso desairada por el hecho de que le hubiera ocultado tanta información. Pero Lucy la sorprendió.

—¿Le tenías afecto? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—Pensaba que él sentía lo mismo por mí, pero quizá no fuimos más que dos personas en busca de consuelo para las presiones de la guerra.

Lucy pasó un dedo por el borde de la mesa.

—¿Le amabas?

Rose se quedó paralizada un instante, sorprendida por la franqueza de su amiga, y acto seguido dijo que sí con la cabeza.

—¿Piensas escribirle a Lazare?

Oír su nombre hizo que le doliera el estómago.

—No. —«Ha elegido llevar una nueva vida sin mí.»

Lucy le apretó la mano con fuerza.

—Tu secreto está a salvo conmigo. No se lo contaré nunca a nadie.

—Lo sé —asintió ella—. Confío en ti.

—Debo decir —añadió Lucy con una sonrisa— que eres de lejos la mujer más intrépida que yo haya conocido.

Rose se obligó a sonreír y metió la carta en el sobre.

—Quizá podrías retrasar el viaje —sugirió su amiga mirando su maleta—. Diré en el trabajo que estoy enferma, podemos divertirnos durante unos días.

—Gracias —contestó Rose—. Pero, pese a mi aspecto lloroso, no podría haber recibido una noticia más maravillosa. Mis amigos Lazare y Claudius están vivos.

—Muy bien —repuso Lucy.

Rose se puso en pie, aún con las rodillas un poco inestables, y se guardó la carta en el bolso. Le dio un abrazo.

—Volveré mucho antes de que tengas al bebé. Te lo prometo.

—Eso espero —dijo Lucy estrechándola con fuerza—. Cuento contigo para lavar esos pañales.

Rose soltó una risita que alivió por un momento la oleada de emociones que asolaba su corazón. Cogió la maleta y salió del apartamento dándole vueltas en la cabeza a la carta de Lazare. En aquel inicio del trayecto que debía llevarla a visitar a la esposa de Felix, esperó tener la capacidad para enfrentarse a su brújula interna, que señalaba hacia su norte verdadero: París. El viaje en tren debía llevarla a la estación parisina de la Gare du Nord y rogó por tener la determinación necesaria para no bajarse del vagón.

62

SAINTES, FRANCIA
23 DE AGOSTO DE 1945

Rose no dejó de leer la carta una y otra vez durante el viaje en tren entre Calais y Saintes. Por encima de todo, se sentía agradecida por el hecho de que Lazare siguiera con vida. Pero, cada vez que repasaba sus palabras, el júbilo se transformaba poco a poco en aflicción. «No quiere verme. El tiempo que pasamos juntos no significó gran cosa para él.»

El momento más angustiante del viaje llegó cuando el tren se detuvo brevemente en París. Mientras los pasajeros entraban y salían del vagón, su cabeza se llenó con los recuerdos de la tortura que había sufrido a manos del SD en la avenue Foch, y se le heló la sangre. Se hundió en el asiento e intentó bloquear las imágenes de las patrullas de la Wehrmacht, del hambre de los parisinos y del derrumbamiento de la red del SOE. Y en aquel momento, en algún lugar de París, Lazare estaba construyendo una nueva vida sin ella. Luchó contra la urgencia por bajarse del tren e ir a verle. «Pero ¿qué le diré? Ya ha dejado sus intenciones perfectamente claras.»

Ya en la Gare de Saintes, Rose se encontró con la esposa de Felix, Harriet, una británica esbelta de más de cuarenta años con un timbre rasposo en la voz. Harriet la saludó con un fuerte abrazo, se deshizo en agradecimientos por su visita y la llevó en coche al viñedo de la familia de Felix. Se sentaron en el patio, donde comieron un surtido de quesos, embutidos y fruta, y bebieron copas de coñac.

—Estaba con Felix cuando murió —explicó Rose, a la que el alcohol apenas había ayudado a liberarse del nudo que notaba en el estómago—. Me pidió que te dijera que te amaba y que estaba muy orgulloso de que Mathieu se hubiera unido al ejército francés.

—Gracias. —La mujer se quedó mirando la copa de coñac—. Mathieu no sobrevivió a su cautiverio con los alemanes.

—Lo lamento —replicó Rose.

Harriet asintió con la cabeza.

La conversación siguió su curso y Rose no tardó en tener claro que Harriet especulaba con la posibilidad de que su marido pudiera haber sido un espía de los británicos. No obstante, no la presionó en busca de detalles. En su lugar, Harriet prefirió contarle la forma en que ella, una mujer inglesa, se había enamorado de Felix, el piloto de carreras francés, y ambos decidieron quedarse a vivir en la propiedad familiar de él para criar a su único hijo, Mathieu, que soñaba con dirigir algún día el viñedo.

Rose disfrutó escuchando las historias de Harriet, que esta contaba moviendo las manos de manera llamativa, como si fuera una directora de orquesta. Era de orígenes humildes, una familia de pastores de ovejas en Inglaterra, mientras que la familia de Felix, que poseía un viñedo y una destilería de coñac, tenía una gran riqueza. Pero la mayor parte del dinero familiar había desaparecido, y el viñedo, que había dado alojamiento a oficiales alemanes durante la ocupación, estaba patas arriba.

—Los malditos nazis se bebieron todo el vino y casi todo el coñac, y prendieron fuego a muchas de las viñas antes de huir —le contó.

Rose negó con la cabeza, asqueada.

—¿Piensas volver a Inglaterra?

—No —contestó Harriet—. Voy a reconstruir el viñedo. De aquí a unos años volverá a florecer.

—Felix y Mathieu estarían orgullosos de ti —señaló Rose.

Harriet sonrió y sirvió más coñac.

—Por la libertad —dijo levantando su copa.

Con un zumbido en la cabeza debido al licor, Rose hizo chocar la suya con la de Harriet. Admiraba la voluntad de la mujer por restaurar el viñedo familiar ella sola. A medida que corría la tarde, esta fue insistiendo en que Rose se quedara varios días allí.

—Tómatelo como unas vacaciones, salvo porque te pondré a trabajar en el viñedo y te pagaré con comida y coñac —dijo.

Rose había planeado quedarse uno o dos días. Pero a Lucy aún le faltaban varias semanas para salir de cuentas y, sobre todo, temía el viaje en tren que debía pasar por París. «Unos días más quizá me permitan planear una ruta alternativa para volver a casa, tal vez un

largo viaje en barco entre Burdeos e Inglaterra.»

Tomó un sorbo de coñac y el ardor fluyó por su garganta camino de su estómago.

—Sí, unas vacaciones trabajando en tu viñedo serían maravillosas.

63

PARÍS, FRANCIA
2 DE SEPTIEMBRE DE 1945

A Rose se le aceleró la respiración mientras el tren entraba resoplando en la Gare du Nord. Abrió el bolso y tocó la carta de Lazare. Movió los dedos de los pies en el interior de los zapatos en un intento por disipar la inquietud. «Me limitaré a despedirme y me iré en el último tren de la tarde.»

El tiempo que había pasado con Harriet le había ido de maravilla para despejar la cabeza. Cuidar de aquellas viñas destrozadas —una variedad de ugni blanc, folle blanche, colombard y sémillon— le había servido para meditar y había tenido un efecto terapéutico en ella. Pero, cuando no estaba trabajando sobre el terreno o limpiando botellas viejas en la destilería, su cabeza estaba con Lazare. «Piensa que nuestra relación no fue más que una búsqueda de consuelo en medio de la guerra. Quizá haya encontrado a otra persona. Sea como fuere, no siente lo mismo que yo.» Y, en el momento en que la visita a Saintes llegó a su fin, no solo no había planeado una ruta alternativa que evitara París en su camino a casa, sino que había decidido verle una última vez, por lo menos para pasar página con el pasado.

Salió de la estación de tren y se abrió paso por el distrito diez. El aroma a café tostado y a pastas recién horneadas que brotaba de una cafetería cercana le llenó la nariz. Avanzó por las aceras llenas de gente, en las que ya no había patrullas de la Wehrmacht ni banderas de la esvástica. Aunque muchos de los escaparates estaban cerrados, y algunos mostraban aún feos grafitis antisemitas, Rose tuvo la sensación de que los ciudadanos de París estaban camino de restaurar la ciudad que tan bella había sido.

La carta de Lazare no llevaba remitente y tampoco había podido recordar el nombre del periódico para el que había trabajado su padre, así que fue en busca de un quiosco de prensa. Rebuscó entre los

diferentes diarios hasta encontrar uno llamado *La Chronique*, que contenía un artículo de portada escrito por un periodista llamado Lazare Aron. Con el pulso acelerado, le preguntó al quiosquero cómo llegar hasta *La Chronique* desde allí y se puso en camino.

Veinte minutos más tarde llegó al periódico, que tenía sus oficinas en un edificio de piedra caliza luteciana. Sentía mariposas en el estómago. «¿Qué voy a decir?» Respiró hondo y se adentró en aquel frenesí de llamadas telefónicas y máquinas de escribir.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó la joven recepcionista.

—*Bonjour* —dijo Rose aferrándose al asa de la maleta—. He venido a ver a Lazare Aron.

El teléfono de la muchacha comenzó a sonar. Ella levantó el auricular y ahuecó la mano sobre él.

—Siga el pasillo y a la izquierda.

—*Merci.*

Rose se volvió y, mientras recorría el pasillo, oyó a dos hombres que comentaban la noticia de la rendición de Japón. Aceleró el paso, ansiosa por llegar al despacho de Lazare antes de perder la determinación.

La puerta del despacho estaba abierta. El sonido de la voz de Lazare hizo que el corazón le diera un vuelco. Sintió que le fallaban las piernas. Asomó la cabeza y le vio sentado tras un inmenso escritorio de caoba y doble pedestal, hablando por teléfono. A excepción de las mejillas carnosas, debidas sin duda a una mejor alimentación, y de su pulcro corte de cabello, tenía el mismo aspecto.

—El emperador Hirohito ha firmado formalmente el acuerdo de rendición de Japón —informó Lazare al teléfono—. Las hostilidades en el Pacífico han llegado a su fin. Tendremos todos los detalles en el periódico de mañana.

A Rose se le erizó el vello de la nuca. Hizo acopio de valor y llamó al marco de la puerta.

Lazare giró sobre la silla. Abrió mucho los ojos y a continuación relajó la expresión. Le sonrió y le hizo un gesto con la mano para que entrara.

Conteniendo la respiración, Rose se acercó al escritorio y dejó la maleta en el suelo.

—Tengo que dejarte —le dijo Lazare a su interlocutor—. Por la mañana...

Estiró el brazo hacia Rose y esta le cogió los dedos. Sintió un hormigueo en la piel. Parpadeó para reprimir las lágrimas.

Lazare colgó y la miró fijamente, apretándole la mano con fuerza.

—*Bonjour* —saludó ella.

Sin ponerse en pie, él se inclinó hacia delante y la atrajo hacia sí.

Doblada sobre el escritorio, Rose le saludó con un beso en cada mejilla.

—*S'il te plaît* —ofreció Lazare soltándole la mano—, siéntate.

Ella hizo lo que le había pedido, aunque tuvo la sensación de que el escritorio que los separaba era como un muro.

—Estaba de paso por París y no me he podido resistir a verte.

—Tienes buen aspecto —comentó él.

—Tú también —repuso ella, con una espinosa sensación de incomodidad clavándosele en el vientre.

La sonrisa de Lazare se desvaneció mientras ponía las manos sobre una pila de papeles.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí.

—Me gustaría poder explicarte mejor los motivos por los que...

—No hace falta que me expliques nada —le interrumpió ella, pues estaba desesperada por no volver a hablar sobre la carta.

Él hizo una pausa, se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo estás?

—Bien —mintió Rose.

—Lo siento mucho, todo lo que pasó.

Ella asintió con la cabeza y, pese a estar sentada a apenas un metro de él, de repente le sintió muy lejano. Tomó aire y le espetó:

—Muriel fue asesinada por las SS en el campo de concentración de Ravensbrück. Felix murió por un disparo cuando huíamos después del bombardeo de la RAF sobre la cárcel de Amiens. Pensé que querrías saberlo.

—*Oh, mon Dieu.* —Lazare hundió los hombros.

Un hombre de cabello canoso irrumpió en el despacho con una carpeta.

—Es el material que has solicitado para tu artículo. En imprenta necesitan la pieza acabada antes de noventa minutos, si es que quieres que salga en la siguiente edición.

Lazare asintió con la cabeza y cogió la carpeta, y el hombre salió

de manera tan abrupta como había llegado.

—Mis condolencias —prosiguió—. Muriel y Felix fueron unos agentes y amigos muy valientes. Ni Francia ni yo los olvidaremos nunca. —Respiró hondo y exhaló—. Me disculpo por la interrupción. La oficina está en plena ebullición. Japón ha firmado oficialmente el acuerdo de rendición y todo el mundo está trabajando para sacar los detalles en la próxima edición del periódico.

—Lo comprendo. —Sintiendo que estaba abusando de su tiempo, Rose se cruzó de brazos. «La guerra se ha acabado y lo nuestro, también.»

Lazare dejó la carpeta sobre la mesa.

—Gracias por el bombardeo de la cárcel de Amiens.

—Esa gratitud deberías dirigírsela a la RAF —repuso Rose.

—*Non.* Claudius me contó lo que hiciste para facilitar la misión. De no haber sido por ti…

El teléfono comenzó a sonar.

Rose se encogió del susto.

—*S'il te plaît, excuse-moi* —pidió Lazare, y atendió.

Mientras él conversaba con alguien sobre los detalles del acuerdo de paz con Japón, ella se quedó golpeando con el pie contra el suelo, intentando disipar el nerviosismo. Le dirigió una mirada a la maleta y sintió la necesidad de marcharse de allí con urgencia.

—Perdóname —dijo él después de colgar el teléfono.

Rose miró aquellos ojos de color marrón oscuro. Un fogonazo de la noche que pasaron juntos. Una imagen de su abrazo. Reprimió aquellos recuerdos y dijo:

—Cuando veas a Claudius, ¿le saludarás de mi parte?

—Lo haré —respondió él.

Rose se miró el reloj, aunque sin hacer el menor esfuerzo por leer la hora.

—Debería irme si quiero llegar al tren.

El teléfono sonó de nuevo. Lazare frunció el ceño y la miró.

—Tienes que contestar —dijo ella—. El mundo necesita saber que la guerra en el Pacífico ha acabado de manera oficial.

Él puso una mano sobre el aparato, pero no levantó el auricular.

—Ha sido maravilloso verte.

—Lo mismo digo —aseguró ella esforzándose por ocultar la pena.

—*Au revoir*, Rose. —Lazare bajó la mirada y cogió el teléfono—.

Bonjour. Llamaba para verificar algunos datos sobre el acuerdo con Japón...

—*Adieu* —se despidió Rose en un susurro.

Aturdida y destrozada, cogió la maleta y salió del despacho. A dos calles de distancia, incapaz ya de reprimir sus emociones, se sentó en un bordillo y rompió a llorar.

64

PARÍS, FRANCIA
2 DE SEPTIEMBRE DE 1945

Lazare colgó el teléfono con mano temblorosa. Cogió las muletas, pasó los brazos por encima de los soportes y se puso en pie con dificultad. Mientras se dirigía arrastrando los pies hacia la ventana, notó una punzada en los fémures y en la pelvis. Miró a través del cristal, manchado de polvo y agua, esforzándose por entreverla por última vez. En el exterior, los transeúntes se cruzaban en la acera. Escudriñó el gentío hasta dar con ella. Rose cruzó la calle y desapareció de su vista. El arrepentimiento le partía el alma. «He dejado que salga de mi vida. ¿Qué he hecho?»

Las lágrimas le nublaron la visión.

—Es lo mejor —se dijo en un susurro, haciendo un esfuerzo por acallar los remordimientos.

Durante su encuentro con Rose, la mujer que le salvó la vida, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estrecharla entre sus brazos y declararle sus verdaderos sentimientos. Aquella era, y sería para siempre, una de las decisiones más difíciles que había tenido que tomar. Por encima de todo lo demás, deseaba lo mejor para ella, por mucho que eso le abocara a una vida de soledad. «Tengo que dejar que se marche. Estoy roto. Ella merece estar con alguien que no le represente ninguna carga.»

Mientras se acomodaba las muletas, un latigazo de dolor recorrió sus piernas. Respiró hondo y exhaló, en un intento por disipar la oleada de angustia que inundaba su pecho.

Los recuerdos inolvidables del tiempo que había pasado con Rose le habían permitido soportar la tortura y el encarcelamiento. «Sin la esperanza de volver a verla, habría muerto en manos de mis captores.» Durante los dos años anteriores, que habían constituido los días más aterradores de su vida, no había sabido si ella estaba viva o muerta.

En aquel momento se sentía eufórico ante el hecho de que Rose hubiera sobrevivido a la guerra, y de que tuviera la oportunidad de llevar una vida larga y hermosa, en la que podría construir su propia familia. No obstante, le afligía la pena. Ya no era el hombre sano de antes, y el sueño de un futuro a su lado había desaparecido.

Los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos inundaron su mente. La noche de la misión en la que sabotearon el transformador, ella le había vendado las heridas de las manos con compasión y ternura. Cuando la guio por el pasaje secreto de las catacumbas, el contacto con sus dedos le había provocado mariposas en el estómago. Rose había demostrado un valor sin límites al atravesar en bicicleta las calles ocupadas por los alemanes para llevar los mensajes hasta los buzones muertos. Había luchado con gran coraje para liberar a Francia y su tenacidad a la hora de planear el ataque aéreo sobre la cárcel de Amiens había salvado a docenas de prisioneros de la Resistencia que iban a ser ejecutados. Aún podía notar el aroma de su cabello de cuando ella se había acurrucado a su lado, aquel aliento que fluía en oleadas cálidas sobre su pecho. La dicha que había sentido al despertar en su compañía y darse cuenta, en aquel preciso instante, de que deseaba estar con ella para siempre.

Lazare se aferró a las muletas, luchando por reprimir el pasado. Se sentía desgarrado. El corazón le urgía a ir tras ella. «No es demasiado tarde. Va camino de la estación de tren.» Pero el cerebro le incitaba a dejar que se marchara. «Estará mejor sin mí.» Se miró las piernas, torcidas y unidas por tornillos y alambres. «No tardarás en estar en una silla de ruedas», resonó la voz del médico en el interior de su cabeza. La guerra se lo había robado todo: a sus padres, a miles de judíos parisinos, a muchos de sus amigos, a sus camaradas de la Resistencia, su vitalidad y, por encima de todo, una vida junto a la mujer que había cautivado su corazón.

Un hombre canoso que llevaba una pila de carpetas en la mano asomó la cabeza hacia el interior de su despacho.

—Vamos a abrir una botella de champán para celebrar el fin oficial de la guerra. ¿Quieres unirte a nosotros?

—*Non* —contestó Lazare mirando por la ventana.

El hombre se miró el reloj.

—¿Quieres que lleve tu pieza sobre la rendición japonesa a imprenta?

Esforzándose por contener las lágrimas, Lazare se volvió hacia él.

—Por favor, dásela a otro periodista para que la acabe.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Estás bien?

Él negó con la cabeza.

Se oyó el estallido de una botella de champán al abrirse, seguido de unos vítores procedentes del pasillo.

«Hemos ganado la libertad —pensó Lazare—, pero yo he perdido al amor de mi vida.» Afligido y devastado, salió pesadamente del edificio entre los chirridos metálicos que producían los aparatos ortopédicos por debajo de sus pantalones.

65

PARÍS, FRANCIA
2 DE SEPTIEMBRE DE 1945

En la Gare du Nord, con el espíritu conmovido y unos ojos a los que ya no les quedaban más lágrimas por verter, Rose se unió al grupo de gente que esperaba el tren. Al llegar a Calais tendría que tomar el transbordador hasta Dover, en Inglaterra, desde donde viajaría de nuevo en tren a Londres. Pero era tarde, sin duda iba a perder el último transbordador para cruzar el canal. Y en aquel momento le importaba bien poco su itinerario. Solo podía pensar en Lazare. «Tu afecto hacia mí, ¿fue resultado de la guerra? ¿Has encontrado a otra persona? Los recuerdos que tanto atesoro, generados bajo el estrés de trabajar como correo del SOE, ¿no fueron más que sueños irreales?»

Sonó un silbido, las ruedas chirriaron sobre los raíles y el tren se detuvo con un resoplido. El motor siseó, las puertas de los vagones se abrieron y la gente entró en ellos, vaciando el andén. A excepción de Rose. Pese a sentirse enterrada bajo una avalancha de desesperanza, su corazón estaba anclado con firmeza en París. «Necesito saber exactamente qué hubo entre nosotros, por mucho que pueda dolerme la verdad.»

Llegó a *La Chronique* mucho después de la hora de cierre. El edificio estaba a oscuras, a excepción del brillo ambarino que desprendía una lámpara de escritorio en una ventana del segundo piso. Llamó a la puerta de entrada, que estaba cerrada con llave. «Por favor, tienes que estar aquí.» Pegó la oreja a la puerta y no oyó nada más que su pulso palpitante. Siguió llamando hasta que le dolieron los nudillos. Cuando estaba a punto de rendirse, la cerradura emitió un chasquido. La puerta se abrió para mostrarle a un hombre que parecía estar trabajando en la imprenta, a juzgar por su camisa, que llevaba arremangada a la altura de los hombros, y las manchas de tinta en sus manos.

—*Bonsoir* —saludó Rose.

El hombre se secó las manos con un trapo y frunció el ceño.

—*Mademoiselle*, la oficina está cerrada.

—Lamento molestarle. —Rose miró hacia el interior del edificio —. ¿Se encuentra Lazare Aron aquí?

—*Non* —contestó él—. Los periodistas ya se han ido a casa.

—¿Sabe dónde está?

El hombre negó con la cabeza y comenzó a cerrar la puerta.

Rose metió el pie con rapidez, para que no pudiera hacerlo.

—Tengo un paquete urgente para él.

—Se lo dejaré en el despacho.

—*Non* —dijo Rose—. Lo necesita esta noche.

—O me lo da ahora o vuelve usted mañana —replicó él con tono impaciente.

Rose pensó a toda velocidad.

—El paquete contiene unos documentos que se acaban de publicar sobre el acuerdo de paz con Japón —explicó recordando las llamadas que los habían interrumpido en el despacho de Lazare aquella tarde.

El hombre se guardó el trapo en el bolsillo.

—*S'il vous plaît* —insistió Rose—. Lazare necesita los documentos esta misma noche. Estaré encantada de llevárselos a su casa si me proporciona usted la dirección.

El hombre vaciló y se frotó la barba incipiente del mentón.

—Es una información crucial —añadió ella levantando la maleta —. *La Chronique* será el primer periódico en sacar la noticia, siempre y cuando me permita usted entregarle la información a Lazare esta misma noche.

El hombre dirigió una mirada a la maleta.

—Espere aquí. —Se volvió y desapareció por el pasillo.

«¿Va a llamar a Lazare? ¿Y si no quiere verme?» A Rose se le tensaron los músculos.

El hombre regresó unos instantes después.

—Vive en Le Marais —dijo a la vez que le entregaba un trozo de papel.

Bajo el brillo tenue de la farola, Rose vio que el papel contenía una dirección escrita a lápiz.

—*Merci.*

El hombre asintió con la cabeza y cerró la puerta.

Habría sido más rápido coger un taxi, pero la caminata de treinta minutos iba a darle tiempo para preparar lo que deseaba decir. Pese a su ansiedad por pasar página a aquel tormento, avanzó con lentitud. Ensayó sus palabras una y otra vez mientras recorría la rue d'Hauteville. «¿Alguna vez sentiste algo por mí? El tiempo que pasamos juntos, ¿significó algo para ti? ¿Has iniciado una nueva vida? ¿Has conocido a alguien? ¿Qué ha pasado?»

Al acercarse al callejón de Le Marais en el que estaba el buzón muerto de Próspero, se le puso la piel de gallina. Las imágenes del SD rastreando la zona en busca de radiotransmisores se arremolinaron en el interior de su cabeza. Vio en un fogonazo el apartamento de Muriel después de que lo registraran. Una imagen de Felix cuando los soldados alemanes se lo llevaron a rastras, esposado y con manchas de sangre en la cara. Sintió un escalofrío, se estremeció y aceleró el paso en un intento por huir del pasado.

Unos minutos después encontró el apartamento de Lazare, en la planta baja de un edificio estrecho que hacía esquina en una calle de adoquines. Se acercó a la puerta con el estómago revuelto por la ansiedad. Del apartamento brotaba el sonido amortiguado de una máquina de escribir. «Puedo hacerlo.» Rose hizo acopio de valor y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Lazare sin dejar de escribir—. ¡Está abierto!

Rose respiró de manera entrecortada y exhaló. Entró y cerró la puerta con suavidad tras de sí.

—Paulette, la compra puede ir en la cocina —dijo Lazare—. Ya la guardaré yo.

«¿Quién es Paulette? —A Rose le dolió el pecho al imaginárselo viviendo con otra mujer—. ¿Está casado? ¿Comprometido? ¡Soy una tonta! Si me voy ahora, nunca sabrá que he estado aquí. —Se volvió y puso la mano sobre el pomo de la puerta—. Pero, si me voy, nunca lo sabré con seguridad.»

Con las extremidades temblorosas, dejó la maleta en el suelo. Atravesó el pasillo muy poco a poco y entró en el salón, en el que no había más muebles que un amplio escritorio de madera de roble, unas pocas sillas y un cuadro con marco dorado que reconoció de inmediato. *El Arco del Triunfo*.

Lazare estaba sentado al escritorio con la cabeza gacha, de cara a

ella, escribiendo a máquina.

—Soy yo —anunció Rose con voz débil.

Él dejó de teclear y levantó la mirada de la máquina con los ojos desorbitados.

—Pensé que tenías que tomar un tren.

—Así era. —Rose dio un paso al frente y se dio cuenta de que Lazare parecía tener los párpados un poco hinchados y enrojecidos. Se detuvo un instante para observar su apariencia frágil y apagada.

Él se secó los ojos.

—¿Va todo bien?

«No», pensó Rose.

—Esta tarde no hemos tenido oportunidad de hablar demasiado.

—Lo siento —dijo él—. Había bastante ajetreo en la oficina.

—Ahora que la guerra ha acabado de manera oficial, quizá las cosas se tranquilicen un poco —comentó ella.

—Es posible. —Lazare hizo un gesto señalando la silla de piel al otro lado del escritorio—. Siéntate, por favor.

Ella se cruzó de brazos.

—*Non, merci.* No puedo quedarme.

Él asintió con la cabeza.

Rose miró el cuadro en la pared.

—La pintura de tu *maman* es hermosa.

—Le he puesto un marco nuevo. —Sus labios esbozaron una sonrisa leve—. Queda mucho mejor en este apartamento que en las catacumbas.

Ella vio en un fogonazo una imagen de los dos, sentados en el catre en las profundidades de aquella cámara subterránea y secreta.

—Sé lo que significa este cuadro para ti. Me alegro de que pudieras conservarlo.

—*Merci.*

—He sido una insensible al no preguntar por tus padres esta tarde —dijo Rose—. ¿Llegaste a averiguar lo que fue de ellos?

—Los enviaron a Auschwitz, el campo de exterminio para judíos —contó Lazare con un eco de tristeza en la voz—. No lograron salir de allí.

Rose sintió un dolor en el vientre.

—Lo siento mucho.

Él se puso a juguetear con un bolígrafo sobre el escritorio.

—¿Es ese el motivo por el que has venido?

—*Non* —contestó ella—. Quería preguntarte si... —Tragó saliva para quitarse el nudo de la garganta—. Si el tiempo que pasamos juntos significó algo para ti.

—Sí —afirmó él bajando la mirada.

—Pero no lo suficiente —añadió Rose—. Tu carta me hizo daño. Después de todo lo que pasamos juntos, no hiciste ningún esfuerzo por verme.

—Lo siento. Las cosas han... —Lazare se pasó una mano por el pelo.

—Dímelo —pidió Rose.

Él la miró.

—Las cosas han cambiado.

«Ha encontrado a otra.» Rose se sintió como si le hubieran propinado un puñetazo en el vientre. Enderezó la espalda en un esfuerzo por mantener la compostura.

—Me gustaría que las cosas hubieran sido de otra manera —declaró Lazare.

«A mí también.»

—Lo comprendo —admitió ella, esforzándose todo lo posible por ocultar la pena que sentía—. Durante los últimos años nos han pasado muchas cosas, a los dos.

—Demasiadas. —Lazare juntó las manos—. ¿Estás bien?

—Por supuesto —mintió ella.

—Me alegro de que pasara —confesó él—. No me arrepiento de nada.

—Yo tampoco. —A Rose se le encogió el corazón—. Pero pensaba que habíamos sido algo más que dos personas que se limitaron a buscar consuelo durante la guerra.

Lazare se removió en el asiento.

—Pensé que éramos amigos.

—Lo somos —afirmó él.

—Yo no tengo esa sensación —replicó ella—. Puedo aceptar que tengas una nueva vida. Me alegro por ti, pero los amigos se hablan. Los amigos se preocupan. Los amigos comparten su tiempo.

Lazare hundió los hombros.

—Hemos superado muchas cosas. Una guerra, la cárcel, la tortura, la muerte de nuestras familias. —Puso los brazos en jarras. Se

le aceleró el pulso—. Me decepciona saber que el tiempo que pasamos juntos no significó algo más para ti.

—Sí que...

—Entonces, ¿por qué estabas tan ansioso por que me marchara esta tarde? Ni siquiera has tenido la cortesía de acompañarme hasta la... —Se quedó paralizada. Se le secó la boca.

Él bajó la cabeza.

Como por reflejo, Rose rodeó el escritorio y clavó la mirada en las muletas metálicas que había en el suelo. Se le cayó el alma a los pies.

Lazare hizo girar la silla para quedar de cara a ella.

—Tus piernas... —dijo ella con voz temblorosa.

Él cogió las muletas.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Rose con un gemido.

Él se puso en pie con esfuerzo.

Ella estaba temblando.

—¿Fue por el ataque aéreo de la RAF?

Lazare se le acercó arrastrando los pies, con el ruido metálico de los soportes de las piernas.

A Rose se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo te hice esto.

—*Non.* —Lazare se inclinó hacia delante sobre las muletas y le cogió la mano—. Tú me salvaste la vida.

—Necesito saber lo que pasó —le suplicó ella.

—De acuerdo —convino él con una voz que fue transformándose en un susurro. Le soltó la mano y la condujo hacia la cocina.

Unos instantes después estaban sentados a una pequeña mesa de madera con una cafetera recién hecha. Rose se sirvió una cucharada de azúcar en la taza y removió el líquido.

—Está hecho con granos de café de verdad —dijo Lazare, como si quisiera aligerar el peso emocional de lo que estaba a punto de revelarle—. Espero que te guste.

Ella asintió con la cabeza y miró las muletas, que estaban apoyadas contra la pared. La sacudió una oleada de desesperación.

—Por favor, cuéntamelo todo.

Lazare respiró hondo y exhaló. Después de una larga pausa, comenzó a hablar.

—A finales de diciembre de 1943, mientras estaba prisionero en

la cárcel de Amiens, nos obligaron a formar en el patio. En vez de pasar lista, un oficial alemán se subió a un podio y anunció los nombres de los más de cien prisioneros que habían sido sentenciados a fusilamiento el 19 de febrero de 1944. Felix y yo estábamos en esa lista.

—*Oh, mon Dieu* —dijo Rose en un susurro—. No me puedo ni imaginar la angustia que tú y los demás prisioneros debisteis de sentir.

—No más que la que sufriste tú en el campo de concentración de Ravensbrück. Lo siento mucho. Ojalá hubiera podido hacer algo para evitar que te capturaran.

Una imagen de la chimenea del crematorio ocupó la cabeza de Rose. Un destello de las cenizas humanas que cubrían el suelo como si fueran nieve. Le dolía el estómago.

—Continúa, por favor.

—El día antes de las ejecuciones, un guardia alemán vino al pabellón para dejar que diéramos un último paseo por el patio. En el momento en que abría la puerta de mi celda, la primera bomba de la RAF golpeó la cárcel. El guardia se quedó conmocionado. Yo intenté robarle las llaves del pabellón, pero estaba demasiado débil para luchar. Por suerte, dos prisioneros de la celda contigua pudieron acabar con él, porque de otro modo me habría disparado.

Rose apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas.

Lazare cerró los ojos, siguió rebuscando en su memoria.

—Intenté huir del pabellón, pero una andanada de fuego alemán me impidió abandonar el edificio. —Se aclaró la garganta—. En aquel momento, una bomba de la RAF cayó sobre él. Me lancé hacia delante, intentando evitar la explosión, pero quedé enterrado bajo los escombros.

Rose tenía la mirada borrosa por las lágrimas.

Él pasó un dedo por el borde de la taza.

—Dos prisioneros me desenterraron y me sacaron a rastras por el agujero en el muro. Me desperté horas más tarde, en la despensa de un granjero que simpatizaba con la Resistencia. Tenía la cadera y las piernas aplastadas.

Ella se secó los ojos.

—Estuvimos dos días escondidos en la despensa, hasta que el granjero localizó a Claudius y este pudo trasladarme a un granero abandonado en Valmondois. Consiguió que un doctor y una enfermera

me curaran los huesos. Después de la liberación, pasé por una segunda operación en París.

—Yo te hice esto —lamentó Rose con voz temblorosa.

—*Non.* —Él le cogió las manos con suavidad—. Me salvaste la vida. De no haber sido por ti, más de cien hombres habrían sido ejecutados.

Rose resolló. Una lágrima cayó sobre su mano y no hizo ningún esfuerzo por secársela.

—Te estaré siempre agradecido por lo que hiciste —declaró él—. Debiste de necesitar un coraje y una perseverancia inmensos para lograr que los servicios británicos llevaran a cabo un bombardeo aéreo sobre una cárcel francesa. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Entrelazó los dedos de sus manos con cuidado—. Estoy vivo gracias a ti.

Rose se quedó sin respiración.

Él se inclinó hacia ella.

—Yo…

Llamaron a la puerta.

Lazare exhaló.

—Debe de ser Paulette.

«¿Su novia? ¿Su prometida?» Rose desentrelazó los dedos y apartó las manos.

—Puedo decirle que venga más tarde.

—*Non* —repuso ella secándose las mejillas—. Me gustaría conocerla.

Él se frotó los ojos e indicó en voz alta:

—Adelante.

La puerta se abrió y se cerró. Unos zapatos con tacón repiquetearon sobre el suelo de madera. Rose se aferró a la silla, preparándose para conocer a la mujer que había en la vida de Lazare.

Una anciana con un pañuelo negro en la cabeza y una bolsa de la que sobresalía una *baguette* entró en la cocina.

—*Bonsoir, monsieur Aron*.

Rose abrió mucho los ojos.

—*Bonsoir, Paulette* —saludó Lazare—. ¿Puedo pagarle la compra mañana?

—Por supuesto —contestó la mujer mientras dejaba la bolsa sobre la encimera.

—*Merci* —dijo Lazare—. Paulette, quiero presentarle a mi querida amiga Rose. Nos conocimos durante la guerra.

La joven se puso en pie.

—Es un placer —declaró, intentando ocultar la sorpresa.

Paulette la saludó con un beso en cada mejilla.

—Rose y yo llevábamos bastante tiempo sin vernos —añadió Lazare—. Disculpe nuestra apariencia lacrimógena.

—No hay nada por lo que disculparse —repuso la mujer antes de volverse hacia Rose—. Me encanta ver que el señor Lazare tiene una visita. Yo siempre le digo que trabaja demasiado. Incluso cuando está en casa, no deja de escribir a máquina, todas las horas del día y de la noche.

—Hay muchas cosas de las que informar en el periódico —explicó Lazare.

—Los ocupantes se han ido —replicó Paulette—. Es el momento de saborear la libertad.

—No podría estar más de acuerdo —aseguró Rose.

Paulette sonrió.

—Será mejor que me vaya, para que puedan ponerse al día. —Le dio a Lazare unos golpecitos maternales en el hombro y salió del apartamento.

—Pensaba que Paulette sería tu... —Rose se detuvo, sintiéndose aliviada y a la vez un poco avergonzada por sus celos.

—Oh —dijo Lazare—. No tengo a nadie. —Cogió la taza, pero no hizo ningún esfuerzo por beber—. Paulette vive en el piso de arriba. Con la larga jornada laboral del periodista, ella tiene la bondad de hacerme la compra.

—Es muy dulce.

Él asintió con la cabeza.

Rose se preguntó, aunque con brevedad, si debía sentarse o permanecer de pie. La tensión, que la visita de Paulette había relajado, volvía a inundar la estancia. Fijó la mirada en los soportes metálicos que sobresalían de las perneras de los pantalones de Lazare y sintió una punzada en el pecho.

—¿Te duele?

Él se pasó las manos por las rodillas.

—No mucho.

—¿De verdad?

—No están tan mal como parece —contestó con voz vacilante.

A Rose se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No dijiste nada en la carta acerca de que estuvieras herido. ¿Por qué no me lo contaste?

Lazare cogió las muletas y se le acercó cojeando.

—No quería que te sintieras responsable por lo que me pasó.

—Pero es que me siento así.

Él le tocó el brazo con suavidad.

—Doy gracias por estar vivo. De no ser por ti, no estaría aquí.

—Deberías habérmelo dicho —insistió ella—. Habría venido a ayudarte.

—Solo deseo lo mejor para ti.

—¿Y qué hay de mis sentimientos? —Le tocó la mano lisiada—. ¿Es que no tengo voz en este asunto?

—No soy el mismo hombre de antes —dijo él.

—Para mí, sí. —Rose se inclinó hacia él y dejó descansar la cabeza en su pecho—. Me diste fuerzas para soportar el encierro en un campo de concentración. Tu recuerdo mantuvo mis sueños con vida.

A Lazare se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Esperaba volver a verte, rezaba por ello. —Le tembló la mandíbula—. Pero no sé durante cuánto tiempo seré capaz de andar.

—A mí no me importa —gimió ella—. Eres lo mejor que podía pasarme. Y quizá yo también sea la persona adecuada para ti.

Apoyándose en Rose, Lazare soltó las muletas y la rodeó con los brazos, estrechándola con fuerza.

—Nunca he dejado de pensar en ti.

—Yo tampoco —dijo ella en voz baja. Las lágrimas rodaban por su cara. Oleadas de emoción inundaron su ser.

Lloraron los dos juntos. Los años de separación se desvanecieron.

Él besó sus lágrimas.

—Tiene que haber una razón para que los dos hayamos sobrevivido. —Rose le tocó la cara con ternura y le miró a los ojos—. ¿No crees en el destino?

Epílogo

PARÍS, FRANCIA
8 DE MAYO DE 1969

De la vieja Remington Noiseless de Rose brotaba el suave tamborileo de las teclas al golpear la cinta de tela entintada. Los rayos del sol de la mañana entraban por las ventanas del balcón de su apartamento en Saint-Germain-des-Prés, en el distrito seis. Terminó con la última línea, apretó la palanca de retorno de carro y sacó la hoja del rodillo.

—Ya he acabado —dijo mientras dejaba la última página del manuscrito encima del escritorio.

Una mezcla de nostalgia y consecución se agitaba en su interior. Era adecuado, pensó, que hubiera acabado el libro —en el que contaba su papel como correo del SOE, además de documentar las atrocidades que había sufrido en el campo de concentración de Ravensbrück— coincidiendo con *La Fête de la Victoire*, la fiesta nacional con la que Francia señalaba el fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Después de varios años de trabajo laborioso y desgarrador, el libro estaba terminado.

Lo había iniciado cuatro años antes, a su regreso del funeral de Estado de sir Winston Churchill. Con la excepción de las visitas que realizaba a sus queridos amigos Lucy y Jonathan —y a sus tres hijos: Malcolm, Bridget y Lynda—, rara vez pisaba Londres. Un gélido día de enero de 1965 hizo la cola de más de un kilómetro y medio, y durante más de tres horas, para entrar en el salón del palacio de Westminster. Cuatro miembros de la Guardia Real, vestidos con su uniforme ceremonial completo, lo velaban con la cabeza inclinada y expresión sombría. Al acercarse al féretro de Churchill, que estaba envuelto en la bandera del Reino Unido y rodeado por seis velas altas de ámbar, el recuerdo del día en que alimentaron a los peces dorados ocupó su cabeza y Rose se echó a llorar. «Las identidades de Libélula y de la red

Hechicero permanecerán clasificadas durante cien años, quizá de manera indefinida. —La voz firme pero compasiva de Churchill resonó en su cabeza—. La petición y el verdadero propósito de la operación Jericó seguirán siendo un secreto; no obstante, sus valerosas acciones arderán para siempre en los corazones de nuestra gente.»

Al día siguiente, Rose acudió al multitudinario recorrido del cortejo fúnebre, que desfiló por Whitehall, Trafalgar Square, el Strand y Fleet Street, para acabar subiendo por Ludgate Hill. Más de un millón de personas salieron a las calles de Londres y el país entero lloró al hombre que los había guiado durante sus días más oscuros. Rose se puso a rezar en silencio mientras la cureña con el féretro de Churchill pasaba lentamente por delante de sus ojos. Los resuellos y los gemidos llenaban el aire. «No fue solo el líder que salvó al Reino Unido y, quizá, al resto del mundo libre, sino que además fue el hombre que cambió mi vida para siempre.»

A su regreso a París, se decidió a documentar la historia de Hechicero, el subcircuito de la red Galeno, que el gobierno británico había clasificado como de alto secreto. «Cuando yo ya no esté —pensó Rose—, o cuando no esté sujeta a un juramento de confidencialidad, el mundo sabrá del valeroso sacrificio de Felix y de Muriel, las atrocidades que tuvieron lugar en el campo de concentración de Ravensbrück y quién instigó la operación Jericó.» Había trabajado en el libro cada mañana, a primerísima hora, antes de ir a cumplir con su empleo como ayudante administrativa en la embajada británica de París. Los fines de semana encorvaba el cuerpo sobre el escritorio y se dedicaba a revisitar los fantasmas del pasado mientras tecleaba en la máquina de escribir. Y en aquel momento, cuatro años después de comenzarlo, el libro estaba acabado.

Las tablas del suelo del pasillo crujieron.

Rose se puso en pie.

—*Bonjour, ma chérie* —dijo Lazare asomando la cabeza por la puerta.

Ella le sonrió.

—Al fin he terminado.

Él le devolvió la sonrisa y se le acercó usando las muletas.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo mientras le daba un abrazo.

Rose le soltó y le miró a los ojos.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Eres muy amable. —Se inclinó para besarla—. Pero creo que puedes conseguir todo aquello que te propongas.

Ella le pasó los dedos por el cabello canoso. «Siempre sabes cómo hacer que me sienta bien conmigo misma.»

—¿Has decidido lo que quieres hacer con el libro? —preguntó él.

—Quiero publicarlo, pero no me gustaría faltar a mi sentido del deber. Y me cuesta ignorar las posibles repercusiones si rompo mi juramento. —Una imagen del primer ministro con el puro entre las muelas ocupó su mente—. Creo que Churchill desempeñó su papel a la hora de autorizar la operación Jericó, o bien porque quiso evitar la ejecución de más de cien prisioneros franceses, o porque pensó que un bombardeo de la RAF sobre la cárcel de Amiens haría que Hitler siguiera preguntándose dónde iba a tener lugar la invasión de Francia. En cualquier caso, aquella misión salvó a mi futuro marido.

Lazare sonrió.

—Y a nuestros futuros hijos.

Rose sintió que se le henchía el pecho de agradecimiento.

Lazare le había pedido matrimonio menos de una semana después de que se reencontraran en París. Al mes estaban casados y ella se había mudado a su apartamento. Poco después, la embajada del Reino Unido en la capital francesa se puso en contacto con ella para que ocupara un puesto administrativo, pero se negaron a decirle quién les había recomendado su nombre. Rose estaba desesperada por encontrar trabajo y aceptó, con la sospecha de que había conseguido aquel empleo gracias a Churchill o al SOE.

Mientras ella emprendía lo que iba a ser una larga y gratificante carrera en la embajada, Lazare trabajaba como periodista en *La Chronique*. Aunque su tarea principal consistía en cubrir las noticias internacionales, su objetivo personal había sido influir en el gobierno francés para que denunciara su propia responsabilidad en el Holocausto y el revisionismo histórico que negaba la culpabilidad francesa en la redada de los trece mil judíos parisinos de 1942. Durante dos décadas, el gobierno francés se había negado a disculparse por el papel que desempeñó la policía nacional en la redada del Velódromo de Invierno, pero Lazare nunca había renunciado a su misión. «Algún día —solía decirle a Rose— nuestro presidente reconocerá que la redada fue un crimen cometido por Francia.»

Ella pensaba que era esa misma determinación sin límites lo que le había permitido seguir andando. Durante los doce años anteriores, Lazare había sufrido dos operaciones más, una en la pelvis y otra en el fémur. A veces sentía un dolor insoportable, sobre todo en invierno, pero nunca se quejaba. Se había pasado veinte años contradiciendo la predicción de los médicos de que acabaría confinado en una silla de ruedas. Y sus padecimientos jamás le ralentizaron a la hora de ayudar en la crianza de sus hijos, Charlie y Magda.

Charlie, bautizado así en honor del hermano fallecido de Rose, era el mayor. Un muchacho listo y sensible al que le encantaba visitar a Lazare en el periódico. Se encontraba en su último año de estudios en la Universidad de París y soñaba con hacerse periodista, igual que su padre.

Magda, bautizada así en honor de la *maman* de Lazare, había nacido dos años después que Charlie. Fue una niña dulce y artística, a la que le encantaba pintar y esculpir, que solía decorar el apartamento familiar con acuarelas y esculturas de gatos hechas con barro. Magda se había convertido en una joven hermosa que estudiaba en la École Nationale Supérieure des Beaux-Arts.

Aunque los abuelos de los niños habían fallecido en la guerra, Claudius, el querido amigo de Rose y Lazare, además de antiguo camarada en la Resistencia, llenó aquel vacío a la perfección. Después de la liberación de Francia, Claudius había abierto una cafetería en Montparnasse, en cuya cocina guardaba una mesa privada y pequeña para que Magda y Charlie se reunieran allí después de clase y los fines de semana. Los dos hermanos le tenían en un pedestal y Claudius atesoraba el tiempo que pasaba con ellos; los malcriaba con pasteles de lujo, chocolate caliente y regalos, tal y como habría hecho un abuelo de verdad.

—Tengo algo para ti —anunció Lazare.

Rose abrió mucho los ojos.

Él buscó en el bolsillo y le puso en la mano un prendedor dorado estilo art nouveau con forma de libélula.

—Es precioso —dijo ella pasando un dedo por la perla engastada en la pieza.

Él se lo abrochó en la chaqueta.

—Estaba esperando a que acabaras el libro para poder dártelo.

—*Merci.* —Rose le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Te apoyaré en todo lo que decidas hacer con el manuscrito.

Ella le miró a los ojos.

—Nunca daré nada por sentado en nuestra relación.

—Yo tampoco, *ma chérie*. —Le puso una mano sobre los labios.

Sonó una llave en la cerradura. La puerta del apartamento se abrió y entraron Charlie y Magda seguidos de Claudius, que llevaba entre los brazos una corona de gladiolos, claveles y crisantemos.

—¡Cielos! —exclamó Rose—. Es preciosa.

El hombre se quitó la boina y, al sonreír, se le formaron unas patas de gallo en las comisuras de los ojos.

—La florista ha hecho un trabajo increíble con este arreglo.

—Gracias por recoger las flores —dijo Lazare.

—Ha sido un honor —respondió Claudius—. Me he asegurado de que estuvieran todos sus nombres en la cinta.

Charlie y Magda saludaron a Rose con un beso en cada mejilla.

—¿Cómo estás, *maman*? —preguntó el joven.

«Sabe que este siempre será un día difícil para mí.»

—Estoy bien —contestó ella—. Tengo a mi lado a todos mis seres queridos.

Magda le dirigió una mirada al manuscrito que descansaba sobre el escritorio.

—Me gustaría saber más cosas sobre lo que hiciste durante la guerra.

Rose se llevó una mano al prendedor.

«Fui agente del SOE con el nombre en clave de Libélula.»

—Quiero que Charlie y tú lo leáis algún día.

Magda sonrió.

De pequeños, tanto ella como su hermano les habían preguntado a veces a sus padres qué habían hecho estos durante la guerra. Al fin y al cabo, era imposible esconder las heridas de Lazare, así como las cicatrices que Rose tenía en la espalda. Pero ellos habían desempeñado el papel de padres protectores y no les habían dado detalles. A su vez, se habían esforzado al máximo para enseñar a sus hijos los valores de la libertad, la igualdad y la justicia, y para que recordaran siempre a las personas que sacrificaron la vida por la liberación de Francia. No obstante, Magda y Charlie se estaban convirtiendo en adultos, y las preguntas sobre el papel de sus padres en la guerra surgían cada vez con mayor frecuencia. «Al final acabarán

por saberlo todo», pensó Rose.

Una hora después, Rose, Lazare, Charlie, Magda y Claudius llegaron a la avenida de los Campos Elíseos. Mientras se dirigían hacia la multitud reunida en el Arco del Triunfo, Rose notó que se le hacía un nudo en el estómago. «Tantas vidas perdidas... Las de mamá, papá y mi hermano. Las de los padres de Lazare. La de Muriel. La de Felix. Las de un millón de franceses y británicos. Las de millones de judíos inocentes.»

Lazare se ajustó una muleta y la atrajo hacia sí.

Ella se recostó contra él y, durante los siguientes cuarenta minutos, dedicaron la atención a la ceremonia del Día de la Victoria en Europa, con la que se conmemoró a los millones de hombres, mujeres y niños que sacrificaron sus vidas para liberar Francia y Europa de la tiranía nazi. Después del servicio, mientras el público formado por vecinos de París y veteranos de guerra comenzaba a dispersarse, Lazare los guio hasta el pie del Arco del Triunfo.

Claudius le dio la corona a Rose.

Ella se puso en cuclillas, dejó las flores en la base del monumento y juntó las manos. Se puso a rezar en silencio por que no volviera a haber una guerra mundial, y por que no se olvidara nunca a todas las personas que dieron la vida para que las generaciones venideras tuvieran la oportunidad de vivir en libertad.

Nota del autor

Mientras me documentaba para escribir *La libélula*, me quedé fascinado con la operación Jericó, el bombardeo por parte de la RAF de la cárcel de Amiens, en Francia, por entonces dirigida por los nazis. La misión —que tuvo lugar el 18 de febrero de 1944, un día antes de que más de cien prisioneros de la Resistencia francesa fueran fusilados — tuvo como objetivo romper los muros del presidio y liberar a los cautivos. Aquel osado ataque con aviones Mosquito de la RAF, que fue filmado por la cámara de una de las aeronaves, se saldó con éxito, pues se rompió el muro del perímetro de la cárcel y se destruyó una de las garitas, pero también tuvo su precio. De los 717 prisioneros, 102 murieron, 74 quedaron heridos y 258 lograron escapar, aunque 182 volvieron a ser capturados. Me sorprendió enterarme de la controversia acerca de quién había solicitado el bombardeo y si este había sido necesario. Algunos han especulado con que la operación fue instigada por el Servicio de Operaciones Especiales (SOE) o por la Resistencia francesa, mientras que otros creen que el ataque fue diseñado por los británicos para distraer a la inteligencia militar alemana y alejarla de Normandía, donde se iba a producir el desembarco unos meses más tarde. El misterio en torno a la operación Jericó —su verdadero propósito y la persona que autorizó la misión— ha servido de inspiración para la redacción de esta historia.

Durante el proceso de documentación me fui sintiendo cada vez más cautivado por el SOE, también conocido como «el ejército secreto de Churchill». A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, 39 de los 470 agentes que tuvo el SOE en la Francia ocupada por Alemania fueron mujeres, la mayoría en roles de correo o de radiotelegrafista. Me conmovió su coraje y su disposición para arriesgar la vida a fin de liberar Europa de la ocupación nazi. Muchas de esas mujeres valerosas fueron capturadas, torturadas y asesinadas, y varias de esas agentes me sirvieron de inspiración para crear el personaje de Rose Teasdale.

Por ejemplo, de Pearl Witherington tomé la capacidad de liderazgo, la habilidad con las armas y la tapadera como vendedora ambulante de productos cosméticos de Rose. El peligroso viaje en bicicleta que esta acomete, con más de trescientos kilómetros de trayecto en dos días, tuvo su origen en un valeroso acto similar que llevó a cabo Nancy Wake. Además, las experiencias de Odette Sansom fueron fundamentales para crear el interrogatorio y la tortura de Rose por parte de la Gestapo, así como su estancia en una celda de aislamiento del campo de concentración de Ravensbrück. Tengo la esperanza de que esta historia sirva para conmemorar a las mujeres valerosas que sirvieron en el SOE.

Además del SOE, me intrigó enterarme de la existencia del Despacho 60, en el gabinete de guerra subterráneo de Churchill. La estancia estaba ocupada por mecanógrafas y teleoperadoras, todas ellas civiles. Muchas pasaban bajo tierra día y noche, y dormían entre los turnos en un subsótano conocido como «el muelle». Durante mi investigación, di con una extraordinaria entrevista en vídeo con Joy Hunter, mecanógrafa en la sala de guerra, que me cautivó por su relato de un Winston Churchill cordial, empático, que a veces interactuaba con el personal civil haciendo gala de su sentido del humor. Esa entrevista desató mi curiosidad y me pregunté qué habría pasado si Churchill hubiera organizado las cosas para que una de sus mecanógrafas en la sala de guerra fuera reclutada por su ejército secreto. Fue entonces cuando me imaginé a Rose como una mecanógrafa que se convierte en agente del SOE.

La Sección F del SOE a la que se asigna a Rose está inspirada en la historia real de la red Galeno, también conocida como «Próspero», por el nombre en clave de su organizador. En 1943, el *Sicherheitsdienst* (SD), una agencia de inteligencia nazi, logró infiltrarse en ella. El derrumbamiento de Galeno y de sus subcircuitos provocó la captura de casi treinta agentes del SOE, así como de centenares de patriotas franceses que habían colaborado con ellos. En *La libélula*, Hechicero, la subred de Rose, es ficticia. Creé ese subcircuito con la esperanza de proporcionar a los lectores una visión de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la caída de la red Galeno, y también para crear una línea argumental con la operación Jericó, que sigue siendo un enigma hoy en día.

Fue un auténtico honor y un placer investigar la vida de sir

Winston Churchill. Disfruté muchas horas leyendo y escuchando sus discursos, así como rastreando informes sobre su vida personal, incluido su hogar de Chartwell y su pasión por los golden orfe. Me he esforzado por presentar a Churchill como un líder bélico lleno de confianza que supo transmitir esperanza en un momento muy oscuro, y revelar también aspectos poco conocidos de su personalidad, como su trato amigable y afectuoso con el personal civil del búnker subterráneo. Además, he intentado reflejar la compleja relación que mantuvo con Charles de Gaulle, el líder de la Francia Libre.

Durante la investigación descubrí numerosos acontecimientos históricos de interés, que he intentado entrelazar adecuadamente con la cronología del libro. Por ejemplo, el SOE comenzó a reclutar mujeres como agentes secretos en la primavera de 1942. Rose se lanza en paracaídas a las afueras de París varios meses después de que Lise de Baissac y Andrée Borrel, las primeras agentes femeninas del SOE, saltaran en paracaídas sobre la Francia ocupada el 24 de septiembre de 1942. El arresto de los padres de Lazare tiene lugar durante la redada del Velódromo de Invierno (el 16 y 17 de julio de 1942), cuando la policía francesa detuvo a más de trece mil judíos parisinos, incluidos más de cuatro mil niños, que fueron trasladados en vagones de ganado al campo de concentración de Auschwitz. Además, he usado el encuentro entre Churchill y De Gaulle —en el que discutieron la controvertida invasión por parte de la Francia Libre de dos islitas bajo control de Vichy cerca de la costa canadiense de Terranova en diciembre de 1941— para remarcar las aptitudes lingüísticas de Rose y justificar el interés de Churchill en que la reclutara el SOE. He intentado reflejar con exactitud la cronología de los acontecimientos en el campo de concentración de Ravensbrück, incluyendo la marcha de la muerte y su liberación por parte del Ejército Rojo soviético. También me he esforzado por presentar con precisión los diferentes tipos de aviones de la RAF, así como el entrenamiento y equipamiento que el SOE proporcionaba a sus agentes. Cualquier inexactitud histórica que haya en este libro se debe a mí y a nadie más.

Son varias las figuras históricas que aparecen en estas páginas, comenzando por la presencia notable de Winston Churchill. Es importante remarcar que *La libélula* es un relato de ficción, y que me he tomado licencias creativas a la hora de escribirlo. Junto a Churchill, hacen acto de presencia en la historia Charles de Gaulle, el

capitán Selwyn Jepson, el comandante Gavin Maxwell, Hugh Dalton, Maurice Buckmaster, Dominique Ponchardier, Josef Kieffer y Alphonse (el nombre en clave del agente del SOE Tony Brooks). Me parece importante reconocer los méritos del capitán Selwyn Jepson, un escritor británico de novelas de misterio que sirvió como oficial superior de reclutamiento del SOE. Jepson fue un firme defensor de que hubiera agentes femeninas y pensaba que estas tenían una mayor capacidad para demostrar valor en situaciones concretas que sus pares masculinos. Aunque la entrevista que el capitán Jepson mantiene con Rose para reclutarla sea ficticia, creo que incluirle expresa el espíritu del libro. Además, me he inventado la llamada de Churchill a Hugh Dalton, el ministro de Guerra Económica, a quien había designado responsable de su ejército secreto. Mi investigación no reveló ningún registro de que Churchill recomendara personalmente que algún individuo concreto fuera reclutado por el SOE. Por su parte, Lazare y su grupo de la Resistencia se esconden en las catacumbas de París, y en efecto encontré voces que afirmaban que se había dado ese caso durante la ocupación alemana. Aunque fui incapaz de descubrir el nombre de ningún combatiente en concreto, la verdad es que no pude resistirme a incluir el inframundo subterráneo de París como uno de los escenarios de la historia.

Numerosos libros, documentales y archivos históricos han sido cruciales en mi investigación. *SOE in France 1941-1945*, del comandante Robert Bourne-Paterson, y *Shadow Warriors of World War II, the Daring Women of the OSS and SOE*, de Gordon Thomas y Greg Lewis, me fueron increíblemente útiles para comprender las redes británicas en Francia, así como la motivación y las experiencias de los agentes del SOE que arriesgaron la vida para liberar Europa. *Ravensbrück: Life and Death in Hitler's Concentration Camp for Women*, de Sarah Helm, fue una fuente excepcional para obtener una perspectiva sobre las atrocidades que se cometieron en aquel campo de concentración exclusivo para mujeres. Además, *School for Danger*, película de 1947 producida para la Oficina Central de Información por la Unidad Filmográfica de la RAF, me proporcionó una visión fantástica del entrenamiento y el despliegue de los agentes del SOE. Y *The Jail Breakers*, noticiario cinematográfico realizado en 1944 por la British Pathé, incluye la filmación del bombardeo de la RAF sobre la cárcel de Amiens, lo cual representó una fuente espectacular para

escribir la escena de la operación Jericó.

Escribir este libro ha sido un privilegio. El valeroso servicio de los agentes británicos del SOE y de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial me inspirará siempre, tal y como nunca olvidaré a los trece mil judíos parisinos que fueron detenidos por la policía francesa. Siempre recordaré las atrocidades del campo de concentración de Ravensbrück, donde se encarceló a ciento treinta mil mujeres, de las cuales se cree que entre treinta y noventa mil murieron o fueron asesinadas. Espero que esta novela sirva para rendir tributo a los hombres, mujeres y niños que fallecieron durante la guerra.

La libélula no habría sido posible sin el apoyo de varias personas. Estaré eternamente agradecido a los talentosos individuos que siguen:

Mi más profundo agradecimiento a John Scognamiglio, mi genial editor, cuya tutela, ánimos y entusiasmo me resultaron tan útiles para escribir el libro.

Muchas gracias a Mark Gottlieb, mi fabuloso agente, por su apoyo y consejos a lo largo de mi carrera como escritor. Me siento muy afortunado al tener a Mark como agente.

Le estoy profundamente agradecido a Vida Engstrand, mi publicista, por su esfuerzo incansable para promover mis relatos entre los lectores.

Doy gracias por tener a Kim Taylor Blakemore como socia ante la que rendir cuentas. Los informes semanales sobre nuestros avances respectivos nos ayudaron a los dos a acabar los manuscritos a tiempo.

Un agradecimiento sincero al grupo de escritores de Akron: Betty Woodlee, Dave Rais, John Stein, Kat McMullen, Gus Yanez, Carisa Taylor, Sharon Jurist, Rachel Freggiaro, Tim Carroll y Devin Fairchild. Y otro agradecimiento especial y sincero a Betty Woodlee, por su crítica a una de las primeras versiones del manuscrito.

Esta novela no habría sido posible sin el amor y el apoyo de Laurie, mi esposa, y de nuestros hijos, Catherine, Philip, Lizzy, Lauren y Rachel. Laurie, eres mi cielo, y lo serás siempre.

La libélula
Alan Hlad

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Churchill's Secret Messenger*

Diseño de la portada, Diseño Arte & Planeta
© de la imagen de la portada, Leonardo Baldini / Arcangel y John Seaton Callahan / Getty Images

© Alan Hlad, 2021
First Published by Kensington Publishing Corp.
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

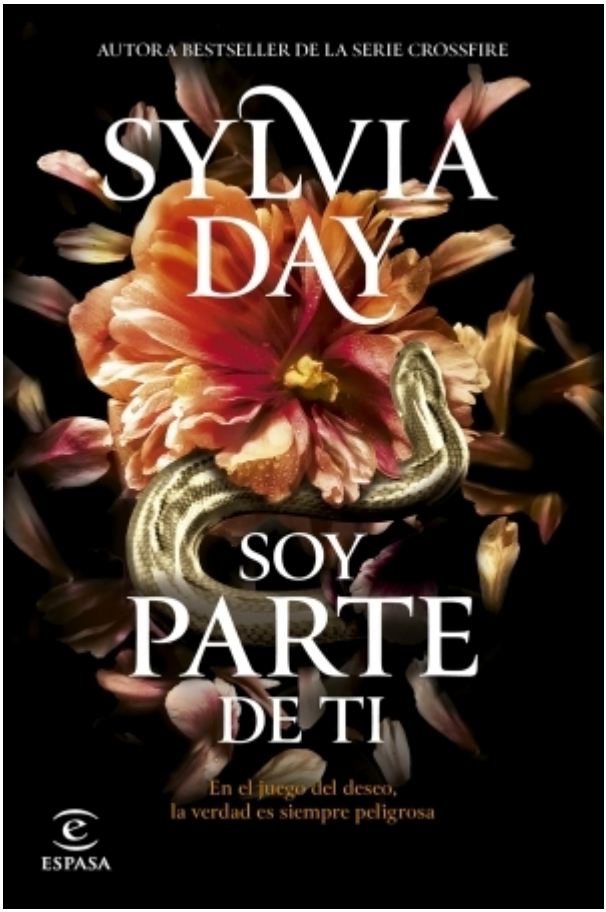
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7485-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


AUTORA BESTSELLER DE LA SERIE CROSSFIRE
SYLVIA DAY
SOY PARTE DE TI
En el juego del deseo,
la verdad es siempre peligrosa
ESPASA

Soy parte de ti

Day, Sylvia
9788467074802
496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve Sylvia Day con su bilogía más sensual y peligrosa.

En el juego del deseo, la verdad es siempre peligrosa

La prensa del corazón solo habla de Kane Black, un acaudalado hombre de negocios y formidable seductor. Pero bajo la máscara de adorado *playboy* se esconde un hombre atrapado en las garras de un dolor que lo consume. Desde la muerte repentina Lily, su esposa, Kane ha vivido como un fantasma, obsesionado con el pasado y totalmente indiferente a las perpetuas luchas de poder de su familia, los poderosos Armand-Black.

Pero todo esto cambia cuando Lily reaparece, muy viva. En los salones de la jet-set neoyorquina y la mansión de los Armand-Black las pasiones se encienden y desbordan a medida que los secretos se van revelando...

Ardientemente sensual, *Soy parte de ti* es una novela exuberante, con toques de *suspense,* en la que la ambición y la avaricia de una poderosa familia amenazan con destrozar el amor entre Kane y Lily.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

LAS
CHICAS
DEL
BARRIO
Tània Juste
ESPASA

Las chicas del barrio

Juste, Tània
9788467074772
472 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una familia, cinco hijas y un país en cambio: la emotiva historia de los Molina desde sus raíces valencianas hasta su nueva vida en Barcelona en medio de la agitada historia del siglo XX

La **familia Molina**, formada por el padre, la madre y cinco hijas, **abandona su Valencia natal para ir a Barcelona**, al barrio de Sants, donde un hermano del padre, el tío Miguel, ya se encuentra instalado desde hace tiempo.

El padre trabaja en la España Industrial y la madre hace de cosedora para un sastre cercano. Las **cinco hijas**, Julia, Pilar, Carmen, Ángeles y la pequeña Lola, van creciendo plenamente integradas en el barrio. Desde allí les tocará vivir **grandes acontecimientos históricos**, como el advenimiento de la República, el estallido de la guerra, los bombardeos y el hambre de la posguerra, pero también los amores y los desamores propios de la edad, los esperados bailes de Fiesta Mayor, los estrenos de cine y la vida asociativa.

Sueños y aspiraciones se dan cita entre las penurias de una época convulsa que pondrá a prueba la familia y sus lazos afectivos. Cinco chicas de barrio que, como tantas otras, se convertirán en heroínas cotidianas de su tiempo.

Una magnífica novela que reivindica **"la otra guerra"** en **la que lucharon las mujeres de pueblos y ciudades durante la Guerra Civil mientras los hombres estaban en el frente.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

María de la Luz
del Prado
LA BUENA
SOMBRA
ESPASA

La buena sombra

Luz del Prado, María de la
9788467075397
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La vida se abre paso en un cruce de caminos entre el fuego y la tormenta. Una novela reveladora sobre dos generaciones de mujeres que rompen con los convencionalismos del amor.

«Quisiera que fuese solo un juego, sin dolor, sin fuego —el que juega con fuego se quema—, pero en un ejercicio de franqueza consigo misma se reconoce cansada de pelear, quiere quemarse y citar a Cortázar: "Vos no elegís la lluvia que te va a calar los huesos"».

Esta historia no es lluvia, es un diluvio. Y Vera salta al vacío cuando una noche, saliendo del tablao Villa Rosa en la plaza de Santa Ana, su mirada verde choca estrepitosamente con los ojos ámbar del Pantera: racial, atractivo, **la nueva promesa del flamenco**. A partir de entonces Vera y el Pantera aceptan la incertidumbre en su carné de baile, **en su amor prohibido de paya y gitano**, en la farándula, en la fiesta y los excesos.

La misma incertidumbre con la que años atrás jugaba María, la madre de Vera, a quien visitan su pasado y los veranos en el campo de Gibraltar, una joven en plena movida de la década de 1980, otro amor secreto con el Chico, un muchacho del descorche que **funda el mismísimo clan de los shinga que hoy gobierna en el narcotráfico del estrecho**.

La primera novela de María de la Luz del Prado va buscando el duende entre los rincones de la vida. En la música, en las costumbres, en la luz, **en el flamenco**, **en el amor y el desamor**. En el miedo o la

jindama como dicen los gitanos. Lo busca en el Madrid de las letras, en el barrio de Santa Cruz, en Extremadura, en el estrecho de Gibraltar. En una aventura trepidante salpicada de los tintes costumbristas del pueblo gitano. **Intenso y adictivo a partes iguales**. En sus letras, su arte, sus tradiciones y en el oro, que tiene buena sombra.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Disfruta el presente, supera el pasado y mira con ilusión el futuro

¿Eres consciente de que tu manera de gestionar los conflictos te puede predisponer a sufrir ansiedad o depresión, las enfermedades más frecuentes del siglo XXI?
Para la doctora **Marian Rojas Estapé** la felicidad consiste en vivir instalado de forma sana en el presente, habiendo superado las heridas del pasado y mirando con ilusión al futuro. Muchos de los trastornos que padecemos provienen de la incapacidad para gestionar nuestro presente. La felicidad no es lo que nos pasa, sino cómo interpretamos lo que nos pasa.
En *Cómo hacer que te pasen cosas buenas* entenderás la importancia de aprender a enfocar tu atención y descubrirás pautas para combatir los miedos, las angustias y cómo canalizar las emociones negativas que te llegan a bloquear física y mentalmente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

RUBÉN AMÓN

Tenemos que hablar

La conversación en los tiempos de la censura, la soledad y la tecnología

ESPASA

Tenemos que hablar

Amón, Rubén
9788467075410
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En una época de cháchara vacía, una defensa del arte de la conversación por uno de los periodistas más influyentes de nuestro país.

¿Están en crisis el arte y el placer de una buena conversación? Parece que en la sociedad actual son muchos los impedimentos para que exista: la **hipercomunicación** llena de ruido que favorecen las nuevas tecnologías, la **censura y la autocensura de lo políticamente correcto**, los bochornosos supuestos debates de nuestros políticos o la **cháchara y el cuñadismo de nuestros tertulianos**.

Rubén Amón reivindica en este libro la buena conversación y su poder terapéutico, señalando cómo deben proceder los interlocutores, qué temas son adecuados y cuáles no, cómo el silencio puede ser mejor que hablar o la importancia del lenguaje corporal.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)